

A person wearing a long, light-colored parka with a fur-lined hood, blue jeans, and brown leather boots stands in a snowy landscape. The person's hands are tucked into their pockets. The background is a soft, out-of-focus white snow.

ELISABETH ELO

LA MUJER
QUE NUNCA
TENÍA FRÍO

Lectulandia

A caballo entre *Smilla, misterio en la nieve* y las novelas de Dennis Lehane, *La mujer que nunca tenía frío* es un valiente *thriller* ecológico y un gran descubrimiento en el mundo del suspense femenino.

Pirio Kaspárov, una joven de Boston, hija de una acaudalada familia de origen ruso dedicada al negocio de los perfumes, acepta la invitación de su amigo Ned para ir a pescar langostas en su barco langostero recién comprado. Cuando un carguero embiste al pequeño pesquero en el que navegan, ella conseguirá sobrevivir durante casi cuatro horas en las gélidas aguas del Atlántico Norte antes de que un guardacostas la rescate. Sin embargo el dueño del barco no tendrá la misma suerte y Pirio no puede evitar pensar que el naufragio del barco no ha sido un accidente. Será secundada en sus sospechas por su padre, un ruso de carácter frío y profundamente cínico con el que no mantiene precisamente una buena relación. Tendrá además que hacerse cargo del hijo de Thomasina y Ned, el pequeño Noah, de diez años.

Cuando sus amigos e incluso su propia vida empiezan a estar en peligro, Pirio se verá obligada a emprender un viaje hasta las tierras más remotas del Ártico canadiense, donde le espera un último reto: confiar en ella misma.

Lectulandia

Elisabeth Elo

La mujer que nunca tenía frío

ePub r1.1

Titivillus 03.08.15

Título original: *North of Boston*
Elisabeth Elo, 2014
Traducción: Eva Cruz García

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*En memoria de mi padre,
William Jacob Panttaja.*

Capítulo 1

—Era un perdedor —dice Thomasina, cabeceando—. Pero era un buen perdedor.

Ha bastado casi una botella entera de Stolichnaya para ponerla de un humor desagradable, perdonavidas. Me siento tentada de dar yo también unos tragos, medicarme contra el dolor y la culpa del superviviente. Pero alguien tendrá que mantenerse sobrio, por Noah.

Thomasina da un manotazo para apartar algo que ha visto en el aire —puede que no sea nada, la chispa de una alucinación o una mota de polvo— y su tono se desinfla.

—Nunca le quise. Solo buscaba esperma. —Empuja la botella hacia el centro de la mesa de la cocina y apoya la cabeza sobre los brazos cruzados. Los jadeos sacuden sus hombros dos o tres veces. ¿Será pena? ¿Náuseas? En el estado en el que está podría ser cualquiera de las dos cosas, incluso un hipido de indiferencia. Pero cuando levanta el rostro está surcado de lágrimas—. Pero algo debo de haberle querido, porque ahora mismo me siento como una *malvada* bruja.

Noah asoma la cabeza por la esquina. No tiene la pinta voluminosa y cuadrada de Ned y tampoco aquella belleza fantasmal de ojos grandes que antes tenía Thomasina. Es pequeño, delgado, pálido. Las ojeras oscuras le dan un aire de monje. No habla mucho, no tiene amigos. A lo mejor por eso nos llevamos bien.

—Noah, tesoro. Deja que mamá te haga algo de comer. —Tambaleante, Thomasina se pone en pie y se arrastra hasta la nevera. Cuando abre la puerta, Noah y yo echamos un vistazo a su interior. Gatorade de lima, medio tomate, panecillos de hamburguesa salpicados de moho—. ¿Quieres un sándwich de tomate, tesoro?

—No, gracias —dice Noah. Siempre ha tenido buenos modales. Regresa a la intrincada actividad en la que estuviera ocupado antes. Yo le he visto construir ciudades futuristas al completo a base de depresores linguales, palos de polo y palillos de dientes.

Thomasina se bambolea trazando un arco cada vez más amplio, pone los ojos en blanco y sus párpados tiemblan y se cierran. Resbala nevera abajo y se desploma en el suelo. Me coloco uno de sus brazos alrededor del cuello y la levanto, la arrastro por el linóleo lleno de rayones hacia el dormitorio húmedo y sombrío que se encuentra al fondo del apartamento. Hay ropa y zapatos desperdigados por el suelo. Reconozco las botas vaqueras de piel de lagarto que se pone para salir por las noches. La dejo caer sobre la cama de agua *king-size* y le subo las piernas sobre el colchón.

La caída le hace recobrar la consciencia.

—Tienes que contarle cómo ocurrió, Pirio —masculla—. Él confía en ti. Te *quiere*. Y tú sabes qué es lo que hay que decir mejor que nadie: estabas *allí*. —Gira la cara hacia el estor de la ventana, que está bajado, y dice lastimeramente—: ¿Te acuerdas, hace ya muchos años, de cuando solo éramos dos niñas que no le

importaban a nadie? Por eso cuidábamos la una de la otra. Era bonito, pero estábamos tan tristes. ¿A que sí, Pirio?

—Estábamos bien —digo con firmeza, intentando alejarla de esta ratonera de viejos dolores.

—¿Te lo puedes creer, Pirio? Yo no. Ned, muerto. ¡Eh, rima!^[1] Ahora Noah no tiene padre. Mi pequeño es medio huérfano. Pobre crío.

Yo no digo nada. Tampoco me lo puedo creer. Haría cualquier cosa porque esto fuera de otra manera. No paro de preguntarme qué podría haber hecho, pero no encuentro una respuesta. Nadie podría haberle salvado. Excepto los cobardes a bordo del carguero.

—¿Quieres saber con quién soñé la otra noche? —pregunta Thomasina en tono nostálgico. A veces me da envidia cómo la bebida permite que su mente se pasee por cualquier callejón y atajo que se le ponga delante—. El mayor cabrón de la historia. Ya sabes quién te digo. Tú y yo somos como guisantes y zanahorias, como dos guisantes en una vaina. Como sea la frase. Introduzca aquí su verdura. —Se coloca dos dedos con firmeza sobre los labios, autocensurándose—. Ups. No quería decir eso. —La mano se le cae de la boca y comienza otra veloz ráfaga de parpadeos—. Adivina, Pirio. Apuesto a que lo pillas a la primera. El mayor cabrón que en la historia ha habido... Era... —Su voz se ha convertido en un susurro—. Era... —Sus ojos se cierran.

—Era Bates el Capullo —digo suavemente.

Meto unas almohadas debajo de su cabeza y de sus hombros para incorporarla y que no se ahogue si vomita, y la tapo con una manta. Me tomo un minuto para recomponerme y luego voy a la sala de estar.

—¿Cómo está mi madre?

—Durmiendo.

Él asiente. Con su limitada experiencia de la vida, no tiene ni idea de hasta qué punto debería preocuparse. Sabe que su madre se ha estado esforzando mucho por no beber tanto. A veces viene a mi apartamento por las tardes para que ella pueda asistir a las reuniones; luego pasan días sin que vaya a ninguna. Está acostumbrado a que ella se eche siestas en momentos raros del día.

Me llega un olorcillo a indol y a ácido úrico. Traducción: caca y pis. Hay una pequeña jaula de plástico en una esquina de la mesa. Retiro la cubierta, meto la mano, rodeo con ella un cuerpecillo tembloroso acurrucado sobre un montoncito de serrín y coloco el hámster en el cuenco que Noah ha hecho con las manos. Empieza a decirle cariñitos, se frota la mejilla contra el pelo del roedor. «Hola, Jerry, ¿estás bien, Jerry?». Tardo un poco en limpiar la jaula. Cuando Noah vuelve a colocar dentro a Jerry, el ratoncito se hace un ovillo y se acomoda en el serrín limpio, que despide un olor confuso a pino endulzado y amoniaco potente. Intento imaginar cómo los aditivos químicos baratos afectan sus diminutas glándulas olfativas y decido que probablemente prefiriera el olor de sus propios excrementos. Detesto, en general, la

idea de tener animales en jaulas. Si no fuera la mascota de Noah, le dejaría marchar.
—Venga, Noah. Te invito a una hamburguesa —le digo.

Thomasina y yo fuimos juntas a un internado. Yo llevaba desde séptimo en la Gaston School: uno de los pocos colegios que pudo encontrar Milosa, mi padre, donde aceptarían a chavales tan pequeños. Estaba ubicado en Boothbay, Maine, pero a mí me parecía más bien Tomsk, Siberia, que era donde me habían dicho que el gobierno ruso perdió la pista de mis abuelos maternos, en torno a 1944. Mi madre murió cuando yo tenía diez años, la edad de Noah. No habiendo sido nunca un angelito, me volví cada vez más desafiante, menos comunicativa. Prácticamente dejé de contestar las entrometidas preguntas de los adultos, y dejé de hacer caso de sus histéricas advertencias. Varias de las novias de Milosa se esforzaron en intentar entender qué me pasaba, pero ninguna llegó a nada. Luego él se volvió a casar y mi madrastra, Maureen, no perdió el tiempo y me diagnosticó como una auténtica niña problemática y sin remedio. Tenía pilas de libros que le daban la razón, y consiguió que también lo hiciera un médico del hospital infantil. Un internado con mucha «estructura» era una solución sensata, estaba claro. De hecho, el director Richard (Capullo) Bates no era ni de lejos el mayor cabrón de la Gaston School. Había otros más sádicos que él.

Thomasina llegó a Gaston en noveno curso, como el sobrante de un amargo divorcio del que ninguno de los dos progenitores salió con ganas de hacerse cargo de la custodia permanente. Su delgadez hacía pensar en un desorden alimenticio, lucía un intenso bronceado adquirido en unas vacaciones con su madre en las Azores e iba adornada con pendientes de aro y pulseras de plata que le llegaban hasta la mitad del antebrazo izquierdo. Y, como todavía llevaba aparato, tanto en los dientes de abajo como en los de arriba, que eran grandes y cuadrados, daba la impresión de ser un famélico animalillo pardo atrapado en una jaula metálica. Sus ojos parecían húmedos, como si tuviera una lágrima a punto de brotar que nunca caía. Su escepticismo era demasiado perpetuo y profundo como para llorar por algo.

Nos tanteamos mutuamente, nos vimos como lo que éramos y aceptamos lo que creíamos que serían nuestros funestos destinos. Hacíamos novillos; bebíamos sidra Boone's Farm, cerveza Budweiser y vino rosado Lancers; escalábamos el alto muro de piedra que rodeaba las siete hectáreas de terreno del colegio y saltábamos al arcén alquitranado de la Ruta 27, para llegar al pueblo haciendo dedo. Dondequiera que fuéramos, nos vanagloriábamos de cabrear a toda la gente que podíamos. Después de dos años alienándome en solitario, sentaba bien tener a alguien con quien meterme en líos.

A ninguna de las dos nos interesaba la universidad, así que después de graduarnos volví a casa, a Boston, y Thomasina vino conmigo. Alquilamos apartamentos a pocas manzanas la una de la otra, en Brookline, un barrio céntrico tirando a elegante, con

algunas zonas en decadencia, y asumimos vidas independientes. Yo empecé a trabajar en la empresa familiar, una compañía de perfumes que lleva el nombre de mi madre, Inessa Mark. Los padres de Thomasina —el uno en Francia, la otra en la costa oeste— tienen un montón de dinero y un saco sin fondo de culpa, lo que en esencia quiere decir que nunca ha tenido que trabajar.

Durante los primeros años, Thomasina y yo nos corrimos una larga juerga sinfín. Los bares más refinados pronto nos aburrieron; aquellos tipos enfundados en sus trajes de Brooks Brothers se tomaban a sí mismos demasiado en serio. Nos atraían las tabernas más cutres, especialmente las que estaban cerca del muelle. Los estibadores y los pescadores nos perseguían, literalmente. Disfrutábamos del poder que teníamos y nos halagaba pensar que rompíamos corazones allá donde íbamos.

Entonces Thomasina conoció a Ned y ambos se apartaron del mundo de los bares para acurrucarse juntos en su supuesto nidito de amor. Yo seguí bebiendo y saliendo con hombres un poco más, hasta que me aburrí de escuchar chorradas para ligar pronunciadas entre eructos por idiotas, y por fin dejé la botella para ir a la Universidad de Boston, donde estudié lengua y literatura rusa. Supongo que era algo que tenía que ver con mis raíces: mi esfuerzo por comprender el carácter ruso, por estar conectada de alguna manera a mi pasado ruso. No funcionó; yo no estaba del todo segura de lo que andaba buscando y no ser capaz de encontrarlo me sorprendió bastante poco. Pero lo que sí encontré fue un sufrimiento más brutal y prolongado que cualquier cosa que pudiera ofrecer mi historia de pobre niña rica, y ese puntito de perspectiva histórica me espoleó para empezar a madurar.

No fue una sorpresa que la relación entre Thomasina y Ned se desintegrara. Él era de clase obrera, un italoirlandés del sur de Boston. Ella es una iconoclasta brillante, privilegiada e indolente. Al principio parecía que trascendían todo eso. Se sonreían el uno al otro como ángeles iluminados desde dentro con bombillas de mil megavatios. Pude constatar, sin salir de mi asombro, que esa fase duró casi tres meses. Luego él debió de pensar que ya había dado de sí todo lo que podía en el apartado conversación, y empezó con sus miradas en blanco y sus inoportunas rascadas de entrepierna, mientras que ella empezó a desplegar todo el poder de su infrautilizado intelecto en desprecios tan brillantemente satíricos que él ni siquiera los entendía. El alcohol los llevó al borde de la violencia —cenas echadas a perder, platos rotos, vecinos gritando por las ventanas que se callaran de una vez—. Ella, sencillamente, era incapaz de perdonarle que fuera aburrido. Para cuando llegó Noah, ya se habían separado.

Nunca llegaron a casarse y los padres y la hermana de Ned se niegan a aceptar que Noah está emparentado con ellos. Prefieren pensar que Thomasina hechizó a Ned para convencerle de mantener al mocoso de otro tío. Confieso que yo misma me he preguntado por la paternidad de Noah, y sé que Ned de vez en cuando se sintió desconcertado por haber engendrado un pequeño genio que no se parece a él ni se comporta como nadie a quien él conozca. Pero Ned siempre fue un buen padre, al

menos tan bueno como pueda serlo alguien en esas circunstancias. Insistía en pagar la pensión alimenticia, aunque Thomasina no lo necesitaba y ningún juzgado lo había estipulado. Conseguía entradas para los Bruins, los Red Sox, los Patriot. Fuera invierno, verano u otoño, Ned y Noah siempre tenían sus escapadas. Visitaba a Noah un fin de semana de cada dos, almorzaban e iban juntos a la biblioteca o al parque, dependiendo del tiempo que hiciera. Si Thomasina se lo pedía, recogía a Noah después del colegio. A veces Thomasina dejaba que Ned se quedara a dormir y, cuando lo hacía, a él parecía gustarle. Yo le imaginaba intentando poner freno a sus modales de chico de barrio, intentando no ser un estúpido. La gente es capaz de hacer casi cualquier cosa por conseguir una caricia tierna.

Pero incluso con Ned poniendo de su parte, a Thomasina le abrumaba ser madre soltera. A sus padres, que no habían tenido tiempo para su única hija, les interesaba todavía menos un nieto; y no es que ella encajara precisamente en las reuniones de padres de alumnos. Pero nada de eso explica realmente por qué lo que solía ser un desenfreno estándar, admitamos que bastante feo pero relativamente contenido, se haya convertido en el último año en una adicción feroz, patética.

Ella sabe que tiene un problema. Lo ha intentado todo. No solo las reuniones de Alcohólicos Anónimos, también las de Recuperación Racional, las cartas del tarot, los eneagramas, la psicoterapia, los spas, la meditación, la confesión, leer a los ciegos y beber solo vino. Nada ha funcionado. Está unos cuantos días sobria por aquí, disfruta de un fin de semana de claridad mental por allá, pero al final su mano temblorosa vuelve a rodear el cuello de una botella. Viendo a Thomasina hoy, nadie se imaginaría cómo era: a los dieciséis años consiguió, en unos pocos meses, dominar el francés a la perfección; conocía a todos los personajes de Shakespeare y era capaz de recitar el Discurso de Gettysburg del revés, y terminar por los suelos, a carcajadas. Pero probablemente a nadie le cueste adivinar que los bultos que se aprecian en su bolso son botellitas de ginebra de las que se venden en los aviones.

Te quedas a su lado impotente; empiezas a asustarte de verdad. Sientes que por dentro hay algo desesperado, algo mucho más oscuro de lo que pensabas. Nada me gustaría más que dar la espalda al espectáculo de la gradual aunque tenaz autodestrucción de Thomasina. Pero entonces me acuerdo de Noah y cojo el teléfono. Me oigo a mí misma decir: «¿Cómo estás? ¿Cómo está Noah? ¿Qué pasa?».

Yo soy la madrina de Noah. En serio. Es un rollo católico. Cuando tenía dos meses, ahí estaba yo, con Thomasina y Ned, junto a un lateral del altar de una gran iglesia, con él en brazos. La pila bautismal era de frío mármol blanco y cerca de mi hombro se cernía un cura, cuyas vestiduras pastorales olían a cuero suntuoso, medieval, aplastado por una plancha de tintorería. Me hizo una pregunta: «¿Renuncias a Satanás y a todas sus obras?». Me pilló desprevenida y parpadeé: «¿Satanás?». Pero Ned y Thomasina me estaban mirando, y tenía a Noah en brazos, así que pensé en ello seriamente y contesté: «Si alguna vez me encontrara con él, sabría lo que hacer».

Esta respuesta debió de bastarle, porque el cura me hizo un gesto para que sostuviera a Noah sobre la pila. Vertió la copa que había estado sujetando y el agua corrió sobre la frente de Noah hasta la palangana de mármol. Noah frunció el gesto de su carita arrugada, pero apenas lloró. Hasta de bebé controlaba sus emociones, como si supiera que en este mundo no iba a haber mucho espacio para sus sentimientos. Para mi sorpresa, se me humedecieron los ojos con todas las bendiciones de madrina que quería dedicarle, pero lo único que tuve que darle fue un beso. Vi que Thomasina y Ned se apretaban la mano, y nos miramos los unos a los otros con cierta tímida desnudez, sabiendo que nos habíamos encontrado con un momento perfecto de nuestras vidas. Un momento tan pasajero como cualquier otro, ya perdido.

Ahora, en el Taffy, el restaurante de la esquina, Noah se dispone a enfrentarse a una hamburguesa con patatas. Consigue rodear el panecillo con los dedos, lo levanta hasta la boca y le da un enorme mordisco. Mastica como un león y traga. Cuando le pregunté, admitió que tenía hambre. Posiblemente en realidad esté muerto de hambre.

Hace tres días que se ahogó su padre. No tengo ni idea de cuánto sabe acerca del accidente. La historia salió en las noticias y ocupó algo más de espacio que un breve. Una foto de la jeta de tío normal de Ned flotando en una cajita, junto a la perfecta cara de chica de revista de la presentadora. Luego Ned se expandió hasta ocupar la pantalla entera. Cuando su cara estaba en la caja, parecía un tío agradable, alguien a quien conociste en el instituto que se había olvidado de peinarse. Cuando se agrandó para llenar la pantalla, se podían ver las decoloraciones oscuras que tenía en las sienes después de años pasados al sol; y sus ojos, color té verde, inyectados en sangre, parecían suspicaces, posiblemente deshonestos. Aunque tal vez solo diera esa sensación porque, en las noticias de la noche, todo el mundo parece un criminal. En cualquier caso, habría sido un error terrible que Noah viera la imagen de su padre fallecido en una pantalla de televisión.

—¿Quieres saber cómo ocurrió, Noah?

—Vale. —Ha aprendido a mostrarse complaciente.

—Fue un choque, como los que suceden en la autopista, solo que este sucedió en el mar.

—Eso ya lo sé. —Moja una patata en un cubito de ketchup para demostrar lo poco interesante que es esto.

Claro. Lo sabe todo sobre colisiones; ha visto un millón en la tele. Saltan chispas, los edificios se derrumban, los coches estallan en llamas. Menudo rollo.

Cojo el mantelito de papel sobre el que está mi sándwich de beicon, tomate y lechuga, y le doy la vuelta. Con un bolígrafo que me presta una camarera, esbozo la línea de costa desde el cabo Cod hasta Maine. Incluyo las islas del puerto de Boston y sombreo ligeramente el George's Bank.

—Tu padre y yo estábamos aquí —le digo, señalando un punto que podía

correlacionarse más o menos con uno a veinticinco millas al noreste de Boston—. Estaba levantándose una niebla espesa. Tu padre estaba en la timonera. Yo estaba en popa, poniendo cebo en las trampas para langostas. No se oía nada. No se veía ni la proa. Y lo siguiente que sé es que algo enorme chocó contra nosotros. Gigantesco, Noah. Un carguero. Nos dio por estribor, de costado. Eso significa que fue justo en medio del barco. Yo caí al agua y cuando salí a la superficie y miré atrás, el barco de tu padre estaba hecho astillas y el carguero estaba pasando de largo.

—Mi padre escapó a nado, como tú.

—La guardia costera le buscó durante unas cinco horas ese día, hasta que se puso el sol, y luego desde el alba hasta el ocaso al día siguiente. Tenían dos barcos patrulla, dos helicópteros y un avión de búsqueda C-130. Casi veinte horas buscándolo, Noah. También había allí algunos pescadores, amigos de tu padre. Participó mucha gente. Buscaron en un radio de ocho millas de donde me encontraron a mí.

—Guay —dice. Tiene la mirada vacía, como si no supiera que lo que le estoy contando es real.

—No le encontraron, Noah.

—Se escapó igual que tú. Se fue buceando.

—En algún momento tendría que salir a respirar.

—Si llegó a Atlantis, no.

—Atlantis es un lugar inventado.

—No lo es. —Me mira con reproche.

Yo he sido su canguro desde que era un bebé. Soy su hada madrina buena, la que juega con él y le acompaña voluntariamente en sus viajes imaginarios, la que no le dice nunca que sea sensato ni que se lave los dientes. Esta persona que está viendo es un nuevo yo.

Espero un poco.

Noah moja otra patata en el ketchup. La desliza varias veces por el fino papel que hay en el fondo del cestito de su hamburguesa, dejando rayas rojizas. A lo mejor está escribiendo un jeroglífico, intentando comunicarse. Si es así, probablemente yo sea la única persona que queda en el mundo con la voluntad de descifrarlo.

—A mi padre lo mató un monstruo —propone.

—Se ahogó, Noah —le digo con suavidad—. Se ha ido.

Frunce el ceño, furioso, se le hinchan las diminutas aletas de la nariz.

—¿Por qué chocó ese barco contra él? ¿Por qué no miraban por dónde iban? —Le han dicho eso cien veces. «Ten cuidado». «No corras». «Mira lo que estás haciendo». Pero él ya se ha dado cuenta de que los adultos no respetan esas reglas.

—Fue un accidente, Noah. Las colisiones en el mar suceden con más frecuencia de lo que piensas. —Me daría de patadas por hacer que suene como si fuera algo corriente.

—¿Por qué no se paró la gente para buscarle?

—Buena pregunta —digo yo, para ganar tiempo.

Es desesperante sentirse tan impotente. No quiero que Noah vea mi rabia. Si el capitán hubiera detenido el carguero inmediatamente, en cuanto se dio cuenta de lo que había pasado, nos podría haber salvado fácilmente a los dos. Pero no lo hizo. Siguió adelante. Probablemente quiso evitarse una investigación oficial, y el daño que pudiera sufrir su reputación.

Eso no se lo puedo decir a Noah. Así que le doy la respuesta típica.

—La guardia costera lo está investigando. Van a encontrar a la gente que iba a bordo del barco para preguntárselo.

Me mira con los ojos cansados y perplejos de un hombre decepcionado. Sabe que me estoy guardando cosas.

—Es posible que la gente del barco ni siquiera supiera que nos habían dado —le digo—. Ese carguero podría medir unos quinientos pies y pesar ni sé cuántos cientos de toneladas. Un doble casco de acero. Un puente de unos tres pisos de altura. Y con la niebla que había ¿de qué habría servido ponerse a mirar al mar? Con un tiempo así se fían solo del radar. Pero el océano es muy grande y no esperan encontrarse con nada, así que si ven algo pequeño, como el barco langostero de tu padre, pueden pensar que no es más que *clutter* marino, barriles de crudo flotantes o basura.

A Noah le tiembla el labio. Está intentando no llorar. Sus lágrimas son tan raras que la idea de que derrame una sola hace que me duela todo el cuerpo.

Pero se recompone, se pone a mirar por la ventana. Al otro lado de la calle hay una tienda de lámparas, un Walgreen's y un ultramarinos indio. Bajando la calle hay un parque con zona infantil donde iba a menudo con su padre y al que yo también le he llevado. Cuando era pequeño le gustaban los columpios, pero el tobogán no. En los columpios podía mantenerse ojo avizor por si ocurría algo inusual; el tobogán le desorientaba demasiado.

Me pregunto en qué está pensando. Tal vez en que el mundo es profundamente injusto y peligroso, solo que no tiene palabras para expresarlo. Tal vez no esté pensando en nada en absoluto y simplemente está asumiéndolo. Coches, barcos, niebla. Madres borrachas, padres ausentes. Choque. Ahora desearía no haberle dicho que tal vez confundieran el barco de su padre con basura.

Dibujo una embarcación que se parece al *Molly Jones*.

—Hay una cosa importante que quiero que sepas. Tu padre probablemente podría haber saltado por la borda y alejarse nadando, como hice yo. Pero si lo hubiera hecho, los dos habríamos muerto, porque nadie habría sabido que estábamos allí. Así que tu padre permaneció en la timonera y llamó a la guardia costera.

Noah me está mirando fijamente, y a mí me cuesta devolverle la mirada.

—Tu padre me salvó la vida.

Noah frunce el ceño. Levanta la hamburguesa despacio.

—¿Quería casarse contigo?

—No. Solo éramos amigos.

—¿Por qué?

—¿Por qué éramos amigos?

—¿Por qué no quería casarse contigo?

—Pues porque no, sin más. El matrimonio es una cosa especial. Estábamos bien siendo solo amigos.

—¿Por qué mi madre y mi padre no se casaron? ¿Eran ellos solo amigos?

Esta pregunta no es fácil. Le digo que solían ser más que amigos, y que luego se convirtieron en amigos.

Deja en la bandeja lo que le queda de hamburguesa, le quita el pan, extrae un pepinillo del mejunje de mostaza y ketchup y lo coloca cuidadosamente sobre el envoltorio. Sin mirarme, dice:

—Si tú y mi padre os hubierais casado, tú serías mi madrastra.

Así es como me entero de lo mal que lo está pasando; nunca antes me había dicho nada así. Me tomo mi tiempo antes de responder.

—Yo no estoy hecha para la maternidad, Noah. Pero si tuviera que ser la madrastra de alguien, querría ser la tuya.

Me mira a los ojos con toda la confianza que es capaz de otorgarle a nadie y yo pienso en dos palabras que no he dicho desde que se murió mi madre. *Te quiero*. Se las diría, pero me temo que no tengo lo que hay que tener para cumplir la promesa que esas palabras implican.

Noah se saca algo del bolsillo de su chaqueta. Es un disco blanco amarillento repleto de diminutas venas y agujeritos. Tiene un diámetro de unos cinco centímetros, una anchura de dos y medio y los bordes lisos como el cristal.

—Qué bonito —le digo—. ¿De dónde lo has sacado?

—De mi padre. También me dio más cosas.

—¿De dónde lo sacó él?

—De una ballena.

—¿Eso te dijo? —Tiene, vagamente, aspecto de ser de origen animal, pero nunca he visto un hueso como ese. Para mí que se trata de algún tipo de roca. Es evidente que ha sido cortado y parece haber sido pulido también.

Noah se inclina hacia delante y susurra:

—Mi padre una vez luchó contra una ballena. Se metió en una barquita y la siguió y la mató con un arpón. La ballena no murió inmediatamente. Tiró de mi padre y lo arrastró por todo el mundo, pero él siguió agarrado con todas sus fuerzas. La ballena no paró de sangrar en todo el tiempo y al final se desangró hasta la muerte y mi padre tiró de ella hasta meterla en la barca. Se pasó toda la noche despierto cortándola en pedazos y se quedó con algunos huesos. ¿Ves? —Agita el disco de marfil—. Un hueso de ballena. —Me lo entrega.

Cuando Noah era un bebé tenía los ojos enormes, azul oscuro. Apretaba los labios exhalando besos diminutos, como si no pudiera evitar dar al mundo el amor que rebosaba. Solíamos jugar a una cosa juntos: nos sentábamos uno delante del otro, él

en una trona, y yo en una silla de la cocina. Nos pasábamos algo el uno al otro —un patito de goma, una figurita ninja o algún otro juguetito— una y otra vez durante mucho rato mientras nos sonreíamos con la mirada. Esto me recuerda a aquellos tiempos. Solo que cuando intento devolverle el disco, él lo empuja hacia mí rápidamente.

Tal vez el tipo de héroe que le he descrito —el tipo de héroe que hace llamadas por radio pidiendo ayuda— no es lo bastante bueno. Él necesita uno que blanda arpones.

Hago girar el tesoro en mi mano despacio, inspeccionándolo, respetándolo.

—Bonito, Noah. Muy bonito.

Lo agarra y se lo mete en el bolsillo de la chaqueta, se coloca la solapa y se abrocha los botones; mira a su alrededor, a la gente que está comiendo en el restaurante. De repente vuelve a ser un niño inquieto, espabilado por una hamburguesa, seguro de su derecho a creer en las historias que le consuelan y a pasar por alto los hechos que no es capaz de comprender. Todavía le queda tiempo antes de ponerse a hacer los deberes, y dice:

—Oye, Pirio, ¿después de esto podemos ir a tu casa a jugar al dominó?

Capítulo 2

Es sábado por la mañana, una semana después del accidente, y estoy sentada en un silenciado estudio de televisión de Brighton. Al otro lado de los deslumbrantes focos de mil megavatios hay público real, más de doscientos fans del famoso Jared Jehobeth, que ocupa la butaca que tengo justo en frente de mí. Parece completamente relajado. Se ajusta la corbata, aparentemente perdido en sus propios pensamientos, convocando a su personalidad de presentador de televisión para que salga de dondequiera que la tenga guardada. A la izquierda tengo una mesita. Veo que han tenido la consideración de proporcionarme un vaso de agua, por si me ahogo.

Este es uno de los últimos lugares donde pensé que algún día me encontraría. Odio la televisión en general y los programas matutinos en particular. Así que cuando el productor ejecutivo se puso en contacto conmigo después de leer la crónica de la colisión en el *Globe* para pedirme que fuera de invitada al programa, decliné de inmediato.

Luego me lo pensé mejor. Nadie había dado un paso al frente para asumir responsabilidades por la colisión. Cuanto más tiempo pasara, más probable era que el carguero que hundió el *Molly Jones* escapara. ¿Y si darle publicidad a la historia llevaba a algún miembro de la tripulación a confesar, o a dar un soplo anónimo? Así que le devolví la llamada al productor.

Ahora mismo estoy poniendo en duda lo acertado de esa decisión. Me separo el pelo de la nuca, me lo enrosco ligeramente sobre el hombro —un gesto que normalmente me relaja, pero que provoca que una ayudante de producción se materialice junto a mi codo, me rocíe el pelo con un espray, me lo peine y me lo vuelva a colocar exactamente igual que antes—. Bajo estas luces que dan tanto calor la plasta de maquillaje con la que me han embadurnado está empezando a deslizarse como el barro y me baja por la cara. Me alegro de haber dicho que no al resto del camuflaje cosmético que intentaron convencerme de que llevara. Un joven productor en camiseta y vaqueros está al pie del escenario con la mano en alto, contando hacia atrás los segundos con los dedos hasta que se encienda el piloto rojo que indique que estamos en el aire.

Ahora el productor señala con el dedo índice, en silencio, enfáticamente, a los dos que estamos sentados en el escenario y el piloto rojo florece en mi visión periférica. Siento un subidón de miedo que me marea. Es como si hubieran retirado un andamio. Bajo la mirada para descubrir que, en efecto, estoy vestida —una camisa de seda roja, una falda gris corta con medias negras y botas negras altas—. Mientras, Jared Jehobeth se ha encendido como una bombilla de neón. Rezuma tal confianza y encanto que incluso su anodino traje consigue parecer sofisticado. Da la bienvenida al público del estudio y a todos los demás miles de espectadores de *Por la Mañana con Jared Jehobeth*. Las implicaciones levemente sugerentes del título no le hacen

pestañear. En cambio, sus ojos brillan como inocentes globos azules y su melena de pelo castaño y el colorete rosado que le ponen le hacen parecer tan fiable como un monje franciscano. Pero tiene fama de hacer entrevistas incisivas: ha expuesto a los responsables de productos defectuosos al escarnio público, obligado a maltratadores de mujeres y a padres holgazanes a arrodillarse y suplicar el perdón de sus familias.

Explica que hoy tiene una invitada muy especial, una joven de excepcional coraje que está aquí para contar un relato asombroso que casi no se puede creer. Esto suena tan bien que por un momento me olvido de que está hablando de mí.

—No sigan viendo *Supervivientes*; aquí tenemos la versión real. Después de que una colisión en alta mar hundiera el barco pesquero en el que se encontraba, donde presuntamente se ahogó el capitán, esta joven increíble pasó casi cuatro horas nadando en la aguas del Atlántico Norte a temperaturas de cinco grados antes de ser rescatada. Por lo que sabemos, nadie antes ha sido capaz de semejante cosa, amigos. Nadie sabía que *pudiera* hacerse. Una persona normal puede aspirar a sobrevivir en esas temperaturas un máximo de dos horas. ¡Es una superviviente y una fuente de inspiración, es una maravilla médica y una mujer muy afortunada! —Se gira hacia mí, con los ojos brillantes de generosa admiración—. Te agradezco que hayas venido, Pirio Kaspárov. Ahora cuéntanos qué pasó allá afuera.

Se me cierra la garganta. Tengo ganas de huir del escenario. Le miro implorando perdón, horrorizada.

Lanza en mi dirección un gesto mínimo de intensa irritación.

Digo la verdad, aunque sé que suena como si estuviera eludiendo la respuesta.

—Me temo que no recuerdo gran cosa.

Jared Jehobeth se echa hacia atrás, un gesto dramático de incredulidad.

—Escapaste a nado de un barco que se hundía, pasaste horas remando en agua helada y, según me han dicho, seguías consciente cuando te encontraron. ¡Tienes que acordarte de algo!

De acuerdo. *No hay otra manera de salir de aquí más que yendo a por todas.* Reúno mis fuerzas, me concentro, viajo atrás en el tiempo. Inmediatamente, como si hubiera estado esperando entre bastidores a que le diera el pie, aparece sobre mí una gigantesca pared de agua gris, rayada, se sostiene en el aire, se arquea, y empieza a caer. Aguanto la respiración instintivamente. En mis oídos hay un rugido horrible y siento un terror tan absoluto que de buen grado daría mi vida para librarme de él.

Debo de estar poniéndome pálida, porque Jared Jehobeth interviene.

—Vamos a los momentos inmediatamente anteriores al accidente. ¿Qué estabas haciendo?

—La sensación era como... bueno, primero... Yo estaba de pie en popa. Mi amigo, Ned Rizzo...

—El hombre que falleció. Padre de un niño, ¿verdad?

—Sí. —Confío en que Noah no esté viendo esto. No ve mucha tele, y Jared Jehobeth no es su tipo de programa, pero aun así le dije a Thomasina que esta mañana

lo mantuviera alejado del televisor.

—Estaba cebando trampas para langostas. Había mucha niebla. Desde donde yo estaba, apenas podía ver a Ned en la timonera. Llevaba puesto un chubasquero amarillo. Son prendas muy llamativas, ¿sabe? —Me estoy desviando hacia detalles irrelevantes, cualquier cosa para evitar lanzarme hacia delante.

Jared Jehobeth me sostiene la mirada, inmovilizándome la cabeza como si me hubiera hecho una llave con los ojos. En su mirada hay compasión, pero también arrogancia. Cuando esta entrevista termine, no volveré a verle. Pero por ahora es una especie de mejor amigo.

—Dejé de colocar cebos cuando vi que me estaba sangrando el pulgar derecho por la base del dedo. Las bisagras de las jaulas para langostas son muy afiladas. Dejé caer un cubo vacío por la baranda de la cubierta, lo llené de agua de mar y metí la mano para entumecerla y que parara de sangrar. —Me oigo hablar y estoy impresionada. ¡Sueno muy competente!

—Tenías que saber que estar sumergida en agua a esa temperatura durante un periodo de tiempo significaba la muerte segura. —Menudo genio, este hombre.

—No estaba pensando en eso.

—Pero lo sabías.

—Sí.

Jared Jehobeth dispara una sonrisa de triunfo a su público. Me va a convertir en una heroína; de eso trata todo esto. Me siento tonta por no haberlo visto venir. Y ligeramente sobrecogida. Pensar que una persona pueda reinventarse tan fácil y tan falsamente. Lo único que hice fue saltar de un barco condenado a hundirse para salvar el pellejo. Luego mi cuerpo, por su cuenta, entró en una especie de hibernación médicamente misteriosa, rara vez documentada y, de alguna manera, consiguió preservar la temperatura mínima en sus órganos vitales, hasta que llegó la guardia costera y me sacó del mar. Cuando me encontraron yo no era más que un saco de carne azulada, saturada de agua. Ahí no hay ningún mérito que yo pueda atribuirme; ninguno que *quiera* atribuirme.

—La verdad es que estaba algo mareada. No soy una pescadora experimentada. No me gustaba tener frío y estar mojada.

Oigo al público intercambiar risitas afectuosas. Soy exactamente igual que ellos.

—Ned me había dicho que terminaría acostumbrándome al movimiento, pero lo que no podía soportar era el olor. Todos esos vapores del diésel mezclados con los cebos, que son básicamente vísceras de arenque medio putrefactas.

El público se estremece con empatía.

—Fuera como fuera, me sentía bastante deprimida, y la niebla no hacía sino empeorar las cosas. No paraba de escudriñarla, intentando ver la línea del horizonte, pero apenas era capaz de ver la proa. Justo antes de la... eh... colisión, todo estaba en silencio, demasiado silencio. Vi un enorme muro negro a pocos metros de proa, como acechando en la neblina. Al principio no parecía que se moviera. Luego me di cuenta

de que se estaba deslizando deprisa a estribor. Y enseguida vi el casco de acero de un barco gigantesco, tan alto que no podía ver su extremo superior, aplastando la borda a unos tres metros de donde yo me encontraba.

»La cubierta empezó a resquebrajarse bajo mis pies. Se oyó un ruido horrible, muy fuerte. Lo siguiente que sé es que me estaba tirando al mar por un lado del barco. No recuerdo haber tenido miedo. Solo estaba pensando en lo injusto que era que, con lo incómoda que estaba ya, ahora encima iba a estar empapada.

—¿En qué más pensabas? —pregunta Jared Jehobeth sin aliento.

Cierro los ojos y me concentro.

—Estaba pensando... *No te mueras, Ned.*

—Ah. —Se reclina en el asiento, muy satisfecho—. ¿Y después qué pasó?

—Cuando caes en agua tan fría entras en *shock*. Cada mínima parte de tu cuerpo está en *shock*. Luego no sientes nada. Estuve buceando un rato, sorprendida de poder mover las piernas y los brazos.

—¿Cómo se está allí abajo?

Casi sonrío. Quiere una crónica de viajes, como si acabara de regresar de un lugar extraño. El mundo del Pequeño Nemo, posiblemente. O el Planeta del Calamar Gigante.

Pero mi historia avanza a toda prisa, no hay tiempo para preguntas.

—No tragué agua. Mis conductos respiratorios se cerraron, sin más. Las piernas y los brazos iban a lo loco; era todo instintivo. En el instituto practicaba salto de trampolín y sigo nadando un par de veces a la semana en el centro de la YMCA. Eso probablemente me ayudara, no lo sé. Vi un resplandor y me imaginé que sería la superficie, así que me dirigí hacia allí. Y entonces llegué al aire, con arcadas, intentando mantener la cabeza fuera del agua. Por fin, miré hacia atrás.

—¿Qué viste?

Sacudo la cabeza muy ligeramente. Esta parte no la diré. Duele demasiado. Sin embargo, en la imagen que tengo en la cabeza, la escena está perfectamente clara: la mitad delantera del *Molly Jones* alejándose del enorme barco que lo ha cortado en dos como una cabeza separada del tronco por una guillotina, inclinándose, deteniéndose, y luego desliziéndose bajo las olas, más deprisa de lo que hubiera pensado que era posible, mientras que el carguero entra y sale silenciosamente de las montañas de niebla, como una gigantesca fortaleza de acero flotante.

Haciendo caso omiso de los ojos en busca de drama de Jared Jehobeth, sigo con la historia.

—Mientras estaba allí flotando, chocó contra mí un tablón. Me agarré a él, me metí un extremo entre las piernas, y me tumbé a lo largo. Por fin me alcanzó la estela del barco, que formaba olas enormes. Me sumergía, y volvía a salir. Ese fue el momento en el que más miedo tuve, me parece.

—¿Sentías dolor?

—No. La hipotermia no duele. Te quedas grogui y es como... como si te

durmieras.

Jared Jehobeth se levanta la corbata, vuelve a colocarla en su sitio con una palmadita y sonrío.

—Bueno, desde luego estamos felices de tenerla con nosotros, señorita Kaspárov. Ahora cuénteme, ¿cómo se sintió cuando se dio cuenta de que la estaban rescatando, de que después de todo lo que había pasado, iba a salvarse?

—Ojalá pudiera responder a esa pregunta, pero no recuerdo el rescate en sí. Me dicen que estaba consciente, pero lo único que recuerdo es despertarme desnuda en un saco de dormir, hecha un ovillo entre los fuertes brazos de un hombre muy cálido y muy vivo.

—¡Oh, maravilloso! —dice Jared Jehobeth, animándose y guiñándole un ojo al público—. El intercambio de calor corporal es el tratamiento recomendado para la hipotermia. ¿Estaba sorprendida?

—Pensé que me había muerto y que estaba en el cielo.

El público rompe a aplaudir y podría jurar que Jared Jehobeth me dirige a mí también un guiño que dura un nanosegundo, como reconocimiento de un actor a otro. Sonrío a pesar de todo, sin terminar de creérmelo. Me estoy desenvolviendo como una campeona. Siento al tiempo náuseas y una delirante alegría.

—En realidad estabas en un helicóptero de la guardia costera, siendo transportada a un lugar seguro —explica—. Es verdaderamente una historia asombrosa. Muchísimas gracias por compartirla. ¡Señoras y señores, aquí tienen a Pirio Kaspárov, una verdadera superviviente!

El público vuelve a aplaudir con entusiasmo. No veo más allá de las luces centelleantes, pero puedo sentir la masa de su aprobación fluyendo hacia mí. Es sorprendentemente agradable.

Jared Jehobeth se gira en la butaca para mirar a las cámaras.

—Quédense con nosotros, amigos. Volveremos después de esta breve pausa.

El piloto rojo se apaga. Jared Jehobeth se desinfla. Saca un pañuelo, se seca la frente. La ayudante de producción aparece junto a mí y me invita a abandonar el escenario, de vuelta a la tristona sala de espera desde donde acompañan al plató al siguiente invitado, un gurú de la dieta sana. Me agradece mi presencia y me entrega mi abrigo.

—¿Ya está? —digo yo.

Ella sonrío fríamente.

—Sí, ya puedes irte.

Unos minutos más tarde estoy en el aparcamiento, bajo una lluvia fina que se convierte en niebla ante mis ojos. Me siento un poco irreal, como si hubiera estado respirando helio. A un lado de donde me encuentro chillan los coches de la circunvalación de Massachusetts; al otro lado se ciernen monstruosos edificios industriales. Arranco el Saab que tengo desde hace doce años y emprendo el camino de vuelta a la ciudad, preguntándome si alguien llamará para dar alguna pista.

Capítulo 3

La alta fachada de aspecto medieval de la iglesia Puerta del Cielo en el sur de Boston ha caído bajo una sombra húmeda. Si no sentías temor de Dios antes de ver esta iglesia, lo sentirás después. O por lo menos de quien encargase una estructura tan amenazadora y tan falta de piedad. Los dolientes entran en fila por las pesadas puertas claveteadas, cerrando los paraguas, desabrochándose las gabardinas. Es la misma iglesia donde fue bautizado Noah; al entrar reconozco la pila de mármol a un lado del lejano altar. Me siento discretamente en uno de los últimos bancos y miro entrar a los amigos de Ned.

A los pescadores es fácil distinguirlos por sus rostros colorados y curtidos. Uno de ellos cojea —tal vez porque un anzuelo volador le impactó en la pierna, o se la aplastó una regala—. La mayoría probablemente ya hayan ido a funerales en los que no hay ataúd. Bajo techo parecen incómodos, respirando aire seco, caminando un paso por detrás de sus robustas y prácticas mujeres.

Los padres de Ned, su hermana y su cuñado, y sus revoltosos gemelos, están sentados ya en el primer banco. Thomasina y Noah también, pero al otro lado del pasillo. A Phyllis, la madre de Ned, esto probablemente le espante, probablemente desearía haber acordonado la zona para que Thomasina no fuera el centro de atención. Pero por lo visto, Thomasina ha llegado lo bastante pronto como para reclamar el mejor sitio antes que nadie, colocando a Noah a su lado como un amuleto. *¿Veis? Este es su hijo, a pesar de lo que vosotros creéis.* Lleva puesta una voluminosa capa con capucha que recuerda a la mismísima parca o a una monja excesivamente piadosa. Supongo que debajo de sus pliegues lleva una camiseta apretada, casi transparente, posiblemente con lentejuelas, y vaqueros de diseño imposiblemente estrechos, de los que cuestan más de trescientos dólares, y estaría dispuesta a apostar también que lleva los ojos pintados con mucha raya y pegotes de rímel que, cuando llore, se correrán y le harán parecer un espectro. En esta fase de su adicción es incapaz de cualquier decoro, aunque tampoco es que se le diera nunca muy bien.

El cura nos hace esperar a todos, y luego aparece por una puerta lateral como una estrella del rock eclesiástico, con una lujosa túnica morada, acompañado hasta el altar por un rebaño de chicos, sus blancas túnicas aleteando. Nos da la espalda, levanta los brazos hacia el enorme crucifijo que hay sobre el sagrario, los baja a la postura de oración y continúa hasta el atril que hay a la izquierda del altar, donde empieza a hablar. Tiene cara de niño y una voz clara y tranquila; intento escuchar, pero es como si tuviera tapones de algodón en los oídos. Soy sorda ante la religión y no puedo estarme quieta. La misa se alarga y se alarga. Una hubiera pensado que al no haber un cuerpo que enterrar las cosas irían un poco más rápido.

Por fin el cura abandona el altar y camina con magistral elegancia por la nave

central, su sotana agitándose tras de sí. Thomasina y Noah se apresuran a seguirle. Los padres y la hermana de Ned, con su familia, se ven obligados a ir detrás de ella. Thomasina me sorprende con su porte solemne y su dignidad; en un santiamén es capaz de recuperar sus impecables modales de aristócrata. La que está roja y resoplando es Phyllis, que se seca los ojos. Los demás asistentes les dejamos pasar, dándoles sitio de sobra. La familia del fallecido ocupa un círculo interior de dolor que todos queremos honrar y evitar.

La gente empieza a abandonar despacio los bancos. Yo me quedo atrás, reacia a irme, lo que es extraño. Necesito sacar algo de este oficio religioso. Una especie de consuelo, supongo. En mi mente aparece una imagen de Ned, con los ojos vidriosos, hinchado, flotando a pocos metros del suelo marino peinado por las traineras, con el pelo ondeando alrededor de su cráneo como algas en la corriente y una de las langostas que quería cazar rodando por encima de su chaleco acolchado naranja.

Mi mirada se pasea azarosamente por las estatuas policromadas de santos, las titilantes velas votivas rojas, los relieves en madera de las estaciones de la cruz. Todo ello diseñado para reconciliar a la humanidad con el sufrimiento y la muerte. Desearía de todo corazón que los extraños mitos de la religión me funcionaran, pero no es así. Con todo, ahora mismo no me siento capaz de alejarme de esto. ¿Y si me estuviera perdiendo algo que se esconde a plena vista? ¿Y si me equivoco?

Consigo recomponerme y me uno a los rezagados que pasan al vestíbulo de mármol. En la puerta principal hay alboroto. No veo nada por el gentío, pero oigo que las voces suben de tono y, luego, con el corazón encogido, un chillido de Thomasina.

—¿Qué estás haciendo? ¡Quítame las manos de encima!

Me abro paso a empujones y lo primero que veo al dejar atrás a la multitud es a Phyllis, rígida e hinchada de rabia, impidiendo la salida a Thomasina y a Noah. Lleva un sombrerito redondo, abrigo y bailarinas oscuras; los rizos apretados llenos de laca. Parece una mujer que ha trabajado duro, sacrificado muchas cosas, pedido pocas y respetado las reglas. Una mujer que se considera, por tanto, con derecho a la amargura. Con una mano sujeta con fuerza el bolsito negro contra el pecho; con la otra, por lo visto, acaba de sacudir a Thomasina.

—¡Cómo te atreves a caminar delante de nosotros! ¡Cómo te has atrevido a aparecer por aquí, para empezar! Arruinaste a mi hijo. Nunca volvió a ser el mismo después de irse contigo. Y ahora te metes aquí y te sientas en el primer banco como si hubieras sido su mujer. ¿Por qué has venido? ¡Este no es tu sitio! ¡No tienes ningún derecho a caminar delante de nosotros!

Me estremezco. Veo que Noah se pone rígido. Thomasina alarga la mano buscando la de su hijo. Hay docenas de personas mirando. Ninguna hace un solo ruido.

En este momento, el padre de Ned, de pie, un poco detrás de su mujer, rompe su aturdida incredulidad y da un paso al frente, toma a Phyllis por el codo y la conduce hacia la puerta. Ella sale a trompicones, con la cara dolorosamente enrojecida,

gritando por encima del hombro.

—¡Mírate! Vienes a la iglesia vestida así: ¡como una guarra! No me importa quemarme en el infierno por decir...

La enorme puerta se cierra apagando su voz y la multitud se queda de pie durante un momento, paralizada por el susto. Luego la gente empieza a moverse de nuevo, a hundir sus dedos en el agua bendita y a hacer la señal de la cruz con la cabeza gacha, murmurando oraciones. Es como si hubieran decidido que fuera lo que fuese lo que acaba de pasar, a lo mejor no pasó. Y si pasó, ya no hay nada que hacer para arreglarlo. No obstante, en su éxodo, dejan un buen par de metros de espacio vacío alrededor de Thomasina y de Noah, que se quedan de pie exactamente en el mismo sitio, como dos estatuas humanas en un cuadrado de mármol.

—Thomasina... —Le toco el brazo.

—Está bien, Pirio. Puedo con esto —dice con voz firme.

Tiene los ojos fijos en la puerta. Al otro lado, habrá un puñado de escalones de piedra que tendrá que bajar. Seguidos de una acerca llena de gente y una esquina en la que habrá pequeños grupos de personas charlando. Miradas, susurros, sonrisas malévolas. Luego el camino a casa en coche con un niño de diez años de luto y repudiado. Pero sí, ella podrá con esto. Caminar entre la gente sin mostrar emoción alguna. Inventarse algo vago y casi creíble para contarle a Noah sobre lo que acaba de pasar. *No es culpa tuya. Es culpa mía. A tus abuelos no les caigo muy bien. Qué tontería, ¿verdad?* Nadie podría enfrentarse a este desafío mejor que Thomasina. Hasta hará que parezca fácil. Pero esta noche cuando esté sola tirará del Stolichnaya otra vez, en lugar del vino habitual. Y lo mezclará con un quinto de deseos de venganza y perderá el conocimiento tirada en el sofá, donde Noah la encontrará por la mañana y tendrá que preguntarse por un momento si sigue viva.

Respira profundamente, coge a Noah firme de la mano; él me mira, confundido y asustado, y yo le animo con un movimiento de cabeza. Y ahí van, espaldas rectas, miradas al frente. Un hombre les sostiene la puerta, pero aparta los ojos cuando pasan. Tal vez por cobardía, o por simple dolor, me quedo en el vestíbulo hasta que está vacío. Cuando por fin salgo, no hay rastro de Thomasina ni de Noah, y tampoco de Phyllis o de su familia.

Acaba de ponerse el sol. El aire tiene un tono violeta apagado. Una paloma blanca y gorda se acerca a mí contoneándose, moviendo el cuerpo a un lado y al otro como si tuviera patas de distintas alturas. Con esta luz, sus plumas parecen luminiscentes. Siento el impulso de ponerme en cuclillas y, al alargar la palma de la mano, la paloma se acerca. Me picotea los dedos un ratito, y luego se marcha andando, sin prisas.

Esta es la segunda cosa rara que me ha ocurrido recientemente. Anoche escuché gaitas en mitad de la noche. Abrí la ventana y me asomé. Era una canción tranquila que nunca había oído. Estuve escuchando un largo rato y cuando regresé a la cama, la música seguía sonando. Sentí que las gaitas me cantaban una nana para que me

volviera a dormir.

Mi paloma vuela a la azotea del edificio de enfrente y desaparece al otro lado del tejado. Hay un hombre en la acera justo debajo de ese punto. Me está mirando con concentración y parece preocupado. Tiene unos treinta años, altura media, una cara ancha, pesadas gafas negras y rizos castaños que casi le llegan a los hombros. Tiene una mano en el bolsillo. Rezuma un aire de decoro, de fortaleza controlada, de palabras guardadas detrás de labios apretados.

Cruza la calle, sube ágilmente por las escaleras, alarga la mano.

—Larry Wozniak, un viejo amigo de Ned.

Estrecho su mano —es cálida y seca—. Me doy cuenta de que estoy estrechando su mano izquierda con mi mano izquierda.

—Terrible, ¿verdad? Era tan joven... —Parece saber que no dice más que tópicos.

Le doy la razón vagamente y empiezo a bajar las escaleras. Ha sido un funeral largo y no estoy de humor para cháchara.

—Tú estabas en el barco, ¿verdad? —Y añade rápidamente, siguiéndome—: Te he reconocido por la foto del periódico. Yo, eh... quería saber si... ¿Ned y tú, eh...? ¿Le conocías bien? —Se ha ruborizado y no sabe qué decir.

—Si me estás preguntando si éramos amantes, la respuesta es no. Amigos, sí. Pero solo hasta cierto punto.

—¿En serio? —Lo dice como si mi respuesta fuese mucho más interesante de lo que es y ajusta su paso al mío—. ¿Qué quieres decir con «hasta cierto punto»?

—Quiero decir que soy amiga de su exnovia y madrina de su hijo. Salí con él en el barco porque necesitaba ayuda. El barco era nuevo, acababa de empezar y todavía no había encontrado a un trabajador habitual. Era sábado y yo no tenía nada mejor que hacer, así que accedí. Me gusta probar cosas nuevas.

—Ah, no sabía que no eras una pescadora de verdad.

—No, solo una de mentira. Una diletante de la pesca, podríamos decir. Aunque una vez que una persona se ha visto envuelta en un accidente fatal en alta mar, no creo que esa distinción deba tener mucha importancia.

—No, probablemente no. —Parece humillado, pero sé que es solo momentáneo—. Supongo que Ned te explicaría lo que hacer.

—Me enseñó a cebar las trampas de langosta antes de abandonar el muelle. Me dijo que a la vuelta me enseñaría a extraer las nasas. Se supone que antes del anochecer íbamos a estar en casa.

—¿Alguna vez te comentó algo sobre por qué se iba a dedicar de repente a la langosta?

—Llevaba veinte años trabajando en grandes traineras industriales y en pesqueros de palangre. A lo mejor se cansó de pasar semanas en alta mar haciendo pesca de arrastre para una empresa sin alma y quería su propio barco, su propio pequeño negocio. Para mí tiene sentido.

—¿Pero nunca te dijo exactamente por qué?

—No le iba eso de dar muchas explicaciones sobre sí mismo. Podía hablar en profundidad de los Red Sox, de los Bruins y de los Patriots. Y del tiempo. Decir, por ejemplo: «Hace buen día, ¿eh?». O: «Para mí que va a llover».

Larry ha ido haciendo eslabón por las farolas y los buzones, intentando seguirme el paso por la estrecha acera. Lleva una gabardina vieja y andrajosa sobre una chaqueta gris marengo de raya diplomática, camiseta negra y vaqueros. Pienso que por lo menos podría haber encontrado unos pantalones un poco más adecuados para la ocasión. A veces parece que el mundo se estuviera rindiendo, entregándose al desaliño. Supongo que dentro de mí también tengo algo de Phyllis.

—¿Por qué quieres saber todo esto? —le pregunto, con creciente irritación.

—Solo por curiosidad, supongo. Perdimos el contacto. No sabía en qué andaba. —Luego, como si se le acabara de ocurrir, me pregunta—: ¿Puedo acompañarte hasta el coche?

—Ya hemos llegado. —Abro la puerta del Saab manualmente, con la llave.

Él arrastra los pies, incómodo.

—Una cosa más: ¿viste... eh... viste quién os dio?

—¿Te refieres al barco que nos atropelló? —No me puedo creer que me esté haciendo esta pregunta en este momento.

Sus ojos se mueven hacia un lado.

—Sí, ¿no verías por casualidad el nombre escrito en el travesaño de popa, o algún número que tuviera en el costado?

—No, no vi el nombre. Para mí solo era un barco. Un jodido barco gigantesco.

Capítulo 4

La segunda parte del ritual —la fiesta posfuneral— tiene lugar en el antro preferido de Ned, el pub Murphy's. Están allí todos sus amigos, pero nadie de su familia cercana. Hay una mesa de bufé con embutidos, lasaña, ensalada verde y pasteles. Hay un DJ al que le han dicho que pinche temas de los sesenta, setenta y ochenta: las canciones que pusieron música a la vida de Ned. Es como la celebración de una boda, solo que sin feliz pareja besándose ni chicas con vestidos horrendos. Pero todo el mundo habla, ríe, llora y bebe de la misma manera, como si sus vidas dependieran de ello, y no es arriesgado apostar que muchos de ellos esperan que la noche sea larga, para que el tumultuoso infierno que llevan dentro encuentre salida si quiere.

Veo a Noah y a Thomasina sentados a la barra y me abro paso hasta ellos por la sala repleta de gente. A Noah le han puesto un sándwich de jamón, patatas fritas, pepinillos y una Coca-Cola. Las sombras azuladas bajo los ojos y el hecho de que se haya aflojado la corbata le dan aspecto de banquero cansado. Parece aliviado por haber salido de la jurisdicción de Dios, pero no tiene claro cómo desenvolverse entre estos adultos que se comportan como niños revoltosos. Thomasina roba una cereza marrasquino de las provisiones del camarero y se la ofrece. Él la rechaza —es pejugero a la hora de seguir las normas—, así que ella se la mete en la boca y coloca el tallo en su servilleta de cóctel. El vaso que tiene delante está lleno de un líquido transparente, con diminutas burbujas, y una rodaja de limón.

—Agua con gas —me informa de inmediato, pero la mirada se le va a un lado, porque sabe que no va a durar.

Noah está viendo el partido de béisbol en el televisor que hay encima de la barra. Uno de los tíos que está viendo la tele le pasa un bol de cacahuets y empieza a hablar con él, de hombre a hombre, sobre quién va a ganar. Noah acerca su taburete a él, para poder comerse los cacahuets y ver la tele mejor, y yo ocupo su lugar. El hombre sentado al otro lado de Thomasina tiene el pelo oscuro, la piel tersa y aceitunada y un rostro juvenil y femenino. Está inclinándose hacia ella, atendiendo muy de cerca a la espectacular morena en vaqueros tan ajustados como una segunda piel. Entre la música y la tele hay mucho ruido.

—¿Fue o no fue una hija de puta? —dice Thomasina—. No dije ni la mitad de las cosas que se me pasaron por la cabeza. Pero si alguna vez me pone la mano encima... La podría haber matado.

El moreno dice:

—¿Matar a quién?

—A Phyllis Rizzo.

Esto le parece gracioso, pero no habla.

—De verdad, Pirio, ¿te puedes creer que dijera esas cosas delante de Noah?

—Delante de todo el mundo —corrige el hombre amablemente.

—Ya, bueno. Todo funeral necesita una escenita —digo yo, con la esperanza de hacer avanzar la conversación.

Un hombre corpulento entra de lado en nuestro grupo, sus ojos fijos en los míos. Tardo unos segundos en reconocer a John Oster, y entonces el suelo del estómago se me desploma. *Patapún*. Como un ascensor que bajara veinte pisos en dos segundos. Una reacción así no se puede evitar cuando de repente te topas con alguien con quien solías mantener intensas relaciones sexuales, independientemente del tiempo que haya pasado desde entonces.

Ha cambiado mucho en una década. El cabello encendido que solía revolotear alrededor de su cabeza ahora es más ralo, y está bien afeitado, dejando la piel blanca de su cráneo a la vista. Y tiene más entradas. La melena pelirroja de John Oster solía ser una celebración desenfundada, así que no puedo evitar ver estos cambios como una pérdida. Y más triste aún es que todos aquellos ángulos agudos de su cuerpo se hayan redondeado, como si los guardianes de las puertas de la mediana edad hubieran decidido que les iba a ir mejor acolchados por protección bajo una capa de plástico de burbujas corporal.

Pero sigue siendo John Oster. Ese brillo metálico de pistola en los ojos; esa pose descarada, de yo-frente-al-mundo, que parece tentar al destino, son cosas que son solo suyas. Nadie le llamaba nunca John: siempre era John el Loco, Johnny O o el Hombre Ostra. Contaba más historias que Jesucristo, la mayoría de ellas sobre desafíos temerarios y salvar el pellejo por los pelos. Sobre cosas que no deberían haber sucedido pero sucedieron. Sobre perdedores que tuvieron lo que se merecían. Era un tipo amargado, escandaloso, leal y muchas veces insincero. Tenía enemigos, pero muchos más amigos que le respetaban por hacer y decir las cosas a las que ellos aspiraban. De vez en cuando, a mí se me concedía echar una ojeada a su alma. Y allí ángeles y demonios libraban batallas. La mayor parte de las veces las puntuaciones iban igualadas; a veces, sin embargo, se adelantaban los demonios. Se le podía ver perdiendo el control: los repentinos estados de ánimo oscuros y taciturnos; las pequeñas crueldades mezquinas; la salvaje falta de respeto por sí mismo. Las mujeres lo encontraban sexy, pero la mayoría se mantenían apartadas de él.

Él y Ned se habían criado juntos en Southie y nunca anduvieron muy lejos el uno del otro. Cuando Thomasina y Ned empezaron a salir, parecía razonable que Johnny y yo hiciéramos lo propio. En aquella época yo bebía mucho, todavía más que Thomasina, y no me gustaba darle muchas vueltas a lo que hacía, me limitaba a ir por ahí dando tumbos como un corcho en cualquier corriente que fluyera, con tal de que fuera rápida. Mi relación con John Oster tenía al principio una especie de poesía discordante, duró más tiempo del que yo pensaba que duraría, trastabilló, como era previsible, al chocar contra nuestras muy significativas diferencias, y se puso fea al final. Tuve noticias de él ocasionalmente a lo largo de los años, casi siempre gracias a Ned. Trabajaron codo con codo en traineras y pesqueros de arrastre para una empresa

llamada Ocean Catch hasta el momento en que Ned lo dejó.

Johnny deja caer un brazo perezoso sobre los hombros de Thomasina, como si apenas tuviera ganas de darle un abrazo de condolencia, mientras que sus ojos no se apartan de mí.

—¿Qué pasa, desconocida?

—Oí que te habías casado —le digo—. Enhorabuena.

—Así es. Cuatro críos ya. Nos mantienen ocupados.

—¿Cuatro? No pierdes el tiempo.

—Kevin, Sean, Riley y Patrick. En mi casa no hay ni un momento aburrido. — Pero sus ojos dicen otra cosa. Algo así como que hay muchos momentos aburridos.

—¿Podré tener el placer de conocerlos?

—Están en casa con la mujer. —Una pausa—. Oí que tú *no* te has casado.

—Me gusta mi libertad.

Sus ojos brillan.

—Ya. Siempre te gustó.

Ese es el tipo de afirmación que hay que dejar pasar, especialmente en boca de un ex.

—¿Alguna vez piensas en mí? —dice, sin rodeos.

—Intento no hacerlo.

—Yo tampoco pienso en ti.

Thomasina, que ha estado siguiendo la conversación con extraño deleite, emite una especie de ladrido estrangulado.

—¿Qué tal un baile de todas formas, por Ned y los buenos, viejos tiempos? — dice Johnny.

Me suena bastante bien. ¿Qué otra cosa se hace en un funeral irlandés sino bailar con un tipo con el que solías follar, en honor de los que se han ido? Nos trasladamos a la pequeña pista de madera que hay en el centro de la sala. Hay solo otra pareja más, meciéndose lentamente con los acordes de «Beast of Burden». Me alegro, la verdad. Tengo la sensación de que mi cuerpo ha estado encerrado en una tumba y necesito devolverlo a la vida. Johnny baila pesadamente un ratito, pero luego encuentra el ritmo. Tiene los ojos medio cerrados y la piel teñida de colores estridentes por el fulgor de las bombillas pintadas que hay colgadas a lo largo de la pared. La sensación de cimbrearme frente a él es rara, pero no está mal. Porque sé que quería a Ned. Porqué él también está de luto.

En este momento, más gente se ha unido a nosotros en la pista. Bailo un buen rato sin parar —con Johnny, con otro tío, con Noah y su adorable corbata—. Giro y dejo que la música fluya a través de mí hasta lavar toda la tensión que he estado cargando. Desde mi corazón dolorido fluye el agradecimiento a The Band, Led Zeppelin y los Rolling Stones.

El tío que se me presentó al salir de la iglesia, Larry No-séqué, está sentado a la mesa con un ruidoso grupo de amigotes pescadores de Ned. La mayoría de ellos

llevan camisas azules de traje con flojas corbatas a rayas azules. Azul con azul parece la combinación de colores que eligen los hombres que preferirían llevar puesta cualquier otra cosa. Larry no habla mucho. A lo mejor no aprueba las fiestas funerarias irlandesas. De vez en cuando gira la cabeza y me mira. No me mira fijamente, solo me observa. Como si yo fuera alguien que no le interesa personalmente pero a quien necesita vigilar. Como una hermana pequeña, tal vez. Resulta bastante evidente que volveremos a hablar antes de que la noche llegue a su fin.

Thomasina y Noah se han trasladado a una gran mesa redonda en una esquina, lejos de la música. El moreno que estaba sentado junto a Thomasina en la barra también está ahí, cabizbajo, agachado cerca de Noah, gesticulando con las manos frente a su rostro impasible. Me da la impresión de que algo no va bien, así que cojo una silla y me uno a su *tête-à-tête*.

—Tienes que pillarte uno mejor —está diciendo el tío—. Estos *smartphones* son mucho mejores. Ya tienes novia, ¿eh? Con este chisme puedes mandarle mensajes todo el día. —Señala un teléfono móvil que hay en la mesa entre los dos, una cosa negra, gorda, con una pantalla reluciente.

—No tengo novia. Estoy en quinto —dice Noah.

—¿No tienes novia? ¿Y eso, colega? Tiene que haber pibas que están muy buenas por donde tú paras. Da igual, échate una novia y ya verás cómo lo va a flipar con uno de estos. Vais a la bolera o algo así, lo que sea que hagáis ahora los chavales, lo tienes en el bolsillo, y en el momento justo, lo sacas como quien no quiere la cosa. Se le van a salir los ojos de las órbitas, te lo digo yo. —Enciende el teléfono, empieza a cambiar de fondo con la pantalla táctil—. Mira: tienes un ordenador, un teléfono, una cámara e internet, todo en el mismo sitio. Y el iPod, no hay más que cargarlo. Y libros también. Plas, así, sin más. Estás leyendo al puto Shakespeare mientras te ponen el Big Mac. O mientras te cambian el aceite. Lo que quieras. Con un clic, puede pasar de todo.

Noah observa al tío, pensativo, intentando calarle. Y al ver que no tiene esa suerte, tira de sus buenos modales.

—Muchas gracias, pero ahora mismo no quiero cambiar de móvil.

—Te lo doy gratis si me das tu móvil viejo.

—Ya te he dicho que no lo tengo. Mi madre me dijo que no lo podría traer porque no quería que me pusiera a jugar a videojuegos.

—¿No lo habrás dejado en el coche, verdad?

Noah sacude la cabeza.

—Bueno, pues es una pena que no lo tengas a mano, porque te acabas de perder el negocio del siglo. —El tipo recoge el móvil nuevo de la mesa y se lo guarda en el bolsillo—. Te lo hubiera cambiado con todas las de la ley. Y, oye, cuando encuentres el viejo, aún te lo puedo cambiar. ¿Vale, hombrecito? ¿Es un trato?

—Oye, Noah —digo, observando al tío—. ¿Quién es tu amigo?

—Max —dice Noah con pesadez, como si esa sola sílaba ya le sobrara.

Max alarga la mano y nos saludamos por encima de la cabeza de Noah, pero solo por guardar las formas. Sus dedos casi no aprietan los míos.

—Pirio —le digo, aunque no me haya preguntado.

—¿Lo qué?

—Pirio. —Lo pronuncio despacio.

Max asiente como si hubiera entendido, pero parece que le molesta este desafío vocal, así que centra su atención en Thomasina, que está charlando con otras personas que hay en la mesa.

Noah está dibujando las etapas de la evolución en un cuaderno que se ha traído. Por ahora lleva organismos unicelulares, amebas y algunos peces de aspecto extraño.

—A ese le hace falta un mostacho —digo, señalándolo.

—Unos bigotitos, tal vez —me dice, por darme la razón.

—Espera. ¿Los peces tienen bigotes? —La verdad es que no estoy segura.

—Pirio... —Eso podría significar que sí o que no.

—Yo creo que en el acuario he visto peces con bigotes. Uno azul, bulboso, con los ojos saltones y la mandíbula caída. Igualito a mi tío Fred.

—Tú no tienes ningún tío Fred.

—¿Cómo lo sabes? Podría tener seis tíos Fred en Rusia. Todos bailando Kalinka en la estepa, gritando: «*Oie!*».

—¿*Oie*? —repite él, guiñando los ojos.

—Así es como se dice: «Eh, guapa ¿quieres casarte conmigo?», en ruso.

Noah sonríe.

Cuesta trabajo sacarle una sonrisa, pero el esfuerzo merece la pena, porque su cara se suaviza y se vuelve hermosa.

—¿Quieres irte a casa ya? —le pregunto.

Me mira con agradecimiento.

—Sí.

Dos horas más tarde el Murphy's se está quedando vacío. Solo hay tres grandes mesas redondas todavía ocupadas por dolientes de fiesta. El DJ está pinchando melodías tristonas; la misma pareja lleva una hora arrastrando los pies por la pista, apoyados el uno en el otro, o borrachos o medio dormidos; y hay dos mujeres despeinadas llorando a gritos en una esquina, como si las hubieran contratado para ello. En la mesa del bufé solo quedan migas, platos de tarta con nada más que cuchillos de plástico cubiertos de grumos pegajosos de azúcar glasé, cuencos de ensalada con trozos de lechuga aceitosos pegados a los bordes. Hace una media hora el camarero sirvió unos veinte chupitos de whisky irlandés en la barra para quien quisiera uno: una ofrenda espiritual por su viejo amigo Ned. Un grupito de gente se arremolinó alrededor de los vasos, los levantaron, dieron un largo trago religioso, y

sintieron esa sagrada quemazón.

Thomasina, Max, Johnny, algunos más y yo estamos sentados juntos en una mesa grande. Hemos dejado a Noah en casa con una canguro y Thomasina se ha quitado las botas altas de tacón y hace un rato que se pasó al vodka con hielo. El tipo que tengo sentado a mi lado se marcha. Larry se acerca a la mesa, me pregunta si se puede sentar. Yo le digo que claro y le pregunto por qué ha tardado tanto. Dice que estaba esperando a que se quedara libre un sitio a mi lado. Una respuesta que merece un respeto.

Probamos otra vez a mantener una conversación. De alguna manera llegamos al tema del esquí, que a él le gusta, pasamos a la pesca, que no le gusta (demasiado aburrido) y damos vueltas alrededor de otros temas sin importancia. Si él se pone demasiado personal, yo digo algo frívolo. Si yo me pongo demasiado personal, él cambia de tema. Pasamos algún tiempo suspendidos en este extraño ballet.

Thomasina hace un gesto con la cabeza en nuestra dirección. El destello de sus ojos me hace saber que le ha tomado la medida a Larry y lo ha encontrado adecuado como candidato a novio —que lo sea para mí o para ella es difícil de determinar—.

—¿Cómo te llamas? —vocea, como si estuviera en la otra punta del hangar de un avión. El vodka ha anestesiado la parte de su cerebro que mide las distancias.

—Larry —vocea él de vuelta con simpatía, uniéndose a la diversión de los saludos distantes.

—¿Larry? ¿Larry? ¡Me estás tomando el pelo! ¡*Larry* rima con *marry*!

Está encantada y nos barre a los dos con una mirada ladina. La borrachera que tiene es tan evidente y, a su modo, tan entrañable, que puede permitirse decir niñerías como esta. Señala a Max, cuyo rostro está embebido en su cuerpo de beneficiaria de fideicomiso, lleno de curvas casaderas en forma de símbolo de dólar.

—¿Y qué te parece *este* tío, Pirio? Es una monada, ¿a que sí? ¡Max, Max, Max! —cacarea.

Si en este momento la pararas para mirar qué tiene en el cerebro, probablemente encontraras la foto blanca y radiante de un bodorrio doble, sobre un pie que diría: «Pirio y Thomasina Encuentran a Tíos Decentes y Sientan la Cabeza Felizmente Por Fin».

Max entiende su muestra de entusiasmo como una oportunidad para besarla teatralmente en la mejilla. Ella le echa los brazos alrededor del cuerpo como si fuera papá recién llegado del trabajo.

—No me puedo creer lo mucho que me gustas ya —dice.

Yo me fijo un poco más. Max es rápido y está en forma, como un boxeador de peso pluma, con ojos inquietos y un hoyuelo que aparece y desaparece. Desprende un aire de excitada distracción. Está en perpetuo movimiento: arquea una ceja, habla con las manos, mueve una rodilla. Le susurra algo al oído que la hace reír. Inmediatamente intento calibrar cómo trataría a un niño —concretamente a un niño de diez años emocionalmente complejo y con el coeficiente intelectual de un genio—.

El pensamiento es demasiado deprimente como para darle más vueltas.

Thomasina da un manotazo juguetón a Max por la indecencia que haya podido proponer y luego se inclina sobre mi regazo para mantener una charla pseudoíntima con nuestro cuarto miembro recién hallado.

—¿Alguna vez has estado enamorado, Larry?

—Una o dos veces —admite.

—¿Eso es todo? ¡Chico loco! Yo he estado enamorada *cien* veces. —Abre los brazos como si fuera a envolver con ellos al mundo entero y luego vuelve a inclinarse hacia delante para seguir con las confidencias—. Pero nunca de verdad. Amor verdadero, real. Pero a lo mejor este tío es el definitivo, ¿eh? —Pincha con un pulgar doblado a Max, que observa la escena con regocijo—. Cosas más raras han pasado. Conoces a un tío en el funeral de tu nomarido... ¿Y? A lo mejor no sea *kosher*, dirás. Pero yo digo: ¿qué tiene de malo? Tendrás que conocerlo en *alguna* parte, ¿no? «La carne guisada del funeral fue un buen entremés para la boda». Eso es de Shakespeare, por si te lo estabas preguntando. Yo solía saber muchas citas de Shakespeare. Y no solo «¡Lejos de mí esta horrible mancha!». O «¡Mi reino por un caballo!». Oye, ¿queréis saber cuál es el nombre completo, total, de este tío?

Larry ofrece una mirada de interés.

—Maxwell Little-Pierce. Es su nombre real, verdadero. Míster Maximun, le llamo yo. Max-i-ñam. Descendiente del *Mayflower*. —Se echa hacia atrás y levanta el índice para remarcar la siguiente idea de su tesis—. ¡Y menudo barco fue ese! —Semejante idea exige un largo trago de vodka.

Larry no hace ningún comentario, cosa que le honra, dejando que Thomasina dé otro rumbo a la conversación. Johnny ha estado observando todo esto en silencio, llevándose de vez en cuando la botella de cerveza a los labios. Su silla está un poco retirada y colocada en un ángulo raro respecto de la mesa, de tal forma que resulta tanto distante como vagamente amenazador.

Una pesada tristeza cae sobre mí mientras Thomasina sigue con su torrente de charla. Max le hace arrumacos, ella le da empujones, luego intenta volver a atraerlo hacia sí cogiéndole de la pechera del jersey.

—¡Eh! Cuidado, señorita. ¡Lo vas a dar de sí! —dice él, haciéndose el ofendido, y acerca la cara para darle un beso.

Con esto siento que, por mí, ya es suficiente. Me despido y Larry empuja su propia silla y se pone de pie, aparentemente dispuesto también a irse.

Con una voz fría y sobria que sobrevuela la mesa sin impedimento, Johnny dice:

—Espérate ahí un momento, Larry. Te llamas Larry, ¿no? No nos has contado cómo conociste a Ned.

La pregunta parece sobresaltarle. Se demora un instante más de lo normal, y dice que fueron juntos al colegio.

—Hace mucho tiempo —añade, con una risa que pretende hacer burla de sí mismo, dejando los dedos de una mano apoyados ligeramente sobre el respaldo de la

silla.

—¿De verdad? ¿Dónde? —El Hombre Ostra no le va a soltar tan fácilmente.

Larry echa una mirada alrededor del bar, como si estuviera intentando orientarse geográficamente.

—Eh... El instituto South Boston.

La mesa se queda en silencio.

—¿*Qué?* —Miro a Larry con asco.

—Oh, cariño —dice Thomasina arrastrando las palabras—. Mi no-marido fue al Instituto BC con una beca deportiva de baloncesto. Hasta los patitos del parque saben eso.

La mirada que Johnny le está echando a Larry ahora mismo podría helar ese lago de patitos.

Larry no lo niega ni intenta dar explicaciones. Me sigue hasta la puerta.

Los abrigos están hechos un revoltillo, colgados de perchas o caídos en el suelo del diminuto guardarropa. Encuentro el mío y, mientras me lo pongo, Larry dice:

—Me estaba preguntando... antes de que te vayas...

«Vaya, con dos cojones y un palito», pienso yo. «Este capullo sinvergüenza me va a pedir salir».

No tengo excusa para lo que empiezo a pensar ahora, pero sí factores atenuantes: me siento sola, estoy triste, tengo miedo a morir ahogada y me siento culpable por haber sobrevivido. Por eso probablemente empiezo a pensar en el amor, en cómo se me ha escapado y en que nunca he creído en él en todo caso. En la amistad, tal vez. En el erotismo, sin duda. Encontrar esas dos cosas en una sola persona sería más que suficiente para mí. ¿Pero el amor romántico, el amor *verdadero*, el tipo de cosa de la que Thomasina habla con tanto entusiasmo? No, la verdad es que no. Nada más que *égoïsme à deux*. El simple hecho de que sea más fácil cuando uno está borracho debería hacer sonar algunas alarmas. No es que yo no haya experimentado eso una o dos veces, que no me haya sentido levantada en volandas, perdido el sentido, notado que la chocita que era mi corazón se ha transformado en un palacio en una noche. Pero todas las veces, el palacio terminaba saqueado, sus magníficos salones en ruinas. Mi última debacle, con un tío que resultó estar casado, todavía me hace sentir como una mierda. Así que miro a Larry el Mentiroso, ahí de pie a punto de hacerme su pregunta, con ojos fríos, con un *No* grande y gordo preparado en la punta de la lengua, listo para salir rodando.

Pero en lugar de pedirme una cita, me pregunta por la clase de comida que me gusta. La suya es la táctica lenta.

Le digo que me gusta de todo tipo. La comida es un regalo de los dioses, y yo no juego a favoritos.

Me dice que él hace cocina india. Que le sale bien el pollo korma.

Le felicito mientras me abotono el abrigo. Será mejor que me lo pregunte rápido porque estoy a punto de salir por la puerta.

—¿Querías...?

—¡No! Porque has mentido. No fuiste al colegio con Ned.

—En la primaria, no en la secundaria.

—No, no, no. No dijiste escuela primaria. Dijiste el *instituto* South Boston. Y no tienes acento de Boston. Si quieres hacerte pasar por alguien de esta ciudad por lo menos podrías aprender a decir *cahhhh*^[2].

Me mantiene la mirada con firmeza. No me contesta.

—¿Qué eres? ¿Una especie de picapleitos que persigue a las ambulancias? ¿Un abogado especialista en daños morales? ¿O solo un pirado al que le gusta colarse en las fiestas?

—Mira, quería saber, si alguna vez quieres hablar de lo que pasó allí afuera...

—Allí fuera, ¿dónde?

—En el mar. Si recuerdas algún detalle...

—Dios mío, al final va a ser que sí eres un perseguidor de ambulancias. Y ahora, ¿qué? ¿Me vas a dar tu tarjeta? ¿Qué tipo de escoria eres? ¿Vienes a hacer esto a un *funeral*?

—Supongo que eso me lo merezco. —Parpadea despacio. Está avergonzado, pero aguanta el tipo—. Ten mi número por si acaso quieres hablar más adelante. Por si hubiera algo, cualquier cosa, que quisieras decir.

Me da un papelito con la mano izquierda. Me doy cuenta de que su mano derecha no se mueve mucho. No es como si fuera carne cruda colgando al final de su brazo, más bien como si fuera un paquetito que sujetara contra el costado. Es testimonio de su sutileza que no me haya dado cuenta antes de su parálisis.

No me da pena. La lástima es un insulto. Y estoy cabreadísima. Me meto el papelito en el bolsillo y salgo por la puerta.

Es una noche fresca, húmeda. El trébol de neón que hay en el tejado del pub se refleja en un charco de la acera. En la intersección desierta, una señal de tráfico se pone en rojo. Cruzo la calle, camino y respiro, camino y respiro. Estos días, cuando no estoy escuchando melodías de gaitas o haciéndome amiga de las palomas, estoy enfadada: con cosas grandes, cosas pequeñas, con todo. Sobrevivir debería llevar a la gente a sentirse agradecida por estar viva, y yo lo estoy. Pero también estoy enfadada, como si allí, en el Atlántico, me hubieran robado una parte de mí misma que realmente me hacía falta, y ahora yo también me hubiera convertido en una especie de lisiada.

Al llegar al final de la manzana, miro atrás. Está de pie en la acera, con los cuellos del abrigo subidos, y la luz se refleja en el cristal de sus gafas. Se gira ligeramente, fingiendo que no me estaba mirando mientras me alejaba.

Capítulo 5

La noche siguiente, al llegar a casa del trabajo, cojo sin pensar el teléfono que está sonando en la cocina, pero cuando veo el número de la llamada entrante, mi mano se paraliza a medio camino. Sus condolencias, su felicitación por seguir viva, llegan un poco tarde. Pero luego me sorprende que se digne a llamar, dadas las cosas que se dijeron la última vez que nos vimos. Como señaló él (siempre rápido con estas cosas), nunca prometió que *bla, bla, bla...* Lo único que me debía era su honestidad. Yo contraataqué con «Analicemos este *kōan*: el marido infiel habla de honestidad».

No cojo el teléfono, y él empieza a dejarme un mensaje:

—¿Pirio? ¿Pirio? ¿Estás ahí? He visto las noticias; perdona que no te haya llamado antes. Solo quería saludarte, asegurarme de que estás bien. No estés enfadada para siempre, ¿vale? No hagas como si lo que había entre nosotros no hubiera sido nada. Fue precioso, especial. Me importas, pienso en ti todo el tiempo. Por lo menos déjame saber si estás bien...

La sensación que da su voz es como la puesta de sol en agosto, cuando el día cálido se encuentra con el frescor de la noche y se besan. Desde el portal de mi oído se extiende a cada parte de mí, reverberando en cada centímetro de piel. Dicen que la mente es plástica, que siempre se está desmantelando y recomponiendo. Estoy esperando que llegue el día en que se desmantele el recuerdo de la emoción y la felicidad, la ilusión de *completarme* que durante un breve tiempo sentí con él.

Pulso el botón de borrar antes de que termine de dejar el mensaje, y durante un rato me quedo ahí de pie, mirando el contestador mudo sobre la encimera. Ahí yace, plano y negro, feo como un animalillo atropellado. Empieza el acostumbrado dolor en el pecho. No debo devolverle la llamada.

Desesperada por encontrar una distracción, me dirijo al montón de correo que he traído del buzón de mi portal e inmediatamente empiezo a hojear un catálogo de artículos de casa y jardín. Con melancolía, me pongo a imaginarme una vida en el campo, en la que pudiera tener un cobertizo, una carretilla y herramientas tales como una plantadora de bulbos. De ahí a verme presidiendo campos de tulipanes en flor hay solo un paso; dedicarse al cultivo de flores debe de ser un trabajo muy edificante. Pero pronto me aburren las páginas satinadas, y arrojo sin ceremonia el catálogo a la papelera de reciclaje. Y entonces me paro en seco.

Veo un sobre blanco tamaño carta con un sello estampado en una esquina y una dirección de remitente de cuatro líneas escrita en azul oscuro en un tipo de letra tradicional: Unidad de Buceo Experimental de la Marina, Comandancia de Sistemas Navales de la Marina, Actividad de Apoyo Naval de EE. UU., Panama City, Florida. Mi primera reacción es de paranoia: he hecho algo mal. Mi segundo pensamiento es que quieren algo de mí.

Estimada señorita Kaspárov:

Le rogamos acepte nuestras condolencias por la trágica pérdida del señor Edward Rizzo, capitán del pesquero *Molly Jones* de South Boston, Massachusetts.

Ha llegado a nuestro conocimiento que, en el transcurso de esta catástrofe, usted pudo sobrevivir pese a estar sumergida durante cuatro horas en el agua a temperaturas de entre 5 y 8 grados Celsius.

La Unidad de Buceo Experimental de la Marina (UBEM) es el centro de investigación, desarrollo, examen y evaluación del buceo más reconocido y respetado, además de ser la institución líder en todo lo referente a soluciones biomédicas y de bioingeniería para las operaciones militares submarinas.

Nos interesa saber más sobre las circunstancias de su supervivencia y de la capacidad de su cuerpo para soportar condiciones extremas. Nuestras investigaciones en este terreno sugieren que podrían existir rutas bioquímicas y funciones neurológicas que contribuyen a una mejor respuesta física. Actualmente estamos en pleno proceso de identificación de estas funciones para ayudarnos en la selección y el entrenamiento de personal militar.

Agradeceríamos que se sometiera a un examen físico completo, una prueba de estrés y un análisis de ADN en nuestra sede central de Panama City. Los resultados se mantendrán bajo la más estricta confidencialidad y solo serán utilizados con propósitos científicos.

Por favor, póngase en contacto con nuestras oficinas en cuanto pueda para organizar la visita. Su viaje y su alojamiento corren por cuenta de la Marina de Estados Unidos. También podremos ofrecerle modestos honorarios por su participación en esta investigación militar.

Gracias por sus servicios a la patria.

Reciba un cordial saludo,
Comandante Audrey Stockwell

Tengo que leer la carta varias veces. ¿Esto va en serio? ¿Acabo de pasar de ser una chica de barrio con suerte en un programa de la televisión matutina a convertirme en un arma secreta en potencia del ejército de Estados Unidos?

Busco Panama City en Google y veo fotografías de una bahía centelleante, playas de arena, edificios de dos plantas con encantadoras fachadas, coches que no están oxidados, palmeras que parecen esculturas de palmeras, dispuestas para funcionar como moldes de miniaturas de plástico que colocar en los alféizares de las ventanas del norte como prueba de que los trópicos existen. Temperatura media en septiembre: 28 grados.

Nunca he sido muy fan de los militares. No tengo nada en contra, solo que nunca he querido participar del mundo bélico, así en general. Pero estoy bastante segura de que no va a haber una forma cómoda de salir de esta —del deber para con mi patria y todo ese rollo— y necesito hacer algo para evitar coger el teléfono cuando él me vuelva a llamar. Por lo menos en Florida el sol me mantendrá calentita.

Dos enormes ojos grises me miran fijamente. Los iris tienen un reborde más oscuro, y tanto el párpado superior como el inferior tienen una raya oscura pintada con lápiz de ojos negro. Juntos, el lápiz de ojos y el reborde oscuro de los iris hacen círculos casi concéntricos alrededor de las pupilas. El efecto es hipnótico. Si miras estos ojos durante suficiente tiempo, empiezas a sentir que podrías caerte dentro.

Tiene el pelo rubio platino y lo lleva rapado como a dos centímetros al rededor del cráneo. En la coronilla lleva unos pocos mechones de punta. Obviamente no se trata de una mujer convencional. Está sentada en un banco del parque bajo la nieve,

con un acolchado gran abrigo largo. El fondo de la fotografía es plano y está borroso, con demasiada exposición. Apenas se pueden distinguir dos filas de árboles de hoja perenne que se pierden en la distancia, formando un pasillo blanco, frío e inmaculado. Sobre los hombros del abrigo de la mujer han caído diminutos copos de nieve, que también le destellan en el pelo. La mitad superior del abrigo está entreabierta, mostrando que debajo está desnuda. Tiene los pechos pequeños, muy blancos, y bien redondeados, con los pezones cubiertos por las solapas del abrigo.

Escrito a mano con letra suelta, como si fuera el autógrafo de una celebridad, está la frase: «L'Amour du Nord. De Inessa Mark». Este era el anuncio y la fragancia con los que la naciente empresa de mi madre llamó la atención del país y que, con el tiempo, alcanzó el éxito internacional.

La fotografía es gigantesca; ocupa toda una pared en la entrada de la casa de Milosa en Beacon Hill. Creo que al principio la tenía ahí colgada para intimidar a sus *barbies*. Pensaba que en cuanto vieran su famosa y cautivadora belleza se darían cuenta de que, por mucho que se esforzaran, nunca ascenderían al nivel de su primer, y probablemente único, amor. No creo que a ninguna de ellas le importara. Parecían conformarse con ser invitadas de Milosa Kaspárov, a quien llamaban Mike, durante una noche o un fin de semana.

Maureen era diferente: más inteligente, más ambiciosa. Como joven directora de marketing, fue la opción lógica para ocuparse del día a día de la empresa cuando mi madre murió. Ella se convirtió en la mano firme de Inessa Mark, Inc., mientras Milosa se entregaba a varios años de desenfreno y depresión que llegaron a su fin cuando se casó con ella. Ella salvó la compañía; le salvó a él. Es evidente que merece mayor crédito del que estoy dispuesta a concederle.

Ahora se acerca, sosteniendo una copa de talle largo de vino blanco. Tiene la temperatura perfecta y me enfría la palma de la mano. El rostro de Maureen es un delicado triángulo invertido; tiene las manos tan pequeñas como una niña. Se pone de pie a mi lado, acompañándome amigablemente, con la cabeza ladeada, evaluando relajadamente a su antecesora.

—No hay duda de que era divina, ¿verdad?

Maureen alarga tanto las palabras que es imposible no prestar atención a cada una de ellas. La lánguida cadencia de su forma de hablar suena ligeramente sureña, aunque se crio en un barrio normal del extrarradio de Boston, el tipo de sitio que aplana a las personas, con sus parceladas comodidades y su desasosiego.

—Pero esos abrigos tan acolchados no eran los más estilosos, ¿no te parece? — Enarca una ceja como si fuésemos dos hermanas a las que esas cosas les importaran.

El estilo es algo que Maureen lleva la mitad de su vida adulta intentando marcar. Estilo en perfume, en mobiliario, en ropa. En estos momentos luce un vestido ajustado de color verde oscuro, en tela satinada, con las piernas desnudas y bailarinas planas, que sin duda se ha puesto para cenar. Normalmente deambula descalza por la casa, pero siempre con un vestido. Debe de tener cien vestidos en el armario, y la

mayor parte de ellos tienen algo de disfraz, como si fueran de Barbie. Tiende a envolverse como si fuera un regalo, con lazos y cinturones y esto y lo otro a juego.

—A mí los abrigos acolchados me gustan —digo.

Mi madre dejó en su testamento la mayoría de las acciones de Inessa Mark, Inc. en manos de su marido exclusivamente, con algunas condiciones: primero, que si yo quería, mi parte me llegaría el día de mi veintiún cumpleaños y, segundo, otra vez si yo quería, la propiedad total de la empresa revertiría a mí a la muerte de mi padre. Por supuesto que quería. Para mí, Inessa Mark, Inc. es mi madre, mi conexión con mi madre, también mi destino. Es una herencia sagrada que le ha dado a mi vida un objetivo y una meta, y me ha salvado de los típicos errores de mis contemporáneos veinteañeros. Después de trabajar a tiempo parcial en la compañía haciendo trabajos poco cualificados mientras estudiaba en la Universidad de Massachusetts, me satisfizo trasladarme a un puesto medio en la jerarquía cuando conseguí mi licenciatura. Milosa se dedicó a enseñarme el aspecto empresarial de la empresa, y a medida que aumentaban mis habilidades y la confianza en mí misma, él poco a poco fue dejándome sola. En cualquier caso, nunca fue la empresa lo que él quería; era a mi madre. Hoy en día no suele venir a las oficinas de la calle Boylston más de un par de veces a la semana, mientras que Maureen lo mantiene todo en marcha sin problemas, como siempre ha hecho. A menudo me resulta extraño y asombroso que tres individuos tan distintos, con redes de tensión tan complejas entre ellos, consigan, a pesar de todo, trabajar juntos razonablemente bien.

Jeffrey, nuestro cocinero y mayordomo, anuncia que la cena está lista y Maureen y yo nos desplazamos al comedor. La mesa está puesta con una impresionante cantidad de porcelana, plata y cristal. Hay un pequeño montón de platos Wedgwood y vasos Waterford en cada sitio, dos candelabros que giran sobre sí mismos lujosamente y un centro de mesa de preciosos lirios blancos en un jarrón de cristal tallado. Las paredes de la habitación están pintadas de un verde casi guisante, un color auténticamente colonial, y una alfombra oriental algo raída cubre la mayor parte del suelo. Hay figuritas de cerámica de la marca Royal Doulton ocupando las baldas del aparador estilo reina Ana y cortinajes dorados de seda recogidos con borlas adornan las dos ventanas desde las que se ve la histórica calle adoquinada sobre la que ha caído la noche. Cada vez que entro en este bastión de forzada tradición me dan ganas de gritar. Aunque él lo negaría de plano y a menudo actúa (con exceso de brío) como si fuera cierto exactamente todo lo contrario, Milosa está profundamente avergonzado de sus orígenes rusos y pobres. Así que es más Cabot que los Cabot, más Brahmin que los Brahmin. El barrio de Beacon Hill nunca vio un hijo bastardo más leal que él.

Maureen y yo ocupamos nuestros sitios en la mesa, Maureen en un extremo, yo en el medio. El sitio de Milosa permanece vacío. Siempre llega el último a cenar: hacer esperar a la gente es su manera de dejar claro quién manda. Jeffrey anuncia el menú: pez espada con pasta de tomates secos y aceitunas negras, *risotto* de ajo, judías

verdes *amandine* y pan rústico de una panadería cercana.

—Jeffrey, las cortinas —dice Maureen, agitando ligeramente el dedo índice.

Él las corre de un tirón y sale del comedor deprisa, con el paño de color chillón que usa para secarse las manos ondeando en el bolsillo trasero de sus vaqueros. En pocos segundos está de vuelta, con dos platos pequeños. Gambones sobre hielo picado junto a cuencos de plata con salsas de cóctel y de rábano picante.

Maureen hace un gesto para que se lleve los platos.

—Esperemos a que se siente el señor Kaspárov antes de servir los aperitivos.

Jeffrey me lanza una mirada que dice «Ay, por favor».

Las pisadas de Milosa pueden oírse en las escaleras. Cuando entra en el comedor, Jeffrey pone el plato de gambones delante de Maureen. Milosa toma asiento y los tres sacudimos nuestras servilletas de lino y nos las colocamos en el regazo.

—Lo que te pasó es extraordinario —me dice mi padre. Habla con acento ruso, y siempre va directo al grano. No le he visto desde el accidente. Fue Maureen, como siempre, quien organizó esta cena.

Coge una gamba rosada con los dedos, la inspecciona y se la mete entera en la boca. Cree que la cola dura de la gamba, que la mayor parte de la gente deja en el plato, es buena para la digestión. Sus mandíbulas trituran la cáscara despacio, con un movimiento rotatorio, como el de una cabra.

—Y por supuesto lamentamos lo de tu amigo —añade Maureen. Uno de sus más preciados autoengaños es que ella y Milosa comparten un conjunto de emociones.

—¿Cómo te las apañaste para sobrevivir? —pregunta Milosa.

Tengo que sonreír. Esta es siempre su pregunta: ¿cómo? Nunca se le ocurriría preguntarle a Dios por qué existe el sufrimiento humano. Él querría saber cómo se creó el mundo. Y prestaría mucha atención a la respuesta porque en el fondo de su cerebro se estaría preguntando si él sería capaz de hacerlo. Sus ojos pálidos presentan ahora, mientras aguardan mi respuesta, una curiosidad asesina.

—No tengo ni idea.

Maureen ríe como si yo hubiera dicho algo fascinante.

—Debes de ser una buena nadadora.

—Decente, supongo. Voy tres veces a la semana a hacer dos kilómetros en el YMCA. Pero eso ya lo sabes.

—Claro. Qué tonta por olvidarlo.

Milosa me mira directamente a los ojos.

—Como un gato, escapaste de la muerte. Algo tienes que haber hecho.

—Me tumbé en un tablón y estuve flotando a la deriva durante horas.

—No. Si te hubieras mantenido pasiva habrías muerto. A lo mejor no fue más que un pensamiento o una decisión. Pero *algo* hiciste para sobrevivir.

Rociando mi gamba con limón, le digo que tenía mucho frío, que estaba muy mojada y que la guardia costera me rescató.

Me lanza una mirada de profunda desaprobación.

—*Vy ne byli gotovy umeret* —insiste. «No estabas preparada para morir».

Me doy cuenta de que Milosa tiene una creencia oculta, irracional, que quiere ver confirmada por mi experiencia: no que yo, Pirio, no estuviera preparada para morir, sino que uno no tiene que morir hasta que no esté preparado. Que los individuos lo bastante cabezotas tienen la última palabra. Individuos como él.

Se lleva otra gamba curvada a la boca, y observo que tiene los ojos anormalmente apagados y vidriosos. A los setenta años sería fácil confundir a Milosa con un hombre mucho más joven. Sigue en forma gracias al *squash* y a la natación (me enseñó a mí cuando era pequeña), y sigue un régimen de complementos dietéticos que cuesta más al día de lo que muchas familias gastan en comida a la semana. Cada tres meses tiene cita con uno de los médicos más prestigiosos de Boston para hacerse una batería completa de pruebas carísimas que demuestran que está en perfecto estado de salud. A Milosa le da un miedo terrible morir. No soporta la idea de la derrota.

—Oh, no hablemos de esas cosas —dice Maureen con un ligero estremecimiento.

Anuncia que su nuevo producto para adolescentes está quedando muy bien. (Cada vez que nosotros, los Kaspárov, nos topamos con desafíos emocionales, empezamos a hablar del trabajo). Su intención es llamarlo Dulce Sorpresa. Será frutal, con una nota superior de pomelo y una inferior de mango. Fresco y descarado, alegre y atrevido. Público objetivo: preadolescentes y adolescentes, de forma que será barato e irá en estuches vistosos, en verde y rojo sandía. Primer producto en el mercado: un agua de colonia, seguido, casi inmediatamente, por varios productos complementarios —gel, talco y loción corporal, con posibles productos derivados como jabón facial y esos tubitos de *gloss* de labios que nunca faltan en los bolsos de las adolescentes—. Todo ello a la venta en cadenas de perfumería con tarjetas gratis de rasca y huele y un despliegue exclusivo de la marca. Lo que hay que decidir pronto: la fórmula final, sobre la que dependerá el plan de fabricación y la fecha de presentación. El mayor deseo de Maureen ahora mismo es una cara famosa.

Acepto asistir a la reunión para dar el visto bueno final a la fórmula cuando ella me diga.

—Recuerda que estamos hablando de preadolescentes y adolescentes —me dice.

—En otras palabras, frutal.

—Exacto. —Parece aliviada de tenerme en el mismo barco y lanza una mirada de ansiedad a Milosa, que no ha dicho una palabra.

Jeffrey ha retirado los platos de los entrantes y servido su famosa crema de limón baja en calorías para cuando Maureen y yo terminamos de hablar de la nueva línea de productos.

Maureen mira a su marido pensativa durante algunos segundos. Tiene los hombros caídos como una paloma, mientras que su cuchara claquetea torpemente contra el pequeño cuenco de postre de porcelana. Las palabras que tiene en la punta de la lengua no terminan de salir y su cara se alarga, aparentemente decepcionada. Desea sentirse apoyada por él, admirada, pero sabe que no lo conseguirá porque

nunca lo ha conseguido. Él se casó con ella, pero no la ama, y siempre ha mantenido su corazón al margen. Le cruzan sombras por la cara, probablemente los destellos de recuerdos de heridas anteriores. Aprieta la mandíbula; se muerde el labio. La he visto llegar a este punto en otras ocasiones, luchando por ajustarse al vasto golfo emocional que se abre entre ella y el hombre a quien aún sigue intentando amar.

Maureen no ha tocado la crema ligeramente calórica, y ahora parece encontrarla repulsiva. Arroja la servilleta sobre la mesa y me lanza una pregunta mordaz mientras dirige una mirada durísima a Milosa:

—¿Tú crees que si encontrásemos la fragancia personal de tu madre, Pirio, eso sería algo por lo que tu padre mostraría algún interés?

Milosa levanta la cabeza, la mira sin expresión durante uno o dos segundos y sigue con el postre. Maureen sale de la habitación echando chispas.

Otra cena en casa de los Kaspárov.

Poco después, Milosa también abandona el comedor y me quedo sola sorbiendo el café que me sirve Jeffrey, contenta de tener unos minutos para mí misma. He pasado un tiempo considerable intentando juntar las piezas de la historia de mis padres a partir de detalles azarosos que fui conociendo de niña y de mis propias e insistentes preguntas a las personas que los conocían bien. Siempre han estado cubiertos de un cierto manto de silencio, que posiblemente hunda sus raíces en la vergüenza. Lo que he sabido hasta ahora es lo siguiente: Milosa nació en un pueblo de mala muerte cuyo nombre finge haber olvidado, en una familia a la que apenas menciona. En cuanto pudo se marchó a Moscú, con hambre de arañar los despojos del capitalismo. Dice que abrió una agencia de modelos; lo más probable es que trabajara de chulo. He intentando hacer que lo admita, pero es un maestro a la hora de eludir esa cuestión. En cualquier caso, uno de sus clientes era un famoso diseñador americano, y pronto pudo dedicarse a proveer al mundo de la moda de Nueva York de bellezas eslavas y bálticas.

Mi madre era una de ellas, una estonia de metro ochenta y diecinueve años, cuyos padres habían sido deportados a Siberia durante la ocupación soviética. Se crio en Tallín con un tío albañil que la trató mal de maneras que solo puedo adivinar. Igual que Milosa, escapó en cuanto pudo.

Fueron amantes apasionados desde el principio, y lo siguieron siendo a lo largo de dos décadas turbulentas. Apostándolo todo a su carrera como modelo, se trasladaron a Estados Unidos. Escogieron Boston, pensando que aquí tendrían más paz que en Nueva York, pero él desarrolló amargos celos por sus prolongadas ausencias, por su ascenso estratosférico, por que hubiera tantos ojos deseosos puestos en ella. Cuanto más intentaba él controlarla, más independiente y temperamental se volvía ella, casi burlándose de él por su éxito. Él quería un matrimonio tradicional; ella, naturalmente, se negó. No fue hasta que él comprendió su pasión por crear fragancias, y le enseñó a convertir su *hobby* en una empresa primero viable y luego generadora de ingresos, cuando ella accedió al final de la veintena a firmar papeles, logrando, con mi llegada,

una especie de facsímil de una vida estable.

Si mi madre era el corazón y el alma de Inessa Mark, Inc., él era el cerebro. Él hizo que la compañía fuera un hecho, y subrayo lo de *hizo*. Su reino era el de las sombras, donde nadie quería mirar. No guardaba más registros que los que el gobierno exigía y sospecho que incluso estos eran en gran parte ficción. Nadie sabía qué se traía entre manos, y es probable que mantuviera a flote más de un negocio. Nosotras solo veíamos los espectaculares resultados.

Aunque mis padres prácticamente se devoraron el uno al otro en el ámbito del amor, no hay duda de que como pareja en los negocios fueron de las más brillantes.

El hecho es que Milosa sí que se *interesaría* por la fórmula de la fragancia personal de mi madre si algún día la encontramos. Y yo también. Después de crear L'Amour du Nord y algunos otros perfumes para su línea, Isa creó un perfume al que nunca dio nombre. Se producía frasco a frasco en la fábrica de Grasse, siguiendo una fórmula que ella nunca permitió archivar. Era su fragancia personal, la que solo ella llevaba. Los profesionales que sabían del tema decían que era exquisita, un aroma que podía competir con los mejores. Una fábrica de hacer dinero seguro, decían algunos. Yo solo la conocía como el olor de mi madre. No hubiera podido separar los dos. La fragancia le pertenecía de la misma manera que la luz pertenece a una piscina centelleante. La mujer y la fragancia de la mujer: las dos cosas juntas me hacían sentir feliz, amada, y a salvo.

Si solo hubieran sobrevivido unas gotas del perfume, podríamos haberlo sometido a una cromatografía de gases y haber sacado la fórmula. Pero cuando Isa murió, las mujeres contratadas por Milosa para limpiar su habitación se llevaron el último frasco. Cuando fueron acusadas lo negaron rotundamente y con grandes aspavientos. Me sigue irritando que algo tan valioso pudiera perderse así. Ahora, cuando alguien de Inessa Mark menciona el Perfume de Isa, suele producirse un momento de silencio en honor de lo que pudo haber sido. A mí a veces me parece que lo que desapareció no fue solo un simple perfume, sino la posibilidad de que su empresa se convirtiera algún día en una verdadera marca de lujo.

Me despierta un teléfono. Doy con él a manotazos.

—¿Quién os arrolló? —Milosa lo pregunta sin preámbulos. Palabras normales tales como «Perdona que te llame a las dos de la mañana pero tengo algo realmente importante que decir» no están en su repertorio.

—¿Qué?

—¿Quién os arrolló? ¿Qué barco?

—Ah, eso. No lo sé. —Me apoyo sobre un codo y enciendo la luz.

Del teléfono salen gruñidos. Milosa carraspea. De fondo puede oírse el *Concierto de piano número 2* de Rachmaninoff. Reconocería esas cuerdas melancólicas, apasionadas, en cualquier sitio. Evidentemente se ha acomodado en su oficina repleta

de libros del tercer piso de la casa. No tengo ni idea de lo que hace allí arriba, aparte de beber brandy, fumar puros, escuchar música clásica y jugar al ajedrez con su ordenador.

—¿Cómo puedes no saberlo? Tiene que haber habido una investigación —dice.

Le cuento que la guardia costera lo está mirando.

—¿Qué quieres decir con que *lo está mirando*? Fue un crimen violento.

—Por favor, Milosa. Estamos en mitad de la noche.

—¿Crees a esta gente? ¿A la guardia costera?

—Pues claro. Su trabajo es investigar cosas como esta. Es a lo que se dedican.

Da un alarido por mi estupidez. La desconfianza frente a los funcionarios públicos está muy arraigada en la psique rusa.

—Sois demasiado confiados. Siempre, demasiado confiados. Vosotros los americanos sois unos blandos.

—No, nosotros los americanos resulta que vivimos en una sociedad que funciona, donde las personas básicamente son cuerdas y racionales. —Me da cierta satisfacción hacer que se sienta como un paleta, ya que él tantas veces me hace sentir que soy una ingenua.

—¡Ja! No sabes nada del mundo.

Saco las piernas de debajo de las mantas y me incorporo.

—Es un poco tarde para esto, ¿no te parece?

—Dijiste que era un barco grande, un carguero. ¿Cómo puede tardarse tanto tiempo en encontrar un barco tan grande?

—El tamaño no tiene nada que ver. Tienen que seguir una serie de procedimientos que son muy engorrosos, pero al final estoy segura de que darán con él. —Ahora estoy empezando a dudarlo yo misma. Han pasado nueve días y la guardia costera no ha dicho ni una palabra. Pero no estoy dispuesta a dejar que Milosa perturbe mi sueño con sus opiniones oscuras y teatrales.

—¿Qué vas a hacer? —Irrumpe en esta cuestión como si su premisa (que se supone que hay algo que yo tengo que hacer) ya estuviera claramente determinada.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Me preguntas qué puedes hacer? —Una de sus costumbres más irritantes es la forma en la que repite la pregunta estúpida que le acabas de hacer con una voz que hace que suene diez veces más estúpida.

—Lo que estoy diciendo, Milosa, es esto: eso no es responsabilidad mía.

Un pausa. Está dejando que yo misma oiga las desvanecientes notas de mi pasividad.

—¿Te acuerdas de *El Halcón Maltés*?

Ah, y otra cosa que Milosa hace en su estudio del tercer piso: ver películas de detectives. No son *thrillers*, con sus mujeres pechugonas y sin aliento y sus efectos especiales de pacotilla. Son películas de detectives, en las que los protagonistas tienen que pensar.

—Son las dos de la mañana. ¿A dónde quieres llegar? —le digo.

—Sam Spade decía: «Cuando matan a un compañero, un hombre tiene que hacer algo al respecto».

Yo suelto un quejido.

—Por favor, Milosa. Vete a la cama. Deja el brandy y vete a la cama. —Cuelgo y apago la luz. Me dejo caer sobre la almohada, doy vueltas y vueltas, me quedo quieta suspirando, con los ojos abiertos de par en par. Los faros de un coche parpadean en el techo. Espero a la próxima barrida de faros. Y ahí está. Empiezo a contar los coches que pasan por mi calle. Cuando llego a diez, maldigo y echo atrás las mantas. Arrastro los pies hasta la cocina, abro la puerta de la nevera y me quedo ahí de pie en el charquito de luz amarilla. «Sam Spade», pienso, mientras alargo la mano para coger el zumo de naranja. «La madre que lo parió».

Capítulo 6

A las nueve de la mañana llamo a la guardia costera desde mi despacho en Inessa Mark. Me pasan con el capitán Anthony Cavalieri, jefe de gabinete del Primer Distrito de la guardia costera de Estados Unidos. Me pide disculpas por no haberse puesto en contacto conmigo antes. El informe inicial del accidente, con fecha de 7 de septiembre, ha sido analizado. Existen algunas complicaciones, algún problema. Le gustaría que me acercara a la comisaría para hacer una declaración más detallada. Me pone otra vez con su secretaria, que me dice que tiene un hueco en su agenda a las tres.

Se me hace un nudo en el estómago. Complicaciones, problemas. Todos los días, desde el accidente, he estado esperando que la guardia costera me llamara con la noticia de que habían encontrado el carguero y de que iban a imponerle sanciones oficiales. Pero lo que descubro es que han surgido problemas misteriosos y que nadie se ha molestado siquiera en hacérmelo saber. Menos mal que esta mañana me he arreglado con cuidado para el trabajo: un vestido de lana negro por debajo de la rodilla, medias oscuras y botines de ante verde militar. También llevo un abrigo de aspecto formal con cuello redondo sin solapas de color azulón, de Jill Sander, pendientes de perla de Mikimoto, el pelo recogido en un pulcro moño en la nuca. La ropa (excepto por las botas) que debería recordarme que me debo comportar.

Me escapo del trabajo a mediodía y de camino al centro intento acordarme de lo que dije el día del accidente, cuando un oficial tímido con rizos rubios y las manos gorditas me interrogó durante una hora. Me hizo una pregunta detrás de otra, a veces volviendo a la misma, en bucle, con variantes ligeramente diferentes, lo que me llevó a preguntarme si habría recibido formación en técnicas de interrogatorio. Me dio la impresión de que apuntaba muchísima información, mucha más, en realidad, de la que yo estaba proporcionándole, y que me estudiaba de vez en cuando con ojos fraternales, enrojecidos.

No tengo ni idea de lo que le conté. Estaba un poco ida, como si me hubiera bebido varias copas de champán. Sabía que no habían encontrado a Ned, pero todavía no había asimilado lo que eso significaba. En cambio, se me cruzaba por la cabeza intermitentemente la idea de que iba a aparecer en cualquier momento. Cuando le viera, nos reiríamos, aliviados. ¡Menudo día habíamos tenido! El milagro que suponía mi propio rescate tampoco me resultaba evidente todavía en ese momento. Me gustaba que aquellos tíos me estuvieran haciendo tanto caso, pero no había quien entendiera por qué no paraban de decirme que yo era asombrosa. Me habían regalado un uniforme de la guardia costera que les sobraba, y aquello me había sabido a amor. Me habían echado una manta sobre los hombros. Desde mi punto de vista, todo aquello era una gozada, incluso el chocolate aguado que mi entrevistador me sirvió en un vaso de papel.

Para cuando flexionó los nudillos llenos de hoyuelos y me aseguró que de inmediato se pondría en marcha una investigación que llegaría hasta el fondo del asunto, yo ya estaba preparada para que me dieran un peluche y me metieran en la cama. No me quedaban neuronas para atender al procedimiento que me explicó, algo que tenía que ver con el registro de los barcos, las pruebas físicas y una agencia que sonaba muy oficial. Lo único que oí fue que me fuera a casa y que no me preocupara. Aquello sonaba bastante bien.

Mi viejo Saab recorre la calle Stuart hasta Chinatown, va por el muelle, sube por Atlantic Avenue hasta North End. Hace un día frío y gris en Boston. Como es habitual. Dejo el coche en un aparcamiento, me cruzo con mareas de turistas que pasean por los embarcaderos. El edificio de la guardia costera es un cuadrado de ladrillo desnudo con algunas estructuras de vidrio triangulares que sobresalen por el tejado. Menos por esas rarezas arquitectónicas modernistas, es tan limpio y respetable como un rapado al uno en una calavera recuperada de un pozo de brea.

He buscado a Cavalieri en internet esta mañana, así que cuando se presenta es como ver a una persona a la que ya conozco. La foto que había colgada era amable y databa de unos diez años atrás. En persona, tiene los ojos más juntos, el hoyuelo del mentón menos pronunciado y el cuello menos voluminoso. Su despacho es tan deprimentemente funcional como todo el resto del edificio.

—Siento lo del señor Rizzo —dice Cavalieri al invitarme a sentarme. Él se coloca detrás de su mesa. Está intentando no darme un repaso visual pero no puede evitarlo, y no es lo bastante sofisticado como para disimularlo. Debe de gustarle lo que ve porque cuando se sienta está sonriendo demasiado para alguien que acaba de dar el pésame.

—Cuatro horas en agua a cinco grados. Nunca he oído nada igual. Y no es que tenga mucha grasa que digamos —dice, aprovechando una nueva oportunidad de examinar mi cuerpo.

—Tengo un moratón en una costilla —le digo, cosa que es verdad. Me sigue doliendo.

Su sonrisa se ensancha, como si mi costilla amoratada no hiciera sino volverme más espectacular.

La costilla, al oír su nombre, empieza a dolerme.

—Por este puerto pasan dos mil setecientas embarcaciones al año —explica Cavalieri—. Eso son aproximadamente siete u ocho barcos al día. El 7 de septiembre a esas horas había tres en la zona del incidente, pero todos navegaban dentro de los corredores establecidos, a una distancia de entre tres y seis millas náuticas de donde la recogieron a usted. Fotografiamos los cascos de los barcos en la cota del agua pocos días después de los hechos y no encontramos pruebas forenses, ninguna mella en la pintura, ni desportilladuras, ni abolladuras. Se obtuvieron y se archivaron declaraciones escritas del capitán, del primer oficial, del segundo oficial y del jefe de ingenieros de cada una de las embarcaciones. Todos niegan haberse visto implicados

en un accidente. Los registros de los barcos no muestran nada fuera de lo común y se corresponden, como era de esperar, con las posiciones registradas por los Sistemas de Monitorización de Embarcaciones. Las imágenes del satélite no sirven de nada, a causa de la niebla.

Hace una pausa.

—En el barrido dimos con el EPIRB de su barco. Se había desplazado varias millas para cuando lo encontramos.

—¿El EPIRB?

—Es un aparatito diseñado para emitir una señal de radio cuando se halla sumergido en agua. Lamentablemente, esas señales a veces no se controlan con tanto cuidado como se debiera. —Parece pedir disculpas sumisamente—. No había gran cosa en la zona donde la recogimos a usted. Solo restos de madera del naufragio, una lancha salvavidas sin inflar y una fuga de petróleo. La lancha probablemente no se inflara porque tenía enredado alrededor parte de la rabiza.

—¿La rabiza?

—Es el cabo que une el bote salvavidas a la embarcación. Un error debido a la inexperiencia, me imagino. El *Molly Jones* era un barco nuevo, y sospecho que el señor Rizzo aún no estaba familiarizado con todo el equipamiento que llevaba a bordo. —Se encoge de hombros—. De todos modos, el bote salvavidas no hubiera servido de nada, dado que fueron golpeados prácticamente sin aviso alguno.

Se reclina en el asiento y entrelaza los dedos en la nuca, con los codos hacia fuera. Ya ha hecho su trabajo y ahora es como si estuviera esperando a que empezara un película que se muere de ganas de ver. Me pide que le cuente lo que recuerdo.

Le digo que vi un barco grande, pero que no sé de qué tipo. Pensé que era un carguero, pero también podría haber sido un buque cisterna o un portacontenedores. Cuando estaba en el agua y miré hacia atrás no vi gran cosa. La niebla lo tapaba todo, excepto el pedazo de barco que atravesaba directamente el *Molly Jones*. No pude ver lo que había en cubierta, ni siquiera llegué a ver la cubierta, mucho menos alguna marca identificatoria. Lo cierto es que no estoy segura ni de la forma que tenía aquella cosa. Lo único que sí creo saber es el color: era gris.

—¿Cree saberlo? —repite.

Yo asiento.

—Gris —repite con cautela, como si estuviera probando un entremés desconocido.

Hay que reconocer que no es una gran pista.

Como he leído en internet el currículum de Cavalieri, sé que tiene una vasta experiencia como marino. Ha sido ingeniero en un rompehielos, inspector de buques comerciales, instructor en el Centro de Entrenamiento de la guardia costera, oficial coordinador federal de respuesta a emergencias, coordinador federal de seguridad marítima y coordinador de misiones de búsqueda y rescate. Se me nublaron los ojos al ver los títulos y premios acumulados. Con lo que me quedé fue con lo siguiente:

Cavalieri está acostumbrado a gestionar desastres y a dar malas noticias.

—Señorita Kaspárov, siento decírselo, pero esto se nos está quedando en nada. Aparte de su testimonio como testigo ocular, ni siquiera tengo pruebas de que la colisión tuviera lugar.

—¿Qué quiere decir con eso de «además de mi testimonio como testigo ocular»? ¿Eso no basta?

—Por supuesto. Lo que estoy diciendo es que no tengo pruebas sólidas de que se produjera una colisión. No puedo corroborar su historia.

—¿Mi *historia*? —Esto es peor de lo que me esperaba—. Lo que hundió el *Molly Jones* no fue una historia, capitán.

Cavalieri se pone en pie, da unos pasos por detrás de su mesa. Esto no le está gustando mucho más que a mí.

—Al menos uno de los registros de esos barcos ha tenido que ser falsificado —insisto con vehemencia—. No me diga que nunca ha pasado.

—No, no. —Desoye mi pregunta con un gesto de la mano—. Sucede. Con un solo grado que se desvíe un buque grande ya se sale de las vías náuticas. Una vez que se dan cuenta de lo que ha pasado, ajustan el rumbo, pero entremedias no pueden dar la vuelta, no pueden maniobrar, ni siquiera pueden frenar bien. Es notorio que las tripulaciones se despistan, y no quieren cargar con las culpas. Ha habido muchos casos de colisiones en el mar en las que los culpables se escapan, especialmente, sospechamos, en el caso de cargueros extranjeros, y hay maneras relativamente sencillas de taparlo. Solo desearía tener algo más de información para poder incluirla en mi informe al CNST.

—¿Se supone que debo saber lo que significan esas siglas?

Percibe los nervios en mi tono de voz y me mira con suspicacia, por si estuviera a punto de ponerme histérica.

—Consejo Nacional de Seguridad en el Transporte. La agencia gubernamental que se ocupa de los accidentes en el mar.

—¿Me está diciendo que ustedes no se ocupan de eso?

—La guardia costera emite un informe inicial, pero el CNST lleva a cabo la investigación y presenta un exhaustivo informe final. Su versión es la historia oficial.

Cuando menciona al gobierno federal mi mayor temor se convierte en certeza. Ahora estoy convencida de que el barco que aplastó al *Molly Jones* y se llevó por delante la vida de Ned nunca será identificado. Ahora es cuando me doy cuenta de que llevo diez días aguantando la respiración, esperando que se haga justicia. Y también esperando la verdad, el consuelo, como lo quieras llamar. Y no lo esperaba por mí, sino por Noah. Aquel día en el Taffy's, cuando intenté explicarle por qué había muerto su padre, me oí dando razones endebles y ridículas. Me di cuenta de lo importante que era encontrar algún tipo de explicación real. Porque si el padre de un niño ha de morir en un estúpido accidente, ese niño merece que haya consecuencias en forma de preocupación y asunción de responsabilidades. Se merece, como

mínimo, una disculpa por parte de la gente que la cagó.

Le pregunto a Cavalieri cuánto se demorará la investigación del CNST.

—Depende de lo que encuentren. Podría durar entre un par de semanas o un par de meses, incluso un año si las cosas se complican. Son cuidadosos y lentos. Lo que me recuerda que usted puede ayudarlos rellenando esto.

De una esquina de su mesa coge una tablilla sujetapapeles con unos documentos y me la da. La primera hoja es el formulario «157K3 Informe de Colisión». Consta de varias paginas, en letra pequeña, con espacios donde redactar las respuestas. Hay un bolígrafo unido al sujetapapeles por medio de una cadenita, para mi comodidad.

—Ya le he dado toda la información que tengo.

—Necesitamos los formularios para el archivo —me dice, justificándose un poco. Su voz se suaviza ahora que está a punto de despedirme—. Quiero asegurarle que estamos haciendo absolutamente todo lo que está en nuestras manos. En el momento que tenga cualquier información nueva, se la haré saber.

—¿Y qué hay de los restos del señor Rizzo?

—No tenemos equipos que puedan localizar un cuerpo en aguas tan profundas. La Marina podría hacerlo con buzos especializados o con un robot submarino, pero no lo harán a no ser que sea parte de un proyecto de investigación más amplio.

Me pongo de pie, de forma que puedo mirarle a los ojos.

—¿Cuáles son los nombres de los tres barcos que había cerca del lugar de la colisión el 7 de septiembre?

Su barbilla se retrae de forma casi imperceptible. Esto no se lo esperaba, pero tiene buenos reflejos.

—Deje que seamos nosotros quienes nos ocupemos de esto, señorita Kaspárov.

—Quiero saberlo.

—Sé que esto debe de ser duro para usted...

—Quiero *saberlo*.

Vuelve a tomarme la medida. Llegados a este punto debe de saber que no voy a irme con él a una habitación de hotel después del trabajo, porque deja que su voz descienda a las frías temperaturas gubernamentales.

—Me temo que no tengo la libertad de divulgar esa información.

—¿Por qué? Tendría que ser información pública. ¿Cómo puede no serlo?

—La situación es sensible —responde, parpadeando despacio.

Ah, ya veo. No quiere que me ponga a molestar a los capitanes, a hacer acusaciones, a subirme a bordo de buques de acceso restringido, a montar un numerito internacional. Casi me dan ganas de sonreír. Debe de pensar que no soy más que una mujer con un trajecito negro de diseño que preferiría estar de compras en la calle Newbury.

—No pasa nada, capitán. No necesito su ayuda. Encontraré los buques yo misma. Los ojos de Cavalieri destellan de repente con un brillo pétreo.

—Como usted quiera.

Rodea la mesa rápidamente y abre la puerta de su despacho. Veo que su secretaria aparta la mirada. Me señala un banco que hay junto a ella, donde me imagino que quiere que rellene el formulario.

Salgo de su despacho, me siento en el banco y echo chispas. Si dependiera solo de mí, dejaría el formulario ahí en el banco y me iría. Pero, por Noah, cojo el bolígrafo.

La primera sección pide un montón de información inútil sobre los miembros de la tripulación a bordo del buque afectado. Ni siquiera miro el resto del formulario. Hago una bola con el papel, confiando en que Noah me comprenda. Me tiemblan las manos, y me doy cuenta de que tengo el ánimo turbio por el trauma acumulado: me siento furiosa, impotente y todavía aterrorizada.

La secretaria de Cavalieri me contempla con simpatía.

—Váyase a casa. Deje el formulario. De todas formas, nadie los lee.

Suspiro. ¿Por qué la gente razonable no es nunca la que está al mando? Coloco el sujetapapeles sobre su mesa y la bola de papel encima.

—Tenía un hijo, un chaval muy especial. A lo mejor un genio, no lo sé. Su madre es alcohólica. Y ahora su padre está muerto. ¿Qué le pasa a un niño así?

—De un modo u otro, sobreviven. Los niños son resistentes.

Pienso en esto detenidamente.

—No, no lo son. Se les hace daño fácilmente y no siempre se recuperan.

Ella asiente levemente y aparta la mirada. Casi nadie es capaz de pensar en esto.

Salgo de la oficina y me dirijo hacia la entrada principal. Tengo ganas de darle una patada a la planta de plástico que hay en una maceta en el vestíbulo vacío, pero no lo hago. Ese era el tipo de comportamiento descontrolado por el que me metía en líos en el colegio Gaston. Castigos, restricciones de fin de semana y demás. Una profesora me dijo una vez que QueTeFollen no era más que un lugar conocido al que me escapaba corriendo cuando me sentía amenazada, como una cama bajo la que se esconde una niña asustada. Le dije que lo entendía. Todo el mundo quiere llegar a un puerto seguro; y casi nadie llega. Pero hay una gran diferencia entre el suelo que hay debajo de una cama y QueTeFollen, recuerdo que le dije. En realidad no se parecen en nada. El suelo que hay debajo de una cama está oscuro y lleno de polvo. En QueTeFollen hace mucho calor y los bordes son muy afilados.

Sin muchos alardes, el sol se pone detrás de nubes bajas. Conduzco en dirección sur y luego hacia el este, hacia el distrito portuario. Paso por delante de un almacén de correos, una lonja de pescado, una empresa de transportes por carretera y un taller de reparación de barcos. A mi izquierda, el puerto de Boston está resbaladizo, lleno de aceite. Hay cuatro o cinco grandes buques deslizándose como con indolencia sobre la superficie del agua. Ninguno de ellos es plateado o gris. Ahora recuerdo que el barco que chocó con el *Molly Jones* al principio parecía negro, pero podría haber sido azul oscuro. El plateado podría haber sido efecto de la niebla. Emergen recuerdos del

accidente en exiguos pedazos y se disuelven al momento. Cuanto más pienso en ello, menos segura estoy de nada.

Capítulo 7

A las seis de la mañana estoy en el YMCA por primera vez desde el accidente. De pie al borde de la piscina contemplo con aprensión el agua turquesa. Saber que solo tiene tres metros de profundidad no apacigua mi miedo. Los otros carriles están ocupados por la gente que nada antes de ir a trabajar. Reconozco a la mayoría de ellos. Los habituales no hablamos mucho entre nosotros, pero sabemos quiénes somos. Un hombre con un bañador Speedo sale de los vestuarios, echa un vistazo alrededor y toma asiento en el banco. Será el primero en la cola en el próximo carril que quede libre. Si me quedo aquí de pie, tendrá derecho a impacientarse. O me tiro ahora o abandono el carril, y si hago eso, el miedo se habrá apuntado una victoria y será el doble de difícil regresar.

Así que me lanzo. Los primeros largos son como revivir una pesadilla (en realidad, lo que estoy haciendo *es* revivir una pesadilla), pero luego, despacio, se vuelve más fácil. Retomo la brazada, siento que mi cuerpo es fuerte y ágil. La respiración rítmica me tranquiliza, y el agua poco a poco empieza a parecer mi elemento natural, como una caricia perfecta por todo el cuerpo. Lágrimas de gratitud me resbalan por las mejillas. Estoy bien. Mi antiguo yo sigue aquí —el yo bueno, abierto, grácil—. Nado un largo tras otro durante una hora con creciente entusiasmo. Me encanta nadar. Si no pudiera hacerlo, no sé quién sería.

Me siento tan bien que cuando llego a casa llamo al trabajo diciendo que estoy enferma. Como ayer me tomé la tarde libre parece más que razonable que hoy esté enferma. En cualquier caso, dado que soy la heredera natural, nadie lo va a cuestionar. Me pongo cómoda con un pantalón de chándal, me hago una gran cafetera y una tortilla de tres huevos y enciendo el ordenador. Al carajo con Cavalieri y sus secretitos. No puede ser tan difícil encontrar tres cargueros.

Navego por internet, buscando términos a medida que se me van ocurriendo: puerto de Boston, corredores marítimos, colisiones en alta mar, etc. Apunto las capacidades de los cargueros y cómo rellenar un conocimiento de embarque. Descubro el procedimiento correcto para descargar un buque contenedor, el papel exacto de un oficial de aduanas, cómo ha de navegar por un complejo sistema de esclusas un millón de toneladas de acero del tamaño de una manzana. Me entero de que 242 buques contenedores, 32 ferris, 481 buques de carga de gran tamaño y 113 cruceros atracaron en el puerto de Boston en 2012. En un momento dado, imágenes en color del oxidado botín del naufragio de un galeón español del siglo XVIII aparecen ante mis ojos. En otro momento me veo cara a cara con un celacanto.

En otras palabras, no encuentro nada que me conduzca al barco que hundió el *Molly Jones* y, en el proceso de buscarlo, mi mente se embota. Pero sigo haciendo clic. Pienso que lo que pasa, simplemente, es que no estoy buscando en el sitio correcto, pero no reconocería el sitio correcto ni aunque se me quedara fijo en la

pantalla. Leo al azar, aprendo cosas al azar, me salgo de páginas al azar. Voy a todas partes y a ningún sitio. Durante varias horas libro una batalla compulsiva contra la Era de la Información y se me va apagando el alma.

Pierdo.

De acuerdo. Ya es suficiente. Me aparto del ordenador, limpio la cocina, pongo una lavadora. Miro por la ventana sin ver en realidad el cielo azul y la calle flanqueada de árboles. Necesito a un ser humano, alguien de dentro. Es entonces cuando me acuerdo de Johnny. En el funeral, me dio su número y me dijo que no me hiciera la tímida si necesitaba algo. No estoy segura de lo que quería decir con eso, pero ahora mismo me apetece usar el único contacto que tengo en el mundo de la pesca. Llamo y le dejo un mensaje en el móvil. Me llama media hora después y me dice que vaya a su casa, en Dorchester, a las cuatro.

En los viejos y malos tiempos, cada vez que había luna llena, Johnny y yo solíamos sentarnos en la escollera de Scituate, donde sus padres tenían una residencia de verano. Bañados por la luz amarilla de la luna, dando tragos a una botella de Jack Daniels, nos inventábamos medias verdades que contarnos el uno al otro. Subía la marea y las olas negras escalaban cada vez más arriba por las rocas, hasta vernos rodeados por la espuma del mar. Finalmente decidíamos volver a la playa, sin saber si una parte o tal vez todo el malecón estaría ya sumergido bajo el agua. Íbamos pisando piedras resbaladizas mientras las olas estallaban contra ellas, lanzando chorros de agua fría. No hablábamos mucho, para no revelar nuestro temor. Nos podríamos haber quedado atrapados, o cualquiera de los dos podría haberse visto derribado por una gran ola, pero por eso mismo lo hacíamos. El subidón de adrenalina de codearnos con el peligro. Cuanto más nos acercábamos a la orilla, más chulos nos poníamos y más rápido íbamos. Para cuando llegábamos al agua baja, estábamos corriendo, cayéndonos, tirando uno de los brazos del otro para sacarnos de los remolinos de espuma. Empapados hasta los huesos, con el olor a sal metido hasta el fondo de la nariz, caíamos en la zona alta de la playa, donde empezaban las dunas suaves y acogedoras, y nos pasábamos la botella hasta terminarla.

Nos arrancábamos la ropa y hacíamos el amor. Solíamos abandonarnos al sexo, Johnny y yo. Luego caíamos de espaldas, rendidos, dos anfibios enarenados bajo una luna distante. Algunas personas son reacias al riesgo; otras necesitan el riesgo para sentirse vivos. La atracción del abismo era un misterio que Johnny y yo no teníamos que explicarnos el uno al otro. Así que sí, existía cierto vínculo. Destructivo, tal vez, especialmente si tenemos en cuenta la prisa. Pero un vínculo es un vínculo. Y cuando eres joven y todavía no has aprendido a vivir dentro de tu propia soledad, incluso un vínculo destructivo parece mejor que nada.

Vive en una casa de dos pisos detrás de los juzgados del distrito, en una calle en la que los árboles, recién plantados, no miden más de dos metros y sus troncos son del ancho de tu muñeca. Aparco junto a un buzón abollado adornado con calcomanías de flores. Al acercarme a la puerta principal, oigo una riña entre hermanos en pleno

apogeo. Las burlas del poderoso, el lamento desgarrador del vencido. A través de una ventana abierta hasta puedo oír al Hombre Ostra hablando con sus hijos de forma razonable y paciente, como un Kofi Annan de barrio decidido a promover una tregua, y más o menos con la misma suerte. Dicen que la paz mundial empieza en casa. Si esto es así, todos tenemos un grave problema. Casi estoy esperando que una silla salga despedida por la ventana. Uno de los angelitos abre la puerta antes de que haya tocado al timbre, me debe de haber visto venir. Abre los ojos casi sin pestañas al verme y chilla «¡MAAAA!» en dirección al pasillo como una cabra escandalizada.

La mujer de Johnny se acerca a la puerta arrastrando los pies. Es una cansada rubia de raíces negras que lleva una camisa de algodón con lamparones bajo la que se ve que no lleva sujetador. Me sorprende sentir esa sacudida irracional que se siente al conocer a la amante de un ex amante. Como si no debieran existir, pero aquí está: una mujer cuyos labios han besado los de John Oster y cuyo vientre le ha dado cuatro hijos. Tal vez perciba algo sobre mí, porque no parece que le haya caído muy bien.

Johnny aparece detrás de ella en un recibidor repleto de bolsas de deporte, monopatinos y gorras de béisbol. Él me conduce hacia una puerta al fondo de la casa, con sus hijos figando y correteando como perrillos traviesos, y nos liberamos del pandemonio poscolegio y precena para refugiarnos en un silencioso garaje con una mitad dedicada a lo que parece ser su pasión principal: las jaulas para pájaros. Hay una pajarera sin terminar sobre una mesa de trabajo y de los travesaños cuelgan pajareras grandes y pequeñas. Una que parece una iglesia congregacionista, otra inspirada en el Taj Mahal. Casitas para un pájaro solo, casonas para grandes familias de aves. Realizadas amorosamente en diferentes maderas (pino, cerezo, teca), algunas de ellas pintadas con primor, otras no.

¿Pajareras? Nunca se me habría ocurrido. Me conmueve extrañamente ver que esos rasgos fantasiosos y obsesivos de Johnny se hayan canalizado de una forma tan inofensiva ahora que es un ciudadano responsable y un hombre de familia.

—¿Qué te preocupa? —Apoyado en un taburete alto frente a su banco de trabajo me da un repaso, pero no deja que su mirada se recree.

—He hablado con el capitán Cavalieri de la guardia costera.

—Menudo gilipollas.

—Exacto. Me dijo que había tres cargueros en la zona del *Molly Jones* el 7 de septiembre, pero que no hay pruebas que los vinculen con la colisión. No me dio sus nombres.

Johnny me sonrío con residuos de afecto y de juicio.

—Así que quieres buscarlos tú misma.

—Por supuesto. Cavalieri se ha rendido. Le ha pasado el caso a la Junta Nacional de Seguridad en el Transporte. Suena a mucha burocracia. Dice que podría demorarse un año.

—No sé qué decirte, aparte de que tengas paciencia. Cosa que no te resulta fácil, creo recordar.

—A ti tampoco.

—Ahí te equivocas. —Señala sus baldas repletas—. Estas pajareras. Me están enseñando a tener paciencia. He aprendido a controlar mis tiempos.

Me siento en un banco, apoyándome en un muro de cemento pintado. Hay curvadas virutas de madera por todas partes, que despiden un olor dulce y untuoso.

—La gente tiene que haber comentado la colisión. Los pescadores, quien sea. Tienes que haber oído algo.

—De lo único que ha hablado la gente es de ti. Una mujer se arroja de un barco que se hunde y se pone a nadar en el océano Atlántico durante más tiempo de lo que es humanamente posible. Esa noticia sí que ha recorrido los bares. Otra historia del mar, como *La Tormenta Perfecta*, para entretener a América. Estamos esperando que salgan el libro y la película.

—El verdadero héroe fue Ned. —Tengo la compulsión de repetir esto a cualquiera que me quiera escuchar. No soy capaz de superar el hecho de que Ned, que me salvó la vida, esté convirtiéndose en una nota al pie, mientras que yo, que no hice nada, me esté transformando en material de leyenda.

Los dedos gruesos y chatos de Johnny han empezado a montar una diminuta chimenea para el tejado diminuto de otra pajarera. Mantiene la cara ligeramente girada para prestar atención a lo que está haciendo, pero también, sospecho, para dejarnos espacio.

—Estos malditos dedos no siempre se portan bien. Es frustrante. Son parte de mi cuerpo, pero juraría que piensan por su cuenta.

—Venga ya. Sé claro conmigo, Johnny. Si hay alguien en esta ciudad que sepa algo, eres tú.

Suelta una risita halagada, mientras intenta, sin éxito, que la chimenea se mantenga en pie.

—Voy un paso por delante de ti, cariño. Ned era mi colega, ¿no te acuerdas? ¿Te piensas que dejaría que se matara sin entender por qué? He investigado por mi cuenta. He hablado con cualquiera que pudiera saber algo y con una docena de tíos más, solo por estar seguro. Hasta fui a hablar del tema con el gilipollas de Cavalieri y dejé que me tratara como a una mierda, como sabía que haría. La guardia costera odia a los pescadores, por si no lo sabías. ¿Y qué crees que descubrí después de todo eso? ¿Eh? —Se gira hacia mí. Su rostro es una hoja de papel blanco en el que no hay nada escrito—. Fue una mierda: un atropello en el que el culpable se dio a la fuga. Eso es todo. Solo un accidente chungo, triste y extraño, cuyo perpetrador desapareció lo más rápido que pudo. Ya podemos ponernos a buscarle como locos: no lo encontraremos. Lo siento. Ahí tienes el mundo de la mar, cielo. Millas y millas en las que desaparecer como por ensalmo. Por eso atrae a todos los desquiciados de este mundo.

Siento una presión en el pecho, como si alguien se hubiera puesto de pie sobre él. Me lanza una sonrisa torcida.

—Sé que esto no es lo que quieres escuchar. Pero «el culpable se dio a la fuga» es

la respuesta con la que los dos vamos a tener que vivir ahora mismo. Mi consejo es que dejes que los federales pierdan todo el tiempo que quieran. —Vuelve a su banco de trabajo, coge un cuchillito de tallar—. Y, por cierto, no estarás haciéndote ningún favor si empiezas a hacer preguntas por ahí.

—Así que siguen por ahí, los que hicieron esto...

—Bueno, claro. En algún sitio tendrán que estar, ¿no?

—¿Cómo puede alguien salirse con la suya después de hacer algo así?

—Es fácil. Si tienen marcas en la pintura del casco, pintan encima enseguida. La señal VMS (Vessel Monitoring Systems) solo indica una posición cada hora, de forma que si están más o menos donde se supone que deben estar cuando se dispara la señal, no pasa nada. Y el VMS funciona mal con mucha frecuencia, lo que resulta conveniente. Odio tener que informarte de esto, pero sucede. Nadie quiere tener problemas. Mala publicidad para la compañía, partes al seguro. Un capitán sin curro. Lo tapará como pueda, si le es posible, y se dirá a sí mismo que es parte del trabajo.

—¿Y qué hay de la tripulación?

—Lo mismo. ¿Qué más les va a dar a ellos? Si dicen algo solo conseguirán que les pongan en la lista negra. La mayoría aceptará encantada un soborno si se lo ofrecen, y al resto le da exactamente igual. No lo olvides. La mayor parte de estos barcos son extranjeros. ¿Sabes las leyes que tenemos aquí?

—¿En América?

—No, quiero decir en tierra.

—Ah, ya.

—Bueno, pues esas leyes no son operativas en la mar. Ahí fuera el mundo es completamente distinto. Es como el salvaje Oeste antes de que hubiera *sheriffs*. —Hace una pausa, me mira con preocupación—. ¿Estás bien?

—Supongo que sí. —Estoy pensando en Noah. Sus ojos confiados, el hueso de ballena que tenía en el bolsillo. ¿Cómo decirle que los malos escaparon?

—¿Qué me dices de ese tipo con el que estabas hablando? El que fue al pub —dice Johnny. Pasa la carnosa yema del pulgar por la punta del cuchillo para comprobar si está afilado.

—Ah, ese. No le conozco. Apareció sin más.

—¿Te acuerdas de su nombre?

—Larry, me parece. El apellido empieza por W.

—¿Qué quería?

—Me hizo algunas preguntas sobre el accidente. Quería saber si yo podía identificar el barco y por qué Ned se fue de Ocean Catch.

—¿Le contaste algo?

—Le dije que Ned se había cansado de las grandes traineras de multinacionales y que quería su propio negocio pequeño. Eso fue lo que me dijo a mí.

—¿Te contó alguna cosa más?

—No sé. ¿Como qué?

—Como por qué se cansó de Ocean Catch.

—No. Supuse que simplemente quería un cambio.

—Sí. Fue por eso. —Johnny empieza a pelar un palo con el cuchillo.

—¿Y Thomasina? ¿Le hablaba Ned mucho del trabajo?

—No creo. Al menos nada que ella me haya contado nunca a mí.

Johnny asiente despacio, doblado sobre su obra. Rebana la madera con el cuchillo y se desprende una astilla, revelando la pulpa blanca.

Me fijo en una pajarera que hay en una balda alta encima de su zona de trabajo. Hay una pequeña entrada con un arco que se abre a una salita aireada. También hay un segundo piso, con diminutos techos abuhardillados. A lo mejor es una habitación de invitados. Pero me fijo mejor, sorprendida. Alguien ha pintado una esterilla trenzada. Un trabajo delicado, minucioso que tiene que haber hecho con el cepillo más pequeño del mundo. Empiezo a tener una sensación siniestra. El cerebro que hace estas cosas no está del todo cuerdo.

—Debes de pasar mucho tiempo con esto. ¿Cuándo las haces? —le pregunto.

—Me levanto a las cuatro. No duermo muy bien.

—¿Ah sí? Qué curioso, yo también me he levantado a las cuatro esta mañana. En mi caso es el estrés. ¿Y tú? —No estoy segura de que quiera entrar en un terreno tan personal, pero tengo curiosidad. Hay una especie de rara desconexión entre el Johnny que yo conocía y este con el que estoy hablando. Para empezar, el Johnny que yo conocía no estaría tan cómodo con el concepto de darse a la fuga.

—Probablemente sea eso. No lo sé. —Ensancha el pecho, hace un movimiento circular con los hombros para desentumecerlos. Aprieta un pequeño tubo de pegamento y pone una gota sobre un bastoncillo de algodón. Lo examina a la luz—. No puede usarse mucho. Lo embadurna todo y luego hay que quitarlo con un punzón.

Se oyen gritos provenientes de la casa. Pisotones, un portazo.

—¿Sabes?, a veces podría matar a esos cabroncetes. Se supone que debes sentir eso por tus hijos. Pero a veces solo quiero escapar. No sé cómo me metí en esto. Casado, con cuatro hijos. No hay más que facturas donde quiera que mire. A veces siento que me han jodido pero bien. —Coloca el bastoncillo cuidadosamente sobre un trozo de periódico, vuelve a enroscar el tapón de pegamento—. Ese tío del pub no me gustó. Que se hiciera pasar por un amigo de Ned. Si te llama, dímelo.

—¿Por qué, qué vas a hacer?

—Nada, cariño. Nada de nada.

Ahora me dedica una mirada, esos ojos que me suben por el cuerpo despacio hasta la cara.

—Tienes un aspecto fantástico, por cierto. Siempre lo has tenido. —Su voz se suaviza, se vuelve más profunda—. Mi mujer está muy liada con los niños últimamente. Tengo mucha libertad, mucho tiempo para mí. Podría sacarte en el barco alguna vez.

—Ya no me gustan mucho los barcos.

Parpadea despacio, no está seguro de qué hacer con esa respuesta. ¿Estoy rechazando su oferta o será simplemente que necesito otro vehículo de seducción?

—Pues una cerveza entonces. No digas que no directamente; piénsatelo primero. Me da que estás muy sola, Pirio. Siempre has sido solitaria, complicada. Nunca te terminé de comprender. Pero entiendo que debes de estar dolida y quisiera estar siempre para ti, corderita.

El mote cariñoso es asqueroso por tres razones. Primero, porque es un mote cariñoso. Segundo, porque su mujer está en la casa, dando de comer a bocas hambrientas y limpiando dedos pegajosos. Tercero, porque hace mucho tiempo Johnny solía llamarme *cabra* y yo le llamaba a él *mono*. Los términos no eran inocentes. Nunca fui una corderita.

—Voy a pasar de tu amable oferta, simio.

Asiente como si no hubiera esperado otra cosa.

Salgo por la puerta abierta del garaje hacia la entrada asfaltada, lisa y negra. Paso junto a un Lexus rojo reluciente, me meto en mi viejo coche y arranco, alejándome de la acera, pensando que, por lo menos, ya tengo algo que contarle a Milosa: Johnny ya ha hecho de Sam Spade, así que no tengo que hacerlo yo. Es un alivio, más o menos.

En la autopista, me encuentro en medio del tráfico de la hora punta. Pongo a mi pianista de *jazz* preferida, Akiko Grace, e intento relajarme. Pero por una vez la preciosa música no me evade de mis problemas. Cuando entran en mi campo visual los tanques de gas de Sister Corita, me viene una imagen de un tipo en un bar de mala muerte, echándose al colete un trago de whisky y riendo como un idiota. Tan feliz consigo mismo y con su carrerón. Pensando que ha conseguido irse de rositas después de dejar un barquito de pesca hecho añicos y a los dos seres humanos que había a bordo a la deriva entre las olas, aterrorizados hasta ahogarse. Aprieto el volante tan fuerte que mis nudillos se vuelven blancos. Probablemente no se le ocurriera pensar que alguien sobreviviría.

Capítulo 8

Nada está fuera de su sitio; no han movido nada. Los últimos rayos de sol entran oblicuos a través de las persianas verticales como suelen hacer cualquier tarde de septiembre: doradas vigas de miel que se entrecruzan como una celosía sobre la alfombra y la mesa de centro. Y aun así... Algo falla. En el aire flota un aroma sutil. Un olorcillo insignificante. Un olor a madera, pero amargo. Una nota olfativa ajena a mi apartamento.

Toda casa tiene su propio olor, una mezcla aromática única de ocupantes masculinos y femeninos, moquetas, ropa sucia y ropa limpia, e incluso del tipo de comida que la familia suele comer una y otra vez. Hasta la hierba y los árboles que hay al otro lado de las ventanas ejercen su influencia. Los niños esto lo saben mejor que nadie. Cualquier niño podría identificar su propia casa solo por el olor, si tuviera que hacerlo. Esta sensibilidad se va debilitando con el tiempo. El niño deja de confiar en su nariz y termina por dejar de usarla. Los ojos y los oídos toman el relevo, mientras que el olfato, nuestro sentido más primitivo, queda relegado a los animales. Eso es lo que ocurre a menos que tu madre sea una perfumera que te enseñe que todo tiene un olor especial, además de un aspecto, un sonido y un tacto. Y que, de todos los sentidos, el olfato es el que con menos probabilidad te engañará.

Por eso estoy segura de que alguien ha estado en mi apartamento. Si se hubieran quedado un poco más o hubieran estado ahí más recientemente, podría atreverme a aventurar algunas conjeturas acerca de los componentes de su colonia. Pero ahora mismo lo único que mi nariz es capaz de identificar son las últimas moléculas grandes y persistentes de una nota básica profunda. Estoy pensando en madera de agáloco o en musgo de roble, que son ingredientes comunes en perfumería y que ni siquiera me dan el género de la persona que lo lleva. Cierro los ojos y lo intento otra vez. Es madera de agáloco. Sí, estoy segura. Oscuro, suave, especiado, medicinal. El olor de los rituales religiosos del sur de Asia. Para elaborar aceite de madera de agáloco, se extrae la resina de unos árboles que han sido infectados con un hongo parasitario; el olor destilado es legendario por su potencia y longevidad. La madera de agáloco es un olor de esos que amas u odias, y es imposible confundirlo con ninguna otra cosa.

Ordenador sobre la mesa. Portátil en el armario. Todo igual que cuando lo dejé. ¿Qué más podrían llevarse? Voy al dormitorio. Mi joyero está intacto. Si esto no ha sido un robo, ¿qué ha sido?

De repente me entra pánico al pensar en cómo ha entrado el intruso. Estoy en el tercer piso. Hay una puerta delantera, una puerta trasera y una salida de incendios. La puerta trasera tiene cadena y sigue puesta. La salida de incendios está vieja y oxidada y no la han podido usar sin que se enterara medio edificio. Entonces me acuerdo de que tuve que luchar contra la puerta principal al llegar a casa —pensé que había

abierto el cerrojo, pero parecía atascado, así que lo cerré y lo abrí un par de veces antes de sentir deslizarse el pasador—. La puerta debía de estar sin cerrojo cuando metí la llave la primera vez. El intruso, o la intrusa, usó una ganzúa para entrar, pero no tenía la llave para cerrarla cuando se fue.

Voy a casa de la vecina de al lado y le pregunto si ha visto a alguien. Ella sospecha de todo el mundo; una vez dio parte de un coche que llevaba demasiado tiempo aparcado en la calle sin moverse. Dice que no. Pero luego entrecierra los ojos y su puerta se cierra unos cuantos grados más. Sospecha incluso de mí.

Llamo al vigilante, y le digo que alguien ha estado en mi apartamento. De fondo se oye un partido de béisbol, tan alto que tenemos que gritar. Me dice que va a llamar a la poli. Que mandarán un coche.

Mientras espero, vuelvo sobre mis pasos, compruebo una vez más que todos mis objetos de valor siguen en su sitio. No falta nada. A lo mejor me he equivocado con la madera de agáloco, pero juraría que aún puedo oler sus trazas en el aire.

Me pregunto si alguien estaría vigilando el apartamento esta tarde y me vio marchar. A lo mejor quien quiera que fuera sigue ahí. Me acerco a la ventana. En la calle Tappan los coches están aparcados en paralelo a la acera. Hay una pareja paseando. Un chaval con un monopatín. Adolescentes con el pelo largo y grandes bufandas. ¿Ahora voy a vivir así, mirándolo todo como un halcón? Voy al fondo del apartamento, donde la ventana del baño da al aparcamiento. Atisbo el exterior por entre los listones de la persiana. Coches, los coches habituales. Eso es todo.

Los polis llenan el piso con sus anchos pechos y sus barrigas cerveceras, sus pistoleras de cuero con autocierre. Las esposas, las linternas, las porras claquetean en sus cinturones. Hablan en voz alta y ronca. «Eh, no se preocupe. Son cosas que pasan». Como si me conocieran de toda la vida. Se pasean por ahí alardeando de lo altos y fuertes que son. No tocan nada, hacen algunas anotaciones ficticias. Para ellos no es más que otra llamada.

—¿Así que no se han llevado nada? —dice uno de ellos.

—No.

—¿Está segura de que había alguien?

—Había un olor —digo—. Madera de agáloco.

—¿Qué?

—Sé de perfumes. Los percibo.

—¿Qué madera?

—De agáloco.

—Ya. —Intercambian miradas. El bloc de notas va al bolsillo. Ya han comprobado que soy una pirada. Me dicen que cambie las cerraduras y luego se van dejando la puerta abierta de par en par.

Los domingos por la mañana solía colarme en la habitación de mis padres y

contemplaba a mi madre durmiendo. Milosa se levantaba religiosamente a las cinco de la mañana y desaparecía hacia el interior de su vida, así que Isa se quedaba sola en la cama grande hasta que se levantaba a mediodía, o a la una. Estaba ocupada toda la semana, yendo y viniendo, sobre todo yendo: un ciclón de madrugones y trasnoches. Los domingos por la mañana era de las pocas veces que se quedaba quieta en un sitio. Dormía con torpeza, de una forma casi agresiva, en una montaña rusa de sábanas.

Trabajar y dormir, trabajar y dormir. Ese era su ciclo. No había velocidad ni tiempos medios. Todo eso cambiaba todos los años a finales de junio, la víspera del solsticio de verano. Era Jaaniõhtu, una fiesta nacional en su Estonia natal, y mi madre siempre elegía ese día para dar comienzo a sus vacaciones de verano, que duraban un mes. En Estonia, las tiendas y los negocios cierran y la gente se reúne al aire libre para cantar, bailar y beber alrededor de hogueras que están encendidas toda la noche. La versión americanizada y más solitaria de mi madre era llevarme en avión a St. John's, en Newfoundland, y desde ahí, en ferri y coche alquilado, subir por la costa de Labrador hasta una casita de playa aislada, cerca del estrecho de Hudson. La casa había sido diseñada por el dueño, un arquitecto de Montreal que pasaba allí las vacaciones con su familia en agosto, y se la alquilaba a mi madre en julio. Estaba tan al norte que llevábamos chaqueta y jersey, el día duraba hasta las nueve o las diez de la noche y el cielo nocturno de vez en cuando giraba con las inquietantes parábolas de la aurora boreal.

Comprábamos comida y gasolina en un pequeño asentamiento inuit llamado Hopedale. La siguiente etapa del viaje —desde Hopedale hasta la casa— se ha fijado en mi memoria como la más larga de todas, posiblemente porque consistía en ir de bache en bache como locas por carreteras tan estrechas que no hubieran tenido sitio para dos coches, de habernos encontrado con alguno alguna vez, y que probablemente fueran imposibles de transitar en caso de nieve. Cuando finalmente tomábamos la última curva y la construcción de aquel arquitecto se elevaba en nuestro polvoriento parabrisas, ante mis ojos cansados parecía tan espléndida e inverosímil como una casita de cuento.

El interior de la casa olía a lo que había tras las ventanas: bosques de pino y abedul, rocas lisas y grises, el oscuro mar azul de Labrador. Pasábamos gran parte del tiempo en la terraza de cedro, leyendo o charlando o jugando a las cartas, mi madre normalmente con su sombrero de ala ancha, fumando a veces, con la sonrisa fácil y frecuente, estirándose y murmurando soñadoramente de vez en cuando, como una persona que flotara en una nube.

A la semana de nuestra llegada, en la mesa de la cocina, rudamente tallada, se apilaban los tesoros del mundo natural: bayas, líquenes, musgos, hierbas, flores metidas en jarras de agua o dejadas al aire para secar, con manojos de tierra aún colgando de los tallos. Casi todos los días paseábamos por el campo sin contar las horas, con cestas de mimbre que en mi recuerdo siempre están llenas a rebosar. Recuerdo que recogía algo, lo sostenía en la mano, lo miraba, lo frotaba entre los

dedos y se lo llevaba a la nariz. Yo la seguía, haciendo lo mismo, sin saber nada concreto, solo metiendo en mi cesta lo que fuera bonito o extraño, cualquier cosa que despidiera un olor que me diera placer, consuelo, excitación o que me impactara.

Un hombre de la zona nos hacía de guía, nos llevaba a sitios que nunca hubiéramos encontrado solas, a través de marjales y senderos boscosos. Tenía un hijo unos años mayor que yo, con una melena negra que centelleaba al sol cuando corría. Jugábamos de una forma intensa, sin palabras. Un día se rio de mí en mi cara, así que me subí a una rama de abedul que caía hasta abajo, fui subiendo por el árbol, y disfruté de su ansiedad cuando no fue capaz de encontrarme. Cuando se acercó lo suficiente le atacé con un arsenal de ramitas rotas y bajé abrazada al suave tronco del árbol. Y echamos a correr de nuevo.

Había flores por todas partes. Los lirios azules punteaban los campos y despedían su aroma dulce y seductor. La drosera, que capturaba insectos con sus pétalos gruesos y cerosos, tenía un olor viejo y amargo.

La flor que al final nos cambiaría la vida se llamaba flor de té de Labrador. Crecía en los pantanos y en los bosques cenagosos y florecía, cortésmente, en nuestro mes, en julio: ramilletes de diminutas florecillas blancas con hojas oscuras, elípticas, marrones y peludas en el reverso. Cuando todo un campo estaba en flor, el fuerte aroma de la planta se quedaba suspendido sobre la zona como una niebla. Algunas personas creían que tenía un efecto narcótico, que podías quedarte dormido en un campo y levantarte con dolor de cabeza. Otros creían que inspiraba amor y creatividad. El té de Labrador es una especie que crece despacio, así que recogíamos solo unas pocas flores y hojas de cada planta y las metíamos en bolsas de tela. En casa las colgábamos para secarlas, un proceso que no parecían tener mucha voluntad de iniciar, porque seguían emitiendo su fragancia audaz, soporífera, alimonada y potente con obstinación, manteniéndose húmedas durante mucho más tiempo que otras flores, que enseguida se volvían quebradizas y fáciles de moler.

El más exótico de nuestros tesoros era el ámbar gris, que es una sustancia aceitosa, resinosa que una ballena puede vomitar o excretar al mar. Después de años flotando al sol consigue un olor rico, sucio, marino. Solíamos encontrarlo rastreando la costa, a donde ocasionalmente lo llevan las olas en pedazos negros que pueden ser del tamaño de un guijarro o grandes como puños, o gigantes como un madero de naufragio. Recuerdo el deleite de mi madre cada vez que dábamos con uno. Aunque se trataba de un raro hallazgo, probablemente no exista un lugar mejor en el mundo para recoger ámbar gris que la zona alrededor de Hopedale, cuyo nombre inuit, Agvituk, significa «el lugar de las ballenas».

Añádanse a todas estas las esencias que mi madre se traía de casa: jazmín, nardo, incienso, bergamota, naranja dulce y otras que no podría ni empezar a enunciar. Todas alineadas en la encimera de la cocina en pequeños viales de cristal con tapones de corcho. *Voilà*: una perfumería. Pero nunca la llamábamos así. La cocina era simplemente el laboratorio feliz de mi madre, donde trabajaba con intensa

concentración y una emoción profunda y calmada que no demostraba durante el resto de los meses del año. Recordándolo ahora, me doy cuenta de que era pura alegría.

En algún momento durante estos veranos de mi niñez, nació L'Amour du Nord. Es difícil describir una fragancia. En colores, sería azules oscuros y blancos, con trazas de magenta y verde neón. Como experiencia, sería emprender camino por la nieve con un cálido abrigo de pieles, bajo la luz húmeda del ocaso, hacia la luz de bronce de una cabaña lejana. En lenguaje químico, es Bselineno, trans-p-mentha-1(7), 8-dien-2-ol y otras sustancias cuya escritura es tan complicada como las estructuras moleculares a las que representan. En prendas de ropa, es la combinación de encaje de una mujer y su guante de cuero rojo. En amor, es «Mmmm» hasta que deja de serlo.

Isa decía que L'Amour du Nord era el olor de un sitio. Cada vez que me siento sola o derrotada, me pongo una gota de este perfume en la cara interior de la muñeca y dejo que me lleve a casa.

Capítulo 9

La mesa de la recepcionista flota sobre el linóleo blanco y resplandeciente. El famoso sol de Florida se derrama por unas ventanas inmaculadas que van del techo al suelo y que sin duda han significado la ruina de innumerables pájaros. Una mujer con falda lápiz y chaqueta entallada me saluda. Lleva hombreras cuadradas, la melenita rubia colocada en un moño bajo donde se apoya el borde de su gorra de la marina. Su sonrisa, cuando le digo quién soy, revela dientes perlados, tamaño infantil, con solo la sombra de un destello de caninos afilados.

Me desconcierta el silencio frío y desagradable de este lugar, que me convence, paradójicamente, de que aquí pasan muchas cosas, pero que todo está bajo la superficie, detrás de las paredes, al otro lado de las puertas cerradas por las que estamos pasando ahora, mientras nuestras pisadas resuenan clamorosamente como dos metrónomos fuera de sincronización. Para cuando entramos en el despacho de la comandante Stockwell, mi respuesta de lucha o fuga ha analizado como es debido las probables consecuencias de *lucha* y ha puesto todos sus huevos en la cesta de *huida*. Pero es demasiado tarde para huir; la apuesta recepcionista da un paso atrás, dejándome en un espacioso despacho en el que me siento atrapada. Si yo soy la idea que tiene la comandante Stockwell de una mujer biónica, debería estar más preocupada de lo que aparenta.

Sonríe abiertamente levantándose de su mesa flanqueada por banderas. Cabello castaño claro, un corte práctico, calzado plano, unos cincuenta y pico. Dedos cortos y delgados que ejercen justo la presión adecuada, fuerte pero cálida, al enroscarse sobre mi mano. Vestida de civil, podría ser la madre de tu amiga de la infancia, esa que se lo pasaba mejor con el grupo de Girl Scout que cualquier otra niña. Ahora mismo está representando muy bien su rutina de anfitriona, dirigiéndome preguntas sobre mi viaje, mi alojamiento, mi salud tras el desastre. Relata con placer algunos de los atractivos principales de su ciudad. Tengo que visitar el Museo Ripley No Te Lo Vas a Creer. Las playas de arena blanca son insuperables y el mar ha recibido el adjetivo *esmeralda*. No hay palabra mejor que *gentil* para describir su conducta, pero, con todo y con eso, yo no soy capaz de relajarme. Hay vallas con guardias en todas las salidas de este complejo (al entrar me sometieron a un minucioso registro) y, mientras ella habla, todo lo que yo oigo es: «Bienvenida a mi palacio de guerra, donde cuidaremos bien de ti y te observaremos cuidadosamente».

Nos sentamos frente a frente, sonriéndonos como amiguitas, y ella empieza como todos los buenos persuasores, contando historias:

24 de marzo de 1999. Academia de Entrenamiento Físico del Cuerpo de la Marina, Maryland. Siete marines de élite, todos entrenados como instructores de supervivencia en el agua, vuelcan en su canoa militar de remo en el río Potomac. Llevan cojines en el asiento, pero no salvavidas. La temperatura es de

aproximadamente 2,5 °C. En pocos minutos, los siete se han ahogado, a poco más de ochenta metros de la orilla.

28 de octubre de 2005. Lago Seabaticook, Maine. Dos adultos y una niña de doce años, todos con chalecos salvavidas, vuelcan mientras reman en aguas a 15 °C, bien a la vista de otros navegantes. En el tiempo que tardan los rescatadores en llegar hasta ellos, todos se han ahogado, a causa de la hipotermia.

3 de febrero de 2008. Río Congaree, Carolina del Sur. Un bombero voluntario que describen como experimentado se sale del kayak por culpa de una pequeña ola, lucha por volver a subirse pero desaparece bajo el agua menos de treinta segundos después de volcar. Su lancha hundida es recuperada con ganchos cuatro días después del accidente. Su cuerpo nunca fue hallado.

La comandante Stockwell gira el monitor de su ordenador hacia mí y me pone un vídeo de Youtube en el que una joven, vestida con un bañador Speedo de una pieza, gorro y gafas de natación, se tira desde un esquife a un mar lleno de bloques de hielo. De fondo se ven los glaciares de lo que parece la Antártida. Una pálida oblea de sol cuelga muy baja en el horizonte mientras la nadadora emerge del agua y empieza a nadar a crol.

—Lynne Cox —me explica Stockwell—. En este vídeo, que es de 2002, tiene cuarenta y cinco años. Aquí la ves a punto de convertirse en la primera persona en nadar una milla en agua helada. La mayoría de la gente moriría en cinco minutos. Ella estuvo veinticinco. Antes de esto había cruzado el estrecho de Magallanes, el estrecho de Cook en Nueva Zelanda, el cabo de Buena Esperanza y el mar de Bering. Si le preguntas por qué lo hace, no es capaz de darte una respuesta.

»Y luego está este hombre —dice, pasándome una fotografía desde su lado de la mesa. El hermoso arco de un hombre casi desnudo, capturado en mitad del aire mientras se sumerge desde un saliente de hielo en el mar—. Lewis Gordon Pugh. En 2007 nadó casi un kilómetro en el agua del Polo Norte, a 1,6 °C bajo cero. En 2010 cruzó el lago Pumori en el Everest, a un grado y medio. —Hace una pausa—. ¿Sabe por qué está aquí, señorita Kaspárov?

Asiento. Me he hecho una idea general.

—La Marina gasta buena parte de sus recursos seleccionando y entrenando cuidadosamente a su personal para operaciones submarinas especiales. Necesitamos saber por qué algunas personas, con independencia de su nivel de entrenamiento, sucumben rápidamente a la hipotermia en aguas frías mientras que otras son capaces de adaptarse y culminar sus misiones con éxito. —Aparta la fotografía de Lewis Gordon Pugh con un leve gesto de desprecio, como si se alegrara de haber terminado con su teatral jugada de apertura—. Ya sabemos bastante, claro. El riesgo de hipotermia aumenta radicalmente cuando se combinan bajas temperaturas y humedad. Eso sucede porque el agua transfiere el calor corporal de una forma setenta veces más eficaz que el aire. En aguas muy frías, el calor sale del cuerpo humano a una velocidad peligrosa. La temperatura base solo tiene que caer a los treinta y cinco

grados, solo un par de grados por debajo de lo normal, para que se desencadene la hipotermia.

»La mayor parte de la gente, además, sufre un reflejo de jadeo, completamente involuntario, seguido de una hiperventilación inevitable y brutal. No puede evitarlo ni Pugh. Cuenta que da tragos de agua helada que le caen por la garganta nada más sumergirse, pero luego, después de mucha práctica, es capaz de sacar la cabeza del agua e ir controlando su respiración despacio. A la mayor parte de la gente el *shock* de la inmersión la desorienta tanto que lograr este tipo de control le resulta sencillamente imposible. —Suspira un poco, pero empuja hasta el lógico final—. A causa del reflejo de jadeo, los pulmones pueden llenarse muy rápido. El agua fluye hasta el estómago, desencadenando otro reflejo involuntario, el vómito, que vuelve a abrir las vías de agua. ¿Es necesario que siga?

Sacudo la cabeza, embotada, intentando evitar imaginarme el tipo de muerte que está describiendo. Se me ocurre que si hubiera conocido estos detalles antes del accidente, probablemente hubiera caído presa del pánico y no habría sobrevivido. Cuando estaba en el agua no sabía que se suponía que tenía que ahogarme. Feliz ignorancia.

—Durante mucho tiempo hemos confiado en el entrenamiento para preparar a nuestros soldados para la inmersión repentina en agua fría. Tenemos una instalación de simulación oceánica y una piscina experimental con la que hemos trabajado siguiendo la teoría de la habituación. Creíamos que entrenando a nuestros buzos para soportar temperaturas cada vez más frías, les ayudaríamos a cambiar sus reacciones físicas y mentales, y hasta cierto punto esto resultó ser cierto. Pero, en líneas generales, la habituación ha resultado ser un fracaso. Las respuestas principales del cuerpo al frío (constricción de los vasos sanguíneos más cercanos a la piel, desvío de la sangre al interior del cuerpo y temblores) simplemente no mejoraron de manera significativa. Y no parece haber ninguna pauta para que la mayoría de los buzos controlen su reflejo de jadeo, incluso después de meses de práctica.

—¿Pero qué pasa con los nadadores en aguas frías?

—Interesante, ¿verdad? Cox y Pugh tienen una fisiología especial, un umbral del dolor extremadamente alto y una fortaleza mental ejemplar. Pero nada de eso explica adecuadamente lo que son capaces de hacer. El hecho es que la gente capaz de nadar en aguas frías suscita más preguntas de las que responde: ¿por qué hay gente que desarrolla las habilidades que tienen Cox y Pugh mientras que otros no pueden hacerlo? ¿Cómo entrenarse para ello? ¿Qué lleva a atletas como Cox y Pugh a esta actividad tan poco común, para la que se da la casualidad de que sus cuerpos están especialmente diseñados? ¿Cómo puede una persona saber si él o ella tiene capacidades que permanecen ocultas hasta que la experiencia no las convoca a la acción? ¿Qué otras personas tienen esta capacidad y cómo podríamos identificarlas?

»Como ve, señorita Kaspárov, solo estamos empezando a comprender los componentes fisiológicos y psicológicos de la supervivencia en condiciones

extremas. En el futuro podremos hacerle a los nuevos reclutas una batería de pruebas físicas y mentales que nos permitirán colocarlos inmediatamente en las posiciones para las que son más aptos y donde más probabilidades tienen de tener éxito; optimizar resultados y minimizar las bajas. Pero seguimos lejos de ese objetivo.

Tengo una ligera sensación de náuseas en el estómago. A lo mejor es su utilización despreocupada de la palabra *bajas*. Un minuto más y sabré exactamente lo que quiere de mí. Me gustaría acabar con esto para poder irme a la playa.

Me ofrece una medio sonrisa asimétrica en la que atisbo a la adúladora que pugna por salir.

—Nadie ha hecho nunca lo que usted, señorita Kaspárov. Ni Pugh ni Cox. Ocho grados, cuatro horas. No se había oído tal cosa hasta ahora.

—Y usted quiere que yo...

—Se someta a pruebas. Médicas, fisiológicas, genéticas. Que nos permita observar sus respuestas en un entorno extremo simulado.

—¿Esto cuánto tiempo llevará?

—Unos pocos días. No habrá ratos de espera, se lo prometo. Será nuestra prioridad número uno.

La vaguedad de su respuesta me preocupa, pero no se me ocurre ninguna razón para objetar. He pedido en el trabajo librar hoy y mañana, que es viernes, y en cualquier caso me había planteado pasar el fin de semana disfrutando de la playa. Stockwell me dice un lugar y una hora a la que presentarme a la mañana siguiente, y me asegura que Eileen, la recepcionista, atenderá personalmente cualquier necesidad que yo pueda tener.

Llego a la playa ya a última hora de la tarde y hace algo de fresco. Me siento en mi toalla de hotel, miro los pájaros volar sobre mi cabeza y a los cangrejos de arena arrastrarse por el suelo. Después de un rato voy a la ciudad a comerme una hamburguesa con queso, paseo bajo unas palmeras y me meto en la cama temprano, en una habitación malva con el aire acondicionado tan alto que siento que me han envasado al vacío. Tengo esa horrible sensación de cadena hotelera, como de que podría estar en cualquier parte: París, Hong Kong, Detroit o Schenectady. O en ningún sitio. Mis sueños van como a la deriva. No están seguros de a dónde pertenecen.

Durante los siguientes dos días me someten a todas las pruebas médicas conocidas por el hombre. Corro en una cinta enganchada a máquinas; soplo con todas mis fuerzas por un tubo. Me analizan la sangre, me hacen un mapa del cerebro. Me paso toda una tarde en el laboratorio cardiopulmonar, donde mis funciones respiratorias son sometidas a análisis y me miden las capacidades aeróbicas antes, durante y después de lo que la Marina llama exposición térmica, y yo llamo helarme de frío. Me hacen un examen de coeficiente intelectual, relleno una encuesta biográfica, doy información sobre todos y cada uno de los miembros de mi familia: una tarea breve, dado que ni Milosa ni Isa eran dados a las reminiscencias familiares.

Cuento la historia de la colisión una y otra vez. Entrego mi ADN.

Toda la gente con la que trato es perfectamente cortés, cosa que no me gusta. Es difícil distinguir a un individuo de otro cuando todos se comportan de la misma manera. Ron, Bob, Bill, Jane... son todos intercambiables, desde mi punto de vista. Y el tiempo: un día perfecto después de otro. Después de un tiempo se vuelve aburrido. Me siento como si me hubiera dejado en Boston la mejor parte de mí y necesitara volver y encontrarla de nuevo, entre los malos conductores y las sábanas sucias.

Por fin me dicen que es el momento de tirarme al agua. El domingo es día de descanso, así que mi sesión de natación en agua fría está programada para el lunes a las nueve de la mañana, cosa que significa que tengo que llamar al trabajo y pedir otro día libre. La sesión tendrá lugar en la Piscina Experimental de Análisis, un tanque cubierto de agua dulce de casi doscientos mil litros, que mide cuatro metros y medio, por nueve, por cuatro y medio. Eileen me lleva a verlo. Hay un puesto de control con médicos e ingenieros, una central de comunicaciones, todo se graba en vídeo, y también hay monitorización de presión y gases. Habrá unas seis personas presentes, dice, incluyendo un médico y un científico especialista en medicina deportiva. Me entrega un bañador de una pieza, un gorro de natación y gafas. No me da chanclas, lo que es una decepción. Le digo que me gustaría que me las hubieran dado verdes, a juego con el gorro. Ella me ofrece una linda sonrisita porque hay que ver qué espíritu deportivo tengo.

Me explica que tendré algo sobre lo que flotar en la piscina, igual que tuve en el mar, aunque me han dicho una y otra vez que la actividad es esencial para mantener el calor corporal. Un transmisor pegado al pecho y conectado a un portátil mostrará mis latidos y el ritmo de mi respiración, y utilizarán imagen térmica para medir la pérdida de calor. La sesión durará hasta que sea peligroso para mí que continúe, tarde eso lo que tarde. Tal vez un minuto, tal vez una hora, o cuatro. Pero estoy intentando no adelantarme tanto a los acontecimientos. Me dice, con toda seriedad, que evite probar el agua con el pie antes de tirarme, y casi suelto una carcajada de loca. Ahora no soy capaz de pensar en otra cosa que no sea en el dolor y el *shock* iniciales. La piscina está a una temperatura que puede oscilar entre un grado y cuarenta y medio. Basándose en los resultados de los análisis que han hecho hasta la fecha, la Marina pondrá el termostato de mi baño en unos entumecedores cuatro grados y medio.

El patriotismo es la única motivación que encuentro para someterme a esta extraña experiencia, y de eso no voy sobrada. Supongo que a un nivel más profundo también pesa sobre mí la maldición humana de saber quién soy, y qué es lo que soy.

Paso unas cuantas horas en la playa el domingo por la mañana, almuerzo y regreso a la habitación de hotel. Me quedo dormida y me despierto sobresaltada por una pesadilla de ahogamiento. Parece casi peor que la realidad, porque es parte de mi propia mente. Siento los pulmones quemados por el agua de mar; tengo un rastro

fantasmal de sal en los labios. Mi corazón no sabe que no ha sido más que un sueño: late frenéticamente, desesperado por sobrevivir. El reloj digital de la habitación dice que son las 3:36 p. m. He dormido menos de una hora.

Me levanto y aunque la habitación está llena de luz solar, enciendo todas las luces: la que hay al lado del armario, la fea bombilla fluorescente del baño, la lámpara de pantalla de la mesilla. Voy esparciendo fantasmas al andar, sacudiendo las telas de araña de la pesadilla. Lo ordeno todo. No puedo ni imaginarme lo que la experiencia del tanque va a hacerme y tenerlo todo en orden tiene sentido, sencillamente. Miro el móvil. Hay un mensaje de texto de Johnny: «Pensando en ti, cariño. ¿Qué hay de esa cerveza?». Lo envío a la papelera.

Mi *email* está lleno de cosas sin importancia y de basura. Respondo a unos pocos, los borro todos y empiezo a dar paseos por la estrecha habitación. Siento una inquietud colosal y la banalidad de la televisión no hará sino empeorarla. Decido poner en marcha mi propia versión de la psicología deportiva: visualizo la ducha caliente que me daré al salir de la piscina. ¿De qué hay que preocuparse, realmente? No van a dejar que me muera. Tengo un billete para un vuelo a Boston que sale a las 6:35 de la tarde de mañana, con una parada en Atlanta, y que aterriza en Logan a las 12:27 a. m. Cuando llegue el martes por la mañana, estaré sentada en la mesa de mi oficina, y cuando la gente me pregunte por mis minivacaciones, tendré otra historia insuperable.

Me suena el móvil. Es la pantalla dice Thomasina, pero lo que oigo es la voz de Noah, en susurros:

—¿Pirio?

—Aquí estoy, Noah. ¿Pasa algo?

—No. —Y una pausa del tamaño de Texas.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Por qué llamas?

—No lo sé. —Un tono de leve reproche: la pregunta ha sido demasiado dura, demasiado directa.

—Vale, Noah. ¿Está ahí tu madre? ¿Puedo hablar con ella?

—No está aquí. —Está jugando con algo de plástico, tal vez piezas de Lego o un hombrecito Ninja.

—¿Dónde está?

—En la cárcel.

—¿*Qué*?

Al otro lado hay silencio, pero le oigo sofocar un sollozo.

—¿Te ha llamado?

—Ajá. —Débil como un gatito.

—¿Cuánto tiempo lleva fuera?

—Eeh... Puede que solo un día.

—¿Has estado solo todo el día?

—Y por la noche también.

—Noah, ¿estás bien? —Una pregunta estúpida.

—Creo que a Jerry le pasa algo malo.

—¿Jerry? ¿Quién es Jerry?

—Ya lo sabes, Pirio. Mi hámster.

—Ah, vale. Jerry. ¿Qué le pasa?

—Creo que se ha muerto. —Su voz se entrecorta, vuelve a tragarse las emociones. Puedo ver su cara no-llorando; puedo verla no-asustada. Pensar en la expresión de su cara ahora mismo basta para que me vuelva loca de pena.

—¿Hay alguien con quien puedas estar hasta que yo llegue, Noah?

—No. No quiero ir a ninguna parte.

—¿Qué hay de tu abuela?

—Hará que deje a mi madre.

—¿Y los vecinos de al lado?

—Son malos. No harán más que gritarme.

—¿Y Daniel? ¿Puedes ir a su casa?

Una pausa. Su voz desciende de volumen hasta convertirse en un susurro.

—Pirio, no quiero que nadie lo sepa.

—Ajá. Entiendo. Probablemente pueda cambiar mi billete y estar ahí como a la una de la madrugada. ¿Te parece bien?

—¿No puedes venir más rápido?

—No puedo, Noah. Estoy en Florida. Pero puedo llamarte mucho por el móvil, y tú puedes llamarme también.

—Vale. Ahora me pondré a hacer los deberes —dice Noah, y suena más tranquilo, y demasiado maduro.

En cuanto colgamos, marco el móvil de Thomasina y me sale el contestador. Le envío un SMS y luego un *email* desde mi ordenador. Thomasina nunca había hecho algo tan malo como esto. Ahora ha cruzado una línea terrible. Llamo a la policía de Brookline, pero no me quieren dar ninguna información. Por pura ira, estoy tentada de llamar a los servicios sociales. ¿Pero qué lograría con eso? Que se pusiera en marcha una investigación temible, humillante, que tal vez acabara sacando a Noah de su casa. Sería catastrófico para él, otra pérdida repentina y devastadora. Por no hablar de la traición a Thomasina que supondría y que ella todavía no merece.

Cambio el billete con tiempo de sobra para llegar al vuelo de las 6:35, hago la maleta deprisa y llamo a un taxi. De camino, dejo un mensaje en el móvil de Eileen. La Marina tendrá que esperar.

Capítulo 10

Es más de la una cuando llego al piso de Thomasina y entro con una llave que me dio hace mucho tiempo. Noah está durmiendo, aunque no en su cama. Está encorvado en un sillón como un viejecito, con la cabeza colgando precariamente del cuello, como si fuera a salir rodando por el hombro hasta el suelo. Lleva vaqueros, deportivas atadas cuidadosamente con doble nudo y su falsa chaqueta militar. En el suelo, junto a la butaca, hay una bolsa de deporte. No tengo que mirar qué hay dentro para saber que contiene lo que él considera sus pertenencias más importantes y, tal vez, si se ha acordado, su cepillo de dientes y una muda limpia.

Siempre ha tenido el sueño ligero y ahora levanta la cabeza, guiña los ojos contra la luz que he encendido al entrar. Dice hola. Sin grandes emociones, porque así es como somos, él y yo. Solo dos criaturas sobreviviendo, de una cosa jodida a la siguiente.

El contestador está parpadeando. Número de mensajes: siete. Le pregunto si los ha escuchado.

Se encoge de hombros de tal forma que tanto puede estar diciendo que sí como que no.

Admito que era un pregunta tonta. Si hubiera escuchado los mensajes, la luz roja no estaría parpadeando. A lo mejor los escuchó mientras se grababan, obedeciendo la orden de su madre de no coger el teléfono a no ser que sea alguien que conozca, o a lo mejor estaba dormido.

Doy al botón y escucho con desagrado al novio Max preguntarle a su niña bonita que dónde y cuándo. Menciona que es sábado por la mañana, cosa que nos da un dato. Luego dice que se muere de ganas de cubrirla de besos y de lamer el interior de sus muslos. Las palabras han salido antes de que yo pueda darle al botón de saltarnos el mensaje. Ni Noah ni yo tenemos comentario alguno que hacer. Los siguientes mensajes son la clase de insensateces azarosas con las que nos anestesian rutinariamente a los ciudadanos: un anuncio de un colegio, una petición. Luego una voz que suena como el hielo de un lago resquebrajándose acusa a Thomasina de haber robado el ordenador de Ned de su casa. Tardo varios segundos en identificar a Phyllis, la madre de Ned, soltando por esa boca su veneno habitual. Es improbable que Thomasina, que tiene de todo, haya robado el ordenador de Ned, así que me figuro que esta no es más que la manera que tiene Phyllis de continuar con la *vendetta* que da sentido a su vida.

Ahora llega la voz de Thomasina. «¿Noah? ¿Corazón? Noah, amorcito, coge el teléfono». Una pausa. «Noah, venga. Por favor, coge el teléfono». Pausa. «Vale, así que no lo vas a coger. A lo mejor sigues en la reunión del club de ciencia o la madre de Daniel os ha llevado después a patinar. He intentado localizarte en el móvil, pero no me da señal. ¿Se te olvidó encenderlo? Siento no haberte dicho esta mañana que

estaría fuera cuando tú llegaras. No sé cuánto tardaré; estoy aquí liada con una cosa que tengo que hacer. Tú hazte un sándwich para cenar. Tendría que haber crema de cacahuete y todavía queda helado en el congelador. Y cuando oigas este mensaje, *llámame*. Tengo el teléfono encendido. A lo mejor, si estoy muy ocupada, no lo puedo coger, así que déjame un mensaje para saber que estás bien. Te quiero, corazón. No te preocupes, estaré pronto en casa».

Noah y yo nos miramos sin pestañear. Los dos sabemos que aún falta un redoble.

En el siguiente mensaje Thomasina está claramente borracha. Se oyen risas de fondo, de las que le entran a los adultos cuando no están siendo graciosos en absoluto. Voces masculinas y femeninas se entremezclan. Por encima del ruido, ella dice algo sobre intentar llamar a Pirio y dice que no da conmigo. Le dice a Noah que se vaya a la cama, y que cuando se despierte por la mañana ella estará ahí mismo, en la cocina, poniendo *bagels* en la plancha. «Como una buena madre», añade. Siento cómo Noah se estremece. Luego suelta una risita, como si alguien le estuviera haciendo cosquillas, chilla como una adolescente que se hubiera encontrado con sus amigas en el centro comercial y grita: «Sé bueno, tesoro», al teléfono.

No miro a Noah. No quiero ver su expresión, no quiero que me vea verlo. No había mensajes de Thomasina en mi móvil. A lo mejor me llamó a casa, sin saber que yo estaba fuera.

Intento imaginar qué impidió que Noah cogiera el teléfono. A lo mejor no se le ocurría qué decir. «No te preocupes, mamá. Me haré la cena y ordenaré la casa. No veré demasiada tele y no me sentiré asustado ni solo. Tú sigue a lo tuyo. Pásatelo genial». Eso son demasiadas mentiras para Noah, a su tierna edad. Claro que siempre podría haber sido sincero. Coger el teléfono y llorar lágrimas verdaderas. Lágrimas que se hubieran perdido en la delirante atmósfera carnavalesca de unos adultos pasándose bien de mentira. Anhele, preocupación, ira, miedo. Persiguiendo a su madre con las mismas emociones de las que ella intenta escapar.

El último mensaje también es suyo. En este suena tensa, clara y lógica, como una azafata explicando los procedimientos de un aterrizaje de emergencia. Dice que la han arrestado y que tiene que quedarse a pasar la noche. No quiere malgastar su única llamada intentando localizarme otra vez y le pide a Noah que no deje de llamarme hasta que dé conmigo. Su voz es tan contenida que supongo que quienquiera que la estuviera escuchando al otro lado no tenía ni idea de que estaba hablando con un niño de diez años.

La cara de Noah es de un ceniciento enfermizo, congelado. Sin duda se está imaginando las cárceles de acero y cemento que ha visto por televisión, esas que se tragan a la gente como si fueran moscas y las tratan como a basura.

—No es una cárcel de verdad —le digo—. Es solo la comisaría de Policía del final de la calle. Les daré algo de dinero y la dejarán venir a casa.

Él asiente, aturdido por la complejidad del mundo de los adultos, y luego desvía la mirada hacia la jaula del hámster que hay en la esquina de la habitación.

Nos acercamos a ella juntos, despacio, como si fuera una bomba que pudiera explotar. Aunque Jerry no es más que un roedor con corta esperanza de vida, aunque no está fuera de lo corriente que un roedor fallezca repentinamente por causas desconocidas, aunque es cosa sabida que los adultos han utilizado las muertes de este tipo de mascotas como base para lecciones relativamente benignas sobre el gran tema de la mortalidad, tengo miedo. ¿Qué pasa si todavía no está muerto de verdad, sino solo sufriendo? ¿O si lleva muerto mucho tiempo y está rígido como un cartón? La muerte es la muerte: impresiona, tenga la talla que tenga.

Instintivamente, Noah y yo nos cogemos de la mano. Abro la jaula. Jerry no está. Con la mano que tengo libre, rebusco entre el serrín y encuentro el cuerpecillo debajo de un montón. Está frío y duro. Aunque no sea posible, su pelaje parece sintético.

—Tenías razón —le digo a Noah.

Asiente secamente, jugando a ser un hombrecito. Pero me está apretando la mano.

En la cocina, envolvemos los restos de Jerry en un paño y buscamos una caja, pero no encontramos ninguna. Terminamos por usar una fiambarrera de plástico con tapa.

Vamos a mi apartamento, llevando el táper con nosotros, y le pongo a Noah algo de comer. No hablamos de su madre ni de su mascota muerta. Mantenemos, en cambio, una conversación sobre un hombre que quiere poner una turbina de viento en su jardín trasero. El ayuntamiento no le da permiso. Yo lo tildo de inercia cívica, ignorancia imperdonable y trágica histeria de masas. Sé que estoy sobreactuando. Noah se pregunta cómo de grande sería la turbina. Ninguno de los dos está del todo concentrado en esta conversación. Son las tres de la mañana. Solo estamos haciendo tiempo.

Le pesan tanto los parpados que cuando caen, les sigue la cabeza. Se despierta sobresaltado, intenta continuar la conversación, pero se olvida del tema. No, no quiere ir conmigo a la comisaría a recoger a su madre. ¿Puede quedarse aquí y ver la tele? Una vez que se tumba en el sofá se queda dormido en cuestión de segundos. Con la boca entreabierta, las largas pestañas acariciándole las mejillas. No me gusta dejarle solo, pero no le quiero despertar. Y no tiene ninguna necesidad de ver a su madre saliendo de la cárcel. Le arropo con una manta y le dejo el número de mi móvil con una nota. «Vuelvo enseguida».

La comisaría está solo a unas pocas manzanas, pero voy en coche de todas formas, conduciendo por las calles desiertas, y aparco en un espacio delimitado en la puerta. Mis pisadas van taconeando por el impecable suelo de linóleo. No hay cola en el mostrador de recepción, no hay nadie esperando. Una mujer bajita de uniforme con la mandíbula cuadrada me mira de arriba abajo, intentando hacerse una idea de quién soy. Le explico a lo que vengo, relleno un cheque por el importe total de la fianza. Todo se lleva a cabo con un mínimo de palabras.

Tenía miedo de que Thomasina actuase con beligerancia cuando saliera de detrás de las puertas cerradas, pero está sumisa y serena. Nuestras miradas se encuentran por un momento. Se ha enrollado el pelo en un moño y se ha abotonado la chaqueta negra de satén como si fuera de camino a una entrevista de trabajo. La policía le devuelve su gran bolso de cuero. Mira dentro para comprobar que no falta nada y salimos del frío edificio hacia la última hora de oscuridad de la noche. En el coche no dice nada; está sentada, con los labios blancos de tan apretados, tapada por unas grandes gafas de sol ostensiblemente innecesarias. Llegamos hasta mi plaza de aparcamiento antes de que empiece a dar explicaciones.

—No voy a decir nada sobre lo que he hecho. Sé que ha estado mal. Pero de verdad que no pensaba que terminaría estando tanto tiempo fuera de casa. Ni que me pillarían. Por lo menos no así. —Se quita las gafas y me mira buscando complicidad.

Aquí estoy, de juez y jurado, dos trabajos que nunca he querido.

—Ya. ¿Qué pasó?

—Bueno, primero fui a casa de Max y luego a una fiesta, ya sabes, con Max y algunos otros, y la cosa se puso un poco salvaje. —Esto significa que el sexo y las drogas duras se desparramaron fuera de los dormitorios y de los baños y pasaron al salón—. Así que salí de allí, para irme a casa. No eran más que las diez. Pero luego se me ocurrió esta idea... Era una mala idea, debía de estar borracha... El caso es que se me ocurrió la idea de que podía encontrar algunas fotos de Ned. Para Noah. No tenemos ninguna.

Me mira para ver si estoy siguiendo la lógica de su argumento.

—Verás, hace unos días llamé a Phyllis para pedirle algunas, pero me colgó. Así que llamé a la hermana de Ned, y ella hizo lo mismo. Me puso furiosa. Quiero decir, ¿qué más les da, unas pocas fotos? No es mucho pedir, ¿no? No tenemos ni una. Pensaba que teníamos, pero debí de tirarlas a la basura en algún pedo. El caso es que quería hacer un, no sé, un álbum, o un cuaderno de recortes o algo para que Noah lo tuviera, para recordar los viejos tiempos y el aspecto que tenía su padre. Lo *necesita*, ¿no te parece? Es *importante*. Pero esas dos tipas... ¿cuál es su problema? ¿Por qué no pueden pensar en Noah por una vez? ¿A quién le importa quién sea su maldito padre biológico? Ned le quería y Noah le quería a él. Así que pensé: «Voy a conseguir algunas putas fotos aunque muera en el intento. Ned probablemente tuviera un montón. Toda su mierda no les pertenece a ellas».

Me cuenta cómo fue hasta la casa de Ned en East Milton y cómo entró por una ventana rota del sótano. Yo enarco las cejas.

—Vale, la rompí yo —corrige.

El piso estaba recogido, la cama sin sábanas y no había comida percedera en la nevera, de modo que imaginó que Phyllis y la hermana de Ned ya habrían estado allí. Pero nadie había tocado la mesa de Ned. Había montoncitos de papeles y cartas encima de la mesa y, como era de esperar, una foto de Noah y él en un bonito marco. Inclutados el uno sobre el otro, sosteniendo unos perritos calientes, con el monstruo

verde del parque Fenway de fondo y Noah con un bigote de mostaza y una amplia sonrisa. Thomasina se la metió en el bolso y siguió buscando más. El cajón central estaba lleno; empezó a mover cosas, encontró algunas fotos más. Una preciosa de Ned con Noah de bebé en brazos. Casi le hizo llorar. Había hasta una foto suya en bikini y con una gran pamea de paja, riendo y sacudiendo al fotógrafo con una cuerda viscosa de algas. Thomasina la enérgica. Demasiado enérgica, tal vez, pensándolo bien. Sacó un sobre marrón en el que ponía «Cosas del barco» y se le antojó abrirlo.

—¿Se te antojó? ¿En serio? —le digo.

Ella suspira.

—Pensé que podría haber una póliza de seguros o algo. No la había.

Lo que encontró, en cambio, fue la documentación necesaria para registrar un barco en Massachusetts: título de propiedad, recibo, resguardo del pago del impuesto estatal de compraventa, calco a lápiz del número de serie de doce dígitos de la esquina superior derecha del espejo de popa y el impreso de solicitud completado. Estaba todo menos un cheque con el pago. Legalmente, Ned tenía veinte días después de la fecha de compra para rellenar los papeles. Acababa de terminar el plazo cuando el barco se hundió, con él dentro.

—¿Crees que no tenía el dinero?

—No. Creo que simplemente se le pasó la fecha de ir al registro. Él era muy de apurar los plazos.

De repente oyó golpes fuertes en la puerta principal. Levantó la mirada y vio luces azules palpitando en el ventanal. Había dos coches patrulla, uno en la entrada detrás del suyo y otro en la calle. No se molestó en echar a correr. ¿Dónde iba a ir y por qué iba a escapar? Se limitó a meter las fotos y el sobre en el bolso, dejó entrar a los polis y les intentó explicar racionalmente quién era y lo que estaba haciendo. No era una criminal. No, solo una exnovia, la madre de su hijo y tal y cual. Pero a ellos no les gustó su historia, la hora de la noche que era, la ventana rota del sótano ni que los vecinos hubieran llamado para decir que se estaba produciendo un robo. La esposaron, y la metieron en el coche. Uno de ellos la registró. Durante un rato sintió pánico, porque pensó que probablemente llevara un gramo o dos de coca en el bolso y que lo encontrarían. Pero cuando los polis de la comisaría le vaciaron el bolso delante de ella, no había nada ilegal sobre la mesa.

—Gracias a Dios —suspira—. Todo esto hubiera sido mucho peor si hubiera llevado algo encima. —Todo este rato ha estado mirando por la ventanilla; ahora me mira a mí con sus grandes ojos arrepentidos, intentando despertar mis simpatías por lo que ha tenido que pasar.

Cuando estábamos en el colegio Gaston, Thomasina y yo solíamos buscar la manera de entrar en habitaciones cerradas con llave solo por diversión. Ya fuera por una ventana, o con una llave robada, o forzando las cerraduras. Nos gustaba robar exámenes y objetos personales de las mesas de los profesores. Las cosas en sí no nos

importaban en absoluto; la mayor parte de las veces simplemente las tirábamos a la basura, incluso los exámenes, que eran tan aburridos antes de que nos los entregasen como durante el examen en sí. Pero llevarnos cosas nos hacía sentirnos poderosas.

Así que la verdad es que no me sorprende este comportamiento de asaltadora de Thomasina. Incluso está revestido de cierta dulzura, porque lo hizo por el bien de Noah. Lo que sí me molesta, sin embargo, es que esté intentando sacar algo de virtud de esta situación por el hecho de no haber llevado drogas encima. Como si esquivar esa bala fuera más significativo que haber dejado solo a Noah. Estos días forma parte de la locura general de Thomasina que nada de lo que hace sea descrito como es debido. Lanza cortinas de humo tan despreocupadamente como respira.

—Pero espera —dice de repente—. Tienes que ver esto. —De entre los pliegues del bolso sale el sobre marrón, arrugado por las esquinas por haber estado allí metido. Lo abre y me entrega el título de propiedad y el recibo.

—¿Qué?

—Mira —dice con impaciencia, señalando las líneas donde dice «vendedor» y «comprador»—. Ned le compró el *Molly Jones* a Ocean Catch. —Me enseña el recibo—. Por un dólar. —Me mira fijamente—. ¿Lo entiendes?

—No estoy segura. —Mi cabeza es como melaza que no quiere ser revuelta—. A lo mejor. Sí, supongo que sí.

—Incluso siendo de segunda mano, un barco como este probablemente valga más de cien mil dólares.

—Fue un regalo.

—Exacto. Y ahora mira la fecha. Lo compró *después de dejar el trabajo*. ¿Por qué harían eso?

—¿Como compensación? —digo, agarrándome a lo que sea.

—Por favor. ¿La Ocean Catch? Son los hijos de puta más avariciosos que hay. La única razón por la que la gente de por aquí trabaja para ellos es porque son la única gran compañía pesquera que queda. Y los trabajadores lo dejan constantemente. A nadie le importa que te vayas.

—Pero Ned llevaba veinte años con ellos, así que a lo mejor pensaron que le debían algún tipo de recompensa por su lealtad.

—Un reloj de oro a lo mejor. ¿Pero un barco langostero? Creo que no.

La factura describe el *Molly Jones* como un barco langostero de pesca de altura, marca Gamage, con chapa de acero, cuarenta y cinco pies de eslora, peso en torno a las veintiséis toneladas y una capacidad de combustible de dos mil quinientos litros.

—Me contó que le disgustaba la forma de pescar de Ocean Catch —dice Thomasina—. No me dijo por qué, pero me imaginé que estaban sobrepasando las cuotas o haciendo arrastres ilegales. Ya sabes, rompiendo las normas de pesca sostenible y todo ese rollo. Pero me sorprendió, porque esas cosas nunca le habían importado. «Que sean los ecologistas los que se preocupen por la ecología», solía decir.

—¿Si Ned estaba criticando a la empresa, por qué iban a regalarle un barco?

—Eso es. ¡Eso es lo que estoy diciendo! Y lo dejó tan de repente... Nunca dijo ni media palabra sobre que estuviera pensando en dejarlo y entonces, de repente, se pira. Se va a la calle. Y prácticamente al día siguiente, está pescando langosta con el *Molly Jones*.

Todavía estamos sentadas en mi coche en el aparcamiento. La trasera de ladrillo de mi edificio se eleva ante el sucio parabrisas. Ahora, por el este, el sol está reclamando una diminuta porción del cielo. Por el parabrisas trasero observo que una de mis vecinas madruga más que los pájaros. Se mete en su coche y se marcha.

Aliso los documentos sobre mi regazo y los repaso de nuevo. Hay una nota manuscrita al pie de la factura, solo una frase en una cursiva pequeña y bonita, el tipo de caligrafía elegante que solían enseñar en las escuelas parroquiales hace años. «Que tengas siempre el viento de popa. Cuídate, señora Smith».

Thomasina y yo estamos en silencio, dándole vueltas al tema. El barco. Dejar el trabajo. Ocean Catch. Un muro de ladrillos metafórico haciendo juego con el verdadero que tenemos delante.

—Por cierto, ¿has robado el ordenador de Ned? —le pregunto.

—¿Robarle el ordenador? Claro que no.

—Phyllis piensa que lo has hecho.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Ha dejado un mensaje desagradable en tu contestador.

—Dios santo, menuda bruja.

—Eso no te lo discuto.

—Seguramente se lo haya llevado su hermana para sus hijos. —Thomasina se revuelve en el asiento, gira la cabeza para mirar por la ventanilla del pasajero. La distancia extra la ayuda a admitir algo difícil, personal—. Estoy preocupada, Pirio. Por mí y por Noah.

—Deberías estarlo. Estás de mierda hasta arriba y le estás haciendo daño.

Suelta una risa breve, irónica.

—¿Qué tipo de amiga dice algo así?

—Una amiga honesta.

Ella suspira.

—Sé que tengo que hacer algo. Tengo que tomar las riendas de mi vida.

—Es más específico. Tienes que dejar de beber y de tomar drogas.

Se gira abruptamente hacia mí, permitiéndose un destello de ira.

—Lo estoy *intentando*, Pirio.

—¿En serio? ¿Hasta qué punto lo estabas intentando anoche?

—No es tan fácil como tú crees —dice con cansancio.

—Noah estaba aterrorizado. Me he pasado toda la noche viajando para llegar aquí. ¿Qué hubiera pasado de no estar yo?

—Te prometo que no volverá a ocurrir.

Sacudo la cabeza, asqueada.

—Ojalá no hubieras dicho eso.

Cuando me dispongo a salir del coche, me pone una mano en el brazo.

—Espera. ¿Te importa llevarme a East Milton? Necesito recoger mi coche.

—Coge un taxi —le digo con sequedad. Es temprano y no he dormido. Y estoy empezando a sentir ese resentimiento que va creciendo y con el que estoy tan familiarizada, el producido por ir arreglando las consecuencias de sus errores. Tengo mi propia vida, mis propias preocupaciones, un trabajo al que acudir, un tanque de agua helada en el que nadar en algún momento. Y Noah tiene que ir al colegio.

A las cinco de esa tarde, a petición de Noah, los tres ascendemos afanosamente una colina que hay detrás de uno de los parques que abundan en nuestra ciudad. Thomasina lleva una bolsa de regalo de Navidad que encontró en el armario. El táper de plástico con los restos de Jerry está dentro. El camino hacia la cima de la colina tiene curvas y surcos producidos por la escorrentía. Noah va correteando; Thomasina y yo caminamos con cuidado, pisando entre las piedras que sobresalen. Salimos a un pequeño claro con vistas a la ciudad. Boston está tan cerca como un apretón de manos, pero es enteramente visible. Es la hora antes de que se haga fuerte el ocaso y los trabajadores de los rascacielos hayan escapado. En mitad del claro hay restos de una hoguera rodeados de un círculo de piedras, entrecruzado con ramas chamuscadas. Un montoncito sorprendentemente limpio.

Señala un lugar bajo un pino flacucho donde debemos cavar y Thomasina y yo nos arrodillamos, obedientes, con cucharones de servir que ha traído de casa. Al cabo de un rato, ella se aburre de la tarea y se queda de pie en un saliente rocoso; la ligera brisa que debe de venir del mar, que está a unos kilómetros, hace que le dancen mechones de pelo alrededor de la cara. Durante todo el tiempo ha tenido puestas sus grandes gafas de sol, tan innecesarias ahora como lo eran esta mañana, y puedo ver que no está con nosotros en absoluto, sino a la deriva en pensamientos privados. Pronuncia algunas palabras sin terminar de hacer ruido y se balancea un poco, acunándose en sus propios brazos.

Me doy cuenta de que se ha tomado algo. Valium o Percocet. Lo suficiente como para superar los restos de la resaca y hacer que el mundo parezca amigable y suave.

Hay una gran caída desde el saliente rocoso.

—Échate un poco para atrás —le digo.

Noah, que había cogido el cucharón que ella había dejado, levanta la mirada del sitio donde está cavando.

—Mamá, vuelve aquí.

Ella nos dedica una sonrisa preciosa y nos llama ángeles. Luego se sienta en el suelo con las piernas cruzadas.

—¿Te acuerdas de cuando *tú* estabas en la cárcel, Pirio?

Noah contiene el aliento.

—¿Pirio fue a la cárcel?

—Ajajá. En el internado solían encerrarnos a solas en un cuartito cuando hacíamos algo mal. Lo llamábamos la cárcel. A Pirio la mandaban mucho allí.

Noah se gira hacia mí con los ojos muy abiertos.

—¿De verdad?

—No lo puedo negar.

—¿Cuánto tiempo tenías que estar allí?

—Bueno, unas cuantas horas supongo.

—Más que eso. *Mucho* más —dice Thomasina con admirable templanza—. Yo solía bajar en mitad de la noche a hablarle desde el otro lado de la puerta para que no se sintiera sola. ¿Te acuerdas, Pirio?

—Sí, me acuerdo. —Thomasina me mantuvo cuerda durante gran parte de aquella época. Entonces solía tomarse la vida como viniera, navegaba al paio. Yo era la que se caía por las escaleras y se chocaba contra las puertas, metafóricamente hablando.

—¿Te acuerdas cuando te leí el *Kama Sutra* desde el otro lado de la puerta? ¿Te acuerdas de aquellas posturas? El florecimiento, la diversión del pájaro, el rayo. Nos entraba la risa histérica, nos tirábamos por el suelo.

Tengo que sonreír. Para las chicas de quince años no hay nada más gracioso que la descripción detallada de posturas sexuales escritas en prosa que suena sagrada.

—¿Qué es el *Kama Sutra*? —pregunta Noah.

—Solo un libro indio estúpido. Más viejo que la tierra. A ti no te gustaría —le digo.

—¿Te acuerdas de cuando yo tocaba la armónica? Fue en mi fase Joni Mitchell. Una vez me puse a tocarla en clase de Química y la profesora me mandó a ver al Capullo Bates. ¿Te acuerdas de cómo ceceaba? «Thomacina, Thomacina. Te confizco el inztrumento». Tuve que entregarle la armónica. ¿Y sabes que nunca me la devolvió? —Sonríe alegremente—. Pero me compré otra.

—El destino de esa era que se la quedara él —dice Noah con amabilidad.

—Sí, eso es. —Ella contempla la línea del horizonte de Boston.

—No hay que tocar la armónica en clase —comenta Noah.

Thomasina le sonrío melancólicamente.

—Dios te bendiga, mi niño.

Nos quedamos en silencio. Noah y yo seguimos rompiendo el suelo con nuestros cucharones. Por fin llega el momento. La tumba tiene unos veinte centímetros de profundidad y la bolsa de regalo navideña está apoyada en el borde alisado. Noah me indica que me toca hacer los honores. Saco el cuerpo y lo coloco al fondo del agujero, envuelto en su paño. Intento que el proceso sea largo y solemne, por Noah.

Cuando empiezo a volcar parte de la tierra de nuevo en el agujero, me coge del brazo nervioso.

—Espera. ¿No deberíamos decir algo?

Nunca me llegué a aprender ni una sola oración. Podría improvisar un discurso sobre las virtudes de Jerry, pero no lo conocía lo bastante. Solo me sé algo de literatura rusa. Me concentro y logro entresacar algunos fragmentos de Pushkin de mi banco de memoria. Frases que describen los sentimientos de pena habituales: que el tiempo pasa, que todo vuelve al polvo, que nuestros corazones siempre anhelan a quienes hemos perdido. Material apropiado para un funeral.

Pero cuando miro la cara de Noah, llena de urgencia y confianza, sé que se me tiene que ocurrir otra cosa. Para mi sorpresa, me brota, completa en los labios, una frase de Yevtushenko, como si llevara todo este tiempo esperando entre bastidores, ansiosa porque le llegara su momento: «Estaba locamente equivocado / al pensar que mi vida había terminado».

Noah se queda satisfecho y callado. Aunque tiene los ojos y las mejillas secos, un suspiro profundo revela su emoción. No puedo ni empezar a hacerme una idea del significado que este verso tiene para él, pero parece haber funcionado. Empujamos suavemente la tierra sobre la pequeña tumba hasta que el suelo está liso y aplastado. Luego nos quedamos en cuclillas unos momentos, reflexionando en silencio.

Thomasina canta suavemente para sí mientras caminamos hacia casa a la luz del crepúsculo. Paramos en Christo's para comernos una pizza y nos reímos mucho, sin esfuerzo, pero para cuando nos estamos despidiendo delante de mi edificio, la cara se le ha puesto rígida y crispada. Las drogas han dejado de hacer efecto. No parece tener ganas de irse a casa. Le pregunta a Noah si tiene mis dos números de teléfono grabados en el móvil.

—Sí —responde él—. Pero no lo encuentro.

—¿Has perdido el móvil?

—No sé dónde está.

—¿Qué quieres decir con que no sabes dónde está? ¿Cuándo lo viste por última vez?

—Hace mucho que no lo veo. —Parece preocupado. No es propio de él perder cosas y siente cómo va creciendo el enfado de su madre.

—¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Qué pasa si ocurre algo? Tienes que empezar a tener más cuidado, Noah. No puedes ir dejando las cosas por ahí.

—No lo dejé por ahí. Ha desaparecido.

—¿Desaparecido? Las cosas no desaparecen. La gente es descuidada. Por eso se pierden las cosas.

Noah se palmea la chaqueta militar.

—Lo tenía en el bolsillo.

—Lo buscaremos cuando lleguemos a casa —dice con los labios apretados.

Estamos todos tensos como si oyéramos el tictac de una bomba.

—¿Mamá? —Noah le está suplicando: «Por favor, que estés bien».

Ella se inclina hacia él.

—Tienes que tener un móvil, Noah. Tienes que tenerlo. No quiero que salgas de

casa sin él. Ni que estés en casa, ni en ninguna parte, sin teléfono. Ni un solo minuto. ¿Me comprendes? —No hace falta que diga por qué esto es tan importante para ella. Todos sabemos que Noah necesita llevar un móvil encima para la próxima vez que ella la cague.

Noah de repente está casi llorando.

—¡Mamá! ¿Qué pasa si no lo puedo encontrar?

—*Tienes* que encontrarlo, Noah.

—¡Pero ya lo he buscado!

La desesperación en la voz de su hijo empieza a tirar de Thomasina para sacarla del sitio infernal en el que debe de estar.

—Venga, tomáoslo con calma —murmuro yo.

Ella parpadea unas cuantas veces, se lleva una mano a la frente. Luego suspira y se arrodilla frente a él.

—Ay, corazón. Lo siento. Aparecerá. Y si no, compramos uno nuevo. ¿Estás bien? Perdona por haberte asustado. Es que estoy un poco tensa ahora mismo. Oh, Noah. Perdóname, por favor. —Le abraza y él se queda apretado junto a ella un ratito.

Thomasina levanta la mirada y deja los ojos posados sobre los míos, opacos pero quemando. Puedo ver lo mucho que desea poder cuidar de él y, sin embargo, está suplicando ayuda.

Capítulo 11

El ascensor es industrial y está destartado, sube del bajo y huele a pescado de la planta procesadora. Pasa despacio, resoplando, por el segundo piso, hace *ping* en el tercero y abre sus puertas a otro mundo: un espacio de oficina amplio y aireado, enmoquetado, con potente iluminación. Alrededor de media docena de cubículos en tonos apagados gris y beis ocupan el centro de la sala. Todos están vacíos, aunque son las cuatro y media de un martes. A la izquierda, hay dos despachos de paredes de cristal de las que cuelgan cortinas translúcidas. También esos están vacíos. A la derecha, unos ventanales altos y limpios contemplan el puerto de Boston desde una modesta altura.

Me adentro en la oficina; nadie me detiene. Aquí soy una visitante no autorizada. Eso, y el hecho de haberme vuelto a escapar pronto del trabajo, me da esa antigua sensación de estar haciendo novillos del colegio, una mezcla de culpa y excitación. Al llegar a un pasillo a la derecha, oigo voces humanas detrás de la última puerta. Camino en esa dirección, consciente de cómo la moqueta amortigua mis pisadas. Me digo a mí misma que no hay razón para sentirme como una furtiva; solo estoy buscando información. Pero es una información a la que en realidad no tengo derecho.

Las voces se convierten en un alegre alboroto al entrar en la habitación. Se trata de una cocina con una gran mesa redonda y armarios a lo largo de una pared. Una nevera, un fregadero y una pizarra de corcho con diversos anuncios colgados con chinchetas. Hay diez o doce personas reunidas en torno a la mesa, en su mayoría mujeres, en su mayoría de mediana edad. Hay globos rojos pegados con celo a los armarios y un gran cartelón rojo que proclama: «¡Enhorabuena, Libby!».

Nadie repara en mí. Todo el mundo está mirando hacia una mujer de pelo cano que sostiene en alto un cuchillo de plástico. Lleva una rebeca verde llena de pelotillas y mal abotonada, de tal forma que un lado queda más largo que el otro, gruesos pantalones de pana verde y grandes gafas redondas de plástico. No debe de medir más de metro cincuenta. Una amplia sonrisa adorna su cara arrugada.

—Qué monas sois. Todas vosotras. ¡Monísimas!

—¿Estás hablando en francés otra vez, Libby?

—*Tout de suite, tout de suite!* —dice ella, riendo^[3]—. Ahora tendré todo el tiempo del mundo para estudiar francés y llevar a Jasper a París. ¡Va a estar guapísimo con boina!

—¿Qué más harás? —pregunta alguien.

—Clases de pintura, cariño. Pintura al óleo. Siempre he querido aprender. ¡Voy a convertirme en una expresionista abstracta!

—Te echaremos de menos, cielo —dice una de las mujeres más gruesas.

Los ojos de Libby se llenan de lágrimas.

—Oh, mis queridas amigas. Yo también os echaré de menos.

Empieza a partir una gran tarta que hay sobre la mesa, frente a ella. Tiene cobertura de chocolate, letras en rosa y flores rosas. Va colocando cada una de las porciones sobre un plato de papel, añade una servilleta y un tenedor de plástico, exclamando entre risas:

—¿Quién quiere una rosa?

Los platos se van pasando de una persona a otra hasta que llegan al fondo de la habitación. Uno de ellos me llega enérgicamente a mí. Yo sonrío y digo gracias. ¿Por qué ser maleducada?

De pie junto a Libby hay un hombre alto con un traje gris. Va un poco encorvado, está casi calvo y en su voz hay un tono trémulo, temeroso.

—Quiero decir unas palabras —interviene, y todo el mundo se calla inmediatamente y deja de moverse. El efecto apaciguador inmediato que tiene sobre su público sugiere que es una especie de jefe—. Conozco a Libby desde que era un niño —dice—. Solía darme galletas y, más adelante, cuando estaba en el instituto, hablábamos de baloncesto. Si no recuerdo mal, también recibí de ella buenos consejos sobre el sexo opuesto. —Con un burbujeo de risa nerviosa sus finos labios se estiran hasta formar una sonrisa.

La audiencia responde con una risa tibia.

—Nunca soñé que volvería a Ocean Catch como propietario y presidente. Pensé que lo que me tocaba era irme a Nueva York o a Los Ángeles después del máster en Administración de Empresas. Pero cuando murió mi padre..., bueno, supongo que simplemente tenía que regresar. Este lugar es mi casa, y lo cierto es que no podía venderlo o dejar que se lo quedara otra persona. Pero asumir el mando de una empresa pesquera no es fácil, créanme. Si no hubiera sido por Libby, no sé lo que habría hecho. Después de treinta y cinco años como secretaria de mi padre, conocía este sitio de arriba abajo, por dentro y por fuera. No había problema práctico que ella no pudiera solucionar, y lo hacía todo con un entusiasmo maravilloso. No creo haberla oído quejarse nunca. Despliega la luz del sol dondequiera que va. —Se gira hacia la mujer que tiene a su lado, elevando una copa celebratoria. Por la diferencia de altura, su brazo está como treinta centímetros por encima de su cabeza—. ¡Va por ti, Libby Smith! Alma y corazón de Ocean Catch durante cuarenta años. ¡Este lugar no será el mismo sin ti!

—¡Eso, eso! —grita un hombre y las colegas de Libby empiezan a aplaudir y a lanzar hurras.

—Bueno, parad —dice ella, sonrojándose, con una voz que apenas se oye entre los aplausos—. Tonterías, tonterías. Parad ya.

Cuando la cosa se apacigua, la mujer que hay a mi lado me pregunta si quiero café. Estoy masticando tarta, así que solo asiento.

—¿Con leche y azúcar? —Vuelvo a asentir.

Cuando regresa con mi taza, me pregunta cómo me llamo. Yo respondo en lo que

creo que es un tono normal. La habitación de repente se vuelve más silenciosa.

—¿Tú eres la que...? —La mujer parece estar pasándolo mal para encontrar la palabra adecuada.

Ahora todo el mundo me mira.

—Soy una amiga de Ned Rizzo —digo con alegre confianza, como si ese hecho explicara claramente por qué yo, una completa desconocida para Libby Smith, me he presentado en su fiesta de jubilación.

—¡Tú eres la mujer que sobrevivió! —dice alguien.

Contemplo estos rostros maravillados.

—Tuve suerte —digo, encogiéndome de hombros para quitarle importancia.

La gente se arremolina a mi alrededor, ofreciéndome sus condolencias, su enhorabuena, su asombro, su amistad..., todo ello mezclado con una pincelada de terror silencioso. Intento ser cortés, pero cada vez que me recuerdan ese día, huelo a agua de mar y me entran ganas de vomitar.

Libby Smith lucha por colocarse a mi lado.

—Querida, tenía ganas de conocerte. Fui compañera de Ned durante veinte años. Era un hombre muy bueno. Ha sido devastador.

El dueño está detrás de ella. Se abre paso a empujones, me ofrece su mano y se presenta como Dustin Hall.

Respondo a las preguntas como buenamente puedo. Al cabo de un rato, la emoción de conocerme se disipa y los trabajadores y Dustin Hall se van desplazando sin estridencias hacia el pastel y la máquina de café. Me quedo de pie en una esquina con Libby Smith, que empieza a enjugarse los ojos con un pañuelo de papel arrugado.

—Lo siento. Es solo que no puedo ni pensar en lo que sucedió. —Se mete el pañuelo en la manga de la rebeca—. Pero mírate..., aquí estás, y con tan buen aspecto.

—Gracias, señora Smith. Es muy amable por su parte decir eso. ¿Sabe?, yo quería preguntarle una cosa. —Menciono algunos asuntos generales sobre Noah, su madre y cómo lo están llevando; luego saco el tema del barco y del seguro; finalmente, le digo que me he enterado de que Ned le compró el *Molly Jones* a Ocean Catch por un dólar—. ¿Usted no sabrá nada de eso, verdad?

Parece haberse quedado congelada en el sitio, con los ojos repentinamente secos.

—La verdad es que no puedo hablar de eso, me temo. Tal vez sería mejor que hablara usted con el señor Hall. —Me conduce fuera de la cocina, hacia una puerta forrada en madera al final del pasillo.

El despacho de Dustin Hall está enmoquetado en azul marino, con recios muebles de caoba y asientos de cuero. Detrás de su mesa hay un mapa enorme del Atlántico Norte.

Parece sorprendido de verme, pero me ofrece un asiento. Libby Smith se va enseguida. Pero como sé que probablemente hablen de ello en algún momento, no me queda otra opción más que sentarme como me han dicho y hacer mi pregunta

directamente otra vez.

Con notable destreza, Hall consigue fruncir ligeramente el ceño y sonreír educadamente al mismo tiempo.

—No tengo ni idea de dónde ha sacado esa idea.

Describo el título de propiedad y el recibo de compraventa encontrados en el cajón de Ned.

Dice que no tiene conciencia alguna de tal obsequio, que Ocean Catch tiene una flota de barcos de arrastre y palangre, pero ningún langostero, ya que la empresa no está, ni ha estado nunca, en el negocio de la langosta. E incluso si dispusieran de un langostero, sería de lo más irregular obsequiárselo a un empleado. Sin embargo, investigará y verá qué encuentra, y si descubre alguna información me lo hará saber sin dudar. Y eso es todo. Un muro perfecto de profesionalidad. No tiene sentido darse de cabezazos contra esta gente, porque solo se vuelven más agradables y paternalistas con cada bloqueo. Le doy las gracias y me marcho.

Estoy esperando el ascensor bajo las luces brillantes de la oficina cuando Libby Smith se materializa junto a mí. Las puertas del ascensor se abren y entramos juntas en el estrecho espacio.

—¿Te gustan los perros? —me pregunta cuando nuestros reflejos aparecen en las puertas de acero inoxidable que se cierran. Antes de que pueda contestar, me entrega un foto de un cocker spaniel—. Jasper. Mi pequeño. Tiene once años.

El perro tiene el mismo aspecto que cualquier otro cocker spaniel que yo haya visto. Arrugadillo y un poco bobalicón.

—Siempre le doy un paseo a las seis de la tarde alrededor del lago Jamaica. ¿Sabes dónde está? —me pregunta.

Le digo que no vivo lejos de allí.

—Un sitio muy agradable donde pasear por las tardes. Deberías venir conmigo un día de estos, pronto. —Habla con una fuerza sorprendente, como si estuviera decidida a hacerme acceder.

—¿Qué tal esta noche?

—Perfecto.

Las puertas se abren deslizándose y nos bajamos juntas en el primer piso; cada una sigue su camino como si no nos hubiéramos dirigido la palabra.

La tierra cae en la noche, pero sigue habiendo un destello perlado en el cielo, al oeste. Libby Smith está sentada en un banco frente a la caseta para botes. Lleva una chaqueta de loneta con bolsillos parcheados y una gorra de croché multicolor. Sentado a su lado, Jasper ladea la cabeza con curiosidad canina cuando me ve acercarme.

—Caminemos —dice, y echamos a andar por el camino que da la vuelta alrededor del lago.

Da pasitos cortos con sus gastados botines de cordones marrones. El pompón que hay en la punta de su gorra bota justo por debajo de mi hombro. Jasper trota en cabeza en el extremo de una correa bordada.

—A partir de hoy, soy una persona libre —dice con cansada dejadez—. No sé qué haré mañana. Puede que duerma hasta mediodía y me tome el café en una cafetería. —Me ofrece una sonrisa irónica, que se desploma—. Es horrible cómo tenemos que poner siempre al mal tiempo buena cara, ¿verdad? Uno pensaría que a mi edad he aprendido a limitarme a decir la verdad. Estoy emocionada, estoy feliz y estoy muy, muy asustada. ¿Con quién voy a hablar ahora? Ocean Catch era mi vida, y toda esa gente... eran mi familia, de alguna manera. Bueno, decimos que seguiremos en contacto, pero ya sabes cómo va eso. Ahora tendré que buscarme amigos nuevos. ¿Pero dónde? ¿En el centro de mayores? ¡En ese sitio no hay más que viejos!

Le sonrío con ternura. ¿Qué puedo decir?

Jasper se detiene para hacer sus necesidades en la tierra. La señora Smith se saca una bolsita del bolsillo, recoge la caca del perro y la tira en un cubo de basura cercano. Le acaricia y le elogia, y los ojos marrones de Jasper relucen al mirarla desde debajo de su flequillo.

—¿Sabes?, Ned hizo una cosa extrañísima antes de abandonar la empresa —dice mientras tomamos una curva del camino—. Le entregué el cheque con su bonus, lo agitó en el aire y dijo: «¡Este es el último, Libby!». Luego soltó un grito de celebración, como un niño, y me dio un beso en la mejilla. Me encantó, pero también me quedé muy sorprendida. Yo sabía, claro, que él quería dejar la compañía, pero casi nadie tiene esa reacción cuando recibe su último cheque.

—¿Un cheque de bonus? ¿Era una especie de indemnización?

—No, algunos de los hombres recibían bonus por trabajos extra que hacían. La verdad es que es de eso de lo que yo quería hablar. Llevo tiempo queriendo contárselo a alguien, solo para que me dieran algún consejo, pero no sabía a quién recurrir. Había jurado silencio, pero ahora que ya no soy una empleada... Y entonces apareces tú hoy en mi fiesta, de repente, y preguntas por el *Molly Jones*. Estoy segura de que Dustin no te ha contado nada, pero he empezado a tener una sensación muy fuerte de que deberías encontrar la respuesta que buscas. Eras amiga de Ned y has pasado por algo muy grave. —Me mira inquisitivamente, como para comprobar que no está confiando en la persona equivocada.

—Intentaré ayudarla si puedo.

Un grupo de adolescentes arremolinados en torno a un banco cesan su conversación. Llevan pañuelos en la cabeza y chaquetas acolchadas; nos miran fijamente y con agresividad al pasar junto a ellos.

—No le dirás a nadie que te he contado esto, ¿verdad?

—No, no lo haré.

Suspira profundamente.

—Verás, durante años me ocupé de las nóminas oficiales, con sus deducciones

federales y estatales. Cuando llegó Dustin, quiso empezar a usar una agencia, insistió en ello. «Son más precisos», decía. Pero eso no es verdad: cometen más errores de los que cometí yo nunca. ¡Oh, cielo, me estoy yendo por las ramas! Aguanta un poco, por favor. Tengo la mente muy dispersa ya. El caso es que, en junio de 2007, Dustin empezó a darme listas de nombres; me decía que preparara lo que él llamaba bonus y que rellenara los cheques a mano. Sin más papeleo. Sin que hubiera correos electrónicos ni menciones en el ordenador. Solo la lista de nombres, a mano. Mis instrucciones eran que preparara los cheques, los guardara bajo llave en mi cajón y se los entregara a los hombres en persona cuando vinieran a verme. No debía nunca dejármelos sobre la mesa, ni mandarlos por correo, ni dárselos a nadie que no fuera el receptor directo. Y no debía hablar de los bonus a nadie de la empresa. Esto sucedía varias veces al año.

—¿Ned recibía estos bonus?

—Fue uno de los primeros en hacerlo.

—¿Cuántos más los recibían?

—Ocho, nueve, diez. La cifra variaba cada vez, pero no mucho. Había un grupo básico. Pescadores experimentados y de confianza en su mayoría. Unos cuantos jóvenes, no muchos.

—Hmm. ¿La misma cantidad para cada uno de los hombres de la lista?

—Sí. Cada hombre recibía la misma cantidad, pero cada vez que me daban una lista, la cantidad era distinta.

—¿Cuánto, más o menos?

—Cualquier cifra entre cinco mil y quince mil. Con una media de diez, diría yo.

—¿Tiene alguna idea de lo que pasaba?

—No. Estaban más callados que una tumba. Todos. Eso en sí ya resultaba raro, pero entonces me di cuenta de que los bonus se entregaban después de que hubieran ido todos juntos en un barco concreto, un palangre que es propiedad de la compañía desde, yo qué sé, 1998, me parece. Se llama el *Sea Wolf*.

Estamos doblando otra curva. El asfalto bajo nuestro pies se transforma en gravilla. Enormes arbustos de rododendro ocupan parte del camino. Empiezo a inquietarme. Aquí está más oscuro, no hay mucha gente y unas cuantas luces de las farolas de hierro que hay delante parecen haberse fundido. Estoy a punto de conducir a la señora Smith de vuelta a la caseta de botes, pero antes de podérselo sugerir, enrosca su brazo en el mío.

—Solo un poco más —me dice—. Justo antes de que Ned abandonara la empresa, pasó eso del barco langostero. Eso también se hizo muy de tapadillo. Me ocupé del papeleo, pero sabía que algo no olía bien.

—Escribió una nota al pie de la factura. «Que tengas siempre el viento de popa».

—Es una bendición irlandesa. «Que el camino corra a tu encuentro, que tengas siempre el viento de popa y que Dios te sostenga en la palma de su mano». Presentía algo ya entonces, ¿sabes? Justo aquí. —Se aprieta el puño contra el pecho—. Estaba

preocupada por él. No lograba conciliar el sueño por las noches. Y entonces..., bueno, tú mejor que nadie sabes lo que sucedió.

Jasper se sienta de repente, con las orejas tiesas. Gime, mira intensamente hacia los árboles. Hay una colina detrás del bosquecillo y, al otro lado, el principio de la famosa cadena de parques de Boston, el Emerald Necklace, donde definitivamente no quieres encontrarte al caer la noche.

—Mira, Jasper ha oído algo —dice la señora Smith.

—Demos la vuelta ya. —Por alguna razón, estoy cada vez más tensa; oigo cada rama que cruje, cada piedra que rueda y pisadas detrás de nosotras por el camino.

—Oh, no te preocupes. No hay nada que temer. Yo salgo por aquí todas las noches con Jasper. Estas luces se han fundido, pero hay otras más adelante, y luego no tardamos nada en llegar al lugar de donde hemos salido.

Accedo con reticencias, doy una palmadita en la manita seca que se apoya en el hueco de mi codo y la atraigo más cerca.

La señora Smith frunce el ceño al retomar el hilo de su historia.

—Había algo que te quería decir del *Sea Wolf*... Sí, eso es. Sobre los cheques regulares. Era una pesadilla contable. Me volvía loca intentando comprenderlo. Verás, cuando el *Sea Wolf* volvía de estos viajes, el volumen de la captura solía ser menor del habitual. Bastante menor, de hecho. Así que el cheque normal de los hombres también era más pequeño, porque cobraban menos comisión. Pero los gastos de combustible y aprovisionamiento eran tan altos como siempre, y los días que pasaban en la mar rondaban entre los catorce y los veintiuno todas las veces. Es tiempo suficiente como para capturar mucho más pescado del que traían. Me daban ganas de llamar al capitán Lou y preguntarle: «¿Qué estabais haciendo ahí fuera, jugar al bingo?».

—¿El capitán Lou?

—Lou Diggins. Uno del grupo básico. Capitán en todas las travesías del *Sea Wolf*.

—¿Alguna vez le preguntó qué estaba pasando?

—No, no. Es de mala educación preguntarle a un pescador por qué trae tan poca pesca. Es como preguntarle a un lanzador por qué está fallando tantas bolas. Pero sí le pregunté a Dustin. Varias veces. Se ponía muy rígido y me decía que las travesías del *Sea Wolf* no tenían nada de raro. Creo que se olvidó de que yo sé más de pesca que él. En cualquier caso, aunque los cheques normales de la tripulación eran bajos, los bonus los compensaban con creces. En general, les iba muy bien por una travesía relativamente breve.

—Usted cree...

—Sí, creo que usaban el palangre para un negocio extraoficial y que pagaban a los hombres con los llamados bonus, para que no figurara en la contabilidad oficial. Luego traían una pequeña captura de pescado de arrastre para que el viaje pareciera normal. —Me mira, enérgica y satisfecha consigo misma—. Los médicos me dicen

que mi mente está envejeciendo, ¡pero no estaba tan ida como para no darme cuenta de lo que sucedía delante de mis propios ojos!

Ya estamos frente a la entrada del lago. Hay farolas encendidas, se oye el murmullo del tráfico; un labrador blanco y su dueño vienen hacia nosotros. Respiro un poco más relajadamente. No había nada que temer: estoy muy cansada, eso es todo. Es difícil dormir en un apartamento que ha sido asaltado. Me despierto y contengo el aliento, preguntándome si hay alguien ahí. En la calle me encuentro mirando a la gente con sospecha. ¿Era *ese* hombre el intruso? ¿O era *aquel*? ¿O estaría yo un poco loca ese día, oliendo cosas que ni siquiera estaban ahí?

Un coche patrulla ha aparcado en la vía de servicio que hay junto a la caseta de botes. Pasan corredores. Los niños juegan. Un tío con una gorra de béisbol está sentado en un banco, contemplando el agua. No hay nada de qué preocuparse. Me ofrezco a acompañar a la señora Smith a su casa, pero ella lo rechaza, así que la acompaño hasta el paso de peatones y aprieto el botón. Los coches pasan a toda velocidad por Jamaicaway, cruzando de un carril a otro, tomando las curvas. Probablemente sea una de las calles más peligrosas de Estados Unidos. La luz se pone roja. Los coches que no consiguieron colarse durante la luz ámbar frenan ruidosamente y la señal de peatones se ilumina al otro lado de la calle.

—Descubrirás de qué va todo esto, ¿a que sí? —Los ojos de la señora Smith miran directamente a los míos—. Solo prométeme que tendrás cuidado. Quiero saberlo todo. Mantén el contacto. Me preocuparé si no sé de ti.

—Lo descubriré. Se lo prometo.

No me gusta nada dejar que cruce tambaleándose cuatro carriles de vehículos parados ocupados por conductores impacientes, pero ella se limita a sonreír y dice:

—No te preocupes. Jasper y yo estaremos bien.

Capítulo 12

Es un grupo de personas no expertas, todos clientes potenciales que prueban un producto, pero todo el mundo lo llama una fiesta de narices. Nada más entrar en la sala de conferencias se siente la excitación y el estrés. En una mesa para banquetes cubierta por un mantel blanco están colocados algunos modelos de empaquetado y maquetas promocionales preparadas por McKenzie and Ross, la empresa externa que le hace la publicidad a Inessa Mark. El ejecutivo de cuentas, un hombre que responde al rotundo nombre americano de John Rodgers, está sentado ante la gran mesa de conferencias que hay en medio de la sala con su ayudante, Jay, y las cuatro mujeres que componen el personal interno de Inessa Mark. Están bebiendo café de Starbucks y agua Perrier en vasos de plástico. John Rodgers y Jay desprenden un aire elegante, agresivo y confiado, como es esperable entre la gente de marketing.

Ante una segunda mesa de banquete, revoloteando como una polilla nerviosa, está Jean-Luc Laboure, el treintañero italofrancés que, a lo largo de los años, ha creado varias de las fragancias de Inessa Mark, y a quien Maureen ha contratado para dirigir el desarrollo de este nuevo perfume. Trabaja para Moreau, un gran laboratorio y fabricante de perfumes francés, y no cobrará de Inessa Mark hasta que Maureen no apruebe el aroma, el precio y el calendario de elaboración. En esta etapa del proceso, Maureen tiene a Jean-Luc en un brete. Cuando, y en el caso de que, Moreau se convierta en el proveedor, él podría ponerle a ella las cosas difíciles, pero como quiere el próximo contrato, no lo hará.

Cinco pequeños viales de cristal, cada uno de ellos lleno hasta la mitad de un líquido ámbar, están dispuestos en línea recta a lo largo de la mesa alargada. Delante de cada vial hay una pequeña tarjeta triangular con un código de identificación: A37, 45X, #22, P-40 y #3. No tiene sentido preguntar por el significado de estas complejas combinaciones alfanuméricas. Los perfumistas son muy dados al secretismo en torno a sus fórmulas, casi podría decirse que se vuelven paranoicos, y las etiquetas no están hechas para ser comprendidas.

Jean-Luc acecha la parte delantera de la mesa, comprobando la colocación exacta de los viales, enderezando las tarjetitas. Para refrescar el paladar nasal, ha dispuesto dos pequeños cuencos llenos de granos de café, que mueve aquí y allá, buscando el mejor sitio. No puede evitar estar nervioso. Está a punto de colocar a sus criaturas a merced de gente con narices más o menos corrientes. Lo peor es que este tipo de productos están lejos de ser las elegantes fragancias que él soñaba con crear cuando no era más que un joven ayudante de perfumista en su Grasse natal. Sin duda, la tarea de crear algo «fresco y frutal» para la adolescente americana le ha mantenido noches despierto con migrañas de desesperación, pero hoy en día todo el mundo necesita un trabajo.

Maureen se pasea por la habitación murmurando frases amables. Ha escogido

para la ocasión un vestido exquisitamente cortado, con formas geométricas en blanco y negro al estilo de Coco Chanel. Asumo que el homenaje a la diseñadora, aunque pasará desapercibido para la mayoría y solo le produciría bochorno si lo comentara, no es accidental. Dice algo de su ambición y de las dudas que tiene sobre sí misma.

Maureen llama la atención del grupo, explica el procedimiento y ocho de nosotros nos ponemos en fila junto a la mesa. Ni John Rodgers ni Jay ni Jean-Luc participan. Pasamos por la mesa como si fuera un bufé, cogiendo cada vial por turnos, echándonos una gota de líquido en las muñecas y en la cara interior de los codos, olisqueando, luego volviendo a olisquear. Tenemos cuadernitos y lapiceros para apuntar notas. Damos tantas vueltas como queremos. Por común acuerdo, no hablamos mucho. Las discusiones vendrán después, cuando hayamos realizado el primer descarte.

Milosa entra tarde, como es habitual, y se sienta al fondo de la sala de conferencias. Yo termino de oler y me reúno con él. JeanLuc aparece junto a mí, nervioso perdido.

—Fue muy *difficile*... el encargo tal y como ella lo quería... Al principio, *j'ai dit non*... La empresa se empeñó en que yo... Pero tantos cambios, todo limitaciones, dentro de las cuales yo *no podía* trabajar...

—Lo has hecho lo mejor que has podido —le digo—. Es un aroma frutal para venderlo en droguerías. Que te paguen por tu trabajo y punto.

Sus ojos se abren.

—*Ce n'est pas l'argent que m'intéresse*.

He hablado con demasiada brusquedad y le he ofendido. Le doy un breve y afectuoso abrazo y él me devuelve una mirada herida, perdonándose.

Jean-Luc y yo nos hicimos amigos hace años, cuando los dos teníamos apenas veinte años y le pedí que me ayudara a recrear la fragancia personal de mi madre. Le describí los elementos que creía recordar: azafrán terroso, rosa negra, vainilla, pachulí. El viejo perfumista que había trabajado con mi madre para crearlo había fallecido, pero Jean-Luc pudo confirmar, con otro perfumista de su empresa, que la Fragancia de Isa, como la llamábamos, había sido un Chipre oriental oscuro. Jean-Luc sugirió añadirle liquen de árbol para suavizar la intensidad y trufa negra para oscurecer la rosa. Cambiamos las proporciones, le dimos más relevancia a la rosa, se la volvimos a quitar, metimos lirio, almendra, salvia y lo toqueteamos sin parar. Pero a cada nueva formulación, yo sacudía la cabeza. No parecía sino que nos alejábamos cada vez más. Finalmente nos rendimos. La verdad es, en realidad, que la gente no puede recordar los olores; solo podemos reconocerlos.

Ahora hay varios trabajadores reunidos alrededor del brazo extendido de una joven, celebrando con deleite un aroma concreto.

—¡Me encanta! —exclama una. Maureen huele la muñeca de la chica y sonrío. A ella también le gusta este. Hay un zumbido de alegría al surgir una preferencia compartida.

—Espera, espera. Caroline, coge las tiras de prueba. Debemos olerlo sobre el papel —afirma Maureen.

—¿Por qué papel? —pregunta la joven, llevándose la muñeca a la cara.

—Porque... —dice Maureen, perdiendo el hilo de su pensamiento por la excitación—. Pues porque sí.

Enseguida se ponen a mojar cartoncitos en los viales, agitándolos luego en el aire para que se sequen y pasándoselos por debajo de la nariz.

—Pues a mí *este* me gusta más —dice Caroline, señalando el X45.

—Yo ya no estoy segura —dice otra, sumida en la perplejidad.

—¿Ves? ¿Qué te dije? Los olores son muy inestables; puede oler muy distinto sobre el papel que sobre la piel —explica Maureen.

—¿No debería oler bien sobre la piel? —pregunta una de las mujeres.

Maureen le sonrío con astucia.

—Sí, pero... vamos a usar insertos publicitarios en revistas y expositores con tarjetas de rasca y huele para vender el producto, así que necesitamos *primero* que huelan bien sobre el papel y luego, sobre la piel. ¿No es cierto, John?

—Sí, señora. —John Rodgers se pone de pie cuan alto es para aceptar la admiración que le corresponde.

Maureen frunce el ceño.

—Usaremos un papel más grueso que este, ¿verdad, John?

Él asiente.

—¿Algo más parecido al cartón?

—No tan grueso —dice él.

—¿Cartulina?

—Un poco más grueso.

—Bueno, nos mandarás una muestra pronto, ¿verdad?

—Por supuesto. —Su mirada se desvía hacia su ayudante, que saca un bolígrafo.

Maureen mira autoritariamente a Jean-Luc, cuyos ojos reflejan al tiempo arrogancia y miedo.

—Jean-Luc, ¿no habría que meter en la fórmula algo para que la fragancia se *adhiera*..., ya sabes, al papel de rasca y huele?

Blanco como un cadáver, Jean-Luc repite:

—¿Se adhiera?

—Si no, ¿cómo se pegará? Lo que estoy preguntando es si no hará falta hacer alguna modificación química para que la fragancia se acople al plan de marketing.

—Lo estudiaré, *madame*.

—Sí, pero no tardes demasiado, Jean-Luc. Necesitamos tener la fórmula en una semana.

Por un instante, John Rodgers y Jean-Luc se ponen en guardia, disparándose sutilmente miradas llenas de odio el uno al otro. Imaginar que estos dos hombres puedan ponerse de acuerdo en algo es como imaginarse que el polo norte y el polo sur

superaran sus diferencias magnéticas y quedaran a almorzar en el ecuador.

Maureen dirige su atención otra vez a sus empleadas con una palmada enérgica de maestra de escuela.

—¡Chicas! ¡Chicas! Y los chicos también. ¿Hemos decidido cuál nos gusta?

Las mujeres se ríen en torno a sus varitas de papel impregnadas en fragancias, como las adolescentes que fingen ser. Riñen, ponen morritos, exclaman. Los dos hombres las observan con placer y olisquean brazos extendidos. Hay tres muestras que son fácilmente rechazadas, pero hay un empate entre #3 y X45. Maureen intenta desempatar, pero no es capaz. Su cabeza se mueve hacia atrás y hacia delante —*comme çí, comme ça*— mientras hace revolotear las dos tiras de pruebas en liza. Finalmente me descubre sentada en la mesa de conferencias con Milosa.

—¡Pirio, decide tú!

Moja nuevas tiras de papel en los viales, se acerca a donde estamos sentados y me entrega una de ellas con sus dedos delicados.

Me la acerco a la nariz e inhalo. Las frutas que Maureen quería están ahí: fresa, sandía. Solas, resultan de una dulzura empalagosa. Pero Jean-Luc ha añadido unas cuantas notas más para darles profundidad: hay algo seco, como citronela, un tono oscuro, de madera, y una flor de loto picante, ineludible. Reconozco el mérito que tiene Jean-Luc por intentar agarrarse a la poca vía libre artística que tenía, pero no se puede disfrazar el hecho de que la fragancia es un desastre. Siento como si estuviera andando por el pasillo de un hotel y pasando al lado de una tarta de queso de la noche anterior con fresas a medio comer, en una bandeja del servicio de habitaciones en el suelo.

Sonrío sin entusiasmo a Jean-Luc, que está sentado con la cabeza gacha en una silla por ahí cerca, y se encoge de hombros como diciendo: «¿Y tú que hubieras hecho?».

—Este no —le digo a Maureen.

—Vale. A mí tampoco me parecía. —Me entrega la segunda tira de prueba—. Mira a ver este.

Cierro los ojos y respiro. Con esto, Jean-Luc le ha dado a Maureen exactamente lo que quería. Aire fresco de verano, tarta de fresa y chicle. No tiene matices ni interés, y no apasiona. Es tan inocente y falto de aspiraciones, tan carente de necesidades y anhelos, tan modestamente agradable que me dan ganas de llorar de aburrimiento. Sonrío y se lo devuelvo.

—Este es. Perfecto para una niña de doce años.

Maureen resplandece de satisfacción.

—¡Eso me parecía!

Las jóvenes se apiñan alrededor de Maureen, huelen la varita de papel, chillan de alegría.

—Felicidades por un trabajo bien hecho, Jean-Luc —digo con sequedad.

Él asiente, hundido en la miseria.

Milosa no pide oler la nueva fragancia de Inessa Mark. Abandona la sala de reuniones cuando la atención pasa a John Rodgers y sus ideas de presentación. Unos minutos más tarde, voy detrás de él.

Milosa tiene un despacho que hace esquina en la trasera del edificio. Las ventanas dan a un estrecho pasadizo, una pequeña zona asfaltada repleta de coches aparcados y cubos de basura y un muro de ladrillos en el que se entrecruzan oxidadas escaleras de incendios. Solo sé cómo son las vistas por las pocas veces que he estado en su oficina con las persianas verticales subidas. Normalmente están bajadas, como lo están ahora, proyectando sombras en las esquinas. Sobre su gran mesa, una florida lámpara rococó arroja un leve resplandor amarillento que parece acercar aún más las paredes. Al poco rato de estar en esta habitación siempre empiezo a sentirme atrapada.

Milosa está al ordenador, dándome la espalda. Tengo que decirle hola varias veces antes de captar su atención. Finalmente se gira y me hace un gesto para que me siente, cosa que hago y, por la fuerza de una costumbre que dejó de tener sentido hace años pero a la que me aferro por pura obstinación, pongo los pies sobre su mesita auxiliar negra de nogal.

Hablamos de un modo superficialmente agradable sobre la nueva fragancia, sobre un viaje a Ginebra que él y Maureen están planeando hacer. Hay algo diferente en él. Ya lo había notado antes. En la cena la semana pasada tenía algo vidrioso en la mirada que pensé que se le pasaría, pero no se le ha pasado. Ahora lo veo de nuevo, algo apagado. Es solo la sombra de una diferencia, pero da menos impresión de macho alfa de la que ha dado siempre. Aunque llevo toda la vida peleándome con Milosa, siempre le he respetado como un oponente digno. De modo que me preocupa percibir un debilitamiento. Me pregunto si estará enfermo, o si la depresión que siempre le ha acechado le ha dado alcance por fin, o si esto no es sino la mengua gradual que la gente sufre al envejecer. No tiene sentido preguntarle, porque él por principio negará cualquier dolencia.

No pasa mucho tiempo antes de que me pregunte si se ha encontrado ya al barco que hundió el *Molly Jones*.

Le describo la anémica investigación de la guardia costera y la conclusión de Johnny de que la colisión no fue más que un accidente en el que el culpable se dio a la fuga. Milosa me escucha con los párpados semicerrados, ocultando su astuto interés. Luego le hablo de los papeles que encontró Thomasina y de lo que me contó la señora Smith sobre las bonificaciones y las travesías extraoficiales. Al escuchar esto, endereza la espalda y en sus ojos aparece un destello agudo.

En sus buenos tiempos Milosa vivía al límite: la pasión romántica y el puterío no eran opuestos porque los dos le llevaban a un lugar afilado y crudo. Los negocios no eran interesantes a no ser que implicaran engañar al gobierno o joder a la competencia. Que estuviera a punto de ahogarme violentamente y sobreviviera de

chiripa son acontecimientos que han capturado su imaginación. Y ahora esto. Un reguero de pistas y contradicciones suponen exactamente el tipo de problema que hace que se alegre de estar vivo. Sus dedos tamborilean excitadamente sobre la mesa.

—Es evidente —dice— que el barco fue un soborno para impedir que tu amigo denunciara lo que fuera que estuviera pasando en esas travesías secretas. Y... ¿has pensado en esto? No fue un accidente. La muerte de tu amigo fue un asesinato.

—La primera parte puede que sea verdad, pero la segunda es ridícula.

—Pero te lo has planteado.

—Sí, me lo he planteado. Pero no tiene sentido. ¿Por qué iba una empresa a sobornar a un empleado un día y asesinarlo a la semana siguiente? ¿Por qué no deshacerse de él de inmediato? Y hay maneras más fáciles de matar a alguien que arrollar su barco langostero en mitad de una niebla espesa. —Lo que no digo es: «Y además está el problema de mi presencia. ¿Por qué matar también a una segunda persona?».

Milosa lanza un bufido.

—La gente desesperada hace cualquier cosa, *cualquier cosa*. Yo lo he visto. Yo viví bajo la dictadura de Stalin. Vi barbaridades que van más allá de cualquier cosa, que son incomprensibles. Tu debilidad, la debilidad de tu blanda vida americana, es que piensas que todo el mundo es como tú, que la razón puede explicarlo todo en este mundo. Esperas que dos más dos sean cuatro. Pero no es así. Dos más dos es igual al resultado que decidan los poderosos. Si dicen que es igual a ciento ocho, los matemáticos probarán que así es. Si quieren hacer añicos el pesquero de un hombre, nada podrá evitar que eso suceda.

—Pero no hay ninguna prueba de juego sucio. —Mi voz suena débil. La verdad es que Milosa me da miedo cuando habla así.

Él se encoge de hombros con indiferencia.

—Tú y tus pruebas. Dime, ¿cómo duermes? ¿Qué sensación tienes aquí dentro? —Se golpea con las puntas de los dedos chatos en el centro del pecho.

—Inquieta.

—Sí. —Sus ojos centellean oscuramente—. Encuentra el barco, el *Sea Wolf*. —Su boca se cierra de golpe. En su cabeza, eso es todo lo que hace falta decir.

Ojalá me hubiera aconsejado exactamente lo contrario. Ojalá por una vez fuera un padre normal y me pidiera que me mantuviera alejada del peligro. Pero él se labró su éxito como inmigrante luchando día tras día, arañando cada centímetro de poder, y espera que su hija se comporte de la misma manera. Suspiro con resignación. Esta actitud reporta sus beneficios, supongo. Con una oleada sorprendente de gratitud, me doy cuenta de que me gusta la forma en la que cree en mí, la forma que tiene de no perder el tiempo.

Quito los pies de encima de la mesita auxiliar.

Me ofrece un puro de una caja de cuero. Lo acepto. Me lo enciende y luego se enciende el suyo. Llevamos fumando puros juntos desde que yo tenía dieciséis años.

Pero solo en ocasiones muy importantes. Damos caladas en silencio. Cuando el humo azulado gira en torno a nuestras cabezas y nuestras fosas nasales están llenas del cálido olor a tierra mojada del tabaco cubano, él aborda un tema del que nunca pensé que le oíría hablar.

—He sido cruel con Maureen. Ahora veo que casarse sin amor es un crimen. — Hace una pausa, parece juzgar cuánto más desvelar—. Maureen te tiene miedo. Tú tienes un sentido de la fragancia que ella no tiene y ella sabe que no aprecias su trabajo. Le preocupa que la eches cuando asumas el mando en la empresa.

—Pues es una posibilidad.

Me mira con los ojos entrecerrados, y exhala por la nariz.

—Lleva aquí más de veinte años. Esta empresa es toda su vida. Merece más respeto.

—¿Respeto? Los productos que crea son una mierda. ¿Dulce Sorpresa? Me da vergüenza.

—Sus productos nos pagan las facturas.

Mi corazón se acelera y siento el rostro acalorado.

—Puede que eso sea verdad. Pero Maureen no tiene ningún talento y ninguna visión para la empresa. Es una gerente; eso es lo que ha sido siempre y es lo único de lo que es capaz. Después de que mi madre muriera, le diste un papel mayor en esta empresa del que se merecía y ahora tiene miedo a perder algo que siempre ha sabido que, por derecho, no le pertenece.

—¿Qué podía hacer? ¿Qué opciones tenía? Le di el papel que tenía tu madre, y ella lo hizo suyo.

Ahora mismo mi corazón es un violento revoltijo de emociones. Como si alguien hubiera quitado la tapa de un cazo hirviendo.

—Ya que estamos siendo sinceros, hay algo que siempre te he querido preguntar. ¿Te follabas a Maureen cuando vivía mi madre?

Se le suben los colores bruscamente; sus ojos azules se vuelven metálicos.

—¿Tú crees que tu madre era fiel, Pirio? ¿Tú te imaginas que *ella* me era fiel a *mí*?

Siento que se me tuerce la boca.

—¿Por qué iba a serle fiel a un chuloputas?

Da un puñetazo en la mesa.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? Tú, que has tenido educación, todas las ventajas, todo lo que podía comprarse con dinero. Hablas de Maureen, pero eres *tú* quien se ha beneficiado de algo que no se ha ganado. Y sin embargo, me desdeñas a *mí*, que he trabajado como un perro, día y noche, para convertir a tu madre en la persona que fue. A quien, *por ella*, construyó la compañía que la convirtió en una mujer feliz. ¡Vergüenza te tenía que dar hablarme de esta manera! —Vuelve a golpear la mesa, esta vez con la palma abierta.

Parpadeo unas cuantas veces, rápido y con fuerza. Pero no me achanto.

—Así que no lo niegas. Que eras un chulo. El chulo de mi madre.

Apaga el puro en el cenicero. La furia convierte sus palabras en un siseo entrecortado.

—Tú no sabes nada de mi vida en Moscú, ni de antes de Moscú. No podrías imaginártela aunque quisieras. ¿Qué sabes tú de historia, de la historia de Rusia? Vosotros los americanos leéis sobre vuestra guerra civil y eso es todo. Y vuestra gloriosa victoria en la Segunda Guerra Mundial. Sois petulantes y santurriones, solo porque sois afortunados y bobos.

—De todo le echas la culpa a Stalin. Y cuando eso no te funciona, vas hasta Lenin. Y luego hacia delante: Gorbachov, Yeltsin, Putin. Señalas a cualquiera menos a ti mismo. Y, que lo sepas, *sí* que he estudiado historia de Rusia. Y literatura rusa también.

—Oh, sí —arrastra las palabras con sarcasmo—. Tu Pasternak, tu Pushkin. Baboserías románticas. Tú y yo nunca podremos conocernos. Bah. —Escupe.

Estoy sin aliento de pura tensión e intento ocultarlo. No debí mencionar lo de la literatura rusa. Mostré mi alma demasiado y le he dejado bailar sobre ella.

Milosa y yo nos miramos el uno al otro, sin molestarnos en buscar palabras.

El matrimonio de mis padres se construyó sobre burlas y escarnios. Antes hubieran podido vivir juntos un mono y una hiena. Pero no podían separarse. Lo que yo vi fueron peleas, eso fue lo que aprendí, y ahora es lo que hago, al menos con Milosa. A veces creo que es nuestra manera de querernos, que lo echaría de menos si cualquiera de los dos alguna vez se volviera demasiado amable. Pero también desearía que las cosas fueran de otra manera.

Milosa coge su puro, lo vuelve a encender, da unas cuantas caladas y se reclina en la silla.

—Maureen ha trabajado duro por esta compañía y ha demostrado su valía una y otra vez. No es justo que viva con miedo de ti y de lo que puedas hacer con ella... más adelante.

—A lo que ella tenga miedo es su problema. Y no puedes esperar que yo te haga promesas solo para satisfacer tus culpas privadas.

Aprieta los labios, hundiendo las mejillas. El pelo cada vez más ralo, la frente alta, la palidez... de repente veo el contorno de la calavera debajo de su cara.

—Hay algo de verdad en lo que dices, Pirio. Maureen no tiene ni el talento ni la visión de tu madre. Me casé con ella por debilidad, por necesidad. Pero blandes esa verdad como una espada pesada con la que descabezar otras verdades, verdades más humildes que no te paras a mirar. Por favor, te estoy pidiendo de corazón que le otorgues a Maureen el respeto que se ha ganado. Le ha dedicado su vida a Inessa Mark, y a mí. No la echas a la calle cuando...

Se detiene abruptamente. Febriles, nos miramos a los ojos.

Estoy bastante segura de que pensaba añadir «cuando yo me haya ido».

Pasan unos momentos de incredulidad.

Le acuso, pero con suavidad.

—¿Te estás muriendo?

Gira un hombro hacia mí de una forma casi femenina.

—Por supuesto que no. Espero estar por aquí durante... muchos años.

Este no es el Milosa que yo conozco. Él no habla así, de esperanzas y deseos. Habla de decisiones y acciones que no dejan espacio para la duda. Se me aprieta un nudo en el estómago.

—¿Qué quieres decir con que *esperas*?

Pero él ya se ha vuelto hacia su ordenador y finge no haberme oído.

Abandono su despacho aturdida. En los pasillos de Inessa Mark reina un silencio catedralicio. La fiesta de narices se ha disuelto y el personal ha regresado a sus despachos o cubículos respectivos. De camino al ascensor, echo una ojeada a la sala de conferencias. Jean-Luc está guardando sus tarjetas y sus granos de café. Maureen y John Rodgers están de pie muy juntos al lado de la ventana, con las cabezas agachadas, sumidos en una conversación privada. Maureen levanta la mirada distraídamente a mi paso. Sus ojos, al encontrarme, se llenan de ansiedad.

Capítulo 13

No tengo ni idea de dónde puede estar John Oster un jueves por la mañana. Tal vez esté en mitad del Atlántico arrastrando redes llenas de serpenteantes caballas plateadas, o tal vez siga en la cama. Le llamo al móvil. Si hay alguien que pueda hablarme de las travesías del *Sea Wolf*, es él.

Dos tonos. Se cuele un recuerdo inquietante. Milosa diciéndome que soy una inocente. Pero él siempre dice eso, el viejo ruso. Nunca deja pasar la oportunidad de tocar la campana de aquí-elque-está-familiarizado-con-el-lado-oscuro-soy-yo. ¿Qué sabrá él?

Ahora van cuatro tonos. Pitiditos débiles. Como si el teléfono tuviera anemia. «Americana blanda», es el murmullo de Milosa en mi oído. Se me empiezan a retorcer las entrañas. ¿Qué es lo que sé realmente sobre John Oster hoy por hoy? Esas pajareras. Johnny levantado a las cuatro de la mañana, sentado a solas durante horas, encorvado. Johnny explicándome que el culpable se dio a la fuga. Pero el viejo Johnny nunca se habría sentido satisfecho con esa respuesta.

Hechos: como empleado de Ocean Catch, Johnny probablemente esté involucrado en lo que sea que esté pasando ahí. Si empiezo a hacer preguntas sobre el *Sea Wolf*, él se preguntará de dónde he sacado la poca información que tengo. Claro que yo nunca revelaría mi verdadera fuente, pero él no descansaría hasta descubrirlo. Estaría poniendo a la señora Smith en peligro.

Termino la llamada de golpe, aliviada de que no haya contestado.

Dos edificios del siglo XIX discurren paralelos a lo largo del embarcadero de Pesqueros de Boston. Muelles de carga contruidos con cemento disponen de la carretera que hay entre ellos; sobre cada uno de los muelles cuelgan las tejas de un vendedor de pescado al por mayor: Sonny's, Beau's, North Sea, Atlantic. Hay hombres tatuados relucientes de sudor; tiran y cargan con cubos de plástico llenos de peces de plata; las aceras están resbaladizas por la sangre y las vísceras. Un par de los hombres me clavan la mirada: una mujer bien vestida, con binoculares al cuello, paseándose por su estrecha calle.

Buscar *Sea Wolf* en Google me llevó a una banda de rock, un libro de Jack London y una línea de cruceros de aventuras, y también a un determinado tipo de kayak, unos yates de lujo, barcos hinchables y submarinos de guerra. Ningún buque pesquero atracado en Boston. Lo comprobé y lo volví a comprobar. Apenas parece posible que haya cosas en este mundo que no aparezcan en Google a la primera. Así que me he venido aquí, pensando que si caminaba lo suficiente por los muelles comerciales terminaría dando con él. No es un gran plan, pero es todo lo que puedo hacer.

Llego al final del embarcadero. Seis o siete barcos pesqueros oscilan suavemente sobre las olas, con sus topes de goma crujiendo contra los pilotes. Están sucios,

abollados. Con los lados de acero en verde, negro, rojo. Altos y airosos en el puente, con la zona media lisa y abierta y rollos de redes naranjas sobre enormes cucharas de hierro en la popa. Leo los nombres en los travesaños. *Audrie Marie. Capt'n Jack. Lucy Lou.* La mayoría, mujeres y hombres legendarios. Nada de lobos. En el siguiente embarcadero, al otro lado de un estrecho dedo de agua, el pabellón Banco de América está casi desierto. Hay dos parejas y un hombre sentados en mesas exteriores. El toldo azul sobre la zona de picnic se está hundiendo.

Cerca de allí, dos tíos cargan tinas de pescado congelado en una camioneta. Me acerco, espero un minuto para que no parezca que los estoy presionando y luego les doy un grito, digo que estoy buscando un barco. Uno de los tíos levanta la mirada y sigue trabajando. El otro se limpia el sudor de la cara con un paño sucio y se aproxima con calma.

—¿Ah, sí? ¿Qué barco?

—*Sea Wolf.* ¿Lo conoces?

—Sí, claro. Es un buque de Ocean Catch. Lleva pescando fuera de la bahía de Boston no sé cuánto tiempo. Desde antes de que yo empezara, en todo caso.

Debe tener unos veinticinco años. Le pregunto si sabe dónde está el barco ahora.

—En el dique seco, estoy casi seguro. Vino del mar con no sé qué problema. Lo sacaron de aquí hace un par de semanas.

—¿Sabes qué problema era?

—No, señora.

Le pregunto dónde está el dique seco. Me dice que hay varios, pero que debería probar en el dique seco número 3, en la avenida Drydock. Al volver hacia mi coche, me doy cuenta de que las dos parejas que se refugiaban debajo del toldo del pabellón Banco de América se han ido; ahora solo hay un hombre allí sentado, mirando el muelle y la línea del horizonte de la ciudad. Echo una segunda ojeada. A lo mejor es el modo como se ha abrochado el abrigo, con el cuello subido, la gorra de béisbol sobre los ojos —cuando tampoco hace *tanto* frío en la calle—. Le observo durante un instante más de lo que debería, hasta que siento que sus ojos, bajo la sombra de la visera de la gorra, me están mirando directamente. O lo estaban. En el momento en que me doy cuenta de ello, ya se ha puesto en pie y se está yendo.

De repente, me quedo congelada de pánico. Para seguirle, tendría que echar a correr hasta el fondo del muelle de pescado y avanzar por la avenida Northern hasta las puertas del pabellón. Pero para entonces ya se habría ido. ¿De qué estoy hablando? Lo único que ha hecho el tío ha sido mirarme y luego echar a andar. No hay ninguna ley contra eso.

Si no dejo de estar tan tensa, terminaré por hacer alguna estupidez muy pronto.

El dique seco número 3 es marrón y está lleno de barro; los barcos en fase de reparación descansan en gigantescas cunas de madera que parecen costillas de

dinosaurio y a los cascos se accede por escaleras. Por el suelo hay piezas oxidadas como si fueran huesos desperdigados: raíles doblados, hojas de hélice torcidas.

Encuentro el *Sea Wolf* cerca de la entrada, con un aspecto algo más saludable que el de sus vecinos, pero tampoco con muy buena pinta. Doy algunas vueltas a su alrededor, contemplando su enorme casco: la parte negra que va bajo el agua, la línea blanca de agua y los costados rojos de acero punteados a intervalos por claraboyas negras pequeñas como ojos de cerdo. En la popa hay una altura de dos a tres pisos, mientras que los dos tercios delanteros son más lisos. Hay un escalón irregular, como de tres por tres metros, recortado en estribor desde la cubierta hasta la línea de agua. Desde donde yo estoy, no veo mucho más que eso.

Un hombre sale de la oficina del gerente y se me acerca. Con la espalda encorvada, el pelo como hecho de cuerdas, una pesada barriga cervecera sobre piernas cortas y ropa del color del alquitrán y el óxido. Parece haberse mezclado con su entorno a lo largo de los años hasta pertenecer a él, del mismo modo que un trol pertenece a su refugio debajo de un puente.

—¿Un buen barco, eh? —dice. Me observa la ropa, la cara, el pelo, examinándome para hacerse una idea de quién soy, sin mucho éxito.

—¿Sí? No sabría decirlo. A mí solo me parece enorme.

—No eres pescadora, entiendo.

—Nunca en un monstruo como este.

—¿Por qué te interesa?

—Por motivos educativos.

—¿En serio? —Sus cejas se elevan; eso no se lo esperaba.

—Sí, estoy pensando en traer aquí a mi clase de cuarto, enseñarles algo acerca de la pesca comercial, como parte de una lección que estamos dando ahora sobre los recursos y las industrias del estado.

—Bueno, pues este barco es un buen sitio donde empezar. Es un verdadero barco de trabajo, un gran productor. Más de cincuenta metros de eslora, una capacidad de casi media tonelada. Uno de los pocos palangres congeladores que hay por aquí. La mayor parte de los grandes buques de pesca comercial de Boston son traineras.

—Mis alumnos de cuarto no van a saber lo que eso significa.

—Un palangre es un cordel en el que se van colocando líneas con anzuelos. Por eso se llaman así. Ya me entiende. Los anzuelos se van cebando automáticamente... en plan, miles al día. Una trainera en cambio arrastra una gran red y sube la pesca por la rampa de popa. Como ve, este barco no tiene una rampa en popa, sube la pesca por el costado, por ahí. —Señala la zona recortada en estribor.

—¿Hay alguna manera de que pueda subirme al barco?

—No. El dueño no lo permitiría. Le recomiendo que baje al muelle de pescado si quiere subir a bordo de un buque de pesca comercial. Creo que alguien le dejaría subir. Siempre que los niños se porten bien.

—Son unos ángeles, los veintidós. —Hago una pausa—. ¿Y por qué está este

barco en el dique seco?

—Una fractura en el casco.

—¿Ah, sí? ¿Y qué puede provocar... algo así?

—Podría ser cualquier cosa.

—¿Cómo qué?

Parece un poco receloso.

—Una colisión, tocar el lecho marino, ir con los motores demasiado rápido por el hielo. Y a veces simplemente aparece una grieta. Por los años, por la tensión en el metal. Es difícil de determinar. En todo caso, ya está arreglado. Pronto volverá a la faena.

Camino hasta el puente y levanto la mirada en línea recta, doblando el cuello.

—¿Dónde estaba la grieta?

No se mueve para reunirse conmigo.

—¿Por qué lo quiere saber?

—Mera curiosidad. No veo aquí ninguna señal de que haya habido una reparación.

—Se ha vuelto a pintar.

—¿De verdad? Antes de repintarlo, es decir, nada más llegar, ¿no notaría usted ninguna muesca de pintura en torno a la fractura, verdad?

—No. No había muescas de pintura —dice con rigidez. Sabe que no hay que contestar a eso.

—Debe de ser difícil de determinar.

Ahora me mira con franca antipatía, ya sin rastro de cordialidad.

—El rojo está bien —prosigue—. Tiene una especie de matiz amarronado, como la arcilla. ¿De qué color era antes?

—Del mismo color.

—¿Rojo? ¿Eso no es poco habitual? —Llegados a este punto, empiezo a pensar que este no fue el barco que arrolló al *Molly Jones*. Es demasiado pequeño y de otro color. Pero hago unas cuantas preguntas más solo para asegurarme.

—El rojo es el color más seguro en alta mar. El más visible. Hay mucha gente que dice que habría que pintar todos los barcos de rojo o de naranja.

—Las muescas de pintura hubieran sido blancas —digo yo, dejando que mis palabras suenen despreocupadas, pero observando sus ojos con cuidado por si atisbo un destello de confirmación.

Él se pone en guardia, los brazos en jarras. Ha decidido que no le gusto.

—Mira, no sé por qué no eres clara y me dices quién eres sin más. Ni que no supiera lo que estás haciendo. La gente como tú viene por aquí a todas horas, metiéndose por todas partes. Por lo menos los demás no mienten.

No pilla de qué está hablando inmediatamente, así que le pregunto, un poco con cara de idiota.

—¿Quién se cree usted que soy?

—Eres una ajustadora de reclamaciones, una investigadora de reclamaciones o como sea el nombre que os dais ahora. Estás buscando una razón para no pagar. Probar que ha habido negligencia o actividad criminal os evitaría apoquinar. Dios. — Su tono es airado, pero también hay un brillo de satisfacción en su mirada; está orgulloso de haberme desenmascarado.

—Ya. —No veo razón alguna para corregirle.

—No tengo nada más que decir sobre el *Sea Wolf* —prosigue con firmeza—. Yo solo me encargo de las reparaciones. Si quieres saber qué ha pasado, pregúntale al dueño. Es su problema, no el mío. —Se gira y echa a andar hacia su oficina.

Le veo marchar, y entonces se me ocurre una cosa y salgo corriendo detrás de él.

—Espere un minuto. Dice que ha habido otros. ¿Ha habido alguien más por aquí recientemente examinando el *Sea Wolf*?

—Claro que sí. No me acuerdo de cómo se llamaba, pero me hizo las mismas preguntas hace una semana.

—¿Sobre las muescas de pintura?

—Sí, y muchas otras cosas. Por si quieres saberlo, era mucho más listo que tú.

—¿Qué tipo de preguntas?

Se detiene, se gira, me mira con asco.

—No lo sé, señorita.

—¿Vino antes de que pintaran el casco?

—No estoy seguro. No me acuerdo de lo de hace tanto tiempo. —Le divierte chincharme.

—¿Qué aspecto tenía?

—Eres un coñazo de tía, ¿no?

—Mire, soy nueva, estoy intentando aprender la mecánica de este negocio y he venido hasta aquí. Deme algo que pueda enseñar en la oficina. Eso no tiene nada de malo, ¿no?

Suspira pesadamente.

—Altura media, pelo castaño, gafas. —Se encoge de hombros con indiferencia.

—¿Tenía un brazo tullido?

El tío parpadea sin entender.

—El brazo derecho, ¿lo llevaba siempre pegado al cuerpo?

—Déjame pensar. Supongo que... sí, creo que recuerdo algo así. No lo movía mucho. Llevaba la mano en el bolsillo, me parece.

—¿Le dijo para quién trabajaba?

—Jackson Hartwell, Aseguradora Marina. Ya sabes, la grande. —Sus ojos se achican—. ¿Tú para quién trabajas?

—Yo sola. Por cuenta propia.

Una risa sin alegría.

—No tienes ninguna posibilidad...

Un chaval corre, persiguiendo un globo. Una madre empuja un carrito, gritándole

que pare. Mujeres con maletines, incongruentemente vestidas, con faldas y zapatillas de deporte. Un tío apoyado en un carrito de *pretzels*.

Camino por el paseo marítimo, por delante del gran palacio de cristal del juzgado federal, contemplando las vistas y pensando en aquel tío que apareció en el funeral de Ned, Larry Como-sellame, preguntándome si todavía llevaré encima el papelito que me dio, cuando suena el móvil.

—Eh, me llamaste. Tenía la esperanza de que lo hicieras. ¿Quieres que me acerque? —Es Johnny.

—Pues... no.

—¿No?

—Sí. Quiero decir, no.

Una pausa.

—¿Para qué me llamaste?

Tengo que pensar deprisa.

—Me equivoqué al marcar.

—¿En serio? ¿Estás segura? ¿Tienes mi número grabado en tu móvil? Qué halagador. A lo mejor querías verme, pero luego te echaste atrás. A lo mejor todavía estoy a tiempo de convencerte.

—No lo creo.

—¿Dónde estás ahora?

—Por ahí, de paseo.

—¿Por el muelle?

—Ajá.

—¿Qué haces ahí abajo?

—Lo que te he dicho. Dando un paseo, sin más.

—Podríamos vernos para almorzar.

—Ya he comido.

—De acuerdo, Pirio. Esta vez te voy a dejar marchar. Pero puedes volver a llamarme, ¿sabes? A cualquier hora. Equivocarte de número, lo que quieras. No me importa. —Está bebiendo algo, traga—. Me llevo a la mujer y a los niños a Michigan a ver a su familia dentro de un par de semanas. Me da puto pánico. Diez días de infierno. Todo interior, más aburrido que una ostra. Mis suegros me miran de arriba abajo, como si lo mío fuera contagioso.

—¿Qué me estás intentando decir?

—Que yo también te necesito. Eso es lo que estoy intentando decir.

—Yo nunca he dicho que te necesitara.

—Nunca me creo lo que no oigo.

—Estás perdiendo el tiempo, Johnny. Nunca va a suceder.

—No tendría por qué saberlo nadie. Solo tú y yo, nena, nuestro rollo privado.

Dentro de mí siento un pequeño tirón. Podría ser lujuria, del tipo automático que sucede cuando oyes a alguien al azar hablando de sexo, o cuando tu mirada cae por

casualidad sobre un hombre muy atractivo, o sobre un anuncio de un hombre muy atractivo. O podría ser algo mucho más peligroso: la necesidad de amor.

Maldición. Dejo caer mi patético culo en uno de los bancos del paseo e intento comprender qué demonios me pasa. Pero no, no es esa ansia furiosa que solía sentir; es solo una pequeña y andrajosa esperanza como la que se agarra a la vida en el fondo de la caja de Pandora, la que sigue ahí después de que desaparezcan la guerra, la hambruna y la peste. Por nada del mundo voy a dejar que el fantasma de esa esperanza se adhiera a ningún aspecto de John Oster. Sería propio de una enferma.

—Si las cosas están tan mal en casa, ¿por qué no te divorcias? —le digo.

—No es tan fácil. Los niños y toda esa mierda.

—Sí, eso lo he oído antes. —Me cambio el teléfono de oreja.

—Oye, no cuelgues. Te quiero preguntar algo. ¿Se puso en contacto contigo alguna vez ese tío? ¿El tal Larry?

«Qué curioso que me hagas esa pregunta».

—¿Te refieres al tío del que hablamos?

—Sí. ¿Ha intentado ponerse en contacto contigo?

—¿Te interesa bastante, verdad?

—¿Te ha llamado?

—No. ¿Qué está pasando?

—Solo quiero tener una charla con él. No hay forma de dar con ese pibe. Si sabes algo de él, me cuentas, ¿de acuerdo?

—Claro, Johnny. Oye, ¿cómo sabías que estaba en el muelle?

—Gaviotas.

—Claro. Cuídate.

—Tú también, Pirio. Equivócate pronto de número otra vez.

Me meto el móvil en el bolsillo y observo pasar oleadas de bostonianos. Parecen normales y agradablemente ocupados. La mayoría probablemente estén casados. Tengo que enfrentarme a los hechos: tengo treinta años y estoy sola. Un miedo sutil que ha empezado a acecharme últimamente es que poco a poco me estoy volviendo invisible, sin relevancia a los ojos del mundo.

«No pienses demasiado, límitate a vivir», me digo.

Un adolescente pasa como una exhalación en un monopatín. Temerario, con los cascos puestos, la camisa a cuadros aleteando en la brisa. Me pongo de pie y camino a buen paso hacia el centro de la ciudad. Pensándolo bien, estoy casi segura de que el teléfono de Larry Como-se-llame sigue en el bolsillo del abrigo que me puse para el funeral.

Wozniak. Ese es el apellido apuntado en el papelito.

Responde al segundo tono.

—¿Por qué no me dijiste que eres un investigador de Jackson Hartwell

Aseguradora Marina?

Una pausa.

—¿Quién es?

—Pirio Kaspárov. La mujer a la que conociste en el funeral de Ned Rizzo. La superviviente.

—Ah, sí. Te recuerdo. ¿Cómo te va? —Habla despacio, a la manera de la gente que piensa deprisa.

—Tengo curiosidad. Me gustaría saber por qué querías hablar conmigo del accidente del *Molly Jones* ese día.

Una pausa más larga.

—¿Cómo has descubierto que soy investigador de una aseguradora?

—Me lo dijo un pajarito.

En esta ocasión la pausa es tan larga que me empiezo a preguntar si sigue al teléfono.

—Tal vez deberíamos hablar.

—Eso creía yo que estábamos haciendo.

—En persona, quiero decir. —Y ahora me da, con toda premura, la dirección de una cafetería y me dice que estará allí en media hora.

Estoy impresionada. Este es el servicio más rápido y más personalizado que haya recibido nunca de ninguna aseguradora.

Todos los clientes del Café La Roche en la calle Beacon parecen ser, o bien espías, o bien aspirantes a genio creativo. Es el tipo de sitio en el que las tazas son pequeñas y nadie come tarta, donde incluso los niños parecen absortos en libros de cubiertas serias.

Larry Wozniak está ya aquí, sentado en una mesa junto a la pared. Lleva un viejo jersey gris y vaqueros negros y se ha vuelto a poner las gafas negras de *hipster*. Tiene los rizos peinados hacia atrás y canas en las sienes. Al acercarme se pone de pie y me pregunta qué me apetece. Le pido un café con leche grande, con doble de café, sin azúcar.

Se va a la barra a pedir y yo tomo asiento. Se queda en pie esperando el café. Intenta no mirarme. Yo intento no mirarle a él. Resulta todo un poco arduo.

—¿Cómo descubriste que soy investigador? —me pregunta, colocando dos tazas sobre la mesa.

—Te diré cómo descubrí que eres investigador de seguros, si tú me explicas por qué querías ocultarlo —le digo.

—La gente piensa que lo único que quieren las aseguradoras es encontrar razones para rechazar una reclamación. —En su mirada se ha colado cierta ofensa. El pobre, incomprendido, empleado del seguro.

—Perdona que te lo diga, pero es que es verdad.

Reacciona parpadeando rápidamente y prosigue como si no me hubiera oído.

—Si la gente sabe que estás investigando una reclamación, se cierran en banda. Como hiciste tú.

—Yo no sabía que lo que estabas haciendo era eso. No me lo dijiste, ¿no te acuerdas? No hablé contigo de la colisión porque estaba emocionalmente exhausta después del funeral y no me apetecía poner sobre la mesa todo mi trauma personal para satisfacer la curiosidad de un desconocido.

—Yo pensaba que nos habíamos ido conociendo un poco.

—Quieres decir que estabas intentando ligar conmigo, con la esperanza de hacerme hablar.

Hace una mueca adecuadamente abochornada.

—Lo siento.

—¿*Lo siento*? ¿Te cueles en un funeral, intentas ligarte a una tía para conseguir información que te libre de pagar una reclamación del seguro y solo se te ocurre decir lo siento?

Se encoge de hombros.

—¿Qué opciones me quedan?

—Se me ocurren unas cuantas. Como que me digas quién ha dado el parte, para empezar, ya que el dueño del barco, el que probablemente hubiera firmado la póliza, está demasiado muerto como para hacerlo.

—Eso no te lo puedo decir.

—Y una mierda. ¿Por qué iba a ser un dato confidencial?

—Lo siento. Otra vez. ¿Ves? No hay muchas opciones.

Sorbo el café. Me pregunto si Phyllis estará intentando quedarse con el dinero de la póliza, presentándose como el familiar más cercano, saltándose a Thomasina y a Noah. La considero perfectamente capaz de eso y de más.

—¿Eres consciente de que Ned Rizzo tenía un hijo de diez años? Si alguien va a llevarse dinero por la pérdida del *Molly Jones*, debería ser ese niño. Ten cuidado de no estar tomando parte en un fraude.

Larry Wozniak aparta la mirada, aprieta los labios. Finalmente dice:

—Tenemos más en común de lo que tú te crees. Podrías ayudarme mucho si me dejas hacerte unas cuantas preguntas.

—¿Cómo cuáles?

—Como por qué Rizzo abandonó *Ocean Catch*.

—Qué curioso, a mí también me gustaría saberlo. Yo sé por qué quiero saberlo yo, pero ¿por qué iba a serle útil esa información a una aseguradora?

—¿Te dijo alguna vez algo sobre por qué se fue? ¿Alguna vez mencionó lo que hacía allí? —Tiene práctica haciendo entrevistas: no le cuesta nada responder a una pregunta con otra pregunta.

—Si tuviera esa información, querría saber para qué se va a utilizar antes de pasársela a nadie.

—¿Tienes esa información? —Sus ojos parecen haber menguado, se han vuelto más difíciles de interpretar.

—No. No tengo ni idea de por qué Ned Rizzo dejó su trabajo.

Frunce el ceño, con la mirada posada en la taza de café.

Me fijo mejor en su cara ancha. Cejas oscuras, con un arco bien dibujado. Una nariz chata, del tipo que un niño haría con arcilla. Una boca tensa, fuerte; una barbilla poco memorable. Es el tipo de cara que se te puede pasar entre una multitud, pero se vuelve más interesante cuanto más tiempo pasas sentada delante de ella.

—Sí que tengo *cierta* información que te podría interesar —le digo—. Pero la única forma de que me la saques será diciéndome primero lo que yo quiero saber. Si tenemos intereses en común, ¿por qué callarnos?

Sacude un poco la cabeza. No es un no, pero tampoco un sí. Parece estar perdido, como si no hubiera esperado que la conversación fuera a tomar esta dirección y no tuviera un plan B. Entonces se coge la mano tullida del regazo y la deja caer sobre la mesa. Ahí se queda, y parece una pobre mano de imitación de plástico. Si está buscando mi compasión, se ha equivocado de mujer. Pero sí tengo curiosidad.

—¿Qué pasó? —le pregunto.

—Un accidente —responde.

—¿De barco?

—De moto. De chaval era muy imbécil.

—¿Por eso fue por lo que te metiste en el negocio de las aseguradoras?

Se ríe, incómodo.

—Nunca lo había pensado. —Pero no se rinde a la hora de conseguir lo que quiere de mí, solo está dando un rodeo para volverlo a intentar—. Mira, si te dijera que toda la información que me des se va a usar para un buen fin, y te prometiera revelar a su debido tiempo cuál es ese fin, ¿te plantearías contarme todo lo que sabes sobre Rizzo y el *Molly Jones*, y todos los detalles que puedas recordar sobre lo que pasó aquel día?

—Ya te lo he dicho: o esto es un intercambio de información, o no es nada. Pero estoy dispuesta a llegar a un acuerdo. Puedes mantener secreta la identidad de tu cliente si me cuentas por qué fuiste a examinar el *Sea Wolf* al dique seco la semana pasada.

Le he sobresaltado.

—¿Conoces el *Sea Wolf*?

—Te he preguntado yo primero.

—¿Cuánto sabes? —Se está poniendo pálido.

—Mucho —miento.

Sus ojos me escudriñan, inquisitivos, turbados.

Trago saliva, parpadeo. Nunca he llegado a jugar más de unas pocas manos de póquer: en el momento en que tengo miedo se me nota en la cara y ahora, de repente, tengo miedo. Porque él tiene miedo. Me doy cuenta de que estoy metiendo el pie en

una especie de piscina cenagosa, y de que me asusta por un lado caerme dentro y por otro quedarme sola en la orilla embarrada; y también de que cualquiera de las dos posibilidades es mala.

Larry suspira largamente; parece que está capitulando.

—El *Sea Wolf* llegó de una travesía con una grieta en el casco. Estaba intentando averiguar qué la provocó. —Es evidente que no me está contando nada más de lo que había oído de boca del encargado del dique seco.

—¿Te enteraste de algo?

—No.

—¿Por qué te interesaba tanto?

Una mueca de impaciencia.

—Venga ya. Dejémonos de jueguecitos. Tanto tú como yo sabemos que la grieta la pudo provocar una colisión en alta mar. Los dos estamos pensando en lo mismo, ¿no es cierto?

—No. Tú estás pensando en que el *Sea Wolf* es el barco que destruyó el *Molly Jones*. Pero estás equivocado.

—¿Qué quieres decir?

—No fue el *Sea Wolf*.

—¿Cómo lo sabes? —Parece de verdad sorprendido.

—El barco que chocó contra el *Molly Jones* era más grande. Mucho más. Y no era de color rojo.

Frunce el ceño.

—No puedes estar segura de eso.

—Estoy segura.

Se reclina en la silla, se cruza de brazos y me observa como si yo fuera un problema molesto pero predecible.

—¿Sabes lo poco fiable que es el testimonio de los testigos oculares? La mujer jura que el hombre que la atacó medía uno setenta y llevaba sudadera; resulta que el tío en realidad medía uno ochenta y ocho y llevaba camiseta. Pasa constantemente. Ya no hay nadie que se crea el testimonio ocular. Se toma a broma, prácticamente. ¿Crees que sabes qué chocó contra ti? Pues no lo sabes. Estabas en mitad del Atlántico, cagándote de miedo, intentando sobrevivir. ¿Cómo ibas a saber de qué color era el barco? En medio de la niebla, ¿cómo vas a ser capaz de hacerte una idea adecuada de su tamaño?

—Tenía frío y estaba empapada, pero no estaba ciega. Sé lo que vi. Y no finjas creer que el testimonio ocular no vale nada. Si yo te dijera que era rojo, me creerías, porque eso es lo que tú quieres oír.

—Vamos, Piria.

—Pirio.

—Pirio, Pirio. Vamos. Escucha, yo no soy el malo de esta historia.

—¿En serio? ¿Y quién lo es?

—Tienes que confiar en mí. Te prometo...

Levanto una mano para impedir que siga hablando.

—Espera. Qué frase. «Confía en mí». Casi siempre es mala señal. ¿Y quieres que te diga otra frase que me parece igualmente preocupante? La frase «Te prometo». Esa nunca acaba bien. —Empiezo a escribir mi número en una servilleta—. No me fío de ti en absoluto, Larry Wozniak. Estás envuelto en algo relacionado con el *Molly Jones* que huele mal y estás intentando fastidiar a Ocean Catch, que podría tener derecho legítimo a cobrar una póliza, vinculando el *Sea Wolf* con una tragedia con la que en realidad no tuvo nada que ver. Son cosas que no están nada bien. —Le paso la servilleta—. Pero te propongo una cosa: si alguna vez quieres decir la verdad sobre por qué te interesa todo esto, me puedes llamar. Y entonces ya veremos si hay algo que podamos hacer el uno por el otro. —Y me largo.

En la calle Beacon hay ruido de tráfico. El cielo se ha oscurecido y se ha levantado viento. Había un coche de color marrón detrás de mí cuando llegué aquí; un modelo americano bastante abollado. Me siguió a lo largo de unos cuantos giros y aparcó como una manzana después del café. Sigue ahí, pero no hay nadie dentro. Paso al lado caminando y veo que han pagado el aparcamiento. Mi coche está en la acera de enfrente, mirando en dirección contraria. Me alejo conduciendo con un ojo en el retrovisor. A dos manzanas, doy media vuelta en una calle lateral, aparco en la esquina y observo.

Un poli que se parece a Danny DeVito está poniendo una multa de aparcamiento. Un grupo de chicas adolescentes cruzan en rojo como si parar el tráfico fuera su derecho divino. El coche marrón no aparece. No hay personajes sospechosos por ninguna parte. No hay gorras de beisbol, ni abrigos abotonados hasta arriba. En realidad, no hay nada de qué preocuparse.

La mañana siguiente me encuentra a la mesa de la cocina, con el ceño fruncido sobre mi café de antes de ir al trabajo. Le prometí a Johnny que le haría saber si hablaba con Larry Wozniak. A lo mejor debería llamar a Johnny, contarle la loca conversación que tuve con el agente de seguros. Sería interesante saber por qué le cae mal. Obviamente hay más razones que el simple hecho de que Larry se colara en el funeral de Ned.

Sujeto la taza con las dos manos, dejando que me caliente los dedos. «Piensa». No sé qué conexión hay entre Johnny y el *Sea Wolf*, como tampoco sé qué conexión hay entre Larry y Ned. Llegados a este punto, estoy bastante segura de que Johnny no me va a contar toda la historia, de la misma manera que no me la contó Larry. A lo mejor existe una manera de poner a uno contra el otro. A lo mejor si le digo a Larry que Johnny le está buscando, y amenazo con llamar a Johnny, puedo conseguir que Larry se abra. Es retorcido, pero qué demonios. No tengo nada que perder.

No coge el teléfono en el número al que llamé antes, así que llamo a Jackson

Hartwell a las nueve en punto y pido que me pasen con Larry Wozniak.

La recepcionista me dice que lo siente mucho pero que en Jackson Hartwell no hay ningún empleado con el nombre de Larry Wozniak.

Le pregunto si está segura: ¿a lo mejor trabaja como autónomo? ¿Es un investigador externo contratado?

No, no figura en el listado, nunca ha figurado. Está segura.

—Ah, vale. ¿Ocean Catch es uno de sus clientes?

Lo siente mucho, pero no puede darme los nombres concretos de los titulares de las pólizas ni de los buques asegurados. Espera que yo tenga un buen día.

Cuelgo el teléfono. Con cierto mareo, una prenáusea. La madriguera acaba de hacerse más larga. «Confía en mí», me dijo.

Tampoco es que lo hiciera. Pero aun así.

Busco su nombre en Google y esto es lo que me encuentro:

Señor Larry Wozniak WINSTON-SALEM—Lawrence Brian Wozniak, 30 años, de Garden Valley Drive, falleció el lunes 21 de julio de 2010 en el Centro Médico Baptista WFU tras una repentina enfermedad. Nació el 27 de junio de 1980 en Greenwood County, Carolina del Sur, hijo de Ronald E. Wozniak y Katherine Bryant Wozniak. Asistió a Mars Hill College y a la Universidad Wake Forest. Era técnico de laboratorio en el Centro Médico Baptista WFU. Las condolencias pueden ser enviadas al Fondo de Condolencias del Trasplante de Riñón del Centro Médico de la Universidad de Duke.

Sin esposa. Sin hijos. De la edad adecuada. Una buena identidad que robar.

Capítulo 14

—¡Pirio! —Thomasina me recibe como si fuera una vieja amiga a la que perdió la pista hace años. Cuando voy detrás de ella hasta la cocina y veo quién está de pie junto a la encimera, la reacción cobra más sentido. Es Max, el tipo del funeral. No lleva camisa ni zapatos, y está mezclando masa de tortitas. Me regala una sonrisa encantadora. Thomasina se le acerca, le rodea el fibroso torso con los brazos y gira una cara satisfecha y tímida hacia mí—. ¡Pirio! ¡¿Te acuerdas de Max?! —Todo tiene un aire de domesticidad festiva y polvos buenos y alegres. Hasta la luz de la mañana del sábado que se filtra por la ventana parece especialmente luminosa.

La escena me hace sentir como una solterona amargada, puesto que mi primera reacción es la incredulidad; la segunda, la sospecha; y la tercera, la previsión del desastre. No ayuda el hecho de que me haya pasado por aquí para compartir información sobre pagos sospechosos, travesías secretas y un fraudulento agente de seguros. Por no hablar de lo que se me olvidó contarle sobre la Marina de Estados Unidos y yo.

Saludo a Max con toda la cortesía de la que soy capaz.

Thomasina me saca una silla.

—¡Por cierto, siéntate!

Hay aceite chisporroteando en una sartén. Max apaga el fuego y pasa la sartén a un fogón frío. La puerta de la habitación de Noah está cerrada.

—¡Mira! —Thomasina se sienta a mi lado y me enseña un delicado colgante que lleva al cuello, sosteniendo el pequeño diamante con dos dedos para que lo admire—. ¿No es precioso?

Le digo que es una monada, aunque las dos sabemos que tiene joyas más impresionantes en su joyero y que el collar con un diamante solitario no es un objeto que haya codiciado nunca. Hasta ahora mismo, por lo visto.

—Nos morimos de ganas de irnos por ahí juntos. ¿Verdad, Max?

Ha desaparecido por el dormitorio y sale al momento, poniéndose una camiseta. Tiene un aspecto más saludable de lo que parecía en la atmósfera espesa y amarillenta del pub Murphy's. De pómulos altos y labios oscuros, es el tipo de hombre cuyo atractivo reside en un rostro femenino posado sobre un cuerpo firme y musculoso. Thomasina y él tienen la misma altura, lo que crea la sensación de que podrían ser hermanos.

—¿A que queremos irnos por ahí juntos, Max? —Parece sentir la urgente necesidad de que Max corrobore ese dato. Como si fuera a verlos en mi mente como una pareja de verdad. O en la mente de ella. O tal vez en la de él.

Él dice que le encantaría hacer una escapada, que no se ha cogido vacaciones en todo el año. Sonríe sin motivo.

—¿Solos vosotros dos? —Les digo, preguntándome dónde se quedaría Noah.

Pero la respuesta es evidente: conmigo.

Thomasina vuelve a la carga con entusiasmo.

—Bueno, habrá que ver. Es demasiado pronto para hacer planes. Max, en cualquier caso, no tiene días libres por ahora. De momento, solo estábamos pensando en algo sencillo, como por ejemplo un fin de semana en Foxwoods. —Le dirige una sonrisa luminosa.

Él murmura su asentimiento, vago y pasivo, y a mí me choca el inexplicable caos de la vida en pareja. Thomasina odia los juegos de azar. Su padre, un adicto al juego, la llevaba a rastras y la colaba en los casinos, toda arreglada, mucho antes de que cumpliera los veintiún años. Antes de que la pudiera hacer pasar por una adulta, la dejaba sola en habitaciones de hotel con una colección de peluches gigantes para que, supuestamente, le hicieran compañía. Un lugar como Foxwoods es seguramente el último lugar al que querría ir. Pero de repente está entusiasmada con la idea y parece estar intentando convencer a Max, que da la impresión de ser justo el tipo de tío que en circunstancias normales estaría deseando vivir la buena vida.

Thomasina me sirve café y Max sigue preparando las tortitas y el beicon. Me dice que trabaja en Massport: básicamente es un poli de muelle. Conocía a Ned de siempre y es buen amigo de John Oster.

—Somos un grupo muy cerrado, las ratas de mar —dice bromeando. Empuña la espátula y hace girar las tortitas con brío. Apuesto a que Thomasina le ha contado que encontró el título de compra del *Molly Jones*. No se le da bien guardarse fragmentos interesantes de seudoinformación. Max desliza los platos sobre la mesa y se sienta. Thomasina, jugando a sentirse asombrada, se inclina y le besa en el cuello, provocándole sonrojo.

Cojo el tenedor.

—¿Noah no desayuna?

Ya ha comido, me dicen.

La conversación gira hacia una serie de televisión. Max y Thomasina, con expresión urgente, me dicen casi al unísono que la temporada de este otoño es de lo mejor que ha habido en años. Él narra una larga trama sobre personajes desesperados. En la que abundan las complicaciones.

—Absolutamente dickensiano —murmura Thomasina. Rebusco en su cara buscando ironía, pero no encuentro nada, tan completa ha sido su transformación en la media naranja de este hombre.

Al final de la comida, cuando Max va a ducharse y a vestirse, se abre un momento de alivio en la farsa. Es entonces cuando Thomasina asume rasgos reconocibles.

—Por favor, Pirio. Ya sé que estás asqueada; y además, se te está notando. No me extraña que Max se muera de ganas de largarse. Él no dirá nada, pero se lo noto en su lenguaje corporal.

—Lo siento. Es un poco chocante. ¿Cuánto hace que conoces a este tío? ¿Un par

de semanas?

—El tiempo no significa nada. Cuando tienes una edad, ya sabes lo que hay por ahí y lo que buscas exactamente. —Se me acerca mucho y susurra—: Será mejor que te acostumbres a él. Porque me da que este va a ser el definitivo.

—Ay, Dios mío. Corta el rollo, ¿quieres? Deja de beber y mira a ver a dónde te conduce eso. Cielo santo.

Sus ojos brillan.

—Ahora mismo estoy sobria. ¿Lo ves? Estoy sobria. —Me pone las manos junto a la cara para que vea que no le tiemblan—. Estoy sobria y no me importa lo que opines. Me quiero casar, ¿y por qué no iba a hacerlo?

—¿Casarte? ¿Has dicho casarte?

—La gente se casa todo el tiempo. Es una cosa normal que se hace. ¿Por qué no iba a probar yo?

—¿Probar? No se *prueba* estar casada. No es un puto postre. Y además, lo cierto es que ya lo probaste. ¿Te acuerdas de eso?

—¿Qué quieres decir? ¿Lo dices por Ned? Sabes que nunca nos casamos. No teníamos nada en común. No era para mí. Max es completamente distinto. Tiene un título universitario y un buen trabajo. Puede hablar de libros. Ya le has oído.

—Estaba hablando de televisión.

—¿Y qué?

—¿Y qué? ¿Cuál es la diferencia entre los libros y la televisión? ¿Es eso lo que me estás preguntando?

—Pirio, por el amor de Dios, ¿qué más da? Lo que quería decir es que es una persona *cultivada*, ¿vale? Puede hablar de temas. Sabe del mundo. No es aburrido. —No llega a decir «como Ned».

—Es una persona absolutamente normal, Thomasina. Te aburrirá en un mes. Eres diez veces más lista que él.

—No lo soy. ¡No lo soy!

Las dos nos quedamos en silencio mientras esta mentira delicada, empapada de amor, cae flotando al suelo.

Se lleva la servilleta hecha una bola a la frente, suspira deprisa un par de veces, como si estuviera intentando contener las lágrimas o encontrarlas. Finalmente me habla con una angustia mezcla de ira y de súplica.

—Noah necesita un papá. Los chicos necesitan padres. ¿Qué sé yo de criar a un chico? Necesitan padres, una mujer no puede criar sola a un chico. Necesitan a alguien que les enseñe cosas como... cazar. —Su expresión está llena de dudas.

—¿Estás mal de la cabeza?

—No me digas eso. Lo estoy intentando, ¿a que sí? ¿Ves lo que estoy bebiendo? Coca-Cola Light. Mira, lo digo en serio. Es *Coca-Cola Light*. —Señala su vaso, lleno del refresco ámbar. Sigue lleno—. No me he tomado una copa en una semana, ni siquiera un Percocet, desde que hicimos el funeral por el hámster de Noah. Max lo

comprendió inmediatamente; dio conmigo un repaso a todo el piso, me ayudó a deshacerme de todo. Me ha dicho que le llame a cualquier hora; viene a verme después del trabajo. Me está dando una nueva vida, Pirio. Venga, ¿cuándo fue la última vez que me viste sonreír sin estar puesta? Ya sé que estás cabreada por la mierda en la que me he estado metiendo. Yo también lo estoy. Quiero ser una buena madre para Noah. Merece mucho más de lo que le he estado dando. Y Max me hace sentir... no sé lo que me hace sentir... Simplemente, *mejor*. Puede que no como si estuviera del todo bien, pero sí mejor. Como si pudiera llegar a estar bien. Normal, con una vida normal. Ya sabes, ir al centro comercial los sábados, partidos de fútbol, noches de pizza con amigos... —Su voz se pierde—. El Día de Acción de Gracias —dice vagamente—. Pronto será.

Me resisto a hacer un comentario que incluya a Norman Rockwell, porque es el tipo de broma que hubiera hecho ella. Hace diez años, lo hubiera tenido en la punta de la lengua. En cambio, salgo con que Noah ni siquiera juega al fútbol.

—Podría aprender —insiste ella—. Se metería en un equipo y tendría amigos como todos los demás niños. Porque su madre ya no sería una borracha. —Tiene la cara caliente; le tiemblan los labios—. Estaría casada, viviríamos en una casa de verdad. No tendría que sentirse avergonzado. —Toma un sorbo cauteloso de Coca-Cola, haciendo un esfuerzo porque le guste.

Se me anegan los ojos. Es verdad. Está tomándose una coca *light*, no un cóctel de champán mañanero ni un Bloody Mary, y no parece que tenga resaca. Lo está *intentando*. Mi ira se desinfla poco a poco y me arrepiento de todo: de ser como soy, de ponerme tan dura, de lo que creo que sé sobre cualquier cosa. Parpadeo para evitar que me caigan las lágrimas, pero el corazón no para de retorcerse dentro de mi pecho.

—Jesús, Thomasina —digo por fin.

Ella, suavemente, dice:

—Lo sé.

Cuando regresa Max, húmedo y limpio, Thomasina y yo tenemos la mirada fija en direcciones opuestas, y estamos intentando recomponernos. El aroma seco, a lima y pachulí, del tónico de afeitado Old Spice flota a su alrededor. Es ese olor, molesto de tan familiar, de demasiadas generaciones de americanos aburridos. Ojalá llevara cualquier otra colonia.

—Max, cariño —dice Thomasina, mostrándole una cara sosegada—. Pirio y yo somos amigas de toda la vida. Desde el colegio. Somos casi como hermanas.

Él capta el mensaje inmediatamente y dice que es hora de marcharse. Dice que le ha gustado volver a verme y bla bla bla, y se va.

Thomasina se levanta a fregar los cacharros; la rigidez de su espalda es un arma contra mi escepticismo. No le ofrezco mi ayuda. La cocina es pequeña, no hay mucho que hacer y quiero darle a esa espalda rígida el espacio que está pidiendo.

Hay un iPod Nano color verde lima insertado en un altavoz Bose sobre la mesa de madera llena de marcas, más de veinte tarros de especias agrupados azarosamente en

la encimera junto a la cocina. Hay carpetas marrones alineadas a lo largo del alféizar, que constituyen el rudimentario sistema de archivo de Thomasina. Cuando éramos compañeras de habitación en la Gaston School, ella era la minuciosa, siempre escribiéndose notas a sí misma y dando cuenta de todo lo que sucedía en una agenda semanal. También llevaba un diario, y anotaba sus pensamientos y emociones todos los días, con abundancia, como encendida por la urgencia de llevar un registro completo de sí misma. Lo que me imagino que es su diario actual —un libro con cubiertas de cuero con un florido cierre de aspecto medieval— está colocado en una estantería junto a un quemador de incienso. Me la imagino despierta a medianoche, concentrada en poner negro sobre blanco todos los detalles íntimos que a nadie más le importan. ¿Por qué no prefiere a una persona real a la que contarle sus secretos, en lugar de un libro en blanco?

Tras enjuagar y colocar los platos, me sirve más café y se deja caer en la silla con decisión, como indicando que no será fácil levantarla de ahí.

—Por favor, alégrate por mí, Pirio. Por favor.

—Claro. Me alegro —digo de manera poco expresiva.

Baja la voz al nivel de la confidencia.

—¿Sabes cómo supe que es el definitivo? Me salió la emperatriz en Madame Jeanne.

Oh, no. Esto es peor de lo que me imaginaba.

Madame Jeanne es la musa y mentora de Thomasina, su guía espiritual. Los miércoles por la tarde se sienta en el escaparate de un café de moda en la calle Newbury y hace lecturas de tarot de quince minutos por diez dólares. Thomasina me llevó al café una vez hace unos años y, cuando me senté frente a Madame Jeanne, me recorrió un escalofrío de aversión. No me gustaba la empolvada red de arrugas que tenía alrededor de los ojos, ni su sombra de ojos azul, ni el color marrón de sus labios gruesos y flácidos. Era vieja, pero no era su edad lo que me molestaba, ni tampoco sus ropas baratas de disfraz. Era su aura de colapso emocional.

—La emperatriz es el arquetipo de la femineidad —dice Thomasina—. Es la carta del amor, la sexualidad y la fertilidad. Una carta superpositiva. Siempre he querido sacarla pero nunca me ha salido, nunca pensé que me saldría. Y entonces conocí a Max y empecé a sentir un poquitín que este tipo de cosas podrían ser posibles para mí. Así que fui a donde Madame Jeanne, con la remota esperanza de que me saliera esa carta y, aunque parezca mentira, salió en la segunda fila.

»Pero eso no fue todo. También me salió la rueda de la fortuna y el nueve de copas. La rueda de la fortuna significa que está a punto de producirse un cambio grande y positivo. ¿Y el nueve de copas? Bueno, pues es de las mejores cartas que hay. Riquezas, éxito, realización personal, esa sola carta predice todo eso. Sacar las tres juntas en una sola lectura es increíble. Como si todas las estrellas se alineasen y todo el mundo de repente se estuviera convirtiendo en un lugar mejor. Lo gracioso es que yo siempre pensé que me sucedería así, que un día de pronto mi vida

simplemente cambiaría. Años de ir sin rumbo y un día te levantas y las cosas son distintas, mejores, como siempre debieron de haber sido. Madame Jeanne no paraba de preguntarme qué estaba pasando, y lo único diferente en mi vida era Max.

Nunca la he visto engañarse tanto a sí misma. Y eso es mucho decir.

—Lo que estás describiendo no es amor. Ni siquiera es amor romántico.

—¿Y qué es eso del amor romántico? ¿No es lo mismo que la esperanza? ¿Una esperanza loca?

—No. —No puede ser eso. Pero no estoy segura—. ¿Realmente eres feliz con Max? ¿Con él y con nadie más?

—Puedo entender por qué te muestras escéptica. Ya sé que me estoy adelantando a los acontecimientos. Pero si creo en lo que estoy haciendo, creo con toda mi alma en esta elección y lo doy todo por ella, ¿quién puede decirme que en cinco años, al final, no se habrá convertido en amor y todo habrá salido bien?

—¿Pero qué tal va la cosa *hoy*, Thomasina?

—Max me sienta bien. Hace mucho tiempo que no salgo con alguien como él. —Coge la coca *light* y da un sorbito en el borde como una niña de diez años cabezota. Evita mi mirada.

El problema con los alcohólicos es que resulta fácil pensar que fuiste tú quien les empujó a hacerlo. Que estropearle su versión de esta historia de amor es un sencillo maleficio que provocará algo que en realidad es inevitable. Hasta podría ser esto lo que termine contándose a sí misma, por momentos al menos, en sus próximas horas de amargo y solitario estupor, que pueden pronosticarse a partir de los nudillos blancos que se agarran al vaso y en la forma extraña en que su boca se tuerce.

En la habitación de Noah hay una cama, una mesa, una mecedora, un acuario y una lámpara de lava turquesa. Los pósteres tapan cada centímetro de pared, y cada pulgada de superficie horizontal está cubierta por libros, proyectos, artefactos, cosas. Las persianas están bajadas; de los rieles cuelgan sucias cortinas azules. Noah, completamente vestido, está tumbado sobre las arrugadas sábanas de su cama, perdido en un cómic.

—¿Ya se ha ido? —Tono de paciente sufrimiento.

—Sí. —Tomo asiento en su mecedora.

Noah pasa una página despacio; solo su coronilla es visible.

—Me gusta más El Gran Thor que esto. Hulk cada vez es más tonto.

—¿En serio? ¿Y eso?

—Dice tonterías.

—¿Y Thor no?

—No *tan* tontas.

—Ah.

Cierra el cómic.

—¿Quieres ver una caja que he encontrado?

—Vale.

Se pone en pie de prisa y se arrodilla junto a la cama, saca una caja de madera y la coloca en mi regazo. Sobre la tapa hay pintada una bailarina de flamenco desteñida, con el pelo oscuro recogido en alto, dos manchas de carmín en las mejillas y castañuelas en las muñecas giradas. Está haciendo una pirueta, mostrando profusión de sugerentes enaguas blancas debajo de un vestido rojo. Se esfuerza en enseñarme cómo la tapa encaja en un surco que se desliza sin ruido cuando la abres, dejando que escape un hilo de sucio aroma a tabaco. Dentro hay solo unas pocas virutas de madera.

—¿Qué vas a meter aquí?

—Nada. —Noah le da la vuelta a la caja y me enseña cómo levantar un fondo falso apretando en una esquina hasta que el extremo contrario se levanta despacio. Es un trabajo de artesanía ingenioso y de precisión; el espacio secreto es del tamaño de una baraja. Y está vacío.

—¿Y *aquí* qué vas a meter? —le pregunto.

Se encoge de hombros con pasotismo, evitando mi mirada, como un hombre ocupado en sus negocios.

—Todavía no lo sé. Tal vez dinero. —En sus movimientos al cerrar la caja hay algo brusco y mecánico. La hora de jugar ha terminado.

Pero Pirio el Hada Madriona no le va a dejar salirse con la suya en esta ocasión; puede que la realidad sea dura, pero un compartimento secreto sigue siendo un compartimento secreto.

—El dinero está bien —le digo—. Pero el tesoro es mejor.

Sus ojos encuentran los míos: el mismo gris de los de Thomasina; verlos parte el corazón. Sus labios apretados se relajan un poco.

—¿Qué tipo de tesoro?

—Rubíes, caparazones de tortuga, corteza del árbol del mango.

Él asiente, considerando juiciosamente mi lista. Luego me dice que si prendes fuego al gas metano, explota.

—Y los pedos que se tiran las vacas son de metano, igual que los nuestros. Hacen que el calentamiento global empeore.

Le digo que si pudiéramos emplear el poder del gas metano, no tendríamos que quemar carbón ni tener centrales nucleares. El problema se convierte en la solución.

—Claro. —Ahora está emocionado, va muy por delante de mí—. Pondríamos a todas las vacas en un gran edificio, lo tataríamos con una especie de cosa grande de plástico y luego podríamos chupar el gas con ventiladores... —Se tapa la nariz haciendo pinza con los dedos—. Y llevaríamos todo el gas por tubos hasta la ciudad, y luego le prenderíamos fuego.

Mientras habla se inclina hacia delante, con los codos en el brazo de la mecedora, y luego se desliza despreocupadamente a mi lado, como si solo se estuviera

apoyando, y en un minuto está en mi regazo. El pequeño Noah otra vez, con su pelo suave como la seda, de dulce olor.

Hacemos unos dibujos de posibles aparatos de recolección de gas metano que probablemente infligieran a los animales no mucha más indignidad de la que sufren actualmente en nuestras manos.

—Espera —dice Noah. Cruza la habitación sin hacer ningún ruido con los pies, abre el cajón de su mesa y saca una cosa que le cabe en la palma de la mano. Vuelve y abre los dedos despacio, enseñándome el objeto. Es el hueso de ballena—. Voy a poner *esto* en el compartimento secreto, para que nadie más que tú y yo podamos encontrarlo. Nunca voy a dejar que *él* lo vea. —Sacude la cabeza en dirección a la puerta.

Pasamos al salón, donde Thomasina ha acampado, tumbada en el sofá con una taza de café y el *Globe*. La sensación es buena. Hay luz solar. Es sábado por la mañana. El piso está limpio y Thomasina sobria. Noah se sienta junto a ella de un brinco y se inclina sobre su brazo.

—¿Tienes hambre, corazón?

—No.

Madre e hijo se sonríen el uno al otro. Thomasina le rodea con el brazo y él se acurruca. Han pasado juntos por muchas cosas y cuando se encuentran el uno con el otro, están en casa.

Es hora de que me vaya. Los oscuros negocios de los que quería hablar no parecen importantes ahora mismo.

La llamada de Thomasina llega esa noche.

—Max y yo estábamos pensando que a lo mejor el fin de semana que viene. Lo de Foxwoods, quiero decir. Solo dos noches. Pero si prefieres solo una... Si tú puedes, claro. —Una pausa—. ¿Te quedarás con Noah, verdad, Pirio? Él no se quiere quedar con nadie más.

—Sí, claro.

—Ay, gracias, gracias. Te estoy muy agradecida, no te haces idea.

Capítulo 15

Los sábados por la noche el pub Murphy's atrae a un variopinto grupo de solteros con pinta cansada. Los hombres llevan vaqueros sucios y camisetas de franela; las mujeres, pantalones pitillo y mucho lápiz de ojos. En la máquina de discos siguen poniendo los eternos clásicos de hoy y de siempre y en el televisor que hay sobre la barra emiten el partido de los Red Sox contra los Orioles en Baltimore. Unos cuantos tíos sentados en los taburetes tienen la mirada fija en la pantalla. Me siento entre dos de ellos y le pido una cerveza de barril a un camarero amable y fornido. Por fin, uno de los hombres se fija en mí y, en cuanto empezamos a hablar, el tío que tengo al otro lado me echa una ojeada y se une a la conversación. Resulta que el primero de los tíos, Ron, trabaja en la construcción y el otro, Tim, en Ocean Catch. No tardan mucho en darse cuenta de que están sentados junto a la Nadadora. Eso les despereza un poco; se acercan más, con inocente emoción y ganas de contar sus propias historias de milagros, que, según admiten sin ambages, no pueden compararse con la mía. Entre los dos caballeros se produce una amistosa competición. Buscan mi aprobación con la mirada y casi se sonrojan cuando la concedo. Los tragos de whisky y cerveza no paran de llegar, todos gratis para mí, y pronto este pub cutre empieza a adquirir un aspecto reluciente y algo mágico.

Después de alrededor de una hora, cuando nos hemos convertido en tres supercolegas y estamos agradablemente mamados, me giro hacia Tim como quien no quiere la cosa y le digo:

—El otro día me pasé por el dique seco. Vi uno de vuestros barcos con una grieta en el casco. Qué miedo, ¿no? Estás ahí, en mitad del océano, y se agrieta el casco. ¿Qué haces?

—No es tan malo como parece. Una fractura por estrés, eso es todo. Llegamos a puerto a tiempo.

—¿Estabas *en* ese barco? —digo con incredulidad—. ¿El *Sea Wolf*?

—Sí, claro. Menudo viaje.

—Apuesto a que sí. ¿Dónde fuisteis?

—Bueno, a ningún sitio especial. El mismo rollo de siempre. Pero te voy a decir una cosa: en esa travesía vi algo que no había visto nunca. El capitán y el patrón de pesca casi llegan a las manos. Te juro que pensé que Lou Diggins iba a tirar a aquel enano japonés por la borda. Lou es un capitán cojonudo, pero se le calienta la cabeza. No mola nada tenerlo en frente. Menos mal que el japo se achantó. O le hubiera llegado la hora de decir *sayonara*.

—No jodas —dice el albañil, asintiendo solemnemente. Pregunta de qué discutían.

Justo entonces se me ocurre hacer un pequeño giro en el taburete; estoy medio sobria. O algo menos. Hay un tío joven y flacucho de pie entre las sombras, en el

umbral de la puerta del bar. Tiene el pelo largo, de un rubio sucio, y la cara en forma de rabo de castor. Hace movimientos raros, nerviosos, que dan una impresión poco saludable. Y lo más inquietante es que estoy segura de haber tenido sus vívidos ojos negros —todo pupila, sin iris— clavados en la espalda hasta ahora mismo. Hay una pausa de un par de segundos y luego sale por la puerta tan deprisa que empiezo a dudar de que realmente haya estado aquí.

—Oye, Ron, Tim. ¿Habéis visto a ese tío? El que acaba de irse a toda prisa.

—No —dice Ron, que ni se da la vuelta.

—¿Quién? ¿Qué tío? —dice Tim, echando un vistazo por encima del hombro.

—No importa. Sigue con tu historia.

—Eso es, la fractura en el casco. De ahí venía —explica Tim—. El patrón de pesca insistió en que fuéramos a toda máquina. El capitán Lou accedió al principio, pero en cuanto empezó a aparecer hielo a la deriva, dijo que ni hablar. El japo que sí. Y Lou que no. Entonces chocamos de frente con un témpano hundido y el capitán Lou casi tira al tipejo por la borda. Luego oí que Lou fue a ver a Dustin Hall y le dijo que si tenía que volver a currar con otro hijoputa ignorante de Soga, lo dejaba.

Ron pregunta qué es un patrón de pesca.

—Controla las operaciones pesqueras. A qué bancos ir, dónde colocar los anzuelos o las redes, cuánto tiempo permanecer en cada lugar. Se supone que no controla el barco en sí. Esa es la labor del capitán, y el capitán es quien manda. Siempre. Nadie va en contra del capitán.

—¿Y entonces por qué se portaba como un gilipollas ese tío? —pregunto.

Tim le da un trago a su cerveza.

—¿Por qué crees? Quería una captura mayor. Todo lo demás le importa una mierda. Se supone que esos tíos ni siquiera deberían estar a bordo de nuestros barcos. Hay una ley que dice que los barcos de pesca comercial estadounidenses han de estar bajo control de ciudadanos estadounidenses en todo momento. Es para evitar que los extranjeros compren buques americanos y pesquen en nuestras aguas.

—¿Soga? —repito, para asegurarme de que recordaré el nombre.

Una sombra pasa por encima de mí y siento un brazo pesado sobre los hombros.

—Aquí estás. Tim, has conocido a mi novia. Es un cielo, ¿a que sí?

Me encojo de hombros para sacudirme el brazo de Johnny de encima.

—¿De dónde has salido?

—¿De dónde has salido tú? Esta no es precisamente tu zona de la ciudad.

—Echaba de menos este antro. ¿Hay algo de malo en eso? Y quería una cerveza.

—¿Sí? Parece que te has tomado unas cuantas. —Johnny y Tim cruzan una mirada. Tim se baja de su taburete y desaparece sin decir adiós. Ron también desaparece. A lo mejor se piensan que de verdad soy la novia de Johnny.

—¿Estás segura de que no andabas buscándome a mí? —me dice, lanzándome una sonrisa cautelosa, poco habitual.

—Es la noche de citas de casados. ¿Dónde está tu mujer?

Se inclina hacia mí hasta estar demasiado cerca. Puedo olerle el aliento, ver los poros de la piel de un lado de la nariz y su incipiente barba roja sobre el labio superior. Me siento tan incómoda que ni siquiera escucho lo que me murmura al oído.

Es evidente que hace tiempo que llegó la hora de que las chicas como yo se vayan a su casa. Me levanto del taburete. El suelo está más cerca de lo que yo pensaba. Johnny me agarra del brazo antes de que me caiga.

—Eh, ten cuidado. Siéntate aquí un momento —me dice, conduciéndome hacia una mesa—. Entiendo que Tim y tú habéis tenido una agradable conversación. ¿De qué estabais hablando?

—De muchas cosas: natación, coches, el culo gordo de su ex.

La cara de Johnny permanece impasible. Intenta saber de qué voy.

Entonces me viene una idea: voy a hacerme la borracha traumatizada. No me va a resultar difícil porque ya tengo la mitad del camino hecho. Dejo que un desordenado torrente de emociones salga a borbotones de mi boca. El accidente, los *flashbacks*, las pesadillas. ¿Por qué ocurrió? ¿Por qué no han cogido a esos cabrones? ¿Y quién coño hace esos putos botes salvavidas que no se inflan? Mi voz se eleva, escandalizada, y se rompe, conmovedora, en lugares apropiados. Normalmente, una escena como esta basta para que un hombre como Johnny corra a buscar refugio. Pero él aguanta, estudiándome con más atención de la que debería, sin mucha compasión.

Pido otro chupito de whisky y otro botellín de cerveza y, cuando me los sirven, me acabo el whisky de un solo trago y dejo el vaso vacío en la barra con un golpe.

—Mi padre siempre decía (es un cabrón, por si no lo sabías) siempre decía... «¡Vuelve a la silla de montar, chica! Esa es la única manera de curar el miedo cuando te has caído de un caballo. ¡Si no vuelves a encaramarte a esa silla de montar, tendrás miedo de los caballos para siempre!».

Eso es lo que decía siempre.

Johnny parpadea. Esa es la clase de sandez de macho en la que él también cree.

—¿Significa eso que quieres salir de pesca otra vez?

—Claro. ¿Hay que ser libre, no? —Mis manos envuelven la botella de cerveza torpemente.

Me la quita de entre los dedos.

—Déjame que te lleve a casa. No deberías conducir.

En este momento, estoy casi segura de que está convencido de que soy un auténtico desastre emocional. Que me he acercado por aquí a emborracharme como solía hacer en los viejos tiempos y que he terminado calentándole la oreja inofensivamente a Tim con mis neuróticas necesidades de superviviente. Para terminar de dejarlo claro, por si acaso, eructo.

—Bah, no te preocupes, Johnny. Cogeré un taxi.

—Por esta zona no cogerás un taxi. Yo te llevo —repite.

—Bueno ¡pero no vas a entrar! —le anuncio.

—Esta noche, desde luego, no.

—Ni esta noche ni nunca, Johnny. Eres un hombre casado. Cuatro hijos. Y una

mierda. No sé cómo no te da vergüenza.

El viaje en coche es silencioso. Aparca frente a mi piso. Yo manoteo contra el tirador de la puerta y él se inclina sobre mi regazo para abrirmela. Pero antes de hacerlo, apoya parte del peso de su torso sobre mí y acerca su cara grande y cuadrada a la mía.

—Quédate en la zona alta de la ciudad a partir de ahora, Pirio. No quiero que te hagan daño.

—¿Por qué iban a hacerme daño, Johnny? —respondo, arrastrando las palabras.

—Ahora vete a casa. Métete en la cama.

La pesquera Soga no tiene página web, pero encuentro dos historias en internet. Una dice que además de haber comprado pescado de todas partes del mundo por valor de millones de dólares para distribuirlo a vendedores japoneses, Soga opera su propia flota de seis barcos pesqueros. Uno de ellos fue encontrado practicando la pesca de arrastre en una zona de cría de hoki de veinticinco millas en la costa oeste de South Island, en Nueva Zelanda, el verano pasado. La empresa tuvo que renunciar a un barco de 2,4 millones de dólares llamado *Soga Maru N.º 8* y a una captura por valor de 85 000 dólares. Otra noticia cuenta que la compañía perdió otro de sus barcos, el *Soga Maru N.º 1* cuando volcó cerca de la costa norte de Rusia. Doce de los treinta y seis miembros de su tripulación fallecieron y la guardia costera japonesa acusó a Soga de emplear medidas de seguridad inadecuadas.

Vale, así que la pesquera Soga recorta presupuesto. Interesante, pero no raro.

Regreso al encabezamiento del artículo y me doy cuenta de que en la primera frase, Soga es descrita como subsidiaria del Grupo Jaeger.

La página web del Grupo Jaeger revela que se trata de un conglomerado compuesto por cuarenta compañías internacionales dedicadas a intereses inmobiliarios, manufactureros y pesqueros. Tiene oficinas en Nueva York, Londres, Moscú, Tokio. La página principal es brillante, precisa, lustrosa, con fotografías cambiantes de bosques que quitan el aliento, océanos, horizontes urbanos; los diversos mundos de Jaeger bañados en la limpia luz solar que mana de cielos claros. Voy haciendo clic por el sitio y descubro que las páginas son relativamente pocas, la información escasa, y los textos, en general, autocelebratorios. El Grupo Jaeger patrocina un programa de becas para jóvenes científicos y está comprometido con el desarrollo de la comunidad y la responsabilidad social. Su compromiso con la sostenibilidad medioambiental global se subraya repetidamente.

Me meto en la cama con una auténtica resaca de whisky y cerveza y sin respuestas.

Es domingo y hay una exposición especial, así que el Museo de Bellas Artes está

repleto de gente. Se da la circunstancia de que estoy ocupando el mejor sitio entre un grupo de espectadores reunidos en torno a un autorretrato de Henri Toulouse-Lautrec: vivaz, misterioso, petulante. Una mujer con un gran bolso me da un empujón. Debe de pensar que llevo ya suficiente tiempo estudiando el autorretrato.

Apartándome del alcance del bolso de la mujer, examino la concurrencia. La cabeza gris de la señora Smith, a media altura, se mueve a botes entre los parroquianos. Insistió en que quedáramos aquí cuando la llamé esta mañana. Me ve y me saluda con la mano. Hoy lleva una divertida gabardina morada. Su bolsa de tela tiene el dibujo de una estilizada cabeza de gato sobre las palabras «Camina por los animales».

—Vayamos a algún sitio más tranquilo —le digo.

La conduzco al exterior de la sala abarrotada, cruzamos la tienda de regalos, caminamos por un largo pasillo con arte europeo de los siglos XIX y XX. En la última sala encontramos vacío un banco de terciopelo de nudos, ante el enorme cuadro de Gauguin *D'où venons nous? Que sommes nous? Où allons nous?*

—¿Qué sabe usted acerca de la pesquera Soga? —le pregunto.

—¿La pesquera Soga? Son el mejor cliente de Ocean Catch. Compran alrededor del setenta y cinco por ciento de las capturas de la empresa.

—¿Hay alguna razón para que coloquen a uno de sus empleados en un buque de Ocean Catch?

—No veo por qué. Son un mayorista. Nos compran a nosotros y a otras empresas americanas y luego venden a minoristas japoneses.

—Un viaje largo para ir por pescado.

—Ahora el mercado es global. Los mayoristas van adondequiera que vayan a encontrar un buen precio. Y hay mucha demanda de platija y fletán del Atlántico Norte.

—Deben de estar consiguiendo buen precio de Ocean Catch.

—No estoy segura de lo que les dan. Variará según los mercados. Pero estoy segura de que no es un mal precio. Dustin es muy leal a Soga. Si no hubiera sido por ellos, nos habría costado mucho mantener la cabeza fuera del agua cuando entraron en vigor las nuevas regulaciones pesqueras hace unos años.

—He oído que había un patrón de pesca de Soga en el *Sea Wolf*.

—¿Ah, sí? Pues no entiendo por qué...

—¿Y qué hay del Grupo Jaeger? ¿Sabe algo de ellos?

—Grupo Jaeger... Grupo Jaeger... Creo que no. ¡Ah! A no ser que estés hablando de Bob Jaeger. Solía llamar a Dustin de vez en cuando. Siempre tenía que pasarle las llamadas directamente. Yo nunca le llegué a conocer, pero Dustin viajaba a Nueva York para reunirse con él algunas veces.

—¿Tiene alguna idea sobre de qué hablaban?

—Dustin se comportaba como si fueran amigos.

—¿En serio? —El temeroso Dustin Hall no parece el tipo de tío que se siente

como en casa haciendo vida social con billonarios.

Saco mi móvil.

—Deme un minuto, señora Smith. Quiero buscar a Bob Jaeger. —Mientras busco en internet, la señora Smith se levanta y se acerca al Gauguin. Se queda de pie a unos centímetros del lado derecho del cuadro y empieza a mirar el lienzo de arriba abajo, guiñando los ojos como si estuviera intentando descifrar un jeroglífico vertical.

También hay muchas entradas sobre Bob Jaeger. Hago clic en el primer enlace: un artículo en una revista de golf. Por lo visto, Jaeger y su compañero ganaron el primer premio en el torneo nacional Pro-Am de Pebble Beach este año. Pero un juez de golf muy atento se dio cuenta de que Jaeger había presentado un hándicap muy inflado que le había dado una ventaja injusta, de forma que el título le fue arrebatado.

El siguiente enlace me lleva a un tabloide. Titular: «El cuento de hadas se acaba para el billonario y su princesa». Resulta que a la mujer de Jaeger le diagnosticaron esquizofrenia después de que incendiara su casa y tuvo que retirarse a una vida bajo estrecha vigilancia en un hospital psiquiátrico.

El resto parecen aburridos temas de negocios. Guardo el móvil. La señora Smith ya está en lado izquierdo del Gauguin. Lo está contemplando con arrobamiento, hasta que por fin vuelve en sí y se sienta conmigo otra vez en el banco.

—Espero que Dustin no jugara al golf con Jaeger —le digo.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Hace trampas. Señora Smith, piense. ¿Qué más puede decirme sobre él?

Ella frunce el ceño.

—Déjame ver. Eh..., no, lo siento. Si recuerdo algo más, se lo haré saber.

—Necesito saber a dónde ha estado yendo el *Sea Wolf*. Tiene que haber alguna manera.

—Bueno, es evidente que no se lo puedes preguntar a Dustin ni a Lou ni a ninguno de los miembros de la tripulación. La única manera sería que pudieras hacerte con los cuadernos de bitácora del barco.

—¿Dónde puedo encontrarlos? —Pero se me está cayendo el alma a los pies según hago la pregunta. Si existen registros de las travesías del *Sea Wolf*, lo más probable es que no reflejen la realidad.

—En el despacho de Fred Jacobsen. Es el director de operaciones. En la tercera planta, al lado del de Dustin. Hay un archivador en la esquina. Yo solía archivar las bitácoras ahí, por el nombre del barco.

—¿No hay versiones electrónicas?

—Oh, no. Las bitácoras siempre se escriben a mano a bordo del barco. Ya sé que suena anticuado, pero la pesca es un negocio muy tradicional. Los únicos cambios que les gustan a los pescadores son los que tienen que ver con la seguridad o con la productividad.

—¿Para qué los usa Fred Jacobsen?

—Me sorprendería que alguna vez los consultase. Las bitácoras no contienen más

que información para el archivo. Pero, con todo, parecen ser el alma y el corazón de la empresa. La historia de cada travesía conservada para la posteridad.

La señora Smith y yo abandonamos el arte europeo y pasamos por un distribuidor circular. Yo llevo un jersey largo que hace las veces de vestido, con un cuello vuelto holgado, cinturón de ante verde y gorra de visera de pata de gallo. Tengo el pelo recogido con un pasador sobre el hombro izquierdo y me cuelga suelto hasta la cintura. Mucha gente me mira, especialmente los hombres. Nadie mira a la señora Smith. Miran a través de ella, detrás de ella, a su alrededor, para llegar hasta mí. Ella no lo nota, claro. No es que tenga la espalda tan encorvada, pero le mantiene la cabeza en un ángulo un poco bajo, con la mirada perdida en el humilde suelo.

Se me ocurre que no le he preguntado por qué le ha parecido correcto ofrecerme tanta información posiblemente incriminatoria sobre una compañía a la que parece seguir siendo leal; lo que quiere decir que, de alguna manera, yo tampoco le he prestado mucha atención a ella. Al salir a la fría tarde de finales de septiembre, con nuestros finos abrigos colgando de los brazos, se lo pregunto.

Alza los ojos para mirarme y sonrío al oírme.

—Uno nunca sabe realmente, ¿verdad? ¿Por qué hacemos las cosas? Pero puedo decir que, en este tema, ha habido cosas... quiero decir, *formas*... No, ha habido *cosas*... —Un suspiro—. Oh, maldita sea. La verdad es que uno se agarra a lo que puede. Uno aprende a atesorar lo que le queda. De nosotros mismos, quiero decir, cuando te arrebatan todo lo demás.

Me mira buscando confirmación y yo intento poner una expresión neutra, aunque lo que siento es una vaga sensación de alarma ante su respuesta, tan confusa y desconcertante.

Mi expresión no la engaña.

—Lo siento, querida. Ya no estoy del todo presente.

Asiento, y ella me da una palmadita tranquilizadora en el brazo, como si la desafortunada fuera yo.

—Pero no te preocupes —prosigue enérgicamente—. No me dejo los cazos al fuego ni salgo a caminar por las calles en pijama. Solo... bueno, a veces no estoy del todo segura de dónde estoy. O de por qué. Los médicos no te dicen cuánto has perdido. Solo te van vigilando. Intento ejercitar la memoria para mantener lo que me queda. Pero no parece que me dé para mucho. Toda la gente a la que conocía... ya no estoy segura de cómo se llaman. Los hombres a los que he querido... y déjame de decirte que yo he tenido mis amores... —Su discurso se pierde. Según su mente se aleja más, sonrío melancólicamente para sí y susurra—: Me gustaría haber conservado esos recuerdos.

Ahora me pregunto si alguna de las cosas que me ha contado sobre Ocean Catch será verdad. Y, en lo que se refiere a los recuerdos sobre los hombres, me pregunto si querrá quedarse con los míos.

—Pero lo que quería decir es que, ahora que estoy perdiéndolo todo, he aprendido

a atesorar lo que creo saber.

Espero un momento. Y otro.

—¿Que es...?

—Que es lo que tú vas a descubrir. Si es que hay algo que descubrir. Si no soy una vieja loca y sigo valiendo algo. Espera. Te voy a dar una cosa que te va a ayudar. —Rebusca en su bolsa, saca un lápiz y rasga una hoja de papel de una agenda. Sostiene el lápiz por encima del papel durante seis, ocho, diez segundos, con el ceño cada vez más fruncido. Finalmente sus ojos se abren de golpe: los ojos apretados y secos del terror—. ¿Lo ves? Se me ha olvidado. La contraseña del sistema de alarmas. Se me ha ido.

—Seguro que hay una manera...

—No, no hay otra manera —insiste—. Nunca te darán las bitácoras si las pides. Tienes que ir por la noche, cuando no haya nadie, y llevártelas, sin más. Si tuviera la contraseña...

Bajando las escaleras del museo, la cojo de la mano y me doy cuenta de que está temblando.

—Al final, todo va por el mismo camino, ¿a que sí? Me refiero a mi cabeza —dice.

—Por favor, señora Smith. Estoy segura de que... —Pero me detengo, sin saber qué decir.

—Dios te bendiga por hacer lo que yo no puedo —susurra.

La señora Smith me deja llevarla en coche hasta su casa, en Jamaica Plain. Vive en el primer piso de un edificio de tres plantas con una escalera de cemento y una vieja puerta de paneles de vidrio de la que cuelga un bonito visillo de encaje. Oigo cómo Jasper la saluda con alegres ladridos cuando cruza el umbral.

Veinte minutos más tarde estoy escuchando su voz en mi contestador.

—La empresa de limpieza Bay State limpia la zona de procesamiento y las oficinas de Ocean Catch dos veces al mes. Tienen un equipo de cinco o seis personas, me parece, que trabajan durante casi toda la noche. Tienen su propio juego de llaves, que abre una puerta del sótano en un costado del edificio y todas las oficinas. Van el primer y el tercer miércoles de cada mes. Así que la próxima vez que vayan será el miércoles que viene, 2 de octubre. ¡Ja! ¡De eso me he acordado! —Casi puedo oírla sonreír—. Buena suerte, Pirio.

Capítulo 16

La mañana después de mi repentina marcha de Panama City, Eileen llamó muy confusa sobre el experimento abortado que se suponía iba a tener lugar ese lunes. Yo había pedido disculpas, aludiendo a una emergencia familiar. Me preguntó cuándo pensaba regresar para completar la parte más importante del examen. Le contesté que cuando hubiera resuelto mi asunto familiar. Llamó a mi oficina el miércoles justo antes de la fiesta de narices. Le dije que las cosas seguían en el aire. Cuando volvió a llamar a la mañana siguiente, di instrucciones a la secretaria para que le dijera que yo estaba reunida. Y se me pasó devolverle la llamada, porque tenía cosas más apremiantes en la cabeza. La verdad es que en ese momento había reprimido todo lo que tenía que ver con la Marina. (Excusas: preocupación por Noah, sacar a Thomasina de la cárcel, encontrar barco misterioso, descubrir la identidad falsa del supuesto investigador del seguro. Ah, y esto también: no me vuelve loca la experiencia de estar a punto de perecer por congelación).

Pero la comandante Audrey Stockwell no es de las que dejan que un sujeto experimental se escape, especialmente cuando ya ha hecho que la Marina malgaste un tiempo y un dinero considerables. Así que el viernes por la mañana llamó personalmente a mi casa, a mi oficina y a mi móvil para volver a invitarme a su ciudad, la del océano esmeralda. Al ver el número en mi móvil, no lo cogí, así que me dejó un mensaje. Su tono era amable, pero su voz era una mezcla cortante, con dos partes de vinagre y solo una de azúcar, y me dio la sensación de que si no accedía a presentarme pronto en UBEM, en mitad de la noche aparecerían en mi puerta hombres armados y uniformados, con un coche negro al ralentí en la calle. Así que respiré profundamente, marqué su número directo, me pasaron con Eileen, murmuré algo que no era falso sobre haber tenido que asistir repentinamente a un funeral (por un hámster) y superamos el trámite incómodo. Media hora después, Eileen me mandó por *mail* los detalles del viaje.

Salgo para Panama City a mediodía y vuelvo mañana por la noche. Dos días más que falto al trabajo. Maureen ha aceptado mis días de baja y mis días libres sin queja. Me pregunta incesantemente que cómo me encuentro, que si tengo fuerzas para hacer cualquier tarea ordinaria. Me da la impresión de que estaría a favor de que me tomara una larga temporada sabática por estrés postraumático.

Faltan varias horas para que salga mi vuelo, así que tengo tiempo de poner al día mis labores. Poner lavadoras, limpiar..., esas cosas. No me disgusta, la verdad. Los resultados son agradables. Aromas frescos, ropa doblada, sábanas limpias. El tubo de pasta de dientes apretado desde abajo, con la tapa puesta, colocado ceremoniosamente junto al cepillo. El orden y la comodidad siempre han estado muy unidos en mi mente. ¿Qué catástrofe puede ocurrir cuando hay flores frescas sobre la mesa, perfectamente dispuestas en un jarrón de cristal?

Empiezo por el salón: apilo las revistas, ahueco los almohadones, quito los cojines del sofá. En el hueco entre el respaldo y el asiento, donde se esconden las migas y los lapiceros, reluce un objeto metálico. Lo cojo con cierta ansiedad, porque nada más verlo he sabido que no era mío. Pero no es nada malo: solo el móvil que Noah había perdido; se le debió de caer del bolsillo aquel día, cuando vino aquí a jugar al dominó después de ir al Taffy. Lo dejo sobre la mesita auxiliar y me escribo una nota mental para acordarme de llamar a Thomasina para decirle que lo he encontrado.

Martes, siete de la mañana. Una habitación en el hotel Paradise. No es la misma en la que estuve la vez anterior, pero podría serlo perfectamente. Mis pies pisan una gruesa moqueta verde azulado, me aventuro al baño y observo mi rostro pálido bajo las luces fluorescentes, que producen un ruido crónico de murmullos y pequeños estallidos, como esquizofrénicos que farfullan abandonados en un asilo de dementes. A lo mejor estoy sobreactuando ante las luces, no lo sé. Estoy aterrorizada. Me tiembla el cepillo de dientes en la mano, y tengo la boca seca como la tiza, incluso mientras me la lavo. Me pongo el bañador Speedo que me dio ayer Eileen al recogerme en el aeropuerto; luego me visto con mi ropa normal y meto el gorro verde de natación en el bolso. Siguen sin darme chanclas. La verdad es que me da rabia. Es fácil perder la perspectiva cuando dentro de una hora tienes una cita con un tanque de agua a cuatro grados y medio.

Eileen me está esperando en el vestíbulo para llevarme en coche hasta UBEM, pero no se muestra ni la mitad de amable de lo que lo fue en mi primera visita. Su boca es una raya horizontal inmóvil de no más de dos centímetros. Ya no soy la sujeto experimental ideal, solo la que le ha tocado en suerte.

Ocho de la mañana. Está presente y lista toda la tropa en la Piscina Experimental de Análisis. Hay un doctor en medicina, un experto en medicina deportiva, un tío controlando el sistema de monitorización y un par de personas que andan por ahí por razones no desveladas. También hay un SEAL. Con traje de neopreno. Creo que él es mi equipo de rescate. Peso cincuenta y dos kilos, así que con un rescatador debería de bastar. Me mira con ojos hambrientos, no tanto con interés sexual, sino más bien con ambición. A lo mejor está deseoso de demostrar sus capacidades de búsqueda y rescate ante los mandamases. Miro a mi alrededor, pero no veo a la comandante Stockwell. Me duele un poco, como si la chica más popular del colegio hubiera decidido no venir a mi fiesta de cumpleaños.

Eileen está junto a mí de pie en el borde de la piscina. Me han puesto un cinturón y un arnés que sostiene un transmisor circular, metálico, que llevo pegado al pecho. Con una sonrisa débil le pregunto si de verdad me tengo que poner el gorro y me mira como si yo fuera idiota por andar haciendo esas preguntas. Así que me lo pongo. Me imagino que el gorro impedirá que mis pelos atasquen los filtros cuando yo entre en

shock o en un estado de dolor prolongado y atroz.

El agua es más oscura de lo que recordaba. Aquí nada de feliz color turquesa. Los dedos de los pies se me enroscan en el borde de cemento del tanque. Tiernos como flores rosadas, familiares, inconscientes, parecen una fila de bebés gorditos que se olvidaron los trajes de baño. Supongo que los dedos de mis pies se están llevando toda mi compasión porque no quiero pensar en lo que le va a pasar al resto de mi persona. Sigo el consejo de Eileen y no mojo ninguno en el agua para probar la temperatura.

El médico deportivo, un tipo bajito y fornido, vestido con un polo, me pregunta si estoy preparada.

Yo asiento, respiro suavemente. Me digo a mí misma que estoy de vuelta en Boston, en el YMCA, que esto no es más que mi rutina deportiva normal. Me tiro de cabeza.

Siento el agua como una docena de martillazos y un millar de agujas. Mi cerebro se contrae, como si huyera despavorido de mi cráneo. Parece que los empastes se expandieran dentro de mi boca, como cubos de plata explotando a lo largo de toda mi dolorida mandíbula. El *shock* es exactamente igual al que sentí el 7 de septiembre, excepto porque esta vez mi cabeza está llena de un miedo diferente, más corrosivo. El tipo de miedo que nace de saber lo que realmente me estoy haciendo a mí misma.

En pocos segundos, estoy desorientada. ¿Qué mundo es este? Consigo llegar al flotador que hay en medio del tanque, me agarro a él, intento regular mis jadeos desesperados. Me cuesta mantener la mano derecha alrededor de la cuerda porque estoy perdiendo sensibilidad en los dedos rápidamente. Muy lejos de mí, me cuelgan los pies sin sangre. Mi mano izquierda palmea el agua inútilmente. A través del agua verdosa mi piel parece encurtida y desollada.

Cuando mi respiración se estabiliza, el miedo amaina un poco. Me concentro en respirar profunda y equilibradamente, aunque siento que, tras las costillas, tengo los pulmones tan finos como el papel. Resulta raro lo borrosa que tengo la visión. La gente que hay en el borde de la piscina parece estar a kilómetros de mí. Me miran, en fila, bajitos y encorvados, como pingüinos en un glaciar. O focas, o leones marinos... estoy buscando la categoría de vida acuática a la que pertenecen. Como si estuviera surgiendo el pez que llevo dentro y solo yo supiera cómo reconocer a otras criaturas marinas.

No sé cuánto tiempo me quedo ahí agarrada hasta que empiezo a sentir una extraña sensación de calor. Como aceite caliente derramándose muy dentro de mí. Quiero llorar de la gratitud que siento. ¡Soy especial! ¡Mi cuerpo está luchando! Me sobreviene el grandioso impulso de nadar. Suelto el flotador, me tumbo de espaldas, me giro de nuevo como un tronco, doy brazadas bajo las suaves olas hasta tocar el fondo de la piscina. Al subir de nuevo, al salir al aire, echo la cabeza hacia delante y dejo caer los hombros y los brazos.

La sensación de calor era solo temporal. La sustituyen violentos temblores. No sé

cómo, consigo llegar otra vez hasta el flotador, aunque apenas soy capaz de mantener la mandíbula, que se agita y castañetea, fuera del agua. Es como si mi cuello estuviera intentando sacudirse la cabeza. Me sobreviene la extraña compulsión de desvestirme. Me arranco el gorro de natación e intento sacar el hombro de un tirante del bañador, pero tengo puesto el arnés y el cinturón y, en cualquier caso, mis miembros no están lo bastante coordinados como para llevar a cabo esta tarea. Sí consigo, a pesar de todo, liberar uno de mis brazos a base de agitarlo. La gente que está en el borde de la piscina me hace gestos y me grita, pero no oigo lo que me dicen.

Mi pelo suelto flota a mi alrededor como un alga oscura. Por alguna razón esto me calma y me sumerjo profundamente dentro de mí misma, hasta un lugar de reposo. Mi imaginación empieza a lanzarme muchas cosas. Soy un gusano en una gusanera empujando la tierra, un leopardo haciendo crujir la nieve al pisar una centelleante corteza helada. Luego soy una serpiente, contrayéndose, sin brazos. Hay otras serpientes a mi alrededor y todas preguntan: «¿Dónde está el viento?». Es extraña, esta deliciosa libertad que me embarga. Vivir por instinto, como un animal, ser una entre muchos, repeler el peso de la conciencia.

Ahora, por la ventana abierta de mi dormitorio, se cuelan ladridos de focas, roncros, fantasmales, y oleadas del olor espeso y diáfano de las hebras de té de Labrador secándose en la cocina. Mis pies descalzos caminan por cálidos suelos de madera, doblan una esquina para entrar una habitación luminosa. Ella levanta la mirada, sonrío, deja a un lado lo que estuviera haciendo. Me abraza, me eleva hacia el cielo, me aprieta fuerte. Soy especial, soy amada. «Sí», responde mi corazón. «Así es. Gracias por esta vida».

Luego todo se va a negro. Ni madre, ni flores, ni focas ladrando. Soy adulta, estoy sola y tengo frío, estoy débil y enferma. A mi alrededor las sombras se oscurecen, se alargan, se fusionan hasta convertirse en espasmódicas figuras humanas. Gente terrible, gente cruel. Se ciernen sobre mí desde todos los ángulos. Ahí, en el centro. Alguien a quien conozco. «¿Madre? ¿Isa? Estoy asustada. Él está aquí».

Recupero el sentido en un banco al borde de la piscina. Los temblores son tan violentos que tengo miedo de que se me partan las costillas. Me incorporo de una sacudida y me empujan de nuevo, me dicen que me siente. Hay muchas conversaciones y una gran conmoción a mi alrededor. Mueven cosas y me las tiran por la espalda. Me levantan, me quitan el bañador; me colocan botellas de agua caliente debajo de los brazos. Me echan un albornoz por encima, pero no es suficiente. Gimo pidiendo más. Una voz racional, bien modulada, me habla con frases muy claras: el examen ha terminado. No estoy en peligro. He aprobado con sobresaliente. Me calentarán el cuerpo despacio, de forma que la temperatura de la sangre de mis extremidades no suba demasiado deprisa. En un ratito me darán a beber agua templada. Luego una ducha. Han decidido que no necesito líquidos intravenosos.

Me invade el alivio. Quiero abrazar a todo el mundo que veo.

Eileen parece conmovida. A lo mejor me ha perdonado. El albornoz de felpa pegado a la piel es un lujo, pero sigo con los pies descalzos.

—Oye, ¿nunca voy a conseguir unas chanclas o qué pasa? —les digo.

Varias horas más tarde, después de unas cuantas pruebas médicas más y un almuerzo al que me invitan y que consiste en sándwich de jamón, gusanitos de queso, *cookies* de chocolate y un botellín de té helado, me hacen pasar a una sala de juntas en la segunda planta. Al otro lado de los ventanales, la espléndida luz del sol se derrama sobre un manto verde de césped brillante. Cantan los pájaros, las plantas están en flor, oscilan las hojas de las palmeras. Es difícil tomarse la guerra en serio en una localización geográfica como esta. Pero las banderas de la Marina y de Estados Unidos están colocadas una junto a la otra en una esquina de la sala, como gemelas fraternales muy unidas, y tres de las personas sentadas en torno a la mesa —la comandante Stockwell, el médico y el médico deportivo— visten de uniforme. Hay también una cuarta persona: una mujer más o menos de mi edad vestida de civil. Me la presentan como Trudy Flanagan, psicóloga. En cada uno de los sitios hay carpetas, también donuts y café en una mesa auxiliar. Me siento en el único lugar libre.

Empieza el médico. Es alto y delgado, pintoresco, como una farola victoriana, con una cabeza muy grande en forma de bombilla en lo alto. Repasa algunas de las cosas que ya me contó Stockwell. Que las reacciones al frío varían mucho de un individuo a otro y todo eso. Los organismos de algunas personas empiezan a descomponerse inmediatamente; otros sucumben a la hipotermia a un ritmo normal; unos pocos escogidos son capaces, no sé sabe cómo, de mantener calientes sus órganos vitales. Esos son los que llegan a la cima del Everest. Mi fisiología, me informa, está en el extremo Everest del espectro.

Distribuye un folio con los datos. Pero antes de dar cuenta de los resultados, me dice con severidad que no debería haberme tirado a la piscina; tendría que haber entrado en el agua con cuidado, para no perturbar el equipo de recogida de datos. Resulta que al final los transmisores funcionaron, pero fue de chiripa.

Algunas personas creen que las regañinas a toro pasado son parte de sus virtuosas obligaciones. Se trata de personas gilipollas que se merecen miradas frías y pétreas.

Los datos: después de veinte minutos mi temperatura había bajado a los 34,4° Celsius: hipotermia leve. A los sesenta minutos estaba en 32,2°, temblaba violentamente y tenía las extremidades de color azul. En este punto, a pesar de que el enfriamiento de mi organismo estaba siendo más lento de lo normal, seguía reaccionando como era de esperar. A los noventa minutos y con una temperatura de 27,7°, el ritmo de mi respiración y de mi pulso descendieron significativamente. Había entrado en la zona de peligro. Estaban a punto de sacarme cuando sucedió algo extraño. Empezó a subirme la temperatura. Despacio. Comprobaron el instrumental, esperaron, lo discutieron, se fiaron de su juicio. Decidieron dejarme dentro. Quince minutos más tarde estaba otra vez en 34,4°, seguía fría, pero no mostraba señales de

estrés. De hecho, llegué a llamar nenaza al SEAL que había sentado al borde de la piscina por necesitar el traje de neopreno.

Ante eso, todo el mundo ríe, divertido.

El médico sonrío con la mitad inferior de su rostro.

—El proceso fisiológico se revirtió, nada menos. No tenemos ni idea de cómo ha podido suceder. Nunca hemos visto eso en un ser humano.

Le disparo una sonrisa. No tengo ni idea de qué pensar de todo esto.

El joven especialista en medicina deportiva se pone delante de nosotros. Tiene la pinta más *cool* que se pueda tener vestido de uniforme, con un remolino de pelo de lo más entrañable en la coronilla rapada. Suaviza las luces y baja una pantalla. De todos los vídeos que esperaba ver proyectados en ella, más o menos el último sería el de una docena de huskies siberianos atados a un trineo parado, ladrando escandalosamente y tirando de sus arneses, evidentemente deseosos de salir corriendo.

—El cuerpo humano está constantemente quemando sus reservas de glucógeno y de grasas. Cuanto más trabaja, más deprisa merman esas reservas. Algunos llamamos a este proceso, *ejercicio*. —Sonríe, dejando que penetre en nosotros este rayo de humor—. A medida que la energía merma, sentimos fatiga y se hace cada vez más difícil, mientras las reservas de glucógeno y de grasas no se vuelvan a llenar, seguir haciendo ejercicio. Siempre hemos pensado que la fatiga era una de las formas que tiene el organismo de protegerse, un proceso biológico necesario y común a todas las especies vivas. Pero entonces alguien se percató de una cosa curiosa que sucedía a los perros que participan en la carrera de animales de Iditarod, en Alaska. *No se cansaban*. Corrían más de diecisiete mil kilómetros por terrenos escarpados a temperaturas bajo cero y, cuando llegaban al final, querían dar la vuelta y empezar otra vez.

»Los investigadores decidieron medir sus ritmos metabólicos en diferentes paradas a lo largo del camino. Al principio de la carrera, sus organismos se comportaban de la manera que consideramos normal. Pero en veinticuatro horas, sus ritmos metabólicos habían descendido a los niveles esperables en organismos en reposo. Así es: habían *descendido*. Mientras corrían unos ciento sesenta kilómetros diarios durante doce días seguidos.

»No tenía sentido, nunca se había observado antes e iba en contra de todo lo que creíamos saber sobre el organismo de los mamíferos. Pero ahí estaba. Cualquiera podía verlo. De alguna manera, aquellos perros estaban logrando detener, y hasta revertir, el proceso de fatiga.

»Desde entonces, hemos estado intentando encontrar el mecanismo biológico, el interruptor, que utilizan los perros para revertir la fisiología de la fatiga. Es totalmente posible que los humanos tengamos también esa misma capacidad. Si logramos encontrar ese interruptor, y aprendemos a encenderlo y a apagarlo, podríamos enseñar a nuestros soldados a sobreponerse a la fatiga en situaciones

arduas como las de combate. Por desgracia, hasta ahora nuestras investigaciones no han sido concluyentes. Pero ahora ha llegado usted y nos ha enseñado algo muy parecido en una situación de exposición térmica. —Sonríe ampliamente, como un hombre encontrándose con su amada—. Así que ahora tenemos toda una nueva serie de preguntas: ¿en qué se parece usted a un perro de trineo? ¿En qué se parece un perro de trineo a usted?

Yo le devuelvo una sonrisa no tan amplia. Lo que me encanta de los científicos es su vasta imaginación, combinada con su entrañable torpeza social.

La comandante Stockwell se inclina hacia mí desde su lado de la mesa y me habla en un tono clandestino:

—¿Y si algún día pudiéramos programar estas funciones metabólicas gemelas o entrenar a la gente para controlarlas? Imagine un soldado inasequible a la fatiga, que fuera capaz de soportar temperaturas extremas. Casi no necesitaríamos tropas, solo unos pocos individuos bien entrenados. Ahora suena a ciencia ficción, pero casi cualquier avance médico o tecnológico de los que disponemos hoy en día sonaban a ciencia ficción cuando se plantearon por primera vez.

En la mesa de conferencias se hace el silencio. Siento que se espera de mí que diga algo. ¿Pero el qué? Todo esto me resulta extrañamente invasivo: toda esta gente interesándose por mi cuerpo por razones que desconocía hasta ahora mismo y que nunca hubiera adivinado ni en un millón de años. Necesito tiempo para asimilarlo, para incluirlo de alguna manera en mi identidad. «Pirio, la mujer biónica» no suena bien. Pero esto es más o menos lo que me están diciendo.

Necesito un donut. Me levanto y voy hasta la mesa auxiliar, donde hay un surtido sin tocar. Escojo uno de chocolate, uno de azúcar y uno de mermelada. No es momento de andar contando calorías. Me llevo el platito de papel hasta la mesa y empiezo por el de chocolate.

El doctor Lámpara de Gas me ofrece su templada sonrisa.

—Sus pruebas físicas han dado un resultado completamente normal, igual que las de laboratorio. Está usted perfectamente sana, señorita Kaspárov. Nada parece fuera de lo normal. Y sin embargo, de alguna manera, ha logrado calentarse en una situación que debería haber terminado matándola. Querríamos saber algo más acerca de cómo ha logrado hacerlo.

—También hay que investigar el aspecto psicológico —afirma la comandante Stockwell con una voz seca que suena a concesión.

Flanagan aprovecha la oportunidad para intervenir.

—Podría haber características de su personalidad que contribuyan a su resistencia. Incluso las actitudes y las creencias juegan un papel importante. Las pruebas nos darían un perfil más completo. —Sonríe, decidida a establecer un vínculo de confianza conmigo—. También a usted le resultaría valioso ese autoconocimiento.

El de chocolate está un poco seco y se desmigaja, así que pruebo con el de mermelada. La gente que hay en esta sala sonrío demasiado.

Los ojos de la psicóloga brillan, llenos de simpatía.

—Todo esto tiene que ser duro de procesar ahora mismo. —Me recuerda a la Empática de *Star Treck*, con sus grandes ojos como lagos y su pecho acolchado.

—Sí, lo es. —De hecho, el eco de las palabras que he escuchado reverberan en mi cerebro. *Perros de trineo. Biomarcadores. Soldados inasequibles a la fatiga. Ciencia ficción.* Creo que me gustaba más ser un milagro de lo que me gustaría ser un espécimen. Un milagro es maravilloso, tiene poder, pero un espécimen es pequeño y no tiene cerebro. Se halla en el extremo malo de instrumentos afilados, como bolígrafos, pinzas y microscopios.

—Agradeceríamos mucho que nos brindara su cooperación durante un día más — dice la comandante Stockwell.

Flanagan me ofrece una sonrisa de ánimo.

—Nuestra batería de pruebas psicológicas es bastante sofisticada. Podría darnos información sobre rasgos relacionados con la supervivencia mental que no pueden descubrirse de ninguna otra manera.

—Lo siento. Yo no me someto a pruebas psicológicas.

—¿En serio? ¿Ninguna en absoluto? —Esboza una sonrisita pesarosa que promete elevarme a rango de mejor amiga si concedo.

—Ni harta de vino.

Flanagan parece desconcertada, y no es capaz de esconder un destello de ira.

—¿Puedo preguntarle por qué?

Aprieto los labios para evitar decir lo que no debo. En mi cabeza puedo ver una carpeta gorda con mi nombre sobre la mesa del Capullo Bates. Está repleta de pruebas, informes, anotaciones y análisis del psiquiatra del hospital infantil, del servicio de atención psicológica y del terapeuta de Gaston. Cientos de páginas de pseudociencia para racionalizar el mantener encerrada a una niña bajo llave en un espacio no mucho mayor que un vestidor durante veinticuatro horas seguidas. Un diagnóstico brillante, benigno, necesario y perfecto que al final no era más que una manera de no tomarse en serio a una niña inocente y traumatizada, o de no darle lo que más necesitaba: el beneficio de la duda.

—Es personal —le explico a Trudy Flanagan.

Flanagan empieza a ordenar sus papeles torpemente. La comandante Stockwell frunce el ceño.

Dirijo mis siguientes comentarios a ella.

—Tienen ustedes mi ADN, mis pruebas de escáner, mi resonancia magnética y mis fluidos corporales. He nadado para ustedes en agua helada. Creo que con esto es suficiente.

Stockwell me observa con paciencia. Está satisfecha con los resultados de hoy y no necesita presionarme más ahora mismo.

—Podría reconsiderarlo cuando tenga más tiempo para pensar en ello. Su país le agradece sus servicios, señorita Kaspárov.

Me pasa un sobre. Dentro hay unos honorarios de quinientos dólares y una entrada gratis para el Museo Si No lo Veo No Lo Creo de Ripley.

—A lo mejor me meten a mí aquí —comento.

Tengo unas cuantas horas libres antes de que salga mi vuelo, así que visito el museo. Un gran compendio en tapa dura de hechos que si-no-los-veo-no-los-creo me llama la atención en la tienda de regalos. Lo compro para Noah y me lo leo en el avión. Hormigas que bailan, gatos que se desmayan, un fotógrafo ciego que gana premios. «Las acciones más extrañas», pienso, «son el pan nuestro de cada día en el planeta Tierra».

Capítulo 17

Son poco más de las dos de la mañana. Un foco cegador ilumina la furgoneta de la empresa de limpieza Bay State que hay aparcada cerca de la entrada de la planta procesadora y las oficinas centrales de Ocean Catch. Hay otros dos coches aparcados cerca de la furgoneta: un viejo Corolla y un Chevrolet Impala con aspecto de llevar años escapando del desguace. El aire trae un penetrante olor a sal, ya que el mar queda a pocas manzanas de aquí, además del tufo tóxico e insidioso del asfalto roto en los socavones.

Para evitar a cualquier cámara de seguridad, he dejado el coche en un aparcamiento unas cuantas manzanas al este de aquí y he venido por una carretera de servicio estrecha y llena de baches que discurre paralela a la calle principal. La puerta de la que me habló la señora Smith está un poco más adelante, bajando unos peldaños de cemento, iluminada por una sola bombilla que cuelga del dintel. Está entreabierta como un palmo, probablemente tenga un tope en el suelo. Durante cinco o diez minutos me quedo en la penumbra, observando la puerta. Nadie entra ni sale. Me bajo el gorro de lana para taparme mejor la cara y me vuelvo a toda prisa.

Un almacén en el bajo. Vacío, bien iluminado, nada más que un suelo limpio y pulido pintado de gris y un aire frío, deshumidificado. Atravieso una puerta que hay en la pared de enfrente y paso a un distribuidor que acaban de limpiar con amoníaco. A un lado hay una puerta metálica cerrada y al otro, una puerta sobre la que hay un cartel rojo de Salida. Si se abre, da a la escalera.

En el primer descansillo me detengo y escucho. Oigo el gemido agudo de una aspiradora. Sigo adelante, paso el segundo piso y me detengo en la puerta al tercer piso, donde están las oficinas administrativas. Todo está en silencio, así que me deslizo hacia el pasillo enmoquetado. Tengo el ascensor justo delante de mí. A mi izquierda hay cuatro puertas. Tres están cerradas; la última está abierta y derrama luz sobre un carrito de plástico amarillo lleno de escobas y fregonas y líquidos limpiadores. A mi derecha hay un baño y la puerta de otro despacho más. Tiene un panel lateral de cristal y un cartel imitando madera donde pone: «Dustin Hall. Presidente».

La señora Smith me dijo que el despacho de Fred Jacobsen estaba al lado del de Dustin Hall, pero es obvio que no es así. ¿Quién sabe qué más errores puede haber cometido ese cerebro estropeado? A lo mejor todo el rollo de los cuadernos de bitácora es una fantasía. Por lo menos tenía razón en cuanto a la empresa de limpieza. Pruebo la primera puerta a mi izquierda. Se abre suavemente y en ese mismo instante la habitación cobre vida y se vuelve brillante. Es una cocina para empleados, con luces de techo activadas por el movimiento.

Abro la siguiente puerta y esta vez la habitación permanece a oscuras. Entro, cierro la puerta suavemente detrás de mí y enciendo el interruptor de la pared. El

despacho es pequeño y está repleto de muebles: mesa, sofá pequeño, butaca, mesita de café. Una persiana vertical de color beis cubre la ventana. Hay un archivador de metal en una esquina, tan lleno que los cajones no cierran, y hay pilas de papeles por todo el suelo. Parece una habitación olvidada por la era digital.

El diploma que cuelga sobre la mesa entre algunas fotos enmarcadas de familiares fue otorgado a Frederick Prentiss Jacobsen por la Universidad Northeastern en el año de Nuestro Señor de 1982. Caigo en la cuenta de que después de todo la señora Smith tenía razón. El despacho de Jacobsen sí está al lado del de Hall, aunque no sea la habitación contigua. El propio Jacobsen, en caso de que sea el tío que sujeta la trucha en una de las fotos, flanqueado por dos niños de unos trece y quince años, parece tener poco más de cincuenta años. Rechoncho, escaso pelo rubio, mejillas rosadas y flácidas y unos ojos líquidos, más o menos dulces.

En la habitación del fondo del vestíbulo se pone en marcha una aspiradora. Cierro la puerta con llave. Doy unas cuantas vueltas en la silla imitación de cuero de Jacobsen, como si fuera una niña. No puedo negar que estar aquí es emocionante: sin ser vista (por ahora) y con (espero) algunas respuestas cerca. Rebusco en los cajones de la mesa por la pura diversión perversa de hacerlo, pero solo contienen cosas aburridas.

Paso al archivador donde la señora Smith dice que se guardan los cuadernos de bitácora. Encuentro facturas, registros de arreglos, títulos de compraventa, especificaciones mecánicas. Hay información de hace diez años. Busco nombres de buques, informes de travesías, cualquier cosa que pueda ser un eufemismo de cuaderno de bitácora. Nada. Cartas marítimas, informes de la Agencia de Protección Medioambiental y documentos de la Comisión de Pesca llenan los dos cajones siguientes. En el cajón inferior hay más de lo mismo, excepto por una botella de Jack Daniels escondida al fondo, con dos vasos de chupito envueltos en servilletas de papel.

La aspiradora se apaga, dejando un silencio sobrenatural en toda la planta. No tengo ni idea de lo que haría si alguien intentara abrir la puerta. Al personal de limpieza le sorprendería encontrarla cerrada, ya que antes no lo estaba. Estoy revisando las pilas de papeles que hay en el suelo cuando escucho el suave deslizarse de los frenos neumáticos del ascensor. Me quedo paralizada. Una voz de hombre llama a Nanda con un encantador acento indio —a medias corrección británica y a medias exótica oscuridad del subcontinente—. Una voz de mujer responde melódicamente desde el otro lado del pasillo. Unos pocos segundos después se oyen risas alegres y burbujeantes fuera del despacho de Jacobsen. Debe de haber ido corriendo a reunirse con él y ahora, a no más de dos metros de donde me encuentro yo, se está produciendo un encuentro apasionado. Resulta alentador pensar que las largas y solitarias noches de una limpiadora puedan verse animadas de esta manera.

Escucho porque no tengo más remedio. Es imposible prestar atención a lo que estás haciendo cuando hay dos personas consumiéndose sexualmente la una a la otra

al alcance de tu oído. Y tampoco puedo dar un golpe en la pared y decirles que se busquen una habitación. Intento no seguir la dirección a la que me están llevando los sonidos: hacia el pasado, hacia mis propias noches locas, que finalmente condujeron a la última noche loca, que desembocó en largas y frías noches de novelas rusas y té desteinado. No hay sitio al que una pueda ir en este mundo, no hay hora del día ni de la noche, en el que puedas olvidarte del amor. Al final, justo cuando parecía que la feliz pareja estaba a punto de dejarse caer en la moqueta a consumir allí mismo su pasión, consiguen arrastrarse hasta el despacho del otro lado del pasillo y dejan que yo regrese a mi tarea.

Es entonces cuando veo el archivador portátil de plástico en el suelo a unos palmos de la mesa. Tiene un asa en la parte de arriba y un cierre medio abierto. Una pegatina que hay debajo del asa dice «Bitácoras», escrito en rotulador azul. Lo abro. Los archivos están ordenados alfabéticamente por el nombre del buque. La carpeta del *Sea Wolf* es la segunda empezando por el final. La saco y repaso el contenido. El informe más reciente tiene tres años de antigüedad.

Extiendo las otras carpetas por la mesa y las hojeo deprisa. Cada una de ellas contiene informes datados hace no más de unos pocos meses. Toda la flota de la empresa ha estado presentado descripciones detalladas de sus travesías al director de operaciones, en páginas grapadas escritas a mano y archivadas cronológicamente, con la más reciente delante. Toda la flota excepto el *Sea Wolf*, que lleva sin presentar informes desde 2010. A pesar de lo ocupado que ha estado.

De nuevo, las puertas del ascensor suspiran y pitan. Me quedo quieta, esperando que alguien salga, tal vez un supervisor, a fastidiar el encuentro de los tortolitos. Las puertas se cierran; no oigo nada. Parece que no ha salido nadie, pero entonces siento una pisada silenciosa en la moqueta, al otro lado de la puerta de Jacobsen. Estoy pensando que debo de habérmelo imaginado cuando veo un destello en el pomo de la puerta que gira despacio y se para al dar con el cierre. Quien sea que está al otro lado de la puerta empuja y tira un poco, suavemente.

Una voz de mujer se oye de repente, pero tiene un leve deje indio.

—¿En qué puedo ayudarle, señor?

No tengo ni idea de dónde ha salido. Estoy casi segura de que no es la joven que seguramente esté siendo felizmente poseída al otro lado del pasillo.

Responde una voz masculina: una voz americana grave, amortiguada. Los dos conversan brevemente. No consigo entender las palabras de él. Parece estar dando algún tipo de explicación. Ella ríe amistosamente. A eso sigue un tintineo. Se oye un sonido metálico en la cerradura. Tiene un juego de llaves y está a punto de abrir la puerta de Jacobsen.

No puedo meterme debajo de la mesa; es demasiado obvio. De un salto cruzo al otro lado de la habitación y consigo meterme hecha un ovillo detrás de la butaca mientras la mujer encuentra la llave y la gira en la cerradura. Estoy agachada cuando la puerta se abre. Silencio cuando entran. El hombre le da las gracias, dice que

normalmente lleva la llave. ¿Jacobsen? Dice algo en tono de broma sobre haberse olvidado de apagar las luces. La mujer le pregunta si sigue queriendo que le limpien el despacho. Él dice que no será necesario y ella se marcha. ¿Quién demonios va a la oficina a estas horas de la noche?

Cuando me asomo desde detrás de la butaca, el hombre al que veo no es el que aparece en la foto de la trucha, sino el que le robó la identidad a Larry Wozniak. No sé cómo se llama realmente, de forma que por ahora tendré que conformarme con el prestado. Está sentado frente al ordenador de Jacobsen y si levantara la mirada me vería, pero está demasiado ocupado insertando su *pendrive* en el puerto USB con una sola mano. Lleva el pelo recogido en una coleta rala; en los cristales de sus gafas se refleja la pantalla iluminada del ordenador. Cuando termina la descarga, se pone de pie y se mete el *pendrive* en el bolsillo de los vaqueros. Los cuadernos de bitácora del barco están sobre la mesa donde los dejé, un despliegue de carpetas marrones sin marcas. Ni las toca. Tampoco se molesta en mirar el archivador, ni investiga la caja de carpetas que hay en el suelo. Un segundo después ha salido por la puerta, dejándola abierta.

Salgo a cuatro patas de detrás de la butaca. En la puerta me detengo, aguzo el oído. Está teniendo lugar una conversación a tres bandas al final del pasillo. Suena cortés, de modo que diría que los amantes estaban vestidos y cumpliendo con sus obligaciones de quitar el polvo cuando llegó la mujer de las llaves. No oigo ni rastro de Wozniak. Echo un vistazo fuera. El pasillo está vacío. Probablemente tenga solo unos segundos antes de que la supervisora vuelva por aquí. Debería plantarme de un brinco en la escalera de servicio, pero estoy convencida de que Wozniak sigue en esta planta y quiero saber qué se trae entre manos.

Me acerco silenciosamente hasta la puerta de Dustin Hall y toco el pomo. Es una locura, pero está caliente al tacto. Y la puerta se abre. Suavemente, la empujo un par de centímetros hasta que puedo ver la esquina de la mesa de Hall, iluminada por un lámpara. No me atrevo a abrir la puerta más por miedo a llamar la atención de Wozniak, en caso de que esté aquí. Pero sé que está. Y no lo puedo evitar. Abro la puerta un poco más, hasta que veo la manga de su chaqueta de cuero marrón apoyada en la reluciente caoba.

Vuelvo sobre mis pasos y voy a la escalera, bajo corriendo tres plantas. Al abrir la puerta del sótano, prácticamente caigo en brazos de una joven de tez oscura que lleva una gran caja con varios rollos de papel higiénico apilados. Su mirada de sorpresa enseguida se convierte en alarma. No está segura de quién soy; solo sabe que yo no debería estar ahí.

—Buenas noches, señorita. Soy de la central, me envían a inspeccionar el trabajo de su equipo. Tengo que decirle que estoy impresionada. Muy, muy impresionada. Las moquetas están limpiísimas, no hay ni una mota de polvo en ningún sitio. Los cubos de basura vacíos, los servicios impecables. Con su nivel de profesionalidad, es usted un orgullo para la empresa de limpieza Bay State. Puede estar segura de que

redactaré un informe excelente de su equipo.

Sus magníficos ojos marrones se han abierto considerablemente. Está sorprendida, perpleja, halagada, encantada. Me da las gracias sinceramente, dejando, con los nervios, que algunos rollos de papel higiénico se caigan de la caja. Los recojo y los vuelvo a colocar en equilibrio en lo alto de la pila.

—A seguir trabajando tan bien, señorita —le digo.

La noche sin luna es un alivio después de la fluorescencia maníaca del interior del edificio. La furgoneta y los dos coches que vi antes siguen en el aparcamiento. Estoy corriendo hacia la esquina oscura que conduce a la carretera de servicio cuando veo otro coche, un Honda CRV rojo que estoy casi segura de no haber visto aquí antes.

Tiene que ser el de Larry Wozniak. Me acerco a echar un vistazo. La puerta del pasajero no está cerrada con llave, y antes de saber lo que estoy haciendo, me he colado en el asiento. Entonces me doy cuenta de a dónde me está llevando mi instinto. El registro de su coche me dará su nombre verdadero.

La guantera está cerrada con llave.

Lo intento varias veces, por si solo estuviera atascada. Mi frustración crece. Tengo ganas de romper la cerradura con algún objeto contundente, pero probablemente no tendría mucho éxito. Una luz titubea en la periferia de mi visión. Es Wozniak, que cruza por delante de mí con una linterna mientras se acerca al coche. Si salgo ahora, me verá. Me lanzo de cabeza en el asiento de atrás e intento tumbarme en el suelo. Primero tengo que empujar a un lado un par de botas de montaña llenas de barro y unas cuantas botellas de agua vacías y vasos de café del Dunkin' Donuts. El asiento de atrás está cubierto de mapas doblados y cartas de navegación enrolladas. También hay una pequeña nevera portátil y un anorak de esquí. Me siento como si hubiera caído en la guarida de un *boy scout*. Me cubro rápidamente con el anorak.

Un golpeteo de pisadas rápidas y enérgicas se acerca al coche. Wozniak se mete dentro y pone el motor en marcha. Hacemos un giro de ciento ochenta grados; los neumáticos rebotan mareados contra el pavimento roto que hay junto a la verja. Conduce bastante rápido —o por lo menos a mí me lo parece— por la ancha avenida que nos aleja de Ocean Catch.

Por el cambio en las vibraciones del suelo del coche y el zumbido del metal, sé que estamos cruzando un puente. Enseguida giramos a la izquierda. ¿Qué calle es esta? No puedo decirlo con certeza. Pone la radio y empieza a tararear una melodía de Stevie Nicks. En un momento dado hasta se pone a cantar, no del todo afinado. Pienso en las botas de montaña y los mapas y me empieza a preocupar que este sea un viaje largo. Hacia algún barrio de mala muerte o hacia el campo, lo que sería aún peor. Odiaría terminar en un sitio donde no se pueda llamar a un taxi.

—Mierda —dice de repente y con énfasis—. Mira por dónde vas, ¿quieres? —El CRV da un violento volantazo a la derecha y se para de golpe. Wozniak ha salido del coche, dando un portazo tras de sí. Oigo que levanta la voz, enfadado, y luego otras

puertas que se cierran, una por delante de nosotros y otra detrás del CRV.

Si fueran policías, habría visto luces azules.

Wozniak se queda en silencio. No oigo más voces. Luego otros dos portazos de coches. Uno delante, otro detrás. Además de Wozniak, parece que por lo menos cuatro hombres más han salido de otros coches. La sangre se mueve más despacio por mis venas. Una voz grave, cansina, habla durante un ratito y luego calla.

—Que te follen —dice Wozniak, y su voz se oye claramente en el aire frío. Luego sus pisadas rápidas se oyen de nuevo regresando al CRV.

El coche es sacudido por un golpe fuerte contra la puerta del conductor. Wozniak da un grito. A eso siguen más golpes sordos: fuertes, repetitivos, rítmicos. Oigo los gemidos graves de Wozniak. Los golpes, que caen como piedras, le siguen cuando se aleja del coche, hasta que ya no los puedo oír.

Muerta de miedo, me quito el anorak de encima y me deslizo al asiento del conductor. La ventana de mi lado está salpicada de sangre. Wozniak está tendido en el suelo en mitad de la carretera y un círculo de tres hombres encorvados a su alrededor le están dando patadas y golpes con un trozo de cañería, todo bajo la pálida luz de una farola.

El CVR sigue en marcha. Los faros iluminan una berlina negra que no está a más de cinco palmos del parachoques delantero, y de pie a su lado hay un hombre con un chaleco acolchado.

Coño. Es el Hombre Ostra.

No me ve. Nadie me ha visto.

Meto primera y aprieto el pedal del acelerador con todas mis fuerzas.

El CRV choca contra la berlina, a menos de un palmo de donde esta Johnny. Caigo hacia delante mientras se infla el airbag, que me golpea en el pecho y en la cara y hace que rebote hacia atrás, sin aliento y aturdida. Meto la marcha atrás, vuelvo a pisar el acelerador y choco contra el coche que tengo detrás.

Meto primera, choco de nuevo. No veo nada con el airbag a mi alrededor, pero no importa.

Marcha atrás, choque.

Primera, choque.

Marcha atrás...

Por la ventana lateral veo como los matones corren hacia sus coches antes de que termine de destrozarlos. Empujo el airbag hacia abajo lo suficiente como para ver parte del parabrisas delantero. Johnny no está donde estaba. Antes de que pueda volver a chocar contra la berlina, se va a toda velocidad. El coche que hay detrás del CRV sale y lo sigue, pasando a un pelo de distancia de Wozniak, que está acurrucado como un feto en mitad de la carretera.

Parpadeo, cojo aire. Quito de en medio el resto del airbag y salgo del coche. El brazo bueno de Wozniak se levanta, como para detener a un barco que pasara, y luego vuelve a caer. Se incorpora sobre un codo mientras me acerco, levanta un rostro

fantasmal, cubierto de sangre.

—¿Quién eres?

—Pirio Kaspárov.

—Ah, tú. —Está palpando el suelo a su alrededor.

Recojo sus gafas del asfalto y se las pongo en la mano.

—Bienvenido al país de las segundas oportunidades.

Se pone las gafas y me escudriña con la mirada.

—Pirio Kaspárov. Cómo no.

Le ayudo a ponerse en pie. Con un brazo alrededor de mi cuello, cojea hasta el coche e intenta meterse por la puerta del conductor.

—Ah, no. Ya he tenido bastante con tu forma de conducir. —Le llevo por delante del coche hacia el asiento del pasajero.

Se para a medio camino, contempla los daños, que son considerables.

—¿Qué coño le has hecho a mi coche?

—Nada que no pueda arreglarse en un taller.

—¿Funcionará al menos?

—Ya veremos.

Sí funciona, aunque a trompicones. Parte de la dirección se ha caído sobre la rueda delantera derecha, así que ir hacia delante resulta lento a causa de la fricción, que además va acompañada de un desagradable sonido de rozadura al irse desprendiendo capas de goma. Además, se oye una especie de chillido quejumbroso que sale vete tú a saber de dónde.

Empieza a darme indicaciones, presumiblemente sobre cómo llegar a su casa. Vamos dando botes por la calle Summer, giramos a la derecha chirriando por la avenida Atlantic, seguimos por la calle Cross, a la derecha por Salem, y avanzamos seis o siete manzanas. La parte de la calle por la que se puede pasar es estrecha, las aceras de ladrillos que la flanquean son estrechas, las casas de pisos de ladrillo que se alzan a cada lado son estrechas. Todo es estrecho en el barrio de North End. Nos detenemos frente al número 180, justo pasada Old North Church. Los coches aparcados se aprietan de un extremo al otro en un lado de la calle de una dirección, y donde quiera que quepan también, excepto delante de la iglesia, que es zona prohibida.

—Aparcar aquí está jodido —explica Wozniak.

—No hace falta que digas una palabrota en cada frase, ¿verdad?

—Perdón. Estoy a punto de escupir un diente. —Se mete un dedo en la boca y lo saca lleno de sangre. Suspira—. La verdad es que no me apetece dar vueltas buscando un sitio, así que aparca ahí delante de la iglesia y me arriesgo a que me multen. ¿Quién sabe? Igual tengo suerte. A esta hora de la noche, hay el cincuenta por ciento de posibilidades, diría yo. ¿Qué opinas?

—Tú decides.

Asiente juiciosamente.

—¿Qué coño estabas haciendo ahí?

—Estaba tumbada en el asiento trasero de tu coche.

Se ríe como enloquecido.

—Por supuesto. ¿Dónde ibas a estar si no? —Señala a su espalda—. La iglesia está ahí atrás, a tu derecha.

Echo el brazo sobre el respaldo del asiento y doy marcha atrás despacio, porque una de las ruedas no para de hacer un extraño ruido sordo, de golpes fuertes.

—¿Sabes quiénes eran esos hombres?

—Ni idea.

Piso el freno.

—¿Quieres decir que no sabes quién ha intentado matarte?

—No. ¿Y tú? ¿Tú los viste?

Aprieto las mandíbulas. No puedo decir su nombre: John Oster. Sigue siendo mi amigo, más o menos. Era amigo de Ned, eso está claro. Y, por cierto, ¿con quién estoy hablando? ¿Un investigador de seguros llamado Wozniak? Será mejor hacerse la tonta. No creo que Johnny hubiera matado a Wozniak, en cualquier caso. Es un pescador, no un asesino. Él y sus chicos dieron por fin con el revientafunerales y le estaban dando una lección, como se estila en Boston. No era más que eso, creo. Pero no lo sé seguro.

—No nos quedemos plantados aquí en mitad de la calle delante de la iglesia, ¿vale? No hace falta que todo el barrio sepa que estoy a punto de aparcar mal —dice Wozniak.

—Creo que la mayoría están dormidos.

—Ja. Eso es lo que tú no sabes del North End. Este pueblo tiene ojos.

Me meto marcha atrás en el hueco y apago el coche. Él suspira con agotamiento, me agradece que haya conducido y abre la puerta para salir.

—Espera. ¿Y yo qué?

—Tú también te vienes. —Está sonriendo y sus dientes sanguinolentos relucen, rosados, a la luz del panel del coche.

Capítulo 18

—Un coche se puso detrás de mí como a una manzana de Ocean Catch —dice el suplantador de Larry Wozniak—. No sé de dónde salió el otro.

Cierra el grifo del fregadero de la cocina. Sus gafas están en la encimera, salpicadas de barro. Lleva varios minutos echándose agua en la cara y en el cuello, limpiándose la sangre y la suciedad, empapándose la camiseta. En un momento dado mete la cabeza bajo el chorro y le sale sangre del cuero cabelludo, formando riachuelos entre sus rizos. Ahora tiene la cara limpia, blanca como la tiza excepto por un cardenal y por un corte fino y rojo que le florece en el pómulo. Está un poco doblado hacia un lado, como una marioneta rota. Ha hecho todo el recorrido desde su coche, por la acera y cuatro tramos (muy estrechos) de escaleras hasta su apartamento, doblado, apoyándose en el lado derecho del torso.

En este momento de mi vida no habría poder sobre la tierra capaz de convertirme en enfermera. Se trata de un rasgo de mucha solera distintivo de los Kaspárov. Cuando era niña y me hacía un arañazo o un moratón —incluso en una ocasión en que me rompí un brazo—, Milosa señalaba que la palabra *empatía* aparecía en el diccionario antes de *mierda* y *sífilis*. Cuando llegué a los orgullosos años de la adolescencia, le desafié diciendo que no veía por qué tendría que ser tan difícil conseguir algo de empatía o compasión. Me miró como si yo fuera un mosquito zumbón y me explicó su postura:

—La emoción es como el dinero. Una vez que la gastas, desaparece. Así que no malgastes tu emoción en cosas que no merecen la pena. Un moratón se cura: ¿por qué hay que sentir pena por eso? Un hueso que se rompe se fortalece. Si alguien te hace daño deliberadamente, ahórrate la autocompasión y gástatelo en venganza.

—*Eso* no es un moratón; soy *yo* —salté.

Esto le enfureció.

—¿Qué? ¿Quién eres tú? ¿Tu carne? ¿Tu rasguño diminuto? Tu cuerpo no es nada; enferma y muere. Si eso es Pirio, yo te digo adiós ahora. —Cuando se ponía así había que mantener la boca cerrada y dejarle desfogarse. Podía pasar de Gógol a la perestroika y de ahí a la Bolsa de Estados Unidos y a un tío suyo muy hijo de puta llamado Lusvin que azotaba a las mulas y a quien odiaba con toda su alma. Todo eran pruebas que respaldaban su tesis, aunque la tesis misma resultara huidiza la mayor parte de las veces. En cualquier caso, si querías una tirita tenías que ir tú misma a por ella. No es muy buena excusa para no querer ir corriendo a frotarle a Larry los cortes con alcohol isopropílico, ni insistir en que vayamos a urgencias a que le hagan una radiografía de las costillas.

Wozniak se enjuaga las gafas, las seca con una toalla y se las coloca sobre la nariz. Empieza a frotarse el pelo con la toalla y se sienta delante de mí ante una diminuta mesa blanca de formica, colocada contra la pared de una cocina estrecha y

alargada.

Le pregunto si conoce alguna razón por la que alguien quisiera hacerle daño.

Él me pregunta qué estaba haciendo en su coche.

Le recuerdo que le he salvado la vida.

Suspira.

—Di con pruebas de que existía una..., digamos, relación poco habitual entre Ocean Catch y un mayorista japonés llamado Soga Fisheries.

Le digo que continúe.

—Ocean Catch solía vender su producto por todo el mundo, al mejor postor. Luego, hace unos tres o cuatro años, empezó a vender en exclusiva a Soga. Ahora alrededor del setenta y cinco por ciento de su captura (y estamos hablando de millones de kilos de pescado al año) va directamente por carga aérea a Tokio, envuelto en hielo. Soga paga muy buen precio por él, bastante por encima del precio de mercado.

—Parece un buen negocio para Ocean Catch.

—Es más que eso. A la empresa le quedaban pocos meses para la bancarrota cuando apareció Soga. Básicamente, el negocio con Soga salvó a Ocean Catch de quebrar, y desde entonces son ellos los que mantienen viva a la compañía. —Le ha vuelto un poco de color a la cara. Arroja la toalla sobre la encimera—. Verás, toda la industria de la pesca de arrastre ha ido menguando sin parar a lo largo de la última década o más, y en los últimos años las pesqueras han estado quebrando en todas partes. Ocean Catch estaba a punto de vender toda su flota a un programa de OPA federal. Pero de alguna manera, y muy deprisa, la empresa se dio la vuelta y empezó a operar con saldo positivo.

—De forma que tal vez Ocean Catch esté haciendo algo más para Soga, además de proporcionarles pescado. ¿Alguna idea sobre qué pudiera ser?

—Eso es lo que estoy intentando averiguar.

Tiene una cara de póquer perfecta: sosa, inescrutable. Pero estoy bastante segura de que sabe más de lo que dice y, si por remota casualidad no es así, pronto lo sabrá, porque el USB de memoria que contiene los archivos de los ordenadores, tanto el de Hall como el de Jacobsen, muy probablemente siga metido en su bolsillo. Este es un momento tan bueno como cualquier otro para desvelar que estoy al tanto de su engaño.

—Por cierto, sé que no trabajas para Jason Hartwell y estoy bastante segura de que no te llamas Larry Wozniak.

Me ofrece la media sonrisa de alguien que sabe que le han pillado haciendo algo que a él no le parece que esté tan mal.

—Perdón. Russell Parnell, periodista. Casi todo el mundo me llama Parnell.

—Primero un amigo del fallecido, luego un empleado de aseguradora, ahora un periodista. Habría que estar loca para creer algo de lo que dices. Y eso incluye también la palabra *perdón*. Que podría afirmar con bastante seguridad que te he oído

decir más veces.

—Búscame en Google cuando llegues a casa.

—¿Habrás foto?

—Sí, probablemente.

—OK. Ahora cuéntame cómo encajan el *Sea Wolf* y Ned Rizzo en esta historia con Soga.

—Rizzo trabajó casi exclusivamente a bordo del *Sea Wolf* durante los últimos años. Solía formar parte de una misma tripulación, de pocos miembros, que hacía viajes de los que regresaba a las dos o tres semanas, con una ínfima parte de la captura que deberían haber traído. Luego abandonó la empresa inesperadamente, terminó sus días en una extraña colisión en la mar y el *Sea Wolf* regresó a puerto más o menos al mismo tiempo con una grieta en el casco. ¿Hace falta que trace la línea que une esos puntos?

—Ya te he dicho que el *Sea Wolf* no fue el barco que nos hundió.

Aprieta los labios con impaciencia, pero mantiene la boca cerrada. Tiene un poco de sangre seca en la oreja derecha.

Todavía no me ha contado nada que yo no supiera ya, pero tampoco ha dicho nada que sea falso. No sé si debo confiar en él. Me levanto de la mesa y voy en busca de más información sobre el hombre que dice ahora que se llama Russell Parnell. El cuarto de estar que hay al lado de la cocina está a oscuras, pero las persianas están subidas. En la calle, brillantemente iluminada por focos en una noche negra como la tinta, se cierne la torre de Old North Church, elevándose como un fantasma del pasado americano. Enciendo una lámpara de pie de cuello fino. Paredes blancas, no hay mesita de centro ni televisor. Solo una estantería con un montón de papeles y unas dos docenas de libros. Un portátil Apple abierto sobre un pequeño escritorio, una docena de tarjetones garabateados en letra grande y desordenada. Un sofá cubista, color negro urbano, probablemente de IKEA. De hecho parece que todo lo que hay en esta habitación ha salido de IKEA. Un apartamento en un minuto y por poco dinero. Dos escalones por encima del nómada sin hogar, un escalón por encima del estudiante universitario.

Echo un vistazo a los libros de sus estanterías: *El planeta en equilibrio*, *La desaparición del Ártico*, *Guía de senderismo de las Montañas Blancas*, *Los elementos del estilo*, *La cocina de mamá: la gran cocina casera española*. También hay un gran libro ilustrado sobre ballenas colocado en horizontal en una balda. Los libros sobre el medio ambiente resultan persuasivos, pero el libro que más apoya la tesis de que no sea malvado es *Los elementos del estilo*. ¿Cómo puede haber un malo al que le importe un pimiento la diferencia entre *el que* y *el cual*? Y el hecho de que acabe de ser víctima de una buena paliza a manos del Hombre Ostra y sus gorilas también contribuye a ir descongelando mis sentimientos hacia él.

La impresión de ver a Johnny esta noche no se me ha pasado todavía. Su perfil chato y su corte de pelo al uno, esos brazos gruesos cruzados sobre el chaleco

acolchado, justo por encima del monte de su barriga. La sangre fría con la que se limitó a observar, sin ensuciarse las manos, para tenerlas preparadas para el delicado trabajo de sus pajareras.

Johnny no me siguió a mí a Ocean Catch esta noche. Las calles estaban tan desiertas a las dos de la mañana que me hubiera percatado de llevar una sombra. Y estaba esperando fuera del aparcamiento de la empresa, no donde yo había dejado mi coche. Debió de descubrir por fin la dirección del reventador de funerales e hizo que algunos de sus hombres vigilaran su aparcamiento. Le siguieron hasta Ocean Catch, donde Johnny se reunió con ellos. Johnny no quiso entrar en el edificio cuando vio la furgoneta de limpieza. Esperó en la calle, detrás de la verja, donde podía controlar la salida de Parnell (por el momento puedo llamarle así) y tenderle una emboscada.

Parnell (de menor estatura, con un solo brazo, miope) no tiene nada que hacer contra John Oster. Mientras hablaba ahora mismo, intentando hacerse el duro, he notado que su voz estaba impregnada del susto y el terror que está intentando reprimir. Apostaría a que los acontecimientos violentos de esta noche no son un hecho habitual en el mundo del que procede. Lo que me lleva a la siguiente conclusión: sea lo que sea que Johnny quiera sacar del supuesto periodista, lo terminará consiguiendo.

Cuando vuelvo la mirada hacia la cocina, donde Parnell ha empezado a hacer café, comparo su mano muerta con la mano que le funciona y veo la tensión en su cara exhausta y magullada, cierta compasión humana real empieza a burbujear dentro de mí, por debajo de la costra. «Mierda y sífilis», me recuerdo. Pero no funciona.

Regreso a la cocina y le cuento todo lo que sé. Le explico lo de las bonificaciones secretas, el regalo que la empresa le hizo a Ned y lo que me contaron de la pelea a bordo del *Sea Wolf* entre el capitán y un patrón de pesca japonés. Luego le informo de que su atacante principal era un tipo llamado John Oster, un buen amigo del pescador fallecido Ned Rizzo, veterano empleado de Ocean Catch.

—¿Cómo lo sabes?

—Es difícil confundir a un viejo amigo.

Parpadea. No tiene claro cómo tomarse eso.

—No soy una de ellos, si eso es lo que estás pensando.

Mete cucharadas de café en la cafetera mientras le da vueltas a esta información. Al fin dice:

—Pensé que podrías ser una de ellos cuando te conocí. Estabas en el *Molly Jones* cuando se hundió, de manera que, evidentemente, hasta cierto punto estabas trabajando con Rizzo. Pero cuando aquel día en el café empezaste a hacerme preguntas buscando información, me di cuenta de que tampoco sabías tanto.

—¿Y entonces por qué no me cuentas lo que no sé?

—Mira, podría ser peligroso. Esta gente... son...

—Venga ya. ¿Te crees que no lo sé? Acabo de ver lo que te han hecho.

Desaparece hacia el salón, vuelve con el libro ilustrado sobre ballenas y me lo da.

La foto de portada es de una ballena negra elevándose majestuosamente sobre el mar. La ballena parece girar ligeramente en el aire, enseñando su vientre blanco. La corona de su cabeza gigantesca, rectangular, está desfigurada por sucios pellejos blancos y gris pálido que parecen percebes apiñados o los forúnculos escabrosos de una extraña enfermedad. No lejos de la esquina de sus temibles fauces hay un ojo negro diminuto, acurrucado en pliegues gelatinosos.

—La ballena franca glacial —me dice—. Hace una década estaba al borde de la extinción, junto con su prima, la ballena franca austral. Después de la prohibición internacional de su caza, la ballena franca austral recuperó el terreno perdido con éxito, pero la glacial no ha conseguido recuperarse. Solo quedan unas doscientas setenta y cinco en todo el mundo. Están más cerca que nunca de la extinción.

»Algunas personas creen que las colisiones con barcos las están matando al mismo ritmo al que procrean, cosa que parece posible, puesto que sus rutas migratorias cruzan directamente las rutas marinas. Pero gracias a la presión de la opinión pública, las rutas se desplazaron unos cuantos grados en la bahía de Fundy, donde viven las ballenas la mayor parte del año. Las colisiones con barcos se redujeron de forma significativa, pero la población sigue siendo escasa.

»Ahora la gente piensa que podrían ser los aperos de pesca. Sabemos que las ballenas quedan atrapadas en las redes y en los sedales, porque podemos ver las marcas que les quedan en el cuerpo a las que consiguen escapar. Puede que otras se estén ahogando o muriendo porque se les infecten los cortes que sufren. Se está presionando para que se fabriquen sedales con otros materiales más suaves. Pero la realidad es que nadie sabe realmente lo que está pasando ahí.

Me mira fijamente con los ojos secos y los labios apretados. El café ha parado de salir, pero no hace amago de servirlo. Me estoy empezando a hacer una idea de por dónde va, pero es difícil de creer.

—La carne de ballena es una exquisitez en Japón —me dice.

—Pero el *Sea Wolf* no puede estar cargándose a tantas ballenas, ¿no?

—No tengo ni idea de cuántas ballenas hay que matar para evitar que la población crezca. Ni siquiera tengo pruebas sólidas de que eso sea lo que está pasando. Pero sospecho que Ocean Catch y Soga son cómplices de alguna manera, y ahora sé que no voy desencaminado. —Saca tazas, leche y azúcar con toda la ira y la tensión que cabe en una sola mano.

De repente, me doy cuenta de que la persona que entró en mi apartamento debió de ser él. Probablemente lo hiciera para descargarse mi disco duro, como ha hecho con los de Hall y Jacobsen. Mientras estuvo allí debió de pincharme el teléfono también. Sin duda oyó el mensaje que me dejó la señora Smith en el contestador sobre el personal de limpieza de Ocean Catch. Así es como supo la noche en la que podría colarse fácilmente en las oficinas y por qué sigue sin preguntarme cómo terminé metida en su coche. Sabía que yo podría estar allí también y se la estaba jugando. Pero dudo que supiera que yo estaba en el despacho de Jacobsen,

observando lo que él hacía.

—Me pinchaste el teléfono —le digo.

—No, no lo hice.

—Sí que lo hiciste. Te colaste en mi piso y me pinchaste el teléfono porque pensabas que yo trabajaba con Ocean Catch. Probablemente también te descargaras los archivos de mi ordenador.

—Te juro que no lo hice.

—¿Entonces cómo sabías que esta noche podías colarte fácilmente en Ocean Catch porque estaban los limpiadores? Escuchaste el mensaje de mi contestador.

—Lo escuché. Eso es verdad. Pero no me colé en tu apartamento. Me diste tu teléfono en el café...

—¿Y?

—Conseguí acceso remoto a tu contestador. Es fácil de hacer si sabes cómo.

—Así que escuchaste el mensaje de la señora Smith.

—¿Así es cómo se llama? Tenía voz de vieja.

—¿Qué más oíste?

Parece avergonzado e intento recordar las veces que me llamó Tío Casado y las tonterías que pudo decir. Es una estupidez preocuparse por eso ahora. Pero aun así... Preocupación mayor: si no fue Parnell quien se coló en mi apartamento, sigo sin saber quién fue.

Sirve el café y yo rodeo la taza con los dedos. Hace frío en este apartamento, y el calor es agradable.

—Aquí no estás seguro. Tienes que irte. John Oster no parará hasta que consiga lo que está buscando. Fíate de lo que te digo. Volverá.

Se sienta frente a mí, sin mostrar reacción alguna a lo que le acabo de decir.

—¿Y qué pasa contigo? ¿No te ha visto?

—Creo que no. Le cegaban los faros y a mí me cubría el airbag.

—¿Cuánto sabe de tu implicación?

—La verdad es que no gran cosa. Fui a verle y le hice algunas preguntas cuando la guardia costera no fue capaz de identificar el carguero que provocó la colisión. Me frustraba toda aquella burocracia. Me dijo que él había investigado por su cuenta y que estaba satisfecho con la conclusión de que el buque se había dado a la fuga. —Le doy un sorbo al café, rebuscando más detalles entre mis recuerdos—. Ahora que lo pienso, sí que me preguntó por ti, específicamente, y la verdad es que más de una vez. Afortunadamente, no me acordaba del apellido que usabas. Creo que se creyó que yo no te conocía. Y como esta noche no me ha visto, no tiene ninguna razón para sospechar que tú y yo hayamos hablado. Y a no ser que él también haya accedido a mi contestador automático, no tiene forma de saber que he hablado con la señora Smith. Solo nos hemos visto en privado en dos ocasiones, y dudo que alguien nos viera.

Sonrío con astucia a Parnell, contenta con la idea de estar volando por debajo del

radar de Johnny.

—En cuanto a John Oster, no soy más que una mujer a la que conocía que, casualmente, estaba pescando con Ned ese día, y la única razón por la que le hacía preguntas es porque me cabreo fácilmente ante la burocracia. —Estiro las piernas. Tengo la sensación de que hace mucho tiempo que no muevo el cuerpo con libertad —. Tiene que haberte encontrado de alguna manera y haberte seguido hasta aquí esta noche.

—Sí, supongo —dice Parnell a regañadientes. No tiene ninguna intención de otorgarle a Johnny crédito por nada.

—Sabe dónde vives. Lo que significa que tienes que salir de aquí.

Se encoge de hombros con aparente indiferencia, pero puedo ver que está intentando hacerse a la idea de mudarse.

—¿Qué más crees que sabe sobre ti? —le pregunto.

—No estoy seguro. Mientras me pegaban, no paraban de preguntarme para quién trabajaba.

—¿Qué les dijiste?

—Nada.

—¿Para quién trabajas?

—Para nadie.

—¿Y cuál es tu interés en todo esto?

—Como te he dicho, soy periodista.

—Pues te estás tomando muchas molestias por conseguir una historia.

—Es mi trabajo.

—Ya. —Es difícil creer que solo la ambición periodística pueda motivar a alguien para colarse en unas oficinas en mitad de la noche. ¿Pero qué sabré yo? A lo mejor se cree una especie de Woodward o Bernstein del ecologismo. Al otro lado de la estrecha ventana un blanquecino hueso de luz yace sobre el horizonte. Esta noche por fin va a terminar. Ha sido larga. Quiero irme a casa y vegetar en un silencio absolutamente ininterrumpido, pero también tengo mucha hambre, así que cuando Parnell me pregunta si quiero comer algo le digo que sí.

Mientras fríe unos huevos, hojeo el libro de las ballenas, repleto de fotografías en cuatricomía y pies de foto informativos. Me entero de que el nombre latino de la especie es *Eubalaena glacialis*. Los primeros balleneros de Nueva Inglaterra las llamaron *right whales* porque se consideraban las adecuadas para cazar. Son enormes: de cuarenta a ochenta toneladas de hueso, sangre caliente y grasa. Con unas fauces capaces de tragar bancos enteros de peces. Pero sin dientes, casi ciegas y notablemente poco agradecidas, dentro de lo que son las ballenas. Un pie de foto me explica que se desconoce el propósito de las feas costras que tienen en la cabeza. Por lo visto, les gusta apretar la coronilla contra el fondo marino, y esas zonas casposas podrían ser las costras de las heridas. ¿Por qué lo hacen? Me pregunto. ¿Tienen ansias autodestructivas? ¿Les pica la cabeza? ¿Intentos repetidos e infructuosos de jugar al

escondite ballenero enterrándose bajo el fondo del mar? Su extraño comportamiento hace que me caigan bien, de la misma manera que te cae bien un amigo que no puede evitar ser un excéntrico.

Parnell sostiene un plato de huevos fritos con tostadas delante de mí. Cierro el libro y cuando me agacho para dejarlo en el suelo, se le cae la funda de papel. Abro la tapa para volver a colocar la funda y me encuentro mirando un ex libris en la primer página, que por lo demás está en blanco. En medio del ex libris están impresas las palabras «De la biblioteca de...». El nombre escrito a mano en bolígrafo azul debajo es Jaeger.

Casi me caigo de la silla.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí —respondo, incorporándome.

—Espero que te gusten poco hechos. —Desliza el plato delante de mí.

Un atronador rugido me llena los oídos. Murmuro alguna cosa sobre tener que irme a casa.

—¿Ahora mismo?

—Tengo que irme.

—¿Puedo llevarte?

—Cogeré el metro.

—¿Estás segura?

—Me gusta el metro. Y tu coche no funciona. —Parezco idiota.

—Por lo menos come algo primero —me dice.

Asiento como una imbécil, engullo los huevos, me meto las tostadas en la boca, mastico como una loca, sonrío como una desquiciada y me trago lo que queda de café de un trago. Al irme, dando topetazos, hacia la puerta, me entrega el libro de las ballenas.

—Toma. Llévatelo. Y gracias por salvarme la vida.

—Oh, no ha sido nada. Me alegro de haber podido estar ahí. —Ahora los dos parecemos dos idiotas.

El corazón me arde y me golpea el pecho mientras corro escaleras abajo. Casi puedo oír las carcajadas de Milosa. ¿Ves a dónde te ha llevado la compasión? En la cama con el enemigo, con tu cerebro y todo lo que sabes sobre esta historia, roído como un hueso.

Llego al vestíbulo de mármol que conduce a la calle. Techos altos, viejos buzones de latón, una lámpara de araña de oro y cristal. Si se diera la circunstancia de rodear a una persona en este pequeño espacio, no tendría escapatoria. Johnny y sus compinches salieron pitando del barrio del muelle, pero ¿quién dice que no dieron la vuelta y nos siguieron y que estén esperando fuera ahora mismo?

Una estrecha escalera conduce al sótano. Corro por ella. Olor a humedad, lavadoras y secadoras, una bici de carreras encadenada a una tubería de la calefacción. Una salida trasera a un callejón. Dos minutos más tarde estoy caminando

por una calle fría y silenciosa hacia la estación de Haymarket. Hay macetas con crisantemos en las entradas de las casas. Un aroma a café y a pan recién horneado sale de la ventana abierta de una cafetería.

Capítulo 19

Lo primero que hago al llegar a casa es buscar a Russell Parnell en Google. Aparecen seis o siete identidades. Una es la de un periodista que ha publicado unos veinte artículos en sitios como *Vanity Fair*, el *New York Times* y *Salom.com*, así como en periódicos más modestos, revistas y páginas web. La mayor parte de su trabajo parece consistir en artículos de viaje, pero también ha cubierto adelantos médicos (en genética, psiquiatría, patógenos microbianos, SARS) y hay unos cuantos reportajes sobre medio ambiente, con temas como la deforestación de la Amazonia y la limpieza del vertido de petróleo en el golfo de México.

Busco en imágenes y encuentro cuatro fotos bastante buenas: una imagen de él a lo lejos con el pelo muy corto y una corbata fina negra, estrechándole la mano a alguien en el podio de una organización periodística; una foto de estudio en la sección de colaboradores en una revista nueva muy moderna; una foto de frente de un tipo en una carrera de bicis en el desierto, con la cara tapada por el casco y gafas hiperreflectantes en forma de diamante, pero la barbilla podría ser la suya. La cuarta foto no me la esperaba: un posado de compromiso en el que está colocado junto al hombro de una morena de grandes ojos y entrada en carnes. No son ni guapos ni feos, y no deben de tener más de veintidós años. Los dos tienen las sonrisas amplias de jóvenes adultos psicológicamente sanos. La imagen me parece conmovedora, y a la vez triste. ¿Ella murió? ¿Se divorciaron? Un poco más de trabajo ciberdetectivesco me conduce a un sitio web para periodistas en red, en el que descubro que fue al instituto San Luis Obispo y a la Universidad de Columbia, y que su nombre completo es Russell Alejandro Parnell. Busco en Google «Parnell» y «Jaeger» simultáneamente y no me sale nada.

Me las apaño como puedo en la oficina, en un día de mucho trabajo, con el piloto automático puesto. Por la noche repaso uno a uno los artículos de Parnell. Hay varios de los que puedo conseguir versiones completas si me suscribo a la publicación. Lo hago, cosa que me lleva una hora aburrida de rellenar datos e inventar contraseñas. Hago café mientras los artículos se imprimen y por fin me siento en el sofá a leer sobre la desaparición de la selva amazónica, la alarmante proliferación de patógenos resistentes a los antibióticos y el tratamiento contemporáneo de los pacientes con enfermedades mentales graves.

Leídas tres cuartas partes del artículo sobre salud mental, me encuentro con el caso clínico de una joven hispana que se casó con un importante hombre de negocios estadounidense. Al año de casados, la mujer, de veinte años, incendió la casa en la que vivían. Pasó varios meses en un hospital privado de Cape Cod antes de ser trasladada a un piso compartido tutelado donde vivió durante dos años. Allí le controlaban cuidadosamente la medicación y recibía ayuda con las tareas de la vida cotidiana. Era readmitida en el hospital cada vez que sus síntomas se volvían

imposibles de manejar. El marido asumió el mantenimiento económico de sus familiares cercanos, que estaban en contacto directo con ella y atendían todas sus necesidades.

Ella accedió a ser entrevistada siempre que su identidad quedara en el anonimato. Tenía entonces veinticuatro años y le contó a Parnell que estaba agradecida por todos los cuidados que había recibido. Tenía la suerte de tener el apoyo de una familia entregada y de un marido generoso y protector. Había mucha gente con su misma terrible enfermedad, pero con un camino por recorrer mucho más difícil. Su vida era sencilla pero satisfactoria. Vivía con una hermana en una casita en Falmouth. Su hermana la llevaba en coche a las citas médicas y se aseguraba de que se tomara la medicación. Trabajaba en una tienda de segunda mano en Falmouth todas las mañanas entre semana y le gustaba leer en su tiempo libre, aunque las medicinas que tomaba hacían que le costara concentrarse durante mucho tiempo. Se arrepentía de haber incendiado la casa, poniendo en peligro tanto su vida como la de su marido. La alegaciones que hizo en aquel momento eran completamente falsas, según le dijo a Parnell. «Todo lo que dije entonces no era más que un síntoma de mi enfermedad».

El artículo de Parnell concluía con la buena noticia de que su historia y otras historias como la suya ofrecían a miles de personas la esperanza de controlar una de las enfermedades más aterradoras del mundo.

Tiro las páginas sobre la mesa con cierta desolación. Por lo menos los otros artículos de Parnell eran interesantes. Este es bastante ramplón.

El café se me ha enfriado, así que voy a la cocina a rellenarme la taza. Son las diez de la noche, demasiado tarde para estar tomando cafeína, pero anoche no dormí nada y estoy tan cansada que no hay muchas posibilidades de que la cafeína me mantenga despierta. Me tuesto un panecillo y abro un melón. Nunca se puede desayunar demasiadas veces. Cuando termino de comer, me ducho, me pongo pantalones de chándal y una camiseta limpia, me trenzo el pelo para tenerlo ondulado cuando se me seque y riego la violeta africana del alféizar de mi ventana. Sigo pensando, pero no sé en qué. Mi mente embotada sigue dándole vueltas a las mismas palabras: «Cuento de hadas. Princesa». Entonces las neuronas se conectan.

Vuelvo al ordenador y tras unos pocos golpes de teclado recupero la historia de tabloide que ya había visto sobre la esposa esquizofrénica de Bob Jaeger, con un enlace a un vídeo del informativo local de junio de 2009.

Ahora las cosas se ponen más interesantes. Por lo visto, la mujer de Jaeger, Caridad, pasó los primeros meses de su tratamiento en un hospital psiquiátrico de Cape Cod insistiendo en que estaba cuerda. Las instancias que presentó a la administración del hospital, al Comité de Evaluación Médica y a la oficina del gobernador quedaron sin respuesta. Sus padres, inmigrantes, fueron incapaces de lograr los apoyos necesarios. Sin embargo, sus ruegos continuaron. Consiguió llamar a una cadena de televisión local desde una cabina telefónica del hospital. Al equipo de televisión que se presentó en el hospital se le negó la entrada, pero la vieron en una

ventana del tercer piso, golpeando los cristales, y pudieron grabar diez segundos de vídeo antes de que se la llevaran. La cadena terminó haciendo una pieza corta en la que se yuxtaponían fotografías a todo color de su lujosa boda de alta sociedad, duras imágenes de la mansión afectada por el incendio y una imagen oscura y llena de grano de su rostro contorsionado detrás de los barrotes de protección de la ventana del hospital. Su marido declinó hacer declaraciones; su médico no pudo ser localizado.

A los tabloides les encantó la historia y añadieron fotografías, hechas por *paparazzi*, del marido relajándose en yates y campos de golf. En un lateral, se incluía un listado de las posesiones internacionales de su conglomerado empresarial, junto con estimaciones del alcance de su fortuna. Poco después, hizo pública una declaración: el informe médico demostraba de manera concluyente que su esposa padecía esquizofrenia aguda. Estaba recibiendo el mejor y más humanitario tratamiento disponible. Era un asunto familiar trágico y absolutamente privado.

Llegado este punto, apostaría a que la paciente que aparece en el reciente artículo de Parnell y Caridad Jaeger son la misma persona. Necesito saber cómo y por qué la eligió a ella, y si la conexión es solo con ella o también con Bob. ¿A qué Jaeger pertenece el libro de las ballenas? ¿Forma parte Russell Parnell, de alguna manera, del equipo de Jaeger?

Mi única pista: una tienda de segunda mano en Falmouth, Massachusetts. Hago una búsqueda y descubro que solo hay una tienda de segunda mano en Falmouth. Distancia por carretera: una hora y veintisiete minutos. Llamo a la oficina, dejo un mensaje explicando que no voy a ir a trabajar mañana y me pongo dos despertadores para las seis de la mañana, para asegurarme de que me levanto.

El Más Allá Celestial está en un antiguo granero no lejos del centro del pueblo. Nada más entrar por el espacioso umbral hay un maniquí que da la bienvenida a los visitantes, con las caderas inclinadas y una mano elevada al estilo de la reina Isabel saludando desde un desfile. El maniquí lleva una estola de visón, guantes blancos hasta el codo y un tocado con velo. Nada más. Agrupados a su alrededor hay un cortacésped marca John Deere, un trineo de nieve antiguo y un conejo hinchable de metro veinte con grandes dientes saltones. Tal vez este no sea el mejor ambiente laboral para alguien que intenta mantener contacto con la realidad. ¿Pero qué sabré yo?

En el interior hay cuatro o cinco pasillos que recorren toda la tienda desde una parte delantera luminosa hasta la penumbra posterior. Lámparas y batidoras usadas, libros y juegos estropeados, figuritas rotas y Dios sabe qué más cosas apiladas en las mesas. Hay alfombras, muebles y utensilios de cocina almacenados en la parte de atrás. Parece que buena parte de las «diez mil cosas» de las que escribió Lao-Tsé están aquí reunidas. Una mujer obesa con un incongruente rostro de elfo está sentada

detrás de la caja registradora, sin quitarme ojo. Hay otra empleada trabajando a la mitad del ancho pasillo central, desenvolviendo loza y colocándola sobre una mesa. Veintitantos años y, por lo menos, diez kilos más gorda que en sus fotos de boda. Caridad Jaeger.

Sonrío a la cajera.

—Estoy buscando platos.

Señala con la cabeza hacia el centro de la tienda.

A unos pasos de la señora Jaeger me detengo a coger una máquina para hacer helados de los años cincuenta. Es tan mona que me planteo comprarla. La cojo para mirarla.

—¿Tenéis el azucarero a juego?

Ella frunce el ceño, se acerca a donde estoy yo y repasa lo que hay sobre la mesa.

—Pensaba que sí. Déjeme ver. —Empieza a rebuscar entre platos y bandejas viejas. Será un par de centímetros más bajita que yo, con el pelo tan negro como el mío. Lo lleva grasiento, en coleta, con mechones sueltos que se le enroscan detrás de las orejas. Tiene las pestañas largas y rizadas y una nariz perfectamente formada. Aros de oro pequeñitos en las orejas, como los que llevan las niñas.

—Pensaba que lo teníamos —repite—, pero no lo veo.

—También estaba buscando una nevera.

—Se las puedo enseñar.

—Por favor.

Camina hacia la parte de atrás de la tienda muy despacio, como para subrayar el hecho de que en El Más Allá no hay por qué darse prisa. Al final del pasillo doblamos una esquina y desaparecemos del campo de visión de la cajera; ella se detiene ante una nevera Frigidaire de color verde.

—Un tono interesante —comento.

—Es aguacate.

—Estaba pensando en blanco.

—Ah. —Da unos pasos por la fila—. Aquí hay una. Marca Maytag.

Lleva vaqueros y una sudadera con capucha gris de la Universidad de Massachusetts un par de tallas más grande de la que sería la suya. Los pulgares le salen de agujeros en los puños, como si fueran una especie de guante. Tiene los dedos sucios y va encorvada.

—Suelen tener un ancho de 76 o de 91 —dice—. ¿Qué tamaño buscaba?

—No estoy segura. Tendré que ir a casa y medirlo.

—Se supone que hay que dejar un par de centímetros a cada lado. Y tiene que decidir si quiere que la puerta se abra hacia la izquierda o hacia la derecha.

Tiene los ojos castaños, color bellota, sin vida. En realidad no está presente. No sabría decir si es por la enfermedad, por la medicación o si será un embotamiento defensivo. Solo sé que me invade una tristeza profunda y fría. Hay demasiada gente que deja este mundo antes incluso de que sus vidas comiencen.

Se siente incómoda con mi forma de mirarla.

—¿Quiere alguna cosa más?

—También me interesan las ballenas.

—¿Qué?

—La ballena franca glacial. ¿Usted no sabrá algo sobre ellas, por casualidad?

—¿Qué? —Le tiembla el labio. Ahora me doy cuenta de que tiene una boca carnosa y suave.

—La verdad es que estaba buscando un libro —le digo—. Tengo este y me gustaría encontrar otro parecido. —Saco el libro de mi mochila.

Sus ojos se agrandan, como si le hubiera dado un calambrazo. Apoya una mano en la puerta de la Maytag. No la abre, solo sujeta el picaporte. Con la otra mano se aferra a una pequeña cruz dorada que lleva al cuello.

—¿De dónde lo ha sacado? —me pregunta.

—Russell Parnell.

—Oh. —Suelta la puerta del frigorífico y se coloca el pelo detrás de las orejas, nerviosa—. ¿Se lo dio él? —Su tono despreocupado revela su decepción.

—No es más que un préstamo. —Pongo el libro sobre una mesa, un poco por demostrar que no me pertenece del todo.

Pone la mano sobre la cubierta, con los dedos desplegados, un gesto al tiempo tierno y resignado.

—Se suponía que era solo para él. Por algo de lo que hablamos, solo entre nosotros.

—De forma que el nombre... —Lo abro por la primera página para enseñárselo. Pero ya conozco la respuesta.

—Siempre pongo mi nombre en los libros. Porque son míos. —Suspira—. Este fue mi regalo a Alejandro.

—¿Alejandro? —Entonces me acuerdo del segundo nombre de Parnell, el que vi en la web.

—Fue muy amable conmigo. Creyó todo lo que le conté.

Entonces hay algo que hace clic.

—Hubo otros que no te creyeron.

—Por supuesto. Estoy muy enferma. Mi enfermedad me dice mentiras y yo se las cuento a otros. Ni siquiera yo sé lo que es verdad.

—Pero Alejandro te creyó.

—Sí. —Su hermosa boca se relaja y sonrío—. Es uno de los ángeles. Rezo por él todos los días. —Se pierde por unos momentos y luego echa la barbilla hacia delante con beligerancia—. ¿Usted quién es?

—Soy una amiga de Alejandro. Estábamos hablando de... de estas ballenas. Y sobre una empresa, una empresa pesquera que... Bueno, está haciendo cosas sospechosas. —No estoy segura de cuánto más decir—. Me enseñó el libro y cuando vi el ex libris con solo el apellido, no sabía si el libro era suyo o si era de...

—No. No diga su nombre. —Sus mirada recorre a saltos el pasillo—. Está en todas partes, como el diablo. Le volverá loca, le dará electrochoques. —Baja la voz y alza una mano sucia y delicada—. Si escucha, puede oírle zumbiar.

Escucho en silencio y oigo el zumbido de las lámparas fluorescentes.

Ella se echa hacia atrás, con los ojos repentinamente abiertos y congelados ante la visión de algo que tengo a mi espalda.

Me doy la vuelta enseguida, medio esperando toparme con el mismísimo Bob Jaeger. Pero solo es la cajera gorda, de pie al fondo del pasillo central.

—Caridad, ¿qué estás haciendo? —Lo pronuncia mal.

El rostro de Caridad se afloja. Con un extraño movimiento serpenteante, le da la espalda a la mujer, como si no la hubiera oído.

—Estoy haciendo reformas —le digo a la cajera con una sonrisa rápida, de negocios—. Una casita en la playa. Necesito una cocina entera, con todos los electrodomésticos y demás. Esta joven está siendo de gran ayuda.

Los pantalones de chándal de la cajera se le abolsan en los tobillos. Sus pies parecen imposiblemente pequeños bajo la gran bóveda invertida de sus caderas. Gruñe, se sube los pantalones y se marcha.

—¿Hay algún sitio privado donde podamos hablar? —le digo a Caridad.

—¿Sobre qué? —Está huraña, como una niña castigada.

—Por favor. Creo que podríamos ayudarnos la una a la otra.

Se aprieta la cruz de oro entre los dedos y murmura:

—¿Cómo está Alejandro?

—Estaba bien cuando le vi anoche, pero está en peligro. Una gente le anda buscando. Quiero ayudarle, pero necesito saber más cosas sobre lo que está pasando con las ballenas. Él no me lo quiere contar, y ahora sé, después de conocerte a ti, que es porque no quiere que te hagan daño.

No dice nada, pero lo digiere todo, siempre toqueteando la cruz, tirando de ella a la izquierda y a la derecha de la cadena. Finalmente, dice:

—Mi hermana me recogerá pronto para llevarme a casa. Ella tiene el dormitorio grande; yo, el pequeño. A veces salgo de casa sola de noche. Pero está oscuro y no sé a dónde ir. Ella no es mi hermana de verdad. Soy una hija de Dios. —Camina por el pasillo hacia una cocina, posa la palma de la mano sobre el quemador—. ¿Quieres una cocina?

—No —le digo, siguiéndola.

Va bailoteando unos pasos más hasta otra cocina, abre la portezuela delantera, que cruje sobre su bisagra oxidada.

—¿Un horno?

—No, gracias.

—No. Tú no necesitas un horno. —Cierra la portezuela despacio, con algo parecido a la pena.

Nos quedamos paradas en el pasillo, mirándonos. No tengo ni idea de lo que se le

está pasando por la cabeza.

—No tienes que contarme nada, Caridad. Creo que ya lo sé. Hace unos años, hiciste unas acusaciones contra tu marido y se descubrió que estabas enferma. Alejandro vino aquí para hacer un artículo sobre tu tratamiento. Te conoció y adivinó que lo que te había pasado no era tan sencillo. No fue tan sencillo, ¿no es así, Caridad? Intentabas contar algo. Algo que era verdad.

—No lo sé. No me acuerdo de nada. —Se le llenan los ojos de lágrimas rápidamente.

—Piensa, Caridad. Lo que dijiste sobre tu marido. ¿Hablaste con Alejandro sobre eso?

Se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano antes de que terminen de caer.

—Me dijo que averiguaría si se puede probar.

—Creo que eso es lo que está intentando hacer. No estaba segura de por qué exactamente hasta ahora. Si puede demostrar que lo que decías era cierto, se te hará justicia, ¿verdad?

—Ojalá volviera pronto.

—¿A dónde podemos ir a hablar? —le digo.

Agacha la cabeza mientras su mirada se desplaza hacia un lado. Es un gesto astuto, poco atractivo, la señal de una persona que tiene secretos vergonzosos, o que está intentando esconder un desprecio crónico. Corro hacia atrás, hasta los frigoríficos, recupero el libro de las ballenas, lo meto en mi mochila y la sigo. En la esquina trasera del edificio, cerca de una puerta señalizada con «Solo Salida de Emergencia», se detiene. La zona está mal iluminada y vacía, excepto por unas cuantas mesas plegables apiladas contra la pared.

—Bob me llevó a la India de luna de miel —dice Caridad—. Al interior del país. Había otras cuatro o cinco parejas más. Nos alojamos en tiendas con nativos que cocinaban para nosotros y recogían leña. Los hombres jugaban al fútbol por las tardes. Por el día íbamos en *jeeps* por los bosques, por caminos estrechos. No sabía exactamente dónde estábamos. Pero era precioso, como estar en una parte secreta del mundo donde nadie había estado antes. Encontramos una manada de elefantes y la seguimos durante días. Todos los días los hombres disparaban a dos o tres. Las madres, las crías... les daba igual. Los elefantes rugían. Chillaban exactamente igual que las personas y marchaban de estampida contra los rifles. Pero los *jeeps* eran más rápidos y siempre escapábamos. Todos se reían con las bocas muy abiertas, también las mujeres.

»Después de unos días, me quedaba dentro de la tienda. Casi no me podía mover. Veía continuamente a los elefantes en mi cabeza, escuchaba los sonidos que hacían. Cuando salía de la tienda, los indios me señalaban con el dedo, gritando: “Sanaki, sanaki”. Loca. Quería que Bob me llevara a casa, pero por supuesto no lo hizo. Los hombres como él no escuchan a nadie. Yo no sabía que el matrimonio iba a ser así. Pensé que iba a ser mejor. —Suspira brevemente ante su propia ingenuidad, se pone

rígida, sigue con su historia—. Volvía a la tienda por las noches oliendo a sangre y quería que yo le hiciera el amor. Yo no podía, y él me dijo que yo no valía nada. No tenía con quién hablar.

Levanta la cabeza como si estuviera viendo a alguien. Yo también miro, pero no hay nadie. Caridad cruza los codos sobre el pecho.

—Odio a esa mujer. Carla.

—La cajera.

—Sí. ¿Qué hora es?

Miro mi reloj.

—Las doce menos diez.

—Mi hermana va a venir pronto.

—Tienes tiempo.

Se apoya contra la puerta antiincendios. Tengo miedo de que la abra y dispare la alarma, pero no le digo nada. Su cabeza se gira hacia el techo y sigue con su historia en un tono monótono.

—Descubrí que Bob y sus amigos iban de safari, viajes de caza, como los quieras llamar, todo el tiempo. Se referían a sí mismos como... una especie de club... no me acuerdo del nombre. Había puntuaciones, y apuestas, y se jugaban dinero. No iban siempre juntos. A veces solo iban dos o tres a algún sitio. Hacían películas y las ponían en casa.

»Luego a Bob se le ocurrió la idea de cazar ballenas. Hablaba de ello mucho con sus amigos. Tenía una empresa. Sagga, Santi... no lo sé. —Miraba por encima del hombro un árbol de Navidad artificial.

—Soga.

—A lo mejor. En todo caso, fui a la policía a contarles lo de los elefantes y las ballenas. Me dijeron que lo investigarían, pero pasaron las semanas sin que sucediera nada.

—¿Y qué pasó con el incendio, Caridad? El fuego que provocaste.

—Ah, eso. —Lanza una risa hueca—. No recuerdo haberlo provocado. Solo recuerdo despertarme con todo aquel humo en el dormitorio. Bob no estaba a mi lado. Salí corriendo hacia el salón, había llamas por todas partes, llegaban hasta el techo. Salí a la calle y vino Bob, me tapó con un abrigo y estuvimos contemplándolo hasta que llegaron los camiones de bomberos. Luego vino una ambulancia y me metieron dentro y me ingresaron en un hospital. Le dije a la gente una y otra vez lo que estaba pasando con los animales, pero a nadie le importaba.

Se pone firme y sonríe un poco, con frialdad.

—Dile a Alejandro que haga lo que mejor le venga a él y que no se preocupe por mí. Dile que estoy bien. Mi querido Dios se ocupa de mí.

—¿Te están tratando mal?

Parpadea deprisa, como si no comprendiera la pregunta.

—Me dicen que estoy bien cuando me tomo las medicinas. Quiero irme a casa,

pero no tengo casa. ¿Cuándo volverá Alejandro? —Se aprieta la cruz con fuerza contra la base del cuello.

Capítulo 20

Regreso de Falmouth a tiempo de recoger a Noah del colegio para que Thomasina y Max puedan pasar el puente en Foxwoods. Thomasina le ha metido un pijama en la mochila, pero se acuesta en el sofá del salón con la ropa sucia del colegio, menos los pantalones. Pienso que no es mi trabajo hacer que se ponga tal ropa, ni que coma tal cosa, ni que piense o sienta de determinada manera. Esta actitud es la que me haría ser o bien una madre horrible, o bien una realmente buena. Con un poco suerte, nunca lo descubriré.

A las siete de la mañana del sábado, me abro paso medio dormida hasta la cocina a hacer café, con idea de pasar de puntillas por el salón y no despertar a mi joven huésped. Lo primero que me encuentro es una serpiente negra de piezas de dominó meticulosamente colocadas que recorre todo el suelo. Empieza en medio de la plataforma elevada de pizarra de la chimenea, se extiende hasta el borde, sigue por el suelo de madera, discurre en paralelo a la alfombra persa, traza curvas por el pasillo, estrictas y diversas formas geométricas al entrar en el comedor y (tengo que seguirla para ver por dónde va) se ramifica en dobles senderos que se entrecruzan varias veces antes de converger en una doble hilera que termina en una espiral que da cuatro o cinco vueltas debajo de la mesa.

Las fichas de dominó las guardo en un baúl debajo de la estantería. Para solaz de Noah llevo años comprándolas y he amasado una cantidad ingente. Para este diseño debe de haberlas usado casi todas. Es uno de los mejores que ha hecho. Probablemente haya estado despierto varias horas esta noche, y ahora está frito en el sofá, con la almohada en el suelo y las sábanas y las mantas hechas un caos, como afectadas por un pequeño temporal.

Voy a la cocina, y empiezo a preparar tostadas francesas. Unos minutos después, me aparto del fuego y le veo de pie en el umbral de la puerta.

—Buen trabajo —le digo.

—¿Quieres hacerlo tú?

—¿No quieres comer primero?

Sacude la cabeza.

Apago la cocina y le sigo hasta la sala de estar. Nos colocamos ceremoniosamente ante la primera pieza de dominó al borde de la chimenea. Me preocupan las irregularidades de la pizarra, la altura de la caída hasta el suelo, el ángulo recto hacia la derecha al entrar la hilera del comedor. La energía tendrá que fluir exactamente al mismo ritmo por las filas pareadas para que converjan sin problemas, y si hay una sola pieza ligeramente fuera de su sitio, la espiral se detendrá sin remedio.

Con frialdad, como un piloto preparado para el despegue, Noah me pregunta si estoy preparada.

—Preparada —respondo.

Con suavidad, empuja la primera ficha con un dedo. Las teselas de plástico van cayendo a un ritmo regular; cada una hace su propio clic, que fluye hacia el siguiente creando un sonido como de metrallata. Se produce medio segundo de silencio cuando la ficha, al final de la chimenea, cae con precisión sobre la que hay en el suelo, y luego sigue el eficaz repiqueteo. Noah y yo no podemos apartar la mirada del espectáculo de colapso controlado que tiene lugar, sin agente activo aparente, por toda la habitación. Seguimos el movimiento por el vestíbulo, luego el comedor, hasta que cae la última ficha y el repiqueteo cesa de repente.

Noah deja escapar un suspiro feliz de objetivo cumplido y yo sonrío de puro placer. El principio de un buen día. Sirvo las tostadas; él engulle una primera tanda y pide más. Se traga dos vasos de zumo de naranja, eructa y me ofrece una de sus raras y gloriosas sonrisas.

Sé muy bien que no tengo por qué preguntarle por qué él, que lleva apenas una década en este mundo, gran parte de ella por debajo de la edad de la razón, estaba despierto y alineando obsesivamente cientos de cuadraditos negros durante horas en mitad de la noche. Todos tenemos nuestros métodos para sobrevivir en esta vida. Puede que las defensas de Noah sean más elaboradas que las de otros niños, pero también es cierto que las tuyas tienen mucho trabajo que hacer. Después de una larga discusión sobre la probabilidad de vida en otros planetas y otra sobre los desafíos de construir túneles submarinos, después de un plátano, un chocolate caliente y una partida del ahorcado, se marcha a perderse en su portátil.

Unos minutos más tarde regresa.

—¡Lo encontraste! —Lleva el móvil en alto.

—Es verdad. Estaba entre los cojines del sofá. Se te debió de caer del bolsillo la última vez que estuviste aquí. Perdona. Te iba a llamar.

—Ahora le puedo decir a Max que yo tenía razón. ¡*Estaba* aquí!

—¿Le dijiste a Max que te dejaste aquí el móvil?

—Ajá. No paraba de preguntar por él. No veas qué maniático del control es.

—¿Maniático del control? —Una expresión rara en boca de un niño de quinto curso.

—Eso es lo que dice mamá.

—¿En serio? ¿Dice eso de Max?

—No, yo lo digo sobre Max. Ella lo dice de cualquiera que no le caiga bien.

—Ah, entiendo. Así que supongo que no te cae bien Max. ¿Por qué?

—Tarda mucho en el baño y mi madre se comporta de una manera extraña cuando él anda por casa. Además, huele mal.

—Sí, eso también lo he notado yo. Las tres cosas que dices, la verdad. —Una pausa—. ¿Se porta bien contigo?

—Supongo que sí.

—Me pregunto por qué le importa tanto tu móvil. —En el momento en que esas

palabras salen de mi boca, me acuerdo de que Max estaba hablando con Noah de su móvil en el funeral. ¿Qué querría? Y luego me acuerdo de otra cosa: el hueso de ballena de Noah. No me puedo creer que no me viniera a la mente en cuanto Parnell me enseñó el libro de las ballenas. ¿Es posible que la historia que Ned le contó a su hijo fuera cierta, al menos en parte?

—Noah, no le habrás enseñado a Max tu hueso de ballena, ¿verdad?

—Ni hablar. Lo escondí en la caja, ¿te acuerdas? Y no le pienso enseñar las fotos tampoco.

—¿Qué fotos?

—Las que me mandó mi padre. Mira, son superraras. —Aprieta unos botones de su móvil, me lo pasa y se queda de pie a mi lado, mirando por encima de mi hombro mientras lo examino.

Hay una imagen con mucho grano, gris, poco clara. Miro más de cerca y veo que es una playa cubierta de niebla. Desperdigados hay montículos suaves medio sumergidos en arena húmeda y oscura. No hay gente, no hay puntos de referencia. Solo un grupo de cosas blancas clavadas en el suelo. Algunas rectas, otras torcidas. Algunas terminan en punta, otras no. No puedo juzgar su altura porque no hay nada en el encuadre con las que las pueda comparar. No tengo ni idea de lo que son. Mi mejor intento: que son retoños de abedul sin ramas plantados en hilera, o más bien en cuadrícula. Cuento que son siete por cada lado, pero esos no serían más que los que caben en la foto.

—¿Así que esto te lo mandó tu padre?

Noah asiente.

—De la cámara de su móvil.

—¿Hay más?

Me enseña dos más que son prácticamente iguales. No soy capaz de distinguir ningún detalle que pueda ayudarme a explicar las imágenes. Pero sí hay una fecha: el 7 de agosto. Eso es poco antes de que Ned se marchara de Ocean Catch. Las fotos fueron tomadas con pocos segundos de diferencia.

Cosas extrañas, azarosas, se van conectando en mi cerebro y me arrastran hasta una pregunta.

—Noah, cuando dices que Max huele mal, ¿te refieres a que huele a Old Spice? ¿O a otra cosa?

—¿Qué es Old Spice?

Claro, no tiene por qué saberlo. Pero yo sí quiero saberlo, y de inmediato.

—Vayamos a la farmacia. Venga, coge tu abrigo. Te compro una hamburguesa de vuelta a casa.

—Acabo de comer tostadas francesas.

—Ah, es verdad. Entonces vámonos y ya está.

En Walgreen's, cojo el icónico frasco en forma de boya de un estante, lo pago, lo abro en el coche y lo coloco bajo la nariz de Noah.

—Puaj —dice, y sacude la mano debajo de sus orificios nasales.

—¿Max? —le pregunto.

—Sí. Así huele por las mañanas. El olor realmente asqueroso es el de por la noche.

—Un olor asqueroso diferente a este.

—Muy diferente.

Parece que nuestro Max es un hombre de dos colonias.

—Una parada más, entonces. ¿Te apetece? ¿Crees que tu nariz podrá soportarlo? Él ríe. Se está divirtiendo.

—Pues claro, Pirio. Vamos a oler cosas.

Hay una tienda de aceites esenciales en Allston. Un sitio largo y estrecho con una cortina de cuentas que separa una trastienda, pósteres estilo New Age en las paredes y baldas con viales de cristal que contienen aceites de todas partes del mundo. Visité el lugar una vez cuando estaba intentando recomponer la fragancia personal de mi madre. Los aceites eran baratos, probablemente diluidos. Algunos claramente habían dejado atrás su mejor momento. Pero para esto, bastarán.

La propietaria, detrás del mostrador, lleva pantalones morados de falso terciopelo y una camiseta de tirantes. Tiene el aura de alguien que lleva años intentando ser espiritual, y que, no obstante, ha sido incapaz incluso de aliviar ligeramente su constante irritación y disgusto ante la totalidad de la raza humana. Le digo que mi amigo y yo estamos interesados en probar cuatro aceites diferentes: palisandro, sándalo, madera de agar y musgo de roble. Se parecen lo suficiente como para obligar a distinguirlos, y son lo bastante diferentes como para que los no iniciados los puedan distinguir. La mujer coloca los viales sobre el mostrador de cristal a unas cuatro pulgadas de distancia entre ellos. Quita los corchos y me lanza una mirada que me traslada que a ella este juego no le divierte.

—¿Está Max en alguno de estos? —le pregunto a Noah.

Obedientemente, se lleva cada uno de los viales a la nariz y experimenta una reacción. Sacude la cabeza, arruga la nariz, olisquea por segunda vez, frunce el ceño o sonrío. En el tercer vial dice:

—Este es él. —Le pido que se tome su tiempo, que esté seguro. Y obediente, huele el cuarto vial, repasa toda la fila—. Es este seguro —dice. Madera de agar.

Estupendo. Ahora ya lo sé. Max es quien se coló en mi apartamento, dejando el rastro de su colonia de base pesada. Sin duda, le envié Johnny, que sabía exactamente dónde iba a estar durante más o menos una hora. No me extraña que Johnny tuviera tantas ganas de invitarme a su casa. Pero Max no encontró el teléfono y ahora está en mi poder, y solo Noah y yo hemos visto las fotos que tiene ahí almacenadas, pruebas

de no sé qué. Supongo que en el proceso de localizar el móvil, Max se tropezó con Thomasina y su fondo fiduciario y decidió entretenerse.

Intento no mostrar alarma, pero soy incapaz de impedir que en la voz se me note la urgencia.

—Venga, Noah. Vámonos a casa.

—Espera. ¿Puedo oler un poco más?

—Sí, supongo. O sea, claro que puedes. —Se merece un poco de diversión por su paciencia y, llegados a este punto, tampoco van a importar unos pocos minutos más o menos.

Consigo sonreír con dulzura a la propietaria.

—¿Podríamos probar un par de florales? Tal vez rosa y jazmín. Y algunas frutas: pomelo, naranja, mango. ¿Y qué tal pachuli, bálsamo, vainilla? Oh, ¿y tiene almizcle?

La propietaria procede malhumoradamente a reunir el montón.

Noah huele profunda y concentradamente, como un entendido en vino. Probablemente nunca antes haya experimentado del todo las posibilidades de su nariz. Con cada olisqueada hace un leve asentimiento de cabeza. Cuando coge el almizcle, echa hacia atrás la cabeza de repente.

—¡Oh, vaya!

Sonrío.

—¿Quieres saber un dato loco?

—Sí.

—Eso sale del ano del gato almizclero.

—¿Ano?

—Culo.

—¡Qué pasada! —Sus ojos se abren como platos.

—Parece de broma, ¿verdad? Es un ingrediente frecuente en perfumería. Imagínate, todas esas señoras elegantes que se dan toques detrás de las orejas de Shalimar y de Chanel N.º5 en realidad se están echando culo de gato.

—¡Mola!

La propietaria, casi gruñendo, vuelve rápidamente a ponerle los tapones a sus botellas. Pero para Noah, enterarse de esta arcana trivialidad ha convertido el viaje en un gran éxito.

Ya en casa, sirvo chocolate caliente en tazas. Noah mete un puñado de pequeños malvaviscos en la suya. Le pregunto si puedo enviar las fotos a mi ordenador y borrarlas de su teléfono.

Se le oscurecen los ojos.

—No, son mías.

—Vale. De acuerdo. —Noah no se empeña en hacer su voluntad muy a menudo,

pero cuando lo hace es difícil moverle, especialmente cuando tiene razón. Fue su padre quien le envió las fotografías. Por supuesto que no quiere renunciar a ellas. Es mejor que me achante y vuelva más tarde dando un rodeo. Por suerte, él mismo cambia de tema, aunque no se dirige hacia un lugar más seguro.

—¿Por qué querías saber cómo huele Max? —Toca el borde de su taza, pero no bebe. Le gusta esperar que los malvaviscos se pongan pegajosos.

—Supongo... Hmm. —Me ha pillado con la guardia baja y no sé qué decirle. Probablemente vuelva a ver bastantes veces a Max y no quiero que se asuste.

—¿Por qué, Pirio? ¿Por qué querías saberlo? —Va directo como una flecha, igual que se pone Thomasina cuando está a punto de estallar.

No veo una manera de salir de esta.

—Oí su colonia en mi casa. Creo que vino a buscar tu teléfono un día que yo no estaba en casa. Por eso sería mejor sacar de ahí las fotos y enviarlas a mi ordenador.

Agacha la cabeza. Se lleva la taza a los labios y sorbe. El cacao salpica la mesa. Está haciendo burbujas, ganando tiempo. Sabe que hay muchas cosas que no le estoy contando. También sabe que él no es el único capaz de mostrarse terco. El interrogatorio directo no le va a llevar muy lejos y de todas formas, hay demasiadas preguntas. No sabe por dónde empezar. Parece que toma una decisión, levanta la cabeza y se lanza a la pregunta que realmente quiere hacer:

—¿Se va a casar mi madre con él?

—Es difícil de saber. Acaban de conocerse. A veces los mayores se emocionan mucho al principio de las relaciones y luego la cosa se desinfla.

—No para de preguntarme si me cae bien. Dice que es muy guay, que tengo que darle una oportunidad. Pero a mí no me gusta. Quiero que se vaya. —Tiene las manos rígidas, pero una traza de vulnerabilidad le agarra la voz en la garganta.

—Oh, Noah. Ahora mismo todo está hecho un desastre. Hay muchas cosas que resolver. Con Max, con tu madre. Con un montón de cosas que están pasando. Tenemos que hacer las cosas de una en una. Las fotografías, por ejemplo. ¿Me dejas por favor quitarlas de tu teléfono y ponerlas en mi ordenador, donde podrás verlas siempre que quieras?

—¡Son mías! ¡Son *mías*!

—Lo siento, Noah. Sí que lo son.

—¡No me estás contando lo que está pasando! ¿De qué son esas fotos? ¿Por qué no me lo cuentas? ¿Por qué nadie me cuenta nada? ¡Todo el mundo tiene secretos, y yo no le importo a *nadie*!

—Oh, Noah. A mí sí me importas. Me importas muchísimo. —Quiero abrazarle, pero está demasiado enfadado. Le arden los ojos, y la voz le sale ronca desde las profundidades de las que está hablando.

—¡No es verdad! ¡No es verdad, Pirio! ¡Yo no te importo!

—Por favor, Noah.

—¿Por qué no me dejas vivir contigo? Puedo dormir en el sofá. Recogeré mis

cosas y estaré muy callado, te lo prometo. ¡Te lo *prometo*, Pirio!

—Oh, Noah. —Se me están llenando los ojos de lágrimas—. Oh, cielo.

Se produce un silencio, fuera de este mundo. Su mirada desnuda, llena de dolor y de esperanza. Se me revuelve el estómago ante las duras palabras que debo decir.

—Siempre seré tu amiga, Noah. Y espero que tú siempre seas mi amigo. Quiero que seamos los mejores amigos durante tanto tiempo como tú quieras.

Coge aire con fuerza por la nariz y lo retiene, ensanchando el pecho. Luego con todo el brazo barre las dos tazas de chocolate de la mesa. Estallan contra un armario bajo y se rompen en mil pedazos. Hay porcelana rota sobre un charco cada vez más grande en el suelo, con salpicaduras de chocolate por todas partes.

En sus ojos veo la pasión de Thomasina. Y también algo sólido, honesto y valiente. Como Ned.

—Te quiero, Noah. —Las palabras han salido de mi boca antes de que las pudiera parar, esas palabras que no quería decir. Y todas las palabras que vienen detrás, las palabras que *tienen* que venir detrás para que sean verdad y tengan sentido, están ahí mismo, en mi garganta.

—Pirio, yo también te quiero. —Y viene a mis brazos y nos abrazamos y nos mecemos en silencio.

Le quito el pelo de los ojos.

—Noah, escucha. Te prometo que te cuidaré si algún día... pasa... algo.

Ahí está. Dicho queda. Hecha la promesa. Ahora no me puedo echar atrás.

Él está quieto, callado, como si no me hubiera oído. Pero sé que lo ha hecho.

Se hace la paz entre nosotros.

Esa noche, cuando está dormido, llamo al móvil de Thomasina. Unas veinte veces. Le dejo cinco o seis mensajes rogándole que me llame y asegurándole que Noah está bien. Finalmente llamo al hotel. Se han registrado con el nombre de ella, cosa que me resulta rara, hasta que me doy cuenta de que probablemente sea ella quien paga. Nadie responde en su habitación, así que dejo otro mensaje al conserje.

Me llevo el móvil de Noah al dormitorio y me envió las fotos al ordenador y al iPhone por *email*. Mañana le contaré a Noah lo que he hecho. Le explicaré que le devolveré las fotos una vez sepa de qué son. Hasta entonces, no podemos correr el riesgo de que Max las encuentre. Le diré que estoy bastante segura de que esto es lo que su padre querría que hiciéramos. Espero que a Noah le parezca bien así.

Cerca del amanecer me vibra el móvil.

—Pirio, ¿eres tú? —Su voz suena frágil y distante.

—¿Cómo se te está dando la ruleta? —le digo, aún grogui.

—Ya no estoy allí. Estoy en casa.

—¿Estás en casa? ¿Cuándo has llegado?

—Hace unas horas.

Me sobreviene el terror. Ahora ya solo hacen falta unos segundos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Noah está durmiendo?

—Por supuesto que está durmiendo. Son las cinco de la mañana. Está en el sofá, en el salón.

—¿Qué tal está?

—Está bien —digo con sequedad. Este problema en el que se ha metido es malo

—. ¿Qué pasa?

Un suspiro profundo, con un gemido que sale burbujeando desde su centro.

—La he cagado. Hasta el fondo.

La escucho sollozar suavemente. Estoy enfadada, aunque no estoy segura de por qué. Y cansada.

—Por favor, Pirio. Sé lo que estás pensando.

—¿Quieres venir?

—No quiero que Noah me vea. —De nuevo esa voz menguada, el sollozo reprimido.

—¿Dónde está Max?

—Me ha jodido. Dios, cómo me ha jodido.

El suelo de mi estómago quiere arrastrarse lejos de esta conversación. Mi coronilla quiere salir volando. Estoy pensando en lo calentita que está mi cama y en que no voy a volver a ocuparla en lo que queda de madrugada.

—Entiendo que no está contigo. —Parece bastante sobria. Sobria y hecha polvo.

—Si lo estuviera, le arrancaría el corazón y se lo metería por la garganta.

Aquí es donde empiezo a perder el control. La lástima de sacarina y el vil sarcasmo luchan por dominarme. La lástima quiere exclamar: «Por favor, Thomasina, ¿por qué sigues haciéndote putas tan estúpidas a ti misma? Como si tu vida fuera un viaje en ascensor sin paradas hasta lo más hondo». Y el sarcasmo me llena la boca, no de ninguna palabra en concreto, sino del amargo sabor de sí mismo.

Le pregunto con cansancio qué ha pasado y Thomasina me cuenta su historia. Es larga, complicada, llena de autojustificaciones y probablemente en parte falsa, ya que está siendo compuesta y empaquetada para que yo la consuma tras una niebla de alcohol y el agrio *shock* de la humillación. Quiero resistirme a dejarme llevar por el drama —*cíñase a los hechos, por favor, señora*—, pero me absorbe de todas formas. Todavía quiero creer en ella, todavía quiero verla salir a rastras de su oscura cueva y ganar. La esperanza sigue pudiendo más que la experiencia, aunque lleva ya una buena paliza. Esta interminable esperanza que siento podría ser amistad o podría ser una negación de la realidad.

Resumiendo: Thomasina se achispó, sacó diez mil dólares de su cuenta corriente para comprar un vestido plateado estilo Afrodita y unos accesorios chulos. El resto lo colocó en una mesa de póquer de apuestas altas. Ganó, perdió, ganó, perdió. Se marchó de allí con aproximadamente la misma cantidad con la que había empezado

en su elegante carterita de satén. Sintiéndose bastante bien consigo misma. No es una pardilla. La niña de papá jugadora, con un microprocesador por cerebro y el nivel justo de agallas. Y en este punto, el listo de Max la convirtió en una borracha, le echó algo en la bebida que la dejó loca. Tuvo que llevarla prácticamente en brazos a la habitación, donde se desplomó sobre la cama. Cuando se despertó, la carterita de satén estaba abierta sobre la cómoda y solo contenía un pintalabios. La ropa de Max había desaparecido del armario. Le llamó al móvil. Resulta que ya estaba de vuelta en Boston. Le dijo que ella se había jugado todo el dinero porque estaba ida y que le había arañado la cara con las uñas cuando intentó arrastrarla lejos de la mesa de juego. Le dijo que era una mujer enferma y peligrosa y que no quería volver a verla.

Salgo de la cama y voy a la cocina silenciosamente para no despertar a Noah. Sigo con el teléfono pegado a la oreja, aunque del otro lado no me llegan más que explosiones alternas de autojustificación y autocompasión. La verdad es que estoy aliviada. No es más que dinero malgastado, no un accidente mortal ni una detención por drogas. Me sirvo un vaso de leche y saco unas galletas de menta de las *girl scouts* de una caja.

Thomasina se aclara la garganta y me pregunta si quiero saber la verdad.

—Sí, claro. —«Esta va a ser buena». Muerdo una galleta.

—Ese hijo de puta me ha robado el dinero. Hasta me miré debajo de las uñas para asegurarme y no había carne.

Ante esto sacudo la cabeza. Qué chica tan ingeniosa.

—¿Me crees? —me pregunta con voz queda pero exigente.

Barro las migas con la mano, sorbo la leche del vaso frío y lo pongo sobre la mesa de la cocina. ¿La creo? Thomasina es más que capaz de jugarse diez mil dólares en una borrachera amnésica, o incluso simplemente con un punto de embriaguez. Si Max escapó solo con unas marcas en la cara, ha tenido suerte, teniendo en cuenta lo que yo sé que ella es capaz de hacer. Pero Max tampoco es un ángel. Le ha estado mintiendo todo este tiempo. Si de alguna manera, en el transcurso del oscuro negocio en el que anda metido, sí desarrolló verdaderos sentimientos hacia ella, entonces es un imbécil de mierda, porque ¿qué hombre cabal querría estar con una mujer que vomita cotidianamente antes de desayunar? A no ser, claro, que tenga su propia afición a la bebida, a las drogas y a perder a lo grande en el juego. Y si se casara con ella, tendría acceso a todo el dinero que su fideicomiso le envía todos los meses, la mitad del cual se limita a acumularse en su cuenta corriente, de forma que sacar diez mil dólares no es gran cosa. El hecho es que Thomasina siempre le ha estado rogando al mundo entero que la explote.

—¿Pirio? ¿Estás ahí?

—Estoy pensando. Ahora te llamo. —Cuelgo y voy a ver cómo está Noah. Duerme de lado, exhalando con ligereza, las pestañas oscuras descansando sobre pálidas mejillas. Vuelvo a mi habitación, me siento en la cama, me bebo el resto de la leche y me como la última galleta. Me doy una ducha, me visto y le devuelvo la

llamada a Thomasina.

—¿Qué coño esperas que haga con toda la información que acabas de darme? ¡Me importa una mierda tu dinero y tu estúpida aventurilla! Estoy hasta los huevos de que la cagues. Ya he tenido bastante; esto se ha terminado. ¡Joder, Thomasina! ¡La próxima vez, llama a otra persona! —Aprieto el botón de colgar con fuerza y me dan ganas de lanzar el teléfono contra la pared.

Dos segundos después, vibra.

—Vale, vale. Me lo merecía. Tienes todo el derecho a estar enfadada. Por favor, adelante, grítame. Dime que soy una furcia que no vale nada.

—¿Para qué? ¿Para que puedas sentir lástima por ti misma y ahogarte en alcohol?

—Ahora me odias, ¿verdad? He perdido tu amistad. Ahora me odias igual que me odia todo el mundo.

No pico el anzuelo. No la odio. No puedo. Solo echo de menos a la antigua Thomasina, a la que parecía destinada a algo bueno.

—No te alejes, Pirio. Es lo que haces siempre. Te pones tan fría, tan distante... Siento como si me enviaran a Siberia. Es mucho peor que los gritos. Por favor, grita y chilla si estás enfadada. Da golpes en la mesa, lo que sea. Me merezco que me maltraten.

—Dale al caballero Galahad un poco más de tiempo contigo; apuesto a que será capaz de colmar tus expectativas.

—Eso ha sido cruel.

—Te lo estabas buscando. Eso y más.

—Eres la única persona con la que puedo hablar.

—¿En serio? ¿Dónde está Madame Jeanne?

—Odio cuando te pones tan sarcástica.

—¿Yo? Ah, de acuerdo. Hablemos de mí. Primero soy fría. Ahora sarcástica. Cualquiera pensaría que la que tiene el problema soy yo.

—Lo siento. Iré a Alcohólicos Anónimos.

—Y una mierda que irás.

—Iré. Dejé de beber durante diez días. Lo hice y puedo hacerlo otra vez. Por el bien de Noah.

—Por Noah no. Por *ti*. Porque eres mucho mejor que esta mierda y lo sabes. Hazlo por ti en primer lugar. Y *después*, por Noah.

—Sí, tienes razón. Por mí. —Tiene poca voz, está probando a ver cómo le sienta tener autoestima. Una pausa y luego un intento de dar marcha atrás—. La verdad es que tampoco bebí tanto en la mesa de póquer. Solo un par...

—Oh, por favor. Déjalo ahí. Si terminas esa frase te juro que no vuelvo a dirigirte la palabra en mi vida.

—Oh, Dios. Lo siento. ¿Puedo pasarme por ahí?

—Sí.

Una pausa, un suspiro.

—Me preocupa no poder hacerlo, Pirio. Lo he intentado tantas veces. Y ahora todo el mundo me odia. Me odio a mí misma...

La llamada termina mientras ella sigue hablando, pero yo no soy la que ha colgado.

Me siento a la mesa de la cocina y la espero.

Cuando Thomasina bebe, es tan emocional que resulta ridícula. Es espantoso, por supuesto, pero no es alarmante. Después de todo, no es más que una borrachera. La condición en la que se encuentra ahora, en cambio, es diferente. Este estado de resaca, enferma de sobriedad, cuando es suficientemente consciente de su patetismo y está lo bastante cuerda como para sentirse humillada por él; cuando necesita un perdón que sabe que no se merece; cuando, desesperada por hallar algo de claridad, utiliza su lógica perfecta para culpar al mundo entero y comprende perfectamente que está mintiendo..., aquí es donde pueden empezar a suceder cosas malas. No quiero pensar en qué serán esas cosas malas. Solo espero que Thomasina llegue pronto para poder dejar de preocuparme y pasar a sentirme aliviada cuando se vaya. Una paradoja que cualquiera podría entender.

Noah aparece en el umbral de la puerta. Descalzo, flacucho. Hambriento, sin duda. Otra prueba de que la maternidad no está indicada para mí es el hecho de que simplemente dar de comer a un niño tres veces al día me resulta un trabajo oneroso.

Hago tostadas y le sirvo zumo. Mientras come, nos inventamos una historia sobre un niño ñu. La trama incluye personajes fantásticos y situaciones que me cuesta tener claras en mi cabeza. Soy tan convencional que espero que la historia termine con el niño ñu convirtiéndose en jeque, haciéndose rico y casándose con la niña ñu más guapa, pero Noah conduce la trama en otra dirección. El ñu construye una máquina enorme que puede «hacerlo todo» —cosa que significa básicamente muchas acciones bélicas y alguna de minería—. La dibuja. Tiene brazos y piernas de acero, cabestrantes incrustados, antenas y una cabeza robótica cuadrada. Una máquina así a mí me resulta un horror, pero para Noah es una cumbre de la evolución. Probablemente se imagina a sí mismo dentro, inviolable.

Thomasina llega con mirada baja, discreta, vestida con su voluminosa capa negra. Noah la abraza con alegría y le habla excitado del año del gato. Ella sonrío, le acaricia la cabeza, no dice gran cosa. Más tarde la llamaré para contarle lo de Max y Johnny, y lo de las fotos que Ned envió al teléfono de Noah. Puede que le consuele saber que su exnovio no es más que un pedazo de escoria de los bajos fondos.

Pedimos comida china, nos la traen y dividimos la cuenta. A Noah le encanta que sea domingo por la mañana y que, sin embargo, no estemos comiendo cosas de desayuno. Thomasina le pone al chico del reparto en la mano un fajo de billetes como propina extra. El gesto me desagrada, pero ni me molesto en preguntarme por qué.

Capítulo 21

Llevo diez minutos de pie en el estrecho vestíbulo del número 180 de la calle Salem, apretando el botón del telefonillo del piso 4. Ahora solo me queda aceptar el hecho de que no está en casa. Pero he venido hasta aquí y tengo ganas de verle. Muchas ganas. Así que llamo de nuevo. Sigue sin haber respuesta. Su teléfono está fuera de servicio. Si tiene un nuevo número, ¿por qué no me lo ha hecho saber? Doy zancadas por el suelo de mármol. No me quiero ir. La pesada puerta de vidrio que me separa de la calle silencia los ruidos. Los coches pasan por delante sin hacer ruido, como peces en un acuario. Una imagen acuática aparece en mi mente: Russell Parnell arrastrado por este vestíbulo en medio de la noche, llevado a un aparcamiento desierto detrás de una fábrica abandonada, golpeado hasta quedar hecho papilla, arrojado al mar desde el muelle.

Empujo el botón con el pulgar con todas mis fuerzas, como si apretándolo con más presión pudiera cambiar el resultado. Pulso formando notas en un galimatías de código Morse: raya, raya, punto, raya, punto. Tardo un minuto más o menos en tranquilizarme.

Hay cuatro buzones de filigrana de latón empotrados en la pared. Son tan antiguos que los bordes de los huecos para las cartas están gastados hasta revelar un dorado mate, de la cantidad de correo que ha pasado por ellos. Intento meter dos dedos dentro del buzón del número 4, sin suerte, como era de prever. Me invade una ira irracional. Hasta su buzón me niega la entrada. Apoyo un lado de la cara contra la pared e intento mirar en diagonal en el interior del hueco. Qué ridiculez. Arranco un trozo de un póster de un gato perdido, escribo mi nombre y lo meto en el buzón. Por lo menos sabrá que he estado aquí.

De camino a casa paro en el mercado Quincy y compro unas cosas que necesito: calcetines gruesos, zapatos con suela de goma y ropa de lluvia. Bombones Godiva y un cigarro puro corto. Gafas de sol Ray-Ban modelo aviador. Cuando salgo de la tienda, pienso en lo rápido que las voy a perder y entro de nuevo a comprar otro par. Luego cargo con mis paquetes unas cuantas manzanas en dirección oeste, hasta una tienda de cámaras fotográficas de la calle Tremont, donde escojo una Minolta SR-T 102 que cabe como una manzana en la palma de mi mano. Tras hablar con el vendedor largamente, añado una Kodak Play Sport ultracompacta, completamente sumergible, con capacidad de vídeo en HD y una tarjeta de memoria tan diminuta que se puede guardar en cualquier sitio.

Esa noche me llama, para mi alivio, pero no porque haya encontrado la nota. Siguió mi consejo y se fue del apartamento de la calle Salem, ya que prefería evitar toparse de nuevo con Johnny y su banda. También cambió de número de teléfono. Está en una vieja casa de huéspedes de Charlestown, me dice, como pidiendo disculpas. Es un refugio temporal que tuvo que encontrar deprisa y no hace falta

coche para llegar allí, me explica. Hay algo encantador en la vergüenza que parece provocarle haber alquilado un cuarto tan barato.

Le cuento que he hablado con Caridad Jaeger.

—Me lo contó todo.

Una pausa.

—¿Puedes venir mañana por la mañana?

—Mañana después del trabajo —respondo, acordándome de mi empleo.

Es una casa antigua y enorme, que debió ser espaciosa y elegante y ahora ha sido cortada, dividida y estropeada, como una mansión moscovita tras las llegadas al poder de los sóviets. El gerente lleva un turbante amarillo y está sentado en un cuartucho detrás de una ventana con barrotes. Está haciendo un crucigrama con lo que queda de un lápiz mientras un presentador de tertulia se dedica a la vituperación pomposa desde un viejo aparato de televisión. Estoy a punto de hablarle cuando una silueta aparece en mi visión periférica. Es Parnell, moviéndose tan silenciosamente como un gato. Me conduce sin palabras por una puerta trasera, a través de un aparcamiento, hasta una cafetería que hay bajando la calle. Nos metemos en un cubículo que hay al fondo. Vinilo rojo pegajoso, rajado y arreglado con cinta aislante. Hay un par de tíos grandotes en el mostrador y una mujer asiática con un abrigo de lana rojo. Viene la camarera, nos toma la comanda de dos cafés y se marcha arrastrando los pies.

Lo primero que dice Parnell es que se ha comprado una pistola. Que la mete debajo de su almohada por las noches y la lleva pegada al tobillo de día. Dice que es una Colt Mustang calibre 38 con una longitud total de unos doce centímetros y medio. Cargada pesa menos de quinientos gramos. Se encoge de hombros tranquilamente para dar a entender que estos detalles no son verdaderamente importantes; solo está hablando por hablar. Pero hay en él un filo nuevo: la barba crecida le oscurece la mitad inferior de la cara y hay algo salvaje en su mirada. Esto le viene grande y lo sabe.

Siento curiosidad y le pregunto si puedo ver la pistola.

Él ladea la cabeza y yo me pongo en horizontal sobre el banco de vinilo. Por debajo de la mesa, se ha levantado la pernera del pantalón. La pistola es negra y plateada, y tan pequeña que parece de juguete.

Me incorporo. Quiero decirle: «No te preocupes tanto. Conozco a John Oster. No es un asesino. Un cabrón, sí. Un loco jodido, sí. Metido en feos rollos lunáticos, persiguiendo ballenas en el Atlántico Norte como el Capitán Ahab, sí. Pero no es un asesino». Eso es lo que quiero decir. Pero no sé si es verdad.

La camarera nos trae los cafés. Los dos lo tomamos solo, así que no hay nada que nuestras tres manos sanas puedan hacer. Mis ojos se distraen en los dedos de la mano izquierda de Parnell enroscándose en torno a su taza de porcelana. Es casi demasiado íntimo mirar esa parte de su cuerpo. Una mano con dedos vivos, una mano que puede

tocar. Rasgo un sobre de azúcar, y luego otro.

—Necesitamos pruebas —le digo.

Él no se sorprende de que haya usado el plural, pero tampoco lo asume.

—Sí, lo sé. ¿Pero cómo las consigo? Ahí es donde me atasco. Necesitamos lugares y fechas. Todo, todos los implicados, toda la historia. Por ahora no tengo nada.

—Alguien va a tener que subir a bordo del *Sea Wolf*.

—Eso ya lo había pensado. Pero ahora me conocen. —No añade que su mano le descalificaría, en cualquier caso.

—Iré yo.

—¿Qué? ¿Tú?

—¿Por qué no? —Coloco el azúcar derramada en un montoncito.

Parece rígido, abochornado.

—No eres pescador.

—Hice de langostera, ¿no? Creo que estoy preparada para presas mayores. — Intento barrer el montoncito de azúcar y recogerlo con la mano, pero la mayor parte cae al suelo.

—Nunca te dejarían subir a bordo.

—Claro que sí. Hay mujeres en estos barcos.

—No tienes ninguna habilidad. —Hay un destello frío en sus ojos. Cree que ahí me tiene cogida.

—Puedo cocinar. —Más o menos—. Y procesar el pescado no puede ser tan difícil.

—Venga ya. ¿Por qué iba tu amigo, el tal John, a acceder a llevarte en sus travesías secretas?

—Soy una vieja amiga. Le gusto. Nos conocemos de toda la vida.

Parnell hace un gesto de burla.

—Eso no basta.

—Lo será cuando añada que sé lo que está pasando. Le diré que Ned le soltó toda la historia a Thomasina antes de morir y que ella finalmente se vino abajo y me lo contó. A Johnny no le costará nada creer que Thomasina ha revelado los secretos de Ned. Le diré que quiero ir a cazar ballenas porque estoy aburrida y necesito excitación en mi vida. Tampoco le costará nada creerse eso. Y ahora que lo pienso, ya le dije que quería volver a pescar como forma de vencer mi síndrome de estrés postraumático. Pero, créeme, no me va a preguntar nada de esto muy a fondo. Cuando te dije que yo le gustaba, quería decir que le gusto *mucho*. De hecho, estoy casi segura de que se aferrará a cualquier excusa solo por llevarme con él.

Los ojos de Parnell brillan con astucia mientras considera los méritos de mi idea.

—¿Y si estás equivocada?

—No lo estoy. Johnny no tiene ninguna razón para sospechar de mí. Le he dado cien vueltas a todo en mi cabeza.

Al echar una ojeada por la ventana hacia la mañana soleada y la calle concurrida, me asalta una imagen del tipo en el pabellón Banco de América, el coche marrón aparcado cerca del café de Beacon. Pero nunca volví a ver a ese tipo; el coche marrón estaba sin conductor cuando pasé junto a él y no me siguió. Fueron los nervios, eso es todo. La misma sensación que tuve mientras paseaba por Jamaica Pond con la señora Smith, solo que esa noche ni siquiera había un coche o una persona concreta de la que sospechar.

Me vuelvo a girar hacia Parnell y afirmo lo que ninguno de los dos quiere decir:

—Si sospechara de mí, me llevaría con él de todas formas, solo para evitar que hablara con quien no debo.

Parnell aleja la taza de sí con cierta violencia.

—Así que estarías atrapada en un barco con un tío que quiere deshacerse de ti. — Deja el resto sin decir.

—Sí. Pero no creo que eso vaya a pasar. Y no veo que haya más opciones. — Sé exactamente cuáles son los riesgos. Mi corazón prácticamente se ha parado ante la idea de convertirme, una vez más, en una mota humana perdida en la superficie del océano, unos brazos agitándose, visibles durante un rato y luego desaparecidos. Recuerdo vívidamente la oscuridad que hay bajo el agua, el frío de otro mundo. De hecho, nada me aterroriza más que pensar en lo que está sugiriendo Parnell. Y sin embargo, no puedo dejar de pensar en estar a bordo del *Sea Wolf*, no puedo salir corriendo como haría seguramente una persona más cuerda. Desde la colisión, he albergado la obstinada convicción de que hay algo más que tengo que hacer en el océano, y la sensación crece día tras día. Hay algo en lo más profundo de mí que me está empujando de vuelta al mar.

—Tú misma me dijiste que este tío es peligroso —me está diciendo severamente Parnell. Su severidad me resulta dulce.

—Además, tengo imágenes.

—¿Imágenes?

Saco mi teléfono y empiezo a abrir las fotos.

—Uno de los amigos de Johnny, un tío que se llama Max, se coló en mi apartamento. Estoy casi segura de que estaba buscando unas fotos que Ned envió al teléfono de su hijo poco antes de morir. Max no encontró el teléfono, pero yo sí, más tarde. Nadie más que Noah y yo, y ahora tú, sabe que he sacado las fotos del teléfono de Noah y las he almacenado en mi ordenador y en mi móvil. Mira. Estas tres fotos las hicieron en una playa en alguna parte.

Deslizo el teléfono por la mesa.

Se encorva sobre él y lo mira como si se estuviera volviendo ciego.

—¿Dónde es esto? ¿Qué son esas cosas?

—No tengo ni idea.

—¿Y qué hay de las otras dos fotos?

—Lo mismo. Te las mando a tu teléfono ahora. Johnny no tiene por qué saber que

no tengo ni idea de qué son. Y así, si no vuelvo, ¿puedes publicarlas tú cuando sepas de qué son!

Parnell sacude la cabeza ante mi inapropiado entusiasmo. Tiene los labios apretados, haciendo un mohín. Parece un niño desaliñado al que le han negado injustamente participar en la liga infantil de fútbol y que tiene que ver el partido de las niñas. Me da su nuevo número de móvil y se queda mirando la pantalla de su aparato enfadado hasta que mi mensaje aparece en su bandeja de entrada.

—Ah, y otra cosa: Ned le dio a Noah un trozo de hueso de ballena y le dijo que había estado cazándolas.

Los ojos de Parnell centellean con la primera emoción que ha mostrado en el día de hoy.

—Vale, ahora ya tenemos algo: Rizzo pensó durante un tiempo que llevar a ricachones a cazar ballenas era divertido y molón. Luego algo le hizo cambiar de opinión e intentó salirse del negocio. A Dustin Hall eso no le gustó. Tenía que complacer a Jaeger y no podría arriesgarse a que hubiera una fuga de información. Probablemente intentara convencer a Rizzo para que se quedara. A lo mejor Rizzo le amenazó con acudir a las autoridades, o a lo mejor no. En cualquier caso, Hall le dio el *Molly Jones* para comprar su silencio y luego le mató mientras estaba a bordo.

—Estoy contigo hasta la última parte.

—De acuerdo —dice con energía—. Dejemos esa pregunta sin responder por ahora.

—Todo son preguntas sin responder.

—En serio que vas a ir, ¿verdad? —Está estupefacto, pero ahora ya me conoce lo bastante bien.

De repente nos quedamos sin nada de qué hablar. Me doy cuenta de que no quiero decir adiós. Me gustaría pasar otro par de horas con él, paseando por algún parque, manteniendo una de esas conversaciones fáciles y dispersas que tiene la gente cuando se está empezando a conocer. Pero no puedo pensar en eso.

—Deberías marcharte antes que yo para que no nos vean juntos por la calle —le digo.

Me lanza una mirada cargada de antipatía y obedece, sin palabras, abruptamente.

En cuanto se va, deseo no haberle mandado que se marchara. Su taza de café sigue medio llena. Y estoy sola. ¿Por qué estoy sola tan a menudo? Pero tampoco puedo pensar en eso.

Le hago un gesto a la camarera. Pido el plato especial de pavo con extra de salsa de arándanos y salsa de carne. La asiática se levanta y empieza a abotonarse el abrigo rojo. Ahora solo queda un grandullón en la barra. No he visto irse al otro, lo que me preocupa. Tengo que empezar a fijarme mejor en estas cosas. En todas las cosas.

Un vestíbulo oscuro y silencioso en el primer piso de un hotel. Velitas titilando en mesas bajas. Nada de música, alfombras mullidas, una temperatura de interior perfecta, a unos veinte grados. Un puñado de hombres y mujeres con trajes oscuros

desperdigados por ahí, sorbiendo cócteles después del trabajo. Un antro de postín en el corazón del distrito financiero es más o menos el último lugar donde esperarías encontrarte con el Hombre Ostra. A lo mejor por eso lo ha elegido.

Su pelo rojo se difumina y se vuelve castaño con esta luz. Lleva vaqueros limpios, una camiseta negra metida por dentro y un cinturón de cuero. Este es su estilo arreglado. Hay una chaqueta de nailon colocada con esmero sobre el brazo de una butaca. Lleva en la mano una botella de Amstel Light.

—Vigilando el peso —me dice cuando me ve mirarla de reojo. Se ruboriza al oírse. Qué cuarentón. ¿Se habrá convertido en un aburrido? ¿Los pañales, las hamburguesas con queso, los patines en el pasillo habrán matado sus fanfarronadas de macho? Se reclina en los cojines de la butaca. Ofrece media sonrisa y cruza una pierna sobre la rodilla. Dice que se alegra de que le llamara. Pero esta vez no lo dice de verdad. Parpadea demasiado y tiene la cara rígida.

Mis tripas me dicen que debería darme la vuelta inmediatamente y salir por las elegantes puertas de este hotel. Pero me siento y me oigo a mí misma pedir un vaso de agua con gas a la camarera. A lo mejor soy demasiado cabezota como para hacer caso de lo que me dice el estómago. Tengo una partida que jugar y pienso jugarla. El juego ha empezado.

Tras un poco de conversación banal, le echo mi charla. Actúo con naturalidad, incluyo algunas risas y un par de suspiros sentidos. La lógica de mi proposición se desenrolla con suavidad. Mis diversas motivaciones se van revelando progresivamente. Procuro no dar demasiadas explicaciones. Johnny no espera que yo tenga sentido común, la gente con sentido común no le gusta. Siempre ha pasado de pedir permiso para hacer lo que le dijeran sus venadas, ya sean mujeres o ballenas, y comprende a otros que quieran hacer lo mismo. Pero no es idiota.

Cuando termino, me dice, con una mueca ladeada:

—Sabía que te gustaba la pesca, pero tengo que admitir que esto no lo había visto venir. Pero, qué diablos, no me sorprende. Sigues estando loca, después de tantos años, ¿eh? ¿Quién decía eso? ¿Bob Dylan?

—Paul Simon.

—Eso es. Nunca me gustó. Pero tú..., lo tuyo tiene mérito. Tienes más huevos que la mitad de los hombres que conozco. Pero venga ya. ¿De verdad que quieres hacer esto? ¿Estás segura?

—Por eso estoy aquí. Puedes conseguírmelo, ¿verdad?

—Absolutamente. —Asiente con rectitud, para enfatizar el poder que tiene—. Algunos de los chicos se sorprenderán de verte, pero les diré que eras muy colega de Rizzo, que te conozco de toda la vida y demás. Tuvimos a una mujer hasta hace pocos meses. Una tortillera grandota que se llamaba Abby y que se mudó a Florida. Solíamos llamarla Abby la Gorda. Sabes cocinar, ¿verdad?

Asiento. Llevo vaqueros muy estrechos, botas con tacones muy altos y un jersey con escote de pico muy pronunciado. Es lo más cerca que puedo llegar a ponerme

hortera-seductora sin que me den ganas de vomitar.

—¿Y qué pasa con Dustin Hall? ¿No tiene que aprobarlo?

—No. Él toda la mierda operativa me la deja a mí. Toda. Especialmente en lo referente a la tripulación. Yo sé quién es de fiar y quién no. Mis hombres son leales a mí, incluso el capitán Lou. Hall no les importa una mierda. Está demasiado ocupado chupándole el culo a Jaeger y a sus supuestos invitados. Club de la Caza lo llaman. Como si fueran una pandilla de ingleses amariconados. Espera a verlos. No hay ni uno normal, tal y como tú y yo definiríamos a alguien normal. Y tampoco a ellos les importa una mierda Hall. Son superricos; él solo es un poco rico. Y nosotros, los de abajo, somos todos iguales. Hay sitio para todos donde nosotros estamos. —Echa un trago de cerveza y se limpia la boca con el dorso de la mano.

Tengo la sensación de que viene más, así que espero.

—Joder con Hall. A ese hombre no se le ha perdido nada en el mar. Las olas no llegan a un metro de alto y él ya se ha puesto verde. Lleva un frasco de Dramamine en el bolsillo y se mete pastillas cuando nadie le ve. Ojalá se quedara fuera del barco mientras trabajamos. No hace más que meterse por medio. Siempre vigilándome: «¿Cómo va la cosa, Oster? ¿Vamos según el horario previsto? ¿Hemos encontrado ya las ballenas?». Te lo aseguro, preferiría ser un puto intocable que esa patética boñiga de mierda flotante.

Hace años Johnny hizo unos cursos en la Escuela Universitaria de Harvard, pero nunca terminó la licenciatura. Durante una época se dedicó a la pintura, pero una noche de borrachera quemó todos sus lienzos. Una parte de uno de sus cuadros abstractos parecía un tío colgado de una horca. «¿Eso es un tío colgado de una horca?», le pregunté. «¿Qué coño? Podría ser cualquier puta cosa», me dijo, contento de haber sido descubierto.

Echa un vistazo a la sala sombría, encuentra a la camarera, balancea la botella de cerveza con dos dedos para comunicarle que quiere otra.

—Podrían ponernos cacahuetes o patatas —dice. Se remueve en el asiento, cruza la otra pierna sobre la rodilla. Una pierna pesada, musculada. Viejas zapatillas Nike con los cordones mugrientos.

Yo sorbo mi agua con gas. Todo esto me da mala espina. Johnny está poniendo a parir a Hall en lugar de flirtear conmigo. Sus ojos dan vueltas por todo el salón, posándose intermitentemente sobre mí y luego echando a volar de nuevo, como si se hubieran confundido. A lo mejor ha encontrado una nueva amante sexy y ya no me quiere a mí. Más preocupante que eso es el hecho de que aceptara mi petición tan fácilmente, haciéndome confidencias prácticamente sin pausa. A lo mejor toda la operación está menos atada de lo que Parnell y yo pensábamos.

—Tienes suerte —me dice—. Sin pareja, sin hijos. Puedes levantar el campamento y marcharte siempre que quieras. Te envidio. —Llega la camarera y cuando le pone la nueva cerveza sobre la mesa, su mirada viaja desde su delgado brazo hasta su rostro—. ¿Cómo has tardado tanto, cariño? Un hombre podría morirse

de sed.

Espera a que se vaya.

—¿Quién más sabe lo de las ballenas?

—Nadie. Thomasina y yo, eso es todo.

—¿Estás segura?

—Sí.

—No me mientas.

—No te estoy mintiendo, Johnny.

Se quita cuidadosamente una pelusa de los vaqueros y me acuerdo de las construcciones diminutas que hace en casa.

—Rizzo debería haber tenido la boca cerrada. Pero no me sorprende que no lo hiciera. Estoy casi seguro de que hay un par de tíos más que han hablado. Estas cosas no se pueden mantener en secreto mucho tiempo. Hay demasiada gente involucrada. Pero llegados a este punto no importa. Toda la historia se va a desmoronar pronto de todos modos. Lo presiento. Jaeger se está poniendo fardón y sus chicos demasiado chulos, demasiado cómodos. Corren demasiados riesgos. Hall quiere salirse, pero no tiene cojones y tiene miedo de que la empresa se hunda. Últimamente han pasado cosas raras, aparece gente en sitios extraños. ¿Cómo se llama la ley esa de la que hablan en física? ¿Esa según la cual todo se va a la mierda?

—Entropía.

—Sí. —Ríe—. Esa es. Oye, fuiste tú quien me la explicó una vez. ¿Te acuerdas? ¿Crees que podrías explicármela otra vez?

—Ya lo has dicho tú, Johnny. Todo se va a la mierda.

—De acuerdo. La ley de la entropía. Algo que siempre he sospechado. Pero como que se hace oficial cuando le ponen nombre. —Alarga el brazo y coge la nueva botella, pero no bebe—. Así que ahora mismo nuestra pequeña operación está en el lado de la entropía de la ecuación. Estoy pensando que después de esta travesía será el momento de cobrar y salirme. Hay que saber cuándo entregar las cartas, ¿no? ¿Eso quién lo cantaba? ¿Johnny Cash?

—Kenny Rogers.

—Mierda. Habría jurado que era Johnny Cash.

—Podría serlo. No lo sé.

—¿Entonces por qué has dicho Kenny Rogers?

—Pensaba que era él. Sí, de hecho era él.

—Pero no estás segura.

—No lo sé, Johnny. ¿A quién carajo le importa?

—No actúes como si lo supieras si no lo sabes. Solo digo eso.

—De acuerdo. Entendido.

Junta los dedos en triángulo delante de la cara.

—Si alguna vez le dices a alguien lo que estamos haciendo ahí fuera, te vas a arrepentir. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. —Sostengo su mirada, intentando no revelar mis sentimientos.

Hay algo inquietantemente tranquilo en él, tan profundamente reposado como un galeón hundido, como si por fin hubiéramos llegado a las profundidades oscuras y recónditas de su corazón.

—Quiero decir que te arrepentirás muy seriamente, Pirio. Es todo lo que te voy a decir. Sabes de lo que estoy hablando, ¿verdad?

Asiento.

—Necesito que me digas que has oído lo que te he dicho. Dime que estás segura de haberlo oído. Dilo con palabras.

—Estoy segura, Johnny. —Tengo la espalda de mi camisa empapada en sudor.

—Bien. Ahora, si alguna vez tenemos un desacuerdo, no podrás fingir que no lo sabías. —Me lanza una sonrisa rápida y seca. Da un trago largo y abundante de la botella—. Estás totalmente emocionada, ¿eh? Estás pensando que esto va a ser mejor que *Moby Dick*.

Llevo el pelo suelto, enrollado sobre mi hombro. Lo estoy acariciando como si fuera un gato. Intento sonreír.

—No lo sé. ¿Cómo es, Johnny?

—¿Me estás preguntando por la matanza?

—Sí.

—Bueno, menuda putita sanguinaria tenemos aquí. No te importa que te diga eso, ¿no? Lo digo con cariño. —Está empezando a actuar como si estuviera borracho, pero no puede haberse emborrachado con dos cervezas. Debe de haberse tomado unas cuantas antes de llegar.

—¿Cómo es?

—Es como nada, cariño. Odio decepcionarte. Una ballena no es más que otro animal, uno grande. Son enormes, las cabronas. Ya verás. Y la sangre, sangre caliente, a mogollón. A lo mejor para ti es una gran experiencia. Como esos pijos que encuentran su troglodita interior y se ponen muy pegajosos al respecto. Se sacan vídeos y se los muestran unos a otros; es de locos. Para mí no es más que un trabajo. Lo hago para poder pagar la hipoteca y comprarles iPads a mis hijos. Y para ayudar a mi jefe a atravesar una mala racha, imagino. Soy un empleado leal. —Ríe ante su propia falsedad, mira a la barra y deja que su mirada caiga sobre una mujer elegante que hay allí sentada.

Empiezo a pensar en mi nueva Minolta. He estado practicando con ella y me ha conquistado el corazón. Lo único que necesito es unos minutos de matanza en el mismo plano que alguna marca distintiva del barco y, si puedo, una cara o dos.

—Parece que te ronda algo por la cabeza —dice Johnny.

Sonrío, saco la rodaja de limón del vaso.

—Esto te protege del escorbuto, ¿no?

—No habrá escorbuto en este crucero, corazón. Eso te lo prometo.

—¿Cuándo partimos?

—¿Partimos? No, tú sola. Yo en este viaje no voy.

—¿Qué? —Me quedo atónita. Esto no lo he visto venir—. Pensaba que tú...

Calla y parece divertido ante mi confusión y, más me vale admitirlo, mi angustia. Me doy cuenta de que pensaba que tener a Johnny a bordo sería una especie de red de seguridad para mí. Una idea evidentemente tonta, pero a la que una se aferra de todas formas casi sin saber ni que está ahí.

—Ah, de acuerdo —digo, con indiferencia—. Me imagino que te vas a Michigan a ver a tus suegros.

—De hecho, ese viaje ha sido pospuesto. Tengo unos temas que atender, aquí mismo en Beantown, que no pueden esperar.

—¿En serio? Parece importante. —¿Se tratará de localizar a Rusell Parnell, me pregunto, o algo más inocente?

—Oh, lo es. Te lo aseguro. No te preocupes; estarás en buenas manos. Sales el viernes a las cinco de la mañana del muelle de pescadores. Yo lo organizo todo. —Le hace una señal a la camarera para pedirle otra cerveza y se gira de nuevo hacia mí con una sonrisa infantil—. Por cierto, te espera una sorpresa.

—No estoy segura de poder con más sorpresas, Johnny.

Me guiña un ojo.

—No te preocupes, Pirio. Puedes confiar en mí.

Ya tengo la camisa completamente empapada en sudor y la sangre me golpea en los oídos como si hubiera una estampida.

—¿Qué sorpresa, Johnny?

—Ya verás.

—Vale. Gracias por la bebida. —Necesito coger aire.

—¿Te vas? ¿Tan pronto?

—Sí, tengo que estar en un sitio.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. —Me pongo de pie.

—Espera. Deja que te mire. —Me mira largamente, con los ojos vacíos.

—¿Qué haces, Johnny? Estás comportándote de un modo raro.

—Adiós, Pirio.

En la calle, entrecierro los ojos dolorosamente ante los faros de los coches y las señales de neón. Respiro hondo, pero no me relajo. Camino al lado de un portal muy iluminado, donde un reloj de pared dice que son las diez y diez. ¿Cuántas horas y días me quedan antes de que todo esto termine? No lo sé. Pero puedo oír el tictac del tiempo. Es como si, en algún lugar dentro de la entropía cósmica que se está acelerando, un reloj de arena con mi nombre acabara de ponerse del revés.

Capítulo 22

Los preciosos acordes del *Concierto para piano número 21* de Mozart flotan a través de las puertas cerradas del estudio de Milosa. Es el final del famoso movimiento andante: notas elegíacas, celestiales. Si existe un dios, fue él quien vertió esta melodía directamente en la mente de Mozart. Me imagino que Milosa está aferrado a estas últimas, bellísimas notas, así que espero a que su eco se desvanezca antes de llamar a la puerta.

Está sentado en su sillón orejero de cuero, que ha girado ligeramente para colocarlo frente a una ventana enmarcada en cortinajes de terciopelo. La habitación huele a colillas de cigarro y a aceite abrillantador de muebles, y también al propio Milosa: seco, denso, especiado con algo parecido al anisete. Tiene la expresión más triste y calmada que le haya visto nunca. Siento que le he abordado en un momento profundamente privado y murmuro que puedo volver en otra ocasión.

—No, entra. Quiero verte.

La silla que tiene en frente también está girada hacia la ventana. Cuando me siento, me percató de sus zapatos. Feos zapatos funcionales con gruesos cordones. Zapatos rusos. Hay una manta de lana formando un montículo en el suelo junto a su butaca. Probablemente la tuviera enroscada en las piernas y la echara a un lado cuando llamé.

Vacilante, le pregunto si está bien.

—Muy bien. —Contempla la tarde otoñal por la ventana. Se acerca el ocaso. Rayos bruñidos de sol nos salpican el regazo como si fueran el último regalo del día.

«¿Entonces por qué parece cambiado?», quiero preguntarle. Pero no soy más valiente que él, ni más sincera, por mucho que me queje. Me dirijo hacia la seguridad que me proporciona nuestra habitual turbulencia haciéndole una pregunta que me lleva rondando desde la última vez que hablamos.

—¿Por qué estabas tan preocupado por cómo pudiera tratar a Maureen?

—Ah, eso. —Toca perezosamente el iPod que hay en la mesa junto a él para bajar el volumen—. Eres impulsiva, Pirio, y sigues guardándole un rencor infantil. Pero serías tonta si dejaras de lado a Maureen. Sabe más que nadie sobre Inessa Mark, incluyéndonos a ti y a mí.

—Espera. ¿Me estás diciendo que crees que yo no podría llevar la empresa sin Maureen?

El tercer movimiento orquestal del concierto está elevándose suavemente desde los altavoces. Toca el iPod para detenerlo.

—Te parece demasiado a tu madre. Ella no podría haber dirigido una empresa.

—Pero lo hizo.

—Me tenía a mí.

—A la gente como tú se la puede contratar.

Él suelta una risita leve.

—Ah, ya veo. Yo era prescindible. ¿Es eso?

Me lo pienso.

—Más o menos.

—Ah, ahí está. Ese orgullo obstinado. Solía admirar esa característica de Isa; la hacía excitante. Pero también era simplemente una ceguera, y al final se volvió cansina.

Siento cómo crece mi ira. Ahí está otra vez con sus críticas gratuitas a los muertos.

—Me da igual lo que opines del carácter de mi madre. O del mío.

—¡Bravo! Ella hubiera dicho lo mismo. Es asombroso ver cómo vas pareciéndote cada vez más a ella, aunque no esté con nosotros. Al igual que tú, las opiniones de los demás le eran indiferentes. Me trató mal cuando la conocí. Tenía diecinueve años, llevaba un vestido de algodón barato. Despreciativa y distante. Pensé que cambiaría, que se suavizaría, pero nunca lo hizo. Es raro echar la vista atrás y verlo todo con tanta claridad: ahí estuve, todos aquellos años, un ateo a la espera de un milagro. Creía en el amor. ¿Sabías eso de tu viejo, Pirio? *Yo creía en el amor.*

Que hable así me produce escalofríos. Digo la única cosa que mi cabeza ha sido capaz de procesar.

—Mi madre no era indiferente, y yo tampoco. No era despreciativa ni distante. A lo mejor contigo sí, pero conmigo no.

—Por supuesto. Tú eras su niña. Ella se veía a sí misma en ti y precisamente te quería más aún por ser difícil.

Quiero lanzarle una respuesta dura. «Los niños difíciles, los niños solitarios, recuerdan el amor de quienes se lo dan». Pero necesito tanto estos momentos de honestidad que consigo morderme la lengua.

—¿Por qué dices eso ahora, Milosa?

En su cara hay una sonrisa tan pasajera que ni llega a aparecer.

—Me estoy muriendo. ¿Maureen no te lo ha dicho?

Pienso que debo de haberle entendido mal, por el altísimo volumen de la emoción que me llena el corazón. Lo sospechaba, claro. Pero también me lo negaba a mí misma. ¿Milosa muriéndose? ¿De verdad existe esa posibilidad? Yo he creído en cada una de las leyendas que ha contado sobre sí mismo, en cada postura de fortaleza que ha adoptado. Hasta hace muy poco nunca le había visto enfermo, nunca temeroso ni inseguro, nunca siquiera con las fuerzas un poco disminuidas. Estoy furiosa, como si me hubiera estado engañando todo este tiempo, fingiéndose más grande que la propia vida. Y entonces me pregunto cómo morirá. No será plácidamente. Creo que morirá delirando como un lunático. Me da miedo imaginármelo. Es como imaginar un pico montañoso gigantesco y escarpado deslizándose hacia el mar con un rugido de trueno.

Me recompongo con cierto esfuerzo y consigo preguntarle qué tiene. Me refiero a

qué enfermedad.

Se ríe como si hubiera contado un buen chiste. Y no me contesta.

De acuerdo, así que es obvio. Tiene vida, un cuerpo humano. Órganos que están programados para fastidiarse. Basta con que una o dos células se olviden de cómo hacer su trabajo. ¿Qué importarán los detalles cuando el final es el mismo? Quiero preguntarle si está seguro de que se está muriendo, pero él no hubiera usado esa palabra si no fuera precisa y no se la hubiese ganado. No le voy a aburrir pidiéndole que me cuente lo que los médicos pueden y no pueden hacer.

—Lo siento —digo por fin. Sin efusiones, sin escenas lacrimógenas. Porque sé que así es como él lo quiere. Acepta mi sencillo comentario con algo parecido al dolor nublándole los ojos. Pero no es dolor; es vulnerabilidad, necesidad. Nuestros ojos ven las emociones del otro: un momento que nos horroriza a ambos. Él se gira hacia la ventana, comentando que siempre le ha gustado esa vista.

—Sí, es preciosa —digo yo enseguida.

Estamos contemplando un pequeño jardín y un patio de adoquines. Un gorrión revolotea entre las ramas mojadas del manzano y salpica gotitas de la lluvia recién caída. Solía contemplar esta misma vista por la ventana de mi dormitorio, envidiando la capacidad que tienen los pájaros para irse volando. Crecí entre belleza y lujos, y solo quería escapar. Ahora estoy aquí sentada, pesada como un roca, y Milosa se está yendo. La habitación misma ya parece más vacía.

—Siempre me ha encantado el segundo movimiento de este concierto —digo.

—Ah, sí. El tema de Elvira Madigan. Es muy famoso. Pero el que estaba sonando ahora mismo, el tercero, es mi preferido. Mozart se desboca en ese movimiento. Es como si se diera permiso para no pedir perdón por nada, no complacer a nadie y no obedecer ninguna regla. El tempo es *allegro vivace assai*, que significa «tócalo tan deprisa como puedas». El pianista tiene que ser un verdadero virtuoso: solo los que corren muchos riesgos, los intérpretes que transitan por la cuerda floja, se atreven con él.

Le digo que me gustaría escucharlo de nuevo. De repente quiero ir donde él va, escuchar lo que él escucha. Estar tan cerca como pueda.

—Lo pondré desde el principio —dice con placer. Toquetea el iPod; la música comienza; la detiene de inmediato para explicarme una cosa—: La orquesta introduce el primer tema. El piano abre con una nota de sol solitaria sobre un do alto, seguida de una fermata o pausa dramática. La primera fase musical, tocada enteramente en do, es mi, fa, fa, sol... Pero ¿qué estoy diciendo? Esto no significa nada para ti.

—Espera. ¿Hasta dónde te la sabes? —Cierra los ojos.

—Mi, fa, fa sostenido, sol, la, sol, fa natural, mi, re, floritura en mi, re, do...

—¿Me estás diciendo que te sabes las notas?

—Antes de que tú nacieras, yo tocaba —me dice con impaciencia.

—Eso nunca lo supe. ¿Por qué no seguiste?

—No era bueno.

—Pero eso no te lo crees.

—Por supuesto que me lo creo.

—No puedes haber sido tan ma...

Agita una mano para despreciar el cumplido.

—No. Escucha. *No era bueno*. Ahora escucharás a alguien que *sí* es bueno. —Le da a *play* y cierra los ojos.

Quiero que me encante, de verdad quiero que me encante, pero mi atención se distrae. Hay fotos de mi madre por todo el despacho de Milosa. Isa en París, con un sombrerito cursi y una chaqueta de doble botonadura de Dior, sentada, pálida y altiva, sobre el mostrador de una farmacia junto a un galgo gris con ojos transparentes y saltones. Isa corriendo por Central Park hacia la silueta de la ciudad de Nueva York que se yergue ante ella, con un vestido de Bill Blass corto y con vuelo, mostrando esas piernas largas y casi sin forma. También hay fotos improvisadas: Isa a diferentes edades, con diferentes estados de ánimo y, sin embargo, siempre fascinante, emanando su luz trágica, juguetona, provocativa.

Las fotos me resultan demasiado familiares como para hechizarme. Pero no paro de observarlas, intentando siempre ver alrededor y a través y detrás de todos los marcos plateados. Hace años que no me dedico a este tipo de autoflagelación. Porque de repente vuelvo a ser una niña, con los ojos muy abiertos, buscando, preguntándome por qué en toda esta gloria monumental no hay ni una sola foto mía.

Encuentro a Maureen frente al ordenador. Un estante lleno de carpetas encima, montones de papeles sobre la mesa. Gafas de lectura sobre la nariz y piedras preciosas centelleando mientras sus dedos vuelan sobre el teclado, haciendo música para insectos con clics rápidos y rítmicos. Lleva un vestido en colores crema y rosa, con cuello barco, rayas finas y una especie de cinturón holgado. Parece como si hubiera empezado la mañana a bordo de un barco de vapor en 1912, hubiera cogido un desvío hacia una fiesta en un jardín de las afueras en los años cincuenta y hubiera terminado en un catálogo *online* de 2013.

—¿Qué es lo que tiene? —le pregunto.

Ella para de teclear y lanza un suspiro profundo, rendido. Sale del documento y se gira en la silla para mirarme.

—Una enfermedad del riñón.

—¿De qué tipo? —Da igual, pero quiero saberlo de todas formas.

—Glomerulonefritis, también conocida como enfermedad de Bright. Lo han estado tratando con medicamentos, pero no ha respondido bien y hace poco su médico le dijo que tendría que someterse a diálisis. Y él se niega. —Suelta una risa hueca—. Por supuesto.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Unos cuantos meses.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—Al principio él no quería decir nada. Pensaba que se pondría mejor. Pero se ha puesto mucho peor.

—Dice que se está muriendo.

—Si sigue negándose a la diálisis, sí.

—¿Por qué se niega?

—Ya conoces a tu padre. Es todo o nada. Vida o muerte. Una máquina que le limpia la sangre significa que no puede estar vivo por su cuenta. Y además, siendo práctico, dice que tratarse una enfermedad que le va a matar de todas formas es perder el tiempo.

Señala un surtido de medicinas en una bandeja de plata sobre una mesa auxiliar.

—Se supone que tiene que tomar pastillas cinco veces al día. Pero sospecho que las tira a la basura. Creo que la única razón por la que no las rechaza abiertamente es que tiene miedo de que las pulverice y se las meta en la comida.

Cojo un vial de plástico color caramelo. Tiene una tapa blanca con instrucciones: «Abrir-empujar y girar-cerrar». El nombre de la farmacia impreso en rojo. Su nombre en mayúsculas negras: Milosa Kaspárov. Un paciente. Se ve raro así impreso. El nombre de un hombre mortal.

Maureen se reúne conmigo y va señalándome los viales uno a uno.

—Enapril, para la tensión alta. Calcitrol, un suplemento de vitamina D. Phoslo, un quelante de fosfato. Procrit, para la anemia y Lasix, un diurético.

Queda uno. Lo cojo y leo el nombre.

—Halcion. ¿Esto para qué es?

—Para el sueño.

—¿Le cuesta dormir?

—Ha estado delirando en mitad de la noche. Se levanta y da paseos, parloteando sobre Rusia. Le oigo hablar con su madre y su padre y con otras personas que debía de conocer allí. Luego se pone música, sinfonías, a todo volumen, y cuando entro en su despacho veo que ha estado llorando, pero me grita y me dice que me vaya.

Tiene la cara tensa, crispada. Milosa lo está pagando con ella, como siempre. Pero ella sigue en pie, manteniéndolo todo en marcha, un sargento corporativo y doméstico, siempre de guardia y en posición de firmes.

Me planteo durante un momento quedarme aquí a echar una mano, pero solo me estaría entrometiendo.

—Me voy de viaje. Me marchó el viernes. Dos o tres semanas, no puedo estar segura. ¿Estará aquí cuando vuelva?

—Debería. Los médicos hablaron de unos meses.

—Durante la mayor parte del tiempo no podrás localizarme. Llamaré cuando pueda.

Sus labios secos forman una línea. No esperaba ninguna ayuda por mi parte.

Pienso en lo que me ha dicho Milosa, en que yo le doy miedo y en que he sido

demasiado dura con ella.

—Gracias por cuidar de mi padre, Maureen. Por todo lo que has hecho.

Parece confundida, dolida.

—No hay nada que me tengas que agradecer. Es mi marido, ¿no?

La pregunta se queda colgando en el aire, llamando la atención.

—Y gracias también por cubrirme en el trabajo. Ya sé que últimamente me estoy tomando mucho tiempo libre. Pero después de estas semanitas de vacaciones, volveré y podré concentrarme.

Se encoge de hombros como si mis ausencias no fueran importantes.

—Unas vacaciones son una buena idea. Hace tiempo que no te coges ninguna.

Encuentro a Jeffrey en la cocina, colocando la compra. En el televisor que hay en la encimera están poniendo un episodio de *Retorno a Brideshead*. Jeffrey ve la miniserie al completo (unas once horas de vídeo) una vez al año. Yo solía verla con él cuando volvía a casa desde Gaston, de forma que reconozco inmediatamente a Charles y a Sebastian, y me hundo en una silla a contemplar la desoladora escena de Venecia. Cuando ha terminado, Jeffrey apunta a la tele con el mando y la pantalla se va a negro con una diminuta explosión.

—Tengo que pedirte un favor. Para Noah y Thomasina —le digo. Cuando estábamos en el instituto, Thomasina pasó unas cuantas vacaciones de Acción de Gracias y Navidad en nuestra casa, en lugar de quedarse sola en los pasillos desiertos de Gaston cuando sus padres no podían molestarse en pasarlas con ella. Jeffrey siempre me pregunta por ella y por Noah, con quien ha hecho de canguro en varias ocasiones.

—Claro. ¿Cómo les va?

—Para haber perdido a su padre hace poco, Noah no está mal. La que no está muy bien es Thomasina.

Le explico cómo está batallando contra la adicción y Jeffrey asiente sin sorpresa. Describo sus fallidos intentos de recuperar la sobriedad y cómo últimamente se ha vuelto aún más impredecible. Menciono la noche que pasó en el calabozo y el fiasco de Foxwoods.

—Noah siempre me ha podido llamar a mí si necesitaba algo. Me llamó la noche que su madre no volvió a casa. Pero voy a estar fuera de la ciudad algún tiempo, me voy el viernes y estaré unas semanas fuera, y estoy preocupada. Thomasina me ha prometido que volverá a las reuniones, pero su historial en este sentido no es muy bueno.

Jeffrey muerde un trozo de apio.

—Creo que sé por dónde vas.

—A Noah le caes muy bien, Jeffrey. Todavía habla del día que le llevaste al museo de ciencia y pudo ver la peli de dinosaurios en Imax dos veces.

Jeffrey ríe.

—No me importó. Él me explicaba las partes que yo no entendía.

—Sabe que tú me criaste y que te tengo mucho cariño, y por supuesto, Thomasina siempre te ha querido y confía implícitamente en ti, así que...

—Así que quieres que esté disponible, por si acaso.

—¿Te importa?

—Claro que no. Diles que pueden llamarme cuando quieran. Dales mi número de casa y mi móvil.

—Estupendo. Te voy a dar también los de ellos. —Apunto los números en un bloc—. A lo mejor les podías hacer una llamada antes de que me vaya, solo para decirles hola. Quiero que Noah, concretamente, no tenga ningún problema en llamarte si necesita cualquier cosa.

—Puedo hacer más que eso. Puedo llevarle al museo otra vez para que podamos renovar nuestros vínculos.

—¿Harás eso? Eres el mejor, Jeffrey.

Sonríe, acepta mi abrazo de oso y luego me sostiene con los brazos estirados.

—Ahora cuéntame adónde diablos vas.

—De crucero.

—No sabía que te gustaran los cruceros. ¿Adónde?

—A las Bahamas.

—Bueno, pues espero que te haga buen tiempo. —Me mira pensativo, como si sintiera que algo no es como debería—. Ten cuidado, ¿quieres, Pirio? Algunos te queremos.

No hay nada que me traiga a su puerta. Nada más que necesite de él, nada que quiera saber. Pero, de todas formas, aquí estoy.

Aparco en la calle y camino por una entrada de tierra hasta una casita en las afueras de Rockport, un encantador pueblecito pesquero treinta millas al norte de Boston. Dejó la casa de huéspedes de Charlestown y se trasladó aquí hace unos días. Tiene wifi y vistas al puerto, dice. Se puede ir a Boston en tren.

Parece tarde, aunque no lo es. Solo son las nueve. El cielo es negro puro, sin luna ni estrellas. Una bruma fina, demasiado delicada como para llamarla niebla, gira en el halo de la luz que brilla sobre su puerta.

Parto en el *Sea Wolf* mañana por la mañana. Mi bolsa de viaje está preparada, con la cremallera cerrada, prieta como una salchicha, asegurada con un pequeño candado de combinación. Las cámaras están dentro, envueltas en sudaderas; hay un teléfono móvil de repuesto metido en un calcetín de lana. En una mochila llevo el portátil y algunos libros, incluyendo *Generaciones de invierno*, de Aksiónov, una saga rusa moderna que llevo tiempo queriendo leer. Por si hay muchas horas libres durante el día o, lo que es más probable, por si cuesta dormir por las noches. Lo tengo todo en el

suelo junto a la puerta de mi apartamento, esperando a marchar.

Si estuviera en casa ahora mismo, estaría recorriéndola a zancadas como una lunática. Es más fácil aguantar el miedo cuando estás físicamente en movimiento. Pero hay distintos tipos de miedo y al subir los dos escalones de madera que me llevan hasta su puerta, y al llamar suavemente, siento que me atenaza un miedo más sutil.

La puerta se abre sin ruido. Ahí está. Estamos en silencio y el aire parece espeso a nuestro alrededor. Le voy a preguntar si me enseña a cocinar.

Su cara se oscurece; se gira. Ahora sabe que me voy de verdad.

Le sigo hasta la cocina, donde empieza a abrir y a cerrar armarios casi vacíos con frenesí. Dice que cree que no tiene ningún libro de cocina, pero que él sabe lo que le ha visto hacer a su madre. Me dice que de todas formas no necesito ninguna instrucción especial para cocinar a bordo de un buque como el *Sea Wolf*. Probablemente los hombres estén muertos de hambre y agradecidos, porque las comidas, el sueño y mear serán los únicos momentos en que descansen del trabajo.

—Hagas lo que hagas, haz mucha cantidad —me aconseja. Me recomienda carbohidratos: pasta, arroz, tortitas para desayunar. Cosas así. Me dice que probablemente me venga bien llevar a bordo albóndigas congeladas. Y salchichas, patatas fritas, salsa de tomate, caramelo. Me dice que lo mejor es marcar el pescado durante unos minutos en una plancha caliente o asarlo en el horno con pan rallado. Cuidado con cocerlo demasiado. Levanta una ceja con ironía. No faltará pescado fresco, ¿no?

Luego me pregunta que, por cierto, cuándo me marchó. En su voz hay un filo áspero.

Le digo que mañana por la mañana a las cinco.

—Bien —dice con énfasis, y da unos cuantos portazos más por los armarios de la cocina—. En ese caso, ya habrán provisionado el barco. Tendrás que emplear tu creatividad con lo que haya. —Se apoya en la encimera, dobla el brazo izquierdo sobre el derecho y me observa sin lástima. Ha terminado la lección de cocina.

Si mañana no fuese mañana, podría desear no haber venido. Suspiro profundamente. Lo hago de nuevo. Los suspiros se oyen mucho y son involuntarios.

Coge una botella de vino y dos copas de la encimera y se va al salón. Le sigo. Hay muebles con un estampado de cuadros, mesas de pino con muchos nudos, una alfombra de lana trenzada. Un adorno en la pared en el que aparece un ciervo rodeado de otros animalitos del bosque. Y lámparas con pantallas gastadas.

Abre la botella sentándose, metiéndosela entre los muslos y operando el sacacorchos con la mano buena. No me atrevo a ofrecerle ayuda. De alguna manera consigue abrirla y sirve una copa. Antes de que sirva la segunda le digo que yo no quiero.

—Ah, estupendo —dice con sarcasmo, como si esa fuera la gota que colma el vaso—. ¿Qué pasa, que eres alcohólica?

Le digo que si me tomo una sola copa de vino probablemente me tome varias y que probablemente me emborrache y probablemente siga borracha a las tres y media de la mañana cuando me suene el despertador, y que así podría acabar, como quien dice, perdiendo el barco. Y que si fuera una alcohólica probablemente no estaría ahora sentada donde estoy, sobria como una piedra; estaría en mi apartamento bebiendo chupitos de vodka o de ginebra.

Sí que tengo un poco de adicción al ejercicio, le explico. Durante los últimos días he nadado durante horas y horas, intentando catapultarme hacia esa zona jubilosa del subidón de endorfinas. Pero mi respiración nunca se ha llegado a sincronizar con las patadas y las brazadas. Solo he conseguido agotarme hasta salir a rastras de la piscina. Ah, y también tengo un problemita con las compras, eso también lo admito. Hace poco pasé toda la noche conectada a internet, pidiendo un montón de cosas para que me las enviaran urgente esa misma mañana y cuando todo llegó, ni siquiera me apetecía abrir las cajas. Pero sí las abrí y estuve jugando un rato con todas mis cosas nuevas como si fuera la patética mañana de Navidad de una hija única. Inflé el supertraje de supervivencia de goma para ver si realmente funcionaba y acabé rasgándolo con una navaja suiza.

Le ofrezco una sonrisa ladeada.

—Así que esa es mi lista de adicciones. Ninguna funciona especialmente bien.

Esto no es del todo cierto. He omitido el puro de anoche y el placer que me produjo. Pero no sería una adicta de verdad si no me guardara algo. Además, hay veces que un puro no es más que un puro.

Puse en práctica el ritual tabaquero exactamente como Milosa me enseñó: corto la punta y chupo el amargo papel marrón, giro casi la mitad del cigarro en mi boca húmeda. Enciendo una cerilla de madera, veo cómo crece la llama, la sostengo estable y aspiro. Son aspiraciones cortas e intensas, hasta que las hojas crujen y puedo ver un fulgor rojo y constante. Llega un punto en que el humo fluye internamente a lo largo de todo el cigarro, me llena la boca por completo y al fin la abandona para dar vueltas alrededor de mi cabeza. Fumar puros baratos tampoco es que sea un viaje al nirvana, pero está en ese camino. Como siempre, lo que importa es el olor: un aroma espeso, marrón, sucio, que se da de bruces con tus pretensiones, convence a tu mente de que libere sus reservas de opiáceos naturales, te acuna en una presencia caliente, seca, insoportable, como un viento del desierto ante el que voluntariamente te tumarías y te dejarías asar, hasta convertirte tú misma en algo fumable. Los cigarros me funcionan de maravilla.

Pero ahora mismo tanto Russell Parnell como yo sabemos que la sustancia que realmente ansío, la verdadera razón por la que estoy aquí, es el amor. Ese cliché, ese tópico de canción pop, ese viejo y avaricioso ermitaño, escondido en su cueva, que obstinadamente se ha negado a enseñarme la cara, por más que yo haya trepado por el camino de montaña innumerables veces a postrarme ante su montículo de piedras.

A lo mejor es que no me lo merezco. Se me ha pasado por la cabeza. No sé cómo

esperar, cómo manejar el tiempo. A lo mejor es porque me conformaría con sexo. Y eso he hecho en demasiadas ocasiones. ¿Pero quién puede evitarlo? La necesidad es aguda, cruda. Te agujerea el pecho desde dentro y te lleva a habitaciones como esta, donde estás obligada a rechazar o a aceptar embarazosamente copas de innecesario vino de seducción.

Llevo demasiado tiempo en este mundo como para creer que lo que pueda suceder aquí esta noche vaya a ser algo más que pasajero. Pero mañana me marcho en lo que podría ser un viaje de la muerte, así que ¿eso qué más me da a mí?

Parnell y yo estamos sentados uno frente al otro en esta pequeña habitación, y hay tensión entre nosotros. Es eléctrica, densa, caliente. Me desea. Está ahí, en el cierre de su mandíbula, en la mirada directa de sus ojos. En la forma en la que mueve los dedos de la mano buena, como si los tendones estuvieran a punto de estallar.

¿Cómo sería ser abrazada por esos brazos, sentir la cara contra la rugosidad de su jersey, levantando el rostro para mirar el suyo? ¿Cómo sería tocarle la cara y pasarle los dedos por los labios para ver cómo se enrojecen antes de besarlos? Yo también le deseo. Quiero sentir cómo sería amarnos como si fuera de verdad.

Pero mi cuerpo no se mueve. Lo veo moverse entre los dos, recorrer esta corta distancia, pero no se levanta. Está cargado, pesado. No es una elección que haga yo: es, simplemente, algo en lo que mi cuerpo insiste. En no ir. ¿Sabiduría o traición?, me pregunto. Pero el cuerpo no responde a preguntas abstractas. Simplemente no camina los cuatro pasos que hay entre Rusell Parnell y yo. Me quedo ahí sentada sin vaso de vino, sintiéndome más tonta que el tronco de un árbol, como si mis pies hubieran enviado largas y feas raíces a retorcerse bajo tierra para amarrarme al sitio.

Él ve lo que ha sucedido y su propio deseo se desvanece elegantemente. Sin rencores.

Poco después me voy del apartamento, pisoteando con petulancia el suelo de la entrada hasta mi coche. Me gustaría saber qué se pensará mi cuerpo que está haciendo. Pero, en su sabiduría, no lo dice.

Capítulo 23

Estoy de pie en el muelle, en una noche oscura como la tinta, con el equipaje a mis pies. El taxi que me ha traído se marcha sin hacer ruido. Miro el reloj. Son las 4:43 de la madrugada. He llegado pronto. Normalmente me sentiría inquieta por encontrarme sola y sin coche en medio de la oscuridad en esta zona de Boston, pero me figuro que los atracadores y los asesinos siguen en la cama. Hay focos apuntando a unos pocos barcos de pesca que botan suavemente en el mar. El *Sea Wolf* no es uno de ellos. Tampoco hay nadie alrededor, y no es casualidad.

¿Me he equivocado de día? ¿De hora? ¿De lugar? Pero juraría que entendí bien a Johnny.

Hace frío, un aperitivo de lo que me espera en el Atlántico a mediados de octubre, si es que consigo llegar hasta allí. Me encojo de hombros bajo una chaqueta que ya me está resultando demasiado fina. La marea está alta; lo sé por el sonido de las olas al romper contra los diques bajo el muelle, a poca distancia. Un coche de policía recorre Seaport Boulevard; el rostro pálido color natilla que hay dentro se me queda mirando al pasar. A lo mejor se piensa que soy una prostituta callejera; a lo mejor le importa un bledo. Pateo el suelo, siento un aire helador en los pulmones. ¿Me han engañado? ¿Me están probando? Una rata de agua corretea por el embarcadero.

Un viejo Corolla rojo entra en el aparcamiento y se detiene frente al muelle, dejando las luces encendidas. El maletero se abre. Un hombre sale y se acerca caminando hacia mí. Tiene unos treinta y pocos años y el pelo bien peinado, con raya, pegado a la cabeza. Agarra mi equipaje y me dice:

—Por aquí —enfilando de vuelta al coche. Echa mi bolsa de viaje en el maletero, lo cierra con un golpe y entra colocándose tras el volante. Dudo pero me meto en el coche.

—¿Dónde está el *Sea Wolf*? —pregunto.

—Ha habido un cambio de sede. Será más tu estilo. —Me mira de arriba abajo sonriendo—. El nombre es Brad.

—Pirio.

—Lo sé. Eres la Nadadora. Mola tener una famosa a bordo.

—Tampoco lo soy tanto.

—Eso no lo decides tú.

—Ned Rizzo me salvó la vida.

—Eso he oído. Le conocía bien, trabajé con él durante años. Pero tú, tú eres especial... —Por el modo como me mira Brad, me dan ganas de mirar por encima de mi hombro, porque parece que María, la madre de Dios, le ha escogido para aparecerse.

—¿A dónde vamos?

—Ya verás.

Vamos en dirección sur por la 93, pasando por gasolineras y carteles y solares vacíos y altos edificios desperdigados y casas de tres pisos pegadas las unas a las otras sin dejar espacio alguno entre ellas. El corazón me late tan fuerte que me sorprende que no pueda oírlo. Brad parece un tipo majo —suelen serlo, estos pescadores de la zona—, pero eso no cambia el hecho de que Johnny ya me ha tomado por tonta. Ahí estaba yo, de pie en el muelle como un anzuelo bien entrenado, y ahora me llevan a un lugar desconocido. Puedo oír de fondo las carcajadas de Milosa. (Siempre oigo de fondo las carcajadas de Milosa). Pero no tengo más opción que seguir con el plan y actuar con normalidad, aunque todas las películas que he visto en las que aparecen raptos, encarcelamientos y torturas estén reproduciéndose simultáneamente en mi cabeza.

En algún punto de Dorchester salimos de la autopista y nos dirigimos al este por una carretera ancha y plana que parece no conducir a ningún sitio. Termina en una marina. Hay muchos barcos alrededor, muchos de ellos veleros. Al este, sobre el horizonte, hay una franja rosada de luz y empiezan a reptar destellos de sol sobre el mar, haciendo que reluzca como cobre bruñido. Abro la ventana al graznido de las gaviotas y el golpeteo de las drizas.

Conducimos hasta la trasera de un almacén y allí mismo, a poca distancia, en el mar, en un espacio solo para él, flota un yate de lujo, iluminado con potencia por dentro y por fuera. Probablemente unos doscientos pies de eslora, elegante, blanco como la espuma del mar, con una proa afilada como una aguja. Cuento cuatro alturas, dispuestas como los pisos de una tarta nupcial, con un puesto de vigilancia y mucha parafernalia de sónar saliéndole de la punta. Es un Taj Mahal náutico en una barriada de chozas.

Brad sacude la cabeza como un niño que acabara de llegar a Disney World.

—Haz el favor de mirar esto. ¿Una pasada, eh?

—¿De quién es este barco? —Evidentemente no es propiedad de Ocean Catch.

—Bob Jaeger. Se llama *Galaxy*. Este es su viaje inaugural. La novia de Jaeger se hartó del *Sea Wolf* (que no ofrece precisamente alojamiento de lujo) y cuando se hizo esa grieta en el casco, dijo que no pensaba volver a poner un pie en él. Convenció a Jaeger de que se pillara un superyate, y eso es lo que ha hecho. Dicen los chicos que el jodido barco este tiene cualquier pijada que se te ocurra. Hasta el papel de váter es extrasuave. Tengo que decir que estoy decepcionado de no ir en este viaje. Pero no importa. No es algo a lo que un tío como yo deba acostumbrarse demasiado. Que luego hay que regresar y dedicarse a arrastrar lenguados, ¿me explico?

Me mira como pidiéndome perdón.

—Ya sé que Johnny te ha contratado de cocinera para sustituir a Abby la Gorda. Pero anoche mismo nos enteramos de que Jaeger se ha traído a parte de su gente para las cuestiones del servicio, tiene un chef de nivel, un camarero y una señora que se ocupa de todo. Así que no sé lo que van a hacer contigo.

Aparca y sacamos mis cosas del maletero. Me lleva la bolsa de viaje por la escala.

Un hombre con una sudadera azul marino nos recibe antes de abordar. Tiene unos cuarenta años y es más delgado y está más encorvado de lo que uno esperaría de un pescador. No me saluda, actúa como si tuviera mejores cosas que hacer que actuar de anfitrión. Él y Brad intercambian unas cuantas palabras masculladas y Brad se gira para volver a su coche.

—Espera —le digo, sofocando un pequeño brote de pánico—. ¿Tú por qué no vienes?

—Johnny y yo tenemos unos negocios a los que atender —responde como de pasada. No me dice adiós.

El hombre maniobra con mi bolsa de viaje por unas escaleras, la carga por un estrecho pasillo y la deja caer ante una puerta. Entiendo que este es mi camarote, en el equivalente de yate a los barrios de rentas bajas. Hay tres puertas más en este pasillo, todas cerradas. El ruido de los motores, que no es muy fuerte, retumba en los suelos de acero y se mete por las suelas de mis zapatillas.

—Eres la última en subir a bordo. Pronto partiremos. Tienes que presentarte a Zorina, en las cocinas, de inmediato.

Zorina. Mi nueva jefa. Ya tenemos un nombre raro en común. A lo mejor nos llevamos bien.

Entro en mi camarote. Es alucinante lo que han sido capaces de hacer en un espacio de dos metros por tres. Hay una acogedora litera, una mesita de formica con un enchufe de fácil acceso, un delgado armario empotrado y una cajonera. Incluso una silla para visitas y un espejo ovalado pegado a la puerta para poder estar siempre arreglada. Bien remetidas por el colchón hay sábanas almidonadas y una agradable manta de lana. Un ojo de buey de tamaño tercera clase ofrece vistas del océano, que no puede estar más cerca. Un buen lugar para morir o escribir o rezar, aunque no voy a hacer ninguna de esas tres cosas. Ahora mismo me inclino más por hacer una visita no guiada por los alrededores.

Vuelvo sobre mis pasos y encuentro la escalera, cuando, vaya por Dios, me doy cuenta de que al lado hay un ascensor. Imagínate. Subo en él hasta el cuarto piso, disfrutando de su ambiente de la Quinta Avenida (moqueta roja, espejos de rebordes dorados y venas de oro) y salgo a un gran salón moderno decorado en azules y grises. Mesitas, lámparas y cómodas butaquitas colocadas en torno a una gigantesca pantalla de televisión colgada de la pared. Los grandes ventanales ofrecen una panorámica del mundo acuático de Neptuno. Tengo que mirar dos veces, sorprendida de ver el horizonte de la ciudad de Boston encogiéndose apresuradamente en la distancia. El yate es tan enorme y tan estable que casi ni sientes que se mueve.

Me abro paso por puertas automáticas hasta una cubierta con barra de bar, mesa puesta para doce y un *jacuzzi* cubierto por un toldo retráctil azul. Hay tres o cuatro escalones que llevan a una zona elevada llena de tumbonas cerca de la proa.

Me estoy divirtiendo demasiado como para preguntarme qué querría decir Zorina con de inmediato —que hay que admitir que es una expresión relativa, a pesar de su

tono de urgencia—, así que cojo el ascensor al tercer piso. Lo que me encuentro nada más abrirse las puertas es un gran salón que me deja boquiabierta, porque parece salido del mismo Versalles: cortinajes de brocado con borlas, sofás de terciopelo, una lámpara de araña gigantesca con unas doce hileras de cristales. Hay un piano de cola, un Yamaha negro, colocado sobre una mullida alfombra oriental en tonos rojos del tamaño de una pequeña pista de patinaje.

Hasta ahora no me he encontrado con nadie. Empiezo a pensar que estoy en un barco fantasma, pero cuando se abren las puertas del ascensor, oigo voces distantes: masculinas, enfadadas; femeninas, dando órdenes. Grifos abiertos y el claqueteo de cacharros. Paso por una pequeña biblioteca hasta un comedor vacío. La siguiente habitación obviamente será la cocina. Un camarero flaco sale portando una bandeja de copas de vino vueltas del revés. Lleva el pelo afeitado en la nuca y de pincho en la coronilla, con un flequillo largo a un lado de la cara. Me lanza una mirada, no parece sorprendido de verme, y empieza a poner la mesa.

No estoy preparada para conocer a nadie, así que vuelvo a meterme en el ascensor y descendo al primer piso, donde salgo a un descansillo iluminado suavemente con apliques de pared en forma de candelabros esmerilados. Hay seis puertas cerradas, tres a cada lado: me imagino que son las *suites*. Solo he dado unos pasos sobre la espesa moqueta estilo tapiz bereber cuando, de la puerta por la que estoy pasando, sale una joven que se choca conmigo.

—Caramba, lo siento —dice—. Debería mirar por dónde voy. Qué torpe. — Esencia de rosa, clavel, un toque de musgo de bosque. Un perfume delicioso: clásico, francés, extravagantemente femenino. Como una elegante abuela parisina con un tesoro de secretos románticos que contarte.

—Te castigas más de la cuenta, la verdad. —Lo cierto es que intento ser amable. Ella sonríe.

—Ojalá fueras un loro y pudiera llevarte en el hombro.

—Gracias.

Con esto, siento que hemos establecido cierto vínculo.

Ella dice:

—Anoche no te vi, pero las fiestas no me gustan y me fui pronto a la cama. Ahora todo el mundo está durmiendo y yo estoy despierta. ¿Tú qué haces levantada?

—Busco a Zorina.

—Ah, *esa*. Bob no sale de casa sin ella. Se acuerda de todas sus citas, de las fechas. Dios sabe que yo eso no lo sé hacer. Me odia, déjame que te lo diga. Probablemente me envenene antes de que el viaje termine. No es que yo sea nadie de quien haya que tener celos. De clase media de la cabeza a los pies. Pero se nos *urgía*, digamos. Yo tocaba el harpa y fui a Bryn Mawr. ¿Tú dónde fuiste?

—A la Universidad de Massachusetts.

—Oh. Lástima.

La joven lleva un camisón holgado y bata con vuelo, de tela delicada, casi

transparente. Solo los dobleces diáfanos le aportan algo de recato. Su rostro es un óvalo pálido de belleza clásica. Una melena pelirroja le cae por los hombros hasta la cintura. Acaba de pintarse los labios con una buena cantidad de *gloss* color rojo sirena. Qué interesante este dato, que no sean ni las seis de la mañana y ella ande descalza y apenas vestida, pero que no haya salido de la *suite* sin pintarse los labios y darse unos toques de perfume detrás de las orejas.

—Por cierto, ¿sabes a dónde vamos? —le pregunto. Tengo la impresión de que puedo hacerle esta pregunta y que ella olvidará mi notable ignorancia al instante. No parece una persona del todo real, como si fuera una de las ninfas de Maxfield Parrish.

—Al Polo Norte, me parece. Un lugar de ese tipo. Me dijeron el Ártico. Solo que con Bob nunca puedes estar segura. Cambia de idea tan rápido... Lo único de lo que puedes estar segura es de que en un momento determinado nos obligarán a ponernos en cubierta a mirar animales a través de binoculares. Puede que veamos osos polares, me ha dicho. Tal vez morsas. Leones marinos. Zorros plateados. Cosas que tienen los días contados. Se funden los polos, y hay que sacarle fotos antes de que desaparezca. Así, cuando a Bob y a mí nos saquen de nuestros tanques criogénicos de preservación, podremos decirles a nuestros amigos del futuro espacial: «Mirad, aquí estamos en un glaciar de los viejos tiempos, cuando en el planeta Tierra hacía frío».

—Una pausa—. ¿Crees que estoy de broma, verdad?

—No estoy segura.

—Ya verás. ¿Este es tu primer viaje?

Asiento.

—Me llamo Margot. ¿Con quién estás tú?

—No estoy con nadie. Me llamo Pirio y soy parte de la tripulación.

—¿En serio? ¿Por qué no llevas una de esas, eeh, camisetas que llevan todos?

—Todavía no la tengo. Primero tengo que encontrar a Zorina.

—Pues qué pena me das. Probablemente esté en las cocinas, gritando: «Que le corten la cabeza». Yo voy para allá a buscar leche caliente con miel. Se me han acabado las pastillas, pero en cualquier caso no me funcionan. No puedo dormir. Nunca he podido. Si leyera, ya habría conseguido ser insoportablemente brillante. A veces hago punto. Patucos de bebé. Claro que no ayuda que Bob ronque. Ojalá no me hubieras dicho que eras personal de servicio. No me hubiera enrollado tanto. Revelar cosas sobre mí misma es como una enfermedad que tengo.

—No pasa nada —le digo, siguiéndola por el pasillo.

—A ti no, claro. ¿A ti qué más te da?

Parece haber decidido que en efecto no me importa, y parece haberle dolido. Apuesto que se siente dolida con frecuencia.

Los camarotes cerrados por los que pasamos están silenciosos como tumbas, con sus juerguistas durmiendo tras las puertas.

Al entrar en la cocina, la mujer que supongo que es Zorina, casi sin levantar la mirada de los papeles que tiene desplegados sobre la encimera, anuncia a un cocinero

asiático de tripa redonda que hay una huésped que necesita leche caliente. Tiene la cara llamativamente estrecha, con los rasgos apiñados sobre ella en una línea recta que le baja por el centro: cejas muy juntas, ojos muy juntos, nariz respingona de orificios inflados y una boca pequeña y redonda. Lleva lo que parece un uniforme de azafata, muy ceñido a la cintura por un gran botón de latón. Tiene una silueta generosa, pero su postura es rígida y parece encorsetada.

Se dirige a mí de forma un tanto repentina.

—Llegas tarde. —Me lanza una camiseta. Rayas náuticas azul marino y blancas de poliéster barato. Un horror.

—Vas a servir, limpiar, hacer la colada. ¿Sabes llevar un bar?

—Sí.

—Entonces esta noche estarás detrás de la barra en el salón pequeño, desde las nueve hasta medianoche por lo menos, probablemente hasta más tarde. Ponte algo bonito.

—Entonces esto no. —Sostengo en alto la camiseta.

—Algo sexy pero no demasiado. No tengas mejor aspecto que las invitadas.

Margot se ríe ante este comentario, ligeramente divertida.

—No he traído nada bonito —digo yo.

Zorina suspira, oprimida por la diversidad de incompetencias a las que se ve obligada a enfrentarse.

—Luego, en el camarote, te dejaré algo.

—¿Dónde está el señor Hall?

—¿Por qué quieres saberlo?

—¿No debería presentarme ante él?

—No hace falta que lo hagas. El señor Hall aporta la tripulación técnica y controla la operación marítima. Me ha dicho que me encargue de ti porque por lo visto no tienes ninguna habilidad que a él pueda serle útil. Dios sabe por qué tengo yo que ocuparme de ti ni, francamente, qué es lo que estás haciendo aquí en todo caso.

Margot emite otro cascabel de risa.

El cocinero barrigón coloca una taza sobre una encimera de acero inoxidable. Margot la coge y empieza a sorber, dirigiéndose a él con afecto.

—Anoche me comí una barra entera de pan francés, ¿a que sí, Katsui? Con montones de mantequilla. El ansia de pan me llega cuando menos me lo espero y no me queda más remedio que rendirme. —Katsui asiente con solemne respeto ante el misterio de las necesidades gustativas.

Los ojos de Zorina me interpelan, pesados por tener que cargar con mantener el orden entre semejantes cretinos. Saca de un cajón un aparatito, un busca, y me lo da.

—Llevarás esto contigo en todo momento. Cuando pite, llama inmediatamente desde cualquiera de los interfonos que hay en cualquiera de las habitaciones principales. Marca el cero para hablar conmigo. A las once, en la cubierta superior, se sirve el *brunch*. Hay un bufé de tarde en la biblioteca para quien le apetezca, de dos y

media a cuatro. La cena es a las ocho en el gran comedor. Estás de guardia para el servicio de habitaciones, para limpieza y para la colada. Cuando yo te llame, vienes. Para todas las tareas, excepto para atender detrás de la barra, se usa la camiseta de rayas. Comerás en el comedor de la tripulación una hora antes de que se sirva la comida normal. En todo momento mantendrás una actitud profesional. Nada de deambular por ahí, nada de holgazanería, nada de chapuzas. Que no se te vea charlando con otros miembros del personal, a no ser que sea de temas relacionados con tus tareas. No se le dirige la palabra a los invitados, a menos que sean ellos quienes te hablen. Y en ese caso la respuesta será concisa; y al invitado se le trata de señor o señora. Si, por improbable casualidad, te encuentras con tiempo libre, que no se te vea por encima del primer piso. Permanece por debajo de cubiertas. —Zorina hace una pausa—. Creo que eso es todo.

Margot, mirándonos con ojos de corderito maravillado, se encoge de hombros y me acompaña en el sentimiento.

—Qué penita por ti. —Bosteza, colocando dos delicados dedos sobre la boca, y vuelve a poner la taza sobre la encimera—. Creo que ahora podré dormir. A no ser que esté roncando, el muy cerdo. —Y se marcha tranquilamente.

Con una ceja levantada, Zorina la observa irse y espera hasta que la pelirroja ha desaparecido del alcance del oído.

—Margot intentará hacerse amiga tuya. Pero eso, por supuesto, no está permitido. —Se desabrocha la chaqueta, cosa que parece liberar algo de aire cargado de su torso, y me dice que me puedo ir.

De vuelta en mi camarote, hago una llamada por el móvil. Su voz suena refrescantemente normal: «Hola, aquí Russell Parnell. Deja un mensaje».

Le digo lo que sé hasta el momento: estoy en un yate de lujo llamado *Galaxy* que pertenece a Bob Jaeger. John Oster no está a bordo, pero sí Dustin Hall y algunos miembros más de la tripulación del *Sea Wolf*. Hemos partido del puerto de Boston y nos dirigimos al norte, posiblemente al océano Ártico. Le diré nuestro destino exacto en el momento en que lo sepa.

Mientras ponemos la mesa para el desayuno, Andrew, mi compañero de servicio (así nos llamamos), el del pelo de pincho, me cuenta la historia de cada uno de los invitados masculinos a medida que van saliendo del ascensor hacia la cubierta principal y tomando asiento en la mesa. Hay cierta vanidad en la forma en que Andrew se hace poseedor del historial público de cada uno de estos hombres, un regocijo malévolo en su forma de propagar los escandalosos rumores que sobrevuelan los recortes de prensa y los artículos sobre ellos que, como resulta evidente, ha leído asiduamente. Parece encantado de odiar a los invitados (así es como hay que llamarlos a ellos).

Enseguida se han sentado todos: seis hombres y tres *barbies* intercambiables.

Margot no se encuentra entre ellas. Supongo que está aprovechando para dormir sin los ronquidos de Jaeger. Andrew y yo servimos café, disponemos las pastas, tomamos comandas. Tortillas, tostadas francesas o yogur y fruta. Hay algo que resulta ineludiblemente maternal al servir comida. Si entrecierro los ojos, casi puedo ver a cada uno de estos hombres como un encantador niño de doce años.

Bob Jaeger preside la mesa. Según Andrew, tiene debilidad por mujeres-niña indefensas tipo Margot, ante quienes insiste en que su divorcio no es más que cuestión de tiempo. Supera holgadamente el metro ochenta, tiene una cara plana y cuadrada, ojos pequeños y rasgados y un hoyuelo en la barbilla, de forma que parece más un muñeco Ken que un pez gordo global.

A su lado está Yevgeni Petrenko, también conocido como el Hombre de los Diamantes de Rusia. Amasó su primera fortuna hace veinte años con las bolsas de plástico (un bien tan escaso en la antigua Unión Soviética que la gente las lavaba y las volvía a utilizar); la segunda fortuna salió de los diamantes de Siberia y la tercera, de internet. De joven fue encarcelado durante ocho años por acusaciones de fraude y malversación de caudales, y ahora disfruta citando a cierto licenciado en gulags, Solzhenitsyn, famoso por decir que su verdadera educación provenía del mundo de los convictos. Con traje y camisa rosa abotonada hasta el cuello, Petrenko sostiene la mandíbula hacia arriba y hacia fuera, como la pala de un camión excavadora. Su gran barriga, prueba de su buena vida, le ocupa la mitad del regazo.

Con pantalones caqui anchos, zapatillas de andar por casa y gafas de montura metálica, el productor de Hollywood Alan Stemple desprende esa elegancia relajada tan americana. Coleccionista de arte y gran aficionado a la música, es conocido por una serie de taquillazos de los que complacen el gusto más popular, pero el grueso de su riqueza viene de los fertilizantes, los pesticidas y las armas. Tiene vínculos con varios gobiernos (el estadounidense, el israelí, el libio, el jordano) y su deseo proclamado es llevar la paz a Oriente Próximo. Las acusaciones de espionaje nunca se han podido demostrar. Guapo, reluciente, calvo, con modales modestos y astutos, tiene siete hijos y va por la cuarta esposa.

Richard Lawler, un escocés rubicundo con un halo de pelo rubio y encrespado, especula en el mercado internacional de materias primas. Sus famosos ataques maníacos le llevan a gritar en público incomprensiblemente, entrar en frenesís salvajes de compras compulsivas y despedir empleados por capricho. A intervalos regulares se retira a su mansión en las Highlands, donde vive con una hermana solterona, rebaños de ovejas y una manada de perros de raza border collie. Es soltero y sexualmente asustadizo, como un chaval. Sus ataques erráticos de compraventa siempre logran esquivar los efectos de las bajadas del mercado. Cada uno de sus movimientos es seguido de cerca por el mundo de las inversiones, a pesar de las especulaciones sobre si padece o no una enfermedad mental.

El siguiente es un joven sueco llamado Jorn Ekborg, sobre quien Andrew sabe algo menos. Ekborg me mira a los ojos cuando me pide más café, se agacha para

recoger una servilleta que se ha caído para demostrar sus ganas de ayudar. De vez en cuando se levanta y se pasea hasta el ventanal para contemplar el espectáculo glorioso e ininterrumpido del Atlántico, y noto que su mirada se desplaza en mi dirección para ver si le estoy mirando. Con su cuerpo fuerte y elegante, su rostro delicado y sus suplicantes ojos azul oscuro, podría hacer de héroe romántico en una saga vikinga. O de asesino en serie con un máster en poesía. Andrew dice que trabaja en el sector de los móviles y las redes sociales.

El último es Dustin Hall. Está decididamente nervioso y parece hacer cualquier movimiento con retraso, como si fuera un torpe pegote imitando lo que hacen los chicos guays. Esta mañana luce una gorra rígida de béisbol de Harvard, colocada en la punta de la coronilla, y una chaqueta azul marino, con la cremallera cerrada y el logo del Brookside Country Club de palos de golf cruzados. Andrew no le dedica mucho tiempo en su narración.

Mientras sirvo café con una jarra de plata, Hall se percata de mi presencia, y me saluda anémicamente con la cabeza. Asumo que me recuerda de la fiesta de jubilación de la señora Smith y sabe que soy la nueva empleada contratada por Johnny. Asiento en respuesta de forma también anémica. Resulta incómodo, por ponerlo suavemente. Y me alegro cuando es Andrew quien toma la comanda de Hall, lo que me permite ocuparme del otro lado de la mesa.

Los invitados comen despacio y por fin empiezan a irse. Al final solo quedan dos comensales, Jorn Ekborg y Yevgeni Petrenko, sentados entre las tazas de café vacías y los platos sucios que aún quedan sobre la mesa. Su conversación está salpicada de carcajadas vigorosas y profundas.

Mientras retiro sus platos, Ekborg me sujeta la mano.

—Venga, venga, deje eso. Tómese un café con nosotros. ¿No me diga que no la dejan tomar café? ¿No? ¡Pero debe hacerlo! Es la bebida nacional de Suecia y si se niega, me lo tomaré como un insulto a mi país. Espere, ¡yo se lo sirvo!

Todo seducción, se levanta de un brinco a coger una taza y un plato del carrito de servir y los coloca en un asiento libre a su lado. Me siento mientras él se marcha corriendo a buscar una cucharilla. Me sirve de la jarra que sigue sobre la mesa mientras Andrew, colocando platos sucios a pocos metros de mí, lo observa todo con envidia y desaprobación.

—Yevgeni y yo somos buenos amigos. Somos incapaces de parar de hablar, ¿verdad? ¿No es raro? Un sueco y un ruso, con tres décadas de diferencia entre nosotros. Pero he ahí la naturaleza de la verdadera amistad. Las fronteras habituales desaparecen.

—¡Qué patán! —dice Petrenko—. ¿Cuándo habré oído semejantes bobadas? Tenga cuidado, señorita. ¡Está intentando impresionarla con su alma poética! —Fuma con labios húmedos y dedos amarillentos.

—¿Ve cómo me quiere? Como un hermano —dice Ekborg—. Nos conocimos en un campamento de supervivencia en Montana. Usted es americana, ¿verdad? Por

supuesto. Soy capaz de adivinarlo antes de que abra usted la boca. Ustedes las americanas tienen una cierta... brusquedad en las formas.

Petrenko se carcajea.

—¡Brusquedad! Tú sí que sabes hablarle a una mujer bonita, Jorn. ¡Deberías darme lecciones!

Ekborg se gira hacia el ruso.

—Sí, ¿por qué no? Te daré una clase maestra, de la que no aprovecharás nada, me temo, Yevgeni. Ya has cometido un error importante. Nunca llames «bonita» a una mujer. Es demasiado vulgar, es degradante. La palabra que hay que utilizar es «hermosa».

—¡Pero lo estás diciendo en su cara! ¿Te crees que es sorda?

—Esta mujer no es susceptible de ser seducida —declara Ekborg, contemplándome con una sonrisa petulante y afectuosa—. Tiene un carácter fuerte. Se lo puedes ver en la cara. Acepta a un hombre solo según sus propias reglas. Debes esperar a que sea ella la que venga a ti.

—Bah. Yo no veo tal cosa. Solo veo una mujer bonita, y pienso llamarla así. — Petrenko exhala humo por la nariz.

Ekborg se inclina hacia mí.

—Dejemos que hable por sí misma, entonces. ¿Cómo preferirías que te llamaran: bonita, hermosa o fuerte?

—¿Es usted de verdad tan idiota? —le pregunto—. ¿O solo finge serlo?

Él golpea la mesa con la palma de la mano.

—¿Lo ves? ¡Qué te dije! Y ahora escucha, Yevgeni, *nunca* debes llamar bonita a una mujer como esta. ¡A no ser que estés preparado para que te claven un hacha en la frente mientras duermes!

Petrenko me encuentra con la mirada y guiña el ojo, y su papada bailotea un poco.

—Tiene usted razón en insultarle. ¿Quién se cree que es? Me trata como si fuera un anticuado que no puede competir con su cortesía y encanto. Pero si yo la llamo a usted bonita, no es ofensivo para usted. No digo más que lo que es evidentemente cierto, de forma que me gano su confianza. Si yo fuera un hombre más joven y no estuviera tan gordo, yo sería el que me marcharía con usted del brazo.

—Háblenme de su campamento de supervivencia —les digo.

Ekborg sonrío y se inclina hacia delante animosamente.

—Aprendimos destrezas básicas para sobrevivir tras un holocausto nuclear, un terremoto, el impacto de un meteorito, cualquier cosa que pudiera provocar la extinción masiva. Muchos de nosotros poseemos campamentos en lugares remotos, con pistas de aterrizaje para aeronaves pequeñas, dos generadores, comida enlatada, barriles con aprovisionamiento de agua para cinco años. Libros para la enseñanza de nuestros hijos, suministros médicos. Armas, por supuesto, y herramientas agrícolas. Con las herramientas adecuadas y los conocimientos precisos, podremos mantener un estilo de vida decente para nuestras familias mientras el planeta se regenera.

—Eso está bien para ustedes, ¿pero qué hay del resto? ¿No sería mejor destinar sus recursos a evitar este tipo de desastres?

—Vaya, vaya. Sí que *es* usted americana —dice Ekborg burlescamente—. ¿Piensa que es posible evitar cosas así con... cómo es la palabra... inventiva?

—¡Inventiva! —dice Petrenko, como si le gustara el sonido de la palabra—. Pero vosotros los suecos sois más americanos que los americanos. —Otro guiño hacia mí—. Solo lo digo por darle caña.

—Sí, inventiva —digo yo—. Junto con ciencia, capacidad de decisión y cooperación.

Ekborg se reclina en la silla y me estudia, como si buscara el camino lógico y adecuado para abrir mi obtusa mente democrática.

—Sé lo que está pensando. Está pensando que nosotros, los supervivencialistas, estamos en esto solo por salvarnos nosotros mismos. Que la humanidad no nos importa. Pero está equivocada. Nos importa tanto que haremos cualquier cosa por mantenerla viva. ¿No es el instinto de supervivencia lo que nos ha traído hasta aquí, para empezar?

—Su lógica resulta autocomplaciente y peligrosa —le digo. Esta es la razón por la que nunca me fue bien en el colegio. Me dejó llevar por el aspecto emocional y me abalanzo sin más.

Petrenko aúlla de risa.

—Con esta magnífica señorita no acabarás con un hacha en la frente mientras duermes, amigo mío. ¡Te cortará la lengua de raíz mientras hablas!

—¿Peligrosa? ¿Por qué peligrosa? —Ekborg asume un tono de ofensa y desafío. Veo que está satisfecho por haberme arrastrado a una discusión.

—Primero, explíqueme cómo encaja la caza en su esquema.

—Ah, sí. Para eso estamos aquí, ¿verdad? —Se sirve más café—. No será usted una de esas liberales de lágrima fácil, ¿verdad, señorita...?

—Yo no lloro por nada. O lloro todo el tiempo. Y me llamo Pirio Kaspárov.

—¡Rusa! ¡Lo sabía! —cra Petrenko—. Las rusas son duras como tanques.

Ekborg sonrío despacio y con gentileza, como si hubiera decidido que la aspereza de mis contornos no evitará que nos hagamos amigos.

—La caza es parte de la naturaleza humana, igual que lo es la supervivencia. Lo uno sale de lo otro. ¿Le ofende eso, señorita Kaspárov? No debería. Solo tenemos que observar la historia para comprobar lo sanguinarios que somos. Durante el siglo xx ha habido matanzas de millones de personas simplemente por placer.

—¿Placer? No, fue por poder —dice Petrenko, que sigue disfrutando de la conversación.

—¿Qué poderes fueron otorgados a los matones comunistas o a los soldados nazis que asesinaron a sus vecinos? Gengis Kan y sus hordas acabaron con el diez por ciento de la totalidad de la población humana de su época. No les importaba el poder, solo matar. Lo hacían como si fuera un deporte.

Ekborg prosigue con resignación triste, contenida.

—Todos somos asesinos y los más peligrosos son los que no son capaces de admitirlo. La caza es la forma menos destructiva que adopta el asesinato. No hay política de por medio, no hay odio. Y las poblaciones de animales se regeneran rápidamente, en general. Piénselo. Si se permitiera que más gente se dedicara a la caza, las guerras serían menos necesarias. Pero tiene que ser una presa que realmente suponga un desafío para las habilidades y el ingenio del hombre. Con patos y ardillas no conseguimos nada.

Petrenko apaga el cigarrillo en el plato.

—Jorn es un maestro cazador. Tenemos un vídeo de él en África. Si quiere verlo, esta noche se lo pondrá, estoy seguro. Le ha echado a usted el ojo como se lo echó a aquel león. Es un salvaje, este Jorn. Se lo digo yo, no le pierda de vista.

—Me encantaría verlo —digo, encontrando una sonrisa de plástico que dirigirle a Ekborg.

—Entonces lo verá, señorita Kaspárov.

—Esta noche estaré detrás de la barra del salón pequeño después de las nueve.

—Perfecto. Ahí es donde ponemos nuestros vídeos —dice Ekborg.

Se abren las puertas del ascensor y Zorina sale tarifando, como si fuera un cohete hecho con una botella de cristal a punto de estallar. Me doy cuenta de que Andrew se ha marchado. Siento la sensación reflejo de culpa propia del empleado que es sorprendido holgazaneando, y luego temo que se haya enfadado tanto que me quite de servir en el bar esta noche y me ponga a limpiar letrinas. Me levanto de un brinco y empiezo a recoger platos sucios.

—Caballeros, discúlpennme, pero necesito a la señorita Kaspárov —dice Zorina con fría amabilidad, llegando hasta la mesa.

—¡No castigue a la señorita, por favor! —suplica Ekborg mientras Petrenko le observa divertido—. Es todo culpa mía. La obligué en contra de su voluntad a abandonar sus obligaciones y a beber café con nosotros. Tanto Yevgeni como yo hemos intentado denodadamente seducirla, pero sin suerte. Esta señorita es un ejemplo de virtud.

—Estoy segura de que lo es, pero ahora debe venir conmigo. Siento tener que llevármela.

—Señora, hace usted un trabajo impecable —dice Petrenko—. El servicio es de primera clase.

Zorina sonrío forzosamente, negándose a que le hagan la pelota.

Petrenko sigue con sus zalamerías distractoras, diseñadas, me imagino, para conseguir librarme del castigo.

—Me apetece mucho esta aventura. Con mi amigo Jorn a bordo, tendremos el doble de trabajo de lo normal en Baffin Bay.

Me quedo helada, aferrada a cubiertos de plata sucios. Baffin Bay. Una gran masa de agua entre Canadá y Groenlandia. Remoto, inexplorado, con sus distantes costas

habitadas tan solo por asentamientos inuit aislados. Un lugar perfecto para cazar ballenas.

Zorina me agarra por el codo y me lleva aparte, me arrastra hacia el bar, donde puede echarme la bronca sin que la oigan. Yo llevo una bandeja llena de platos y casi se me cae sobre sus pies.

—Escuche, señorita Kaspárov. Necesita controlarse, ¿me oye? Puede que los invitados quieran charlar y ligar. Bien, si eso es lo que quieren, usted les sigue la corriente. Ni siquiera la detendré si siente usted la inclinación de darles algo más. Pero nunca olvide que es usted una empleada a quien pagan para que olvide lo que sea que le cuenten o le enseñen, y cualquier cosa que vea o escuche en esta travesía. Confío en que el señor Hall repasara con usted estas reglas.

—Me lo dijeron, sí.

—Y por favor, no sea tan estúpida como para creer que usted puede llegar a importarles. Aquí no hay finales de cuento de hadas.

—No pensaba que los hubiera.

—Bien. Pues ahora termine de recoger aquí y venga a reunirse conmigo en la cocina. —Zorina se marcha con decisión y cuando vuelvo a la mesa con la bandeja vacía, los hombres se han marchado, dejando las servilletas hechas una bola y el paquete aplastado y vacío de cigarrillos Dukats de Petrenko.

Capítulo 24

Cada uno de los camarotes de lujo tiene su baño, además hay un baño extra en cada planta, dos en el sector de la tripulación y uno en el puente. En total, trece baños. Tal vez algunos más que Zorina se olvidara de mencionar. Suficientes para cientos de residentes de Calcuta o un par de familias de La Jolla. Zorina trazó un círculo alrededor de cada uno de ellos en un mapa del barco y me entregó una bolsa de loneta llena de productos de limpieza. Me dio instrucciones de respetar las señales de «No Molestar» y de gritar: «¡Servicio de limpieza!» antes de entrar en cualquiera de los camarotes de lujo. Tuvo la consideración de doblar el mapa de cubiertas y de meterlo en la bolsa para que no me pierda. Pero no puedo prometer que no me vaya a perder. Es un barco muy grande. Con muchas puertas.

De camino a la escalera paso por delante del ascensor, cuyo uso, según me han dicho, está prohibido a la tripulación. No sería de recibo que uno de los invitados tuviera que compartir esa fantástica caja de madera pulida y espejos con gente como nosotros. «Invisibles» es la palabra que usó Zorina para describir cómo se supone que tenemos que ser, y mis colegas empleados parecen haber interiorizado esa directriz. En la media jornada que llevo a bordo, los únicos trabajadores a los que he conocido han sido Zorina, el cocinero y Andrew. Pero me han dicho que somos doce. Con los diez invitados (seis caballeros, tres *barbies* y Margot, que es el único miembro de su propia categoría), hay veintidós personas a bordo. En un barco de este tamaño, me imagino que no es sorprendente que los salones y los pasillos parezcan escasamente poblados.

Tiene sentido enfrentarme en primer lugar al servicio del puente. Seguramente sea pequeño, un desafío de tamaño adecuado a una artista de letrinas principiante. Y no es casualidad que, en el puente, que es el cerebro del barco, es donde probablemente se encuentre el capitán.

Está en el tercer piso, una habitación en curva en proa. Frío, gris, carente de encanto e imaginación, exactamente como ha de ser un lóbulo frontal. Docenas de manómetros y de interruptores empotrados en paneles bajo un ventanal corrido. En el centro de la sala hay un timón de metal con una palanca que sobresale, un artificio que parece sacado de un Ford T. Resulta inquietante pensar que nuestras vidas puedan depender de algo con una tecnología tan básica. Ahí está el capitán, consultando un mapa. Levanta la mirada con un rastro de fastidio. Llevo la camiseta a rayas con el logo del *Galaxy*; de la bolsa que llevo sale una escobilla de váter. Esto le impele a gritar de punta a punta de la sala.

—¡Oh, no! ¿Y tú qué problemas me traes?

Pero no me ha visto el fondo del alma; no es más que una amistosa tomadura de pelo. Le explico mi misión. Él señala la puerta del lavabo.

—No dejes que te entretenga en tu ronda.

Es bajito, barrigón, ataviado con una chaqueta marinera con abalorios amarillos bordados en los hombros y en los puños. Evidentemente se trata de parte del uniforme obligatorio del barco, ya que no parece el tipo de tío que luciría voluntariamente un *blazer* de Sergeant Pepper con pretensiones. Tiene el rostro macilento e hinchado, con capilares florecidos como azaleas moradas en los carrillos. Un mechón escaso y rubio le cae por un lado de la cara. Su forma de peinarse revela a alguien que se engaña a sí mismo sobre lo macho que es, cuando se acerca ya a los sesenta.

—¿Cómo vamos de icebergs? —digo, porque quiero iniciar una conversación y es lo primero que se me pasa por la cabeza.

—No hay de qué preocuparse. Hay que llegar más al norte antes de empezar a pensar en esas monadas.

—Genial. ¿Cuánto más al norte? —En la voz se me cuela sin querer un diminuto gañido de miedo.

Tiene bolsas en los ojos y su mirada demuestra que le hago gracia.

—No me digas. Viste *Titanic*. Buena peli, ¿eh? ¿Qué te pareció Leonardo? Me recuerda a mí mismo a esa edad. —Suelta una risita burbujeante—. Es broma. Pero escucha, cielo, no te preocupes por los icebergs. Tengo mucha experiencia en estos mares del norte y puedes estar tranquila: no soy un burro como lo era el capitán del *Titanic*. Estás más segura aquí conmigo de lo que estarías conduciendo por la Ruta 93.

—Aun así. Y si...

—¿No te he dicho que no te preocupes? ¿Me estabas escuchando? Hay que hacer lo que diga el capitán, ¿vale? —Sonríe, tonteando, con placer por su propia autoridad—. Por cierto, puedes llamarme Lou. O Capitán Lou, aunque no insisto en ello.

—Lou Diggins, ¿verdad? —El capitán que se peleó con el capitán de pesca japonés en la última travesía del *Sea Wolf*.

—Dos puntos para ti.

Le digo mi nombre y pongo la bolsa en el suelo.

—Bueeeeno. Sí, señora. Tu reputación te precede. Ya tienes mote, ¿lo sabes? Te llamamos la Nadadora. —Su gesto se oscurece—. Una lástima lo que le pasó a Ned Rizzo, ¿eh? Solía trabajar con nosotros.

—Sí, lo sé. Me salvó la vida. —Ya no espero una reacción.

Lou vuelve a su carta de navegación.

—Te contó lo que hacemos aquí, ¿no?

—Eh, sí.

—Y te ha faltado tiempo para unirme a la fiesta.

—Ajá. ¿Así que cuándo llegaremos a Baffin Bay?

—¿Quién te ha dicho vamos allí?

—Yevgeni Petrenko.

—El comunista gordo ese no conocería Baffin Bay ni aunque le diera una patada

en el culo. Yo tendría cuidado con él, por cierto. Le gustan las damas. Zorina ha tenido que pararle los pies, aunque no veo qué atractivo pueda tener. ¿Ya has conocido a la pelirroja? ¿La amante de Jaeger? La verdad es que es una chica encantadora.

—La he conocido. —Sienta bien que te ofrezcan tantos cotilleos en tan poco tiempo. Me hace sentir socialmente aceptada—. ¿Qué tal es Jaeger?

—Que me maten si lo sé. Estuvo aquí esta mañana para repasar las cartas de navegación y asegurarse de que no hemos puesto rumbo a Australia. Tiene la cara de piedra. Es más rico que Dios, por lo visto. Pero por eso no se puede condenar a nadie, ¿no crees? Quiero decir que a todos nos gustaría ser como él. Y es bastante generoso con su pasta. Digamos que salpica a su alrededor a base de bien.

—Si no vamos a Baffin Bay, ¿a dónde vamos?

Lou coge un bolígrafo y empieza a escribir algo sobre la carta de navegación.

—No hagas demasiadas preguntas. Aquí todo el mundo se limita a hacer lo que le mandan. A todos nos va mejor así.

Echo una ojeada por encima de su hombro.

—Pero enseñármelo no puede hacer daño a nadie, ¿no? Odio no saber adónde voy. Me provoca pesadillas.

Me da un repaso de la cabeza a los pies, como para asegurarse de que me ha clasificado correctamente. Intento ofrecer un aspecto infantil.

—De acuerdo, te lo enseñaré. No queremos que te pongas a chillar en mitad de la noche, ¿a que no?

La carta de navegación mide casi un metro cuadrado y tiene los bordes encajados en brazos de plástico para que se mantenga lisa. Hay mucha masa terráquea en blanco: el borde sur del archipiélago Ártico canadiense, con unos mil seiscientos kilómetros de costa rota en tiritas diminutas, como un papel pasado por la trituradora. Groenlandia, también en blanco, está cortada por dos lados y colocada en la esquina superior derecha. Lo que más hay es azul.

—Desde el punto de vista de la navegación está chupado —dice Lou—. La mayor parte del tiempo veremos tierra. Ahora mismo estamos más o menos aquí. —Su dedo sucio señala un punto en el golfo de Maine—. Nuestro rumbo pasa por la costa este de Nueva Escocia, luego giraremos a la izquierda en el estrecho de Cabot y seguiremos por la costa oeste de Newfoundland, por el estrecho de Belle Isle. Probablemente paremos a corrernos una juerga en Makkovik y luego iremos hacia el norte por la costa de Labrador, cruzando el estrecho de Hudson, hasta virar allí a la izquierda, pasada la península de Hall, hacia Cumberland Sound.

—¿Cumberland Sound?

—Eso es. Ahí es a donde nos dirigimos. Pero si quieres puedes llamarlo Baffin Bay. O ponerle cualquier otro nombre. A los invitados les da igual una cosa que otra. Podrías plantarlos en Groenlandia, decirles que es Canadá y tardarían días en darse cuenta.

—¿Cuando lleguemos allí nos quedaremos... eh... varados sin más o atracaremos en algún puerto?

—Allí no hay nada que pueda llamarse puerto. Hay un pequeño asentamiento, que los locales llaman Pang, acurrucado junto a un fiordo realmente espectacular. Pero iremos más allá, atravesando algunas de las islas que hay por allí. —Barre con un dedo en dirección noroeste por la entrada de mar—. Hay un lugar concreto donde echamos el ancla y nos divertimos.

Escudriño el mapa.

—¿Dónde?

—¿Qué más da? Es todo remoto. La tierra está deshabitada. Ya te digo yo que adonde vamos no llegan barcos de abastecimiento. La gente más cercana son los inuit que hay abajo, en Pang.

Lou es un tío frívolo y ruin, pero no deja de tener su encanto. Me estoy preguntando cómo sacarle más información cuando oigo algo detrás de mí. Un joven alto y renqueante llega arrastrando una silla plegable de aluminio y se sienta. Tiene la cara amarillenta, el pelo ralo y un temblor nervioso en las piernas, que ahora estira frente a mí, tan cerca que podría hacerme tropezar.

—Te presento a mi hijastro, Troy —dice Lou con sequedad—. Recién salido de las tripas del cuarto de motores.

—Hola, Troy —digo.

—Es la Nadadora —dice Lou con menos entusiasmo del que tenía antes.

Los ojos de Troy destellan levemente, pero no hace comentario alguno.

La conversación se vuelve personal. Un poco demasiado personal. Básicamente, Lou estaba casado con la madre de Troy. Después del divorcio, heredó el cuidado y la manutención de su problemático hijo y le introdujo en el mundo de la pesca para mantenerlo alejado de las calles. Pero aquello no funcionó. Todo esto me lo cuenta Lou con grandes dosis de sarcasmo, como si quisiera que yo le agradeciera su altruismo no biológico, y, al mismo tiempo, como si quisiera tomar distancia, porque es evidente que el resultado de sus esfuerzos es patético.

Cuando Lou para de hablar, Troy asiente en dirección a su padrastro y dice:

—Este tío me enseñó todo lo que sé.

—No te enseñé a asaltar casas, ni a atacar a oficiales de policía, ni a vender drogas, ni a que te pillaran, ¿a que no? —dice Lou enfadado.

—No. Solo a chuparla y a poner el culo. —Troy me mira como si este fuera un buen chiste del que él y yo podríamos reírnos si quisiéramos, y veo cómo la nuca de Lou enrojece bajo el cuello de su chaqueta.

Me siento como si estuviera viendo a Lou y a Troy hacer de sí mismos en un programa de telerrealidad.

—Este es el primer día de la Nadadora. No la asustemos —dice Lou, tenso.

—No le dan miedo los marineros dispuestos a ganar unos pavos. Especialmente siendo una de ellos.

Lou me mira nervioso, como pidiendo disculpas, y luego sus ojos escapan a toda prisa. Su hijastro parece haberle superado. Cuando el flequillo rubio ladeado le cae sobre la cara es como ver el telón cayendo sobre un monologuista hortera. Troy está sentado con las piernas bien abiertas, mirándome como si yo fuera un botellín de cerveza sobre una valla y él fuera un paleta aburrido.

«Anda que no hay dinámicas familiares raras», pienso, mientras recojo mi bolsa de limpieza y echo a andar por el camino por el que vine.

—Eh, ¿qué pasa con el lavabo? —vocea Lou a mi espalda.

—Luego —respondo.

Troy suelta una risa fea.

Tengo que hacerle saber a Parnell cuanto antes a dónde nos dirigimos. El móvil no me va a funcionar para siempre aquí, tan lejos, en el golfo de Maine. Pero seguimos cerca de la costa, de forma que hay posibilidades de que el *roaming* de mi compañía siga operativo.

Bajo a toda prisa los tres pisos de escaleras hasta el nivel inferior. En esta planta se oye un zumbido constante, una vibración en cada superficie y un golpeteo rítmico que no comprendo. No espero encontrarme con nadie, de forma que al principio solo me sorprende ver a dos hombres salir de mi camarote. Luego me doy cuenta de que uno de ellos lleva mi portátil bajo el brazo y el otro tiene en la mano mi nueva cámara Minolta. Van en dirección opuesta.

—¡Eh, esperad un momento! —les grito.

Se giran. Uno es grandullón como un defensa de rugby, con un rostro plácido. El otro es el tío jorobado con cara de pocos amigos que me llevó la bolsa esta mañana. Los dos llevan sudaderas azules con el logo del *Galaxy*.

—¿Dónde vais con mis cosas?

—No estás autorizada a llevar estos aparatos a bordo. Te los devolveremos cuando termine el viaje —dice el segundo.

—Pero toda mi vida está dentro de esa máquina —les digo, señalando el portátil.

—No deberías haber traído a bordo nada de esto. Ni ordenadores, ni teléfonos, ni cámaras. Son las reglas.

—Venga ya. Dame un respiro.

Se encoge de hombros y los dos se marchan, dejándome allí de pie en el pasillo.

Me meto en mi camarote. Mi bolsa de viaje está abierta sobre la cama y mi ropa al completo tirada por todas partes. Hago una comprobación y descubro que también se han llevado mi iPhone y mi Kodak PlaySport. Incluso han encontrado el móvil de tarjeta prepago que traje para emergencias y que había metido en un calcetín de lana.

Me siento sobre la litera entre mis cosas desperdigadas. Sin mi teléfono ni mi portátil me siento desnuda. Sin las cámaras, mi presencia aquí no tiene ningún sentido. ¿Y ahora qué hago?

A las diez de la noche hay un pequeño gentío alborotado en el salón pequeño. Bob Jaeger, Jorn Ekborg y Richard Lawler están enfrascados en una conversación. Lawler no para de agitar su gran cabeza rubia con entusiasmo y de vez en cuando suelta una sonora carcajada. Margot está medio reclinada sobre el costado izquierdo de Jaeger, con aspecto lánguido y apático. Yevgeni Petrenko tiene el brazo alrededor de una mujer a la que no he visto antes. Es mayor que las demás, tiene alrededor de cuarenta años y es redonda y plácida, con el pelo descolorido y cardado. Petrenko le acaricia el codo desnudo, lo frota obsesivamente mientras ella parpadea con holgazanería como una gata satisfecha.

El salón es acogedor, dentro de lo que es el *Galaxy*: en una esquina hay una mesa de juego redonda y dos sofás, uno frente a otro, en medio de la sala. Contra la pared más alejada están bajando una pantalla de cine y hay un portátil abierto sobre la mesa. Las luces tenues hacen que todo el mundo tenga buen aspecto.

Yo mezclo y sirvo tras la encerada barra de palisandro, cogiendo vasos y colocando guindas y rodajas de limón y de lima en cualquier copa a la que parezca venirle bien un poco de color. Hace tiempo que no lo hago y sé que me estoy equivocando con las proporciones, pero hasta ahora nadie se ha quejado.

Al cabo de un rato, Margot se separa del grupo y viene a sentarse sobre un taburete.

—Qué bien que haya otra mujer razonablemente inteligente en este barco. No tienes ni idea de hasta qué punto me aburro. Con Bob es todo negocios, negocios, negocios. La mitad del tiempo no tengo ni la menor idea de qué está hablando. Llevamos juntos un par de años. Lo único que hago es viajar e ir a fiestas y a eventos. Y dormir, claro, cuando puedo. No tengo un solo amigo.

No tengo ni idea de cómo responder a esta avalancha, así que me refugio en lo obvio.

—¿Te puedo preparar algo de beber?

—Champán.

Se queda mirando las burbujas efervescentes mientras se lo sirvo, tocando suavemente el tallo de la copa con uñas color ciruela.

—¿En cuántos viajes has estado? —le pregunto.

—Este es el tercero. Estoy contentísima de tener por fin un alojamiento decente. Fui yo quien convenció a Bob de comprar este barco. No podía soportar el anterior.

Otra vez tengo la sensación de que podría preguntarle a Margot cualquier cosa sin levantar sus sospechas. E incluso si llegara a sospechar de mí, le daría igual.

—¿Qué hacen con el cadáver..., quiero decir, una vez que matan a la ballena? —le pregunto en tono neutral.

—¿El cadáver? Hay más de uno. Cientos.

—¿Cientos? ¿En serio? —Está todavía más chiflada de lo que pensaba.

Los ojos de Margot parecen algo ofendidos.

—Los cuerpos caen al fondo y se pudren. Montones de ellos. Una fosa común. ¿Qué te creías?

—No lo sabía.

Sorbe el champán de forma infantil, llevando los labios hasta el borde de la copa sin levantarla de la barra.

—Jorn va a por ti. Te darás cuenta por su forma de intentar pasar de ti.

Es verdad. No me ha mirado en toda la noche. Pero su forma de darme la espalda constantemente, de mostrarme su perfil, de quedarse de pie en posición dominante sobre el resto de los que están en el sofá, todo esto parece incluirme a mí de forma muy particular.

—Casi todo el mundo diría que eso es una contradicción, pero entiendo lo que quieres decir.

Sonríe, aceptando el cumplido en lo que le toca.

—¿Te gusta?

—Me hace sentir incómoda.

—Naturalmente. Hace que todas las mujeres se sientan incómodas. Es muy guapo y tiene una fortuna inimaginable.

—Hablando del rey de Roma.

—Señoritas —dice Ekborg cordialmente, ocupando el taburete que hay junto a Margot—, ¿están preparadas para ver mis grabaciones? —Su acento sueco tiene un deje atractivo. Te hace pensar en aire fresco y en bayas de saúco.

—Ya las he visto, Jorn. ¿No es la tercera vez que nos las pones? —dice Margot.

—No seas tonta. Os dejé ver un poco anoche a Bob y a ti, pero los demás quieren verlas ahora. Incluyendo a nuestra amiga. —Mueve la cabeza en mi dirección, todavía sin mirarme.

—¿Te refieres a la camarera?

—La señorita Kaspárov.

—Estoy segura de que le impresionarán. No todos los días ve alguien a una leona masacrada con fuego de ametralladora.

Ekborg ríe con indulgencia.

—No fue con una ametralladora, Margot. Por favor. Haces que suene brutal. Hay en esto un cierto arte, como en la tauromaquia.

Margot levanta una ceja mirándome con ironía.

—¡Oh, torero! —Se baja del taburete deslizándose y se va contoneándose al lado de Jaeger, con la copa de champán en alto como una antorcha.

—Es frágil —me dice Ekborg en confianza—. Dicen que igual que su primera mujer.

—Creo que con la primera mujer sigue casado.

—¿De verdad? No sabría decirte. Y tú, ¿estás casada?

—No he tenido ese placer.

—Una mujer tan deliciosa. Me sorprende.

—¿Y tú?

—Lo intenté hace años. No estábamos hechos el uno para el otro. Lo supe en su momento, pero me faltó el coraje de decirle que no, de ser fiel a mí mismo. Pareces sorprendida. Pero conocerte a ti mismo, saber cómo amar... estas cosas llevan su tiempo.

Su cara es tan bella que entiendo que las mujeres puedan caer ante él, indefensas y sobrecogidas.

Se oye un grito de comanda para más bebidas. Las preparo y las coloco sobre una bandeja. Ekborg las sirve por mí alegremente, con un punto conyugal.

—Veamos la peli —digo cuando regresa, solo para que deje de mirarme boquiabierto, con esos diáfanos ojos azul marino.

Ekborg parece alegrarse de mi petición. Va hasta el portátil, apoya un hombro sobre la pared y va haciendo clic por un menú con un mando. Una tierra seca y marrón, que es claramente africana, aparece en la pantalla del proyector. El traqueteo de la imagen y el murmullo de un ruidoso motor indican que la persona que sostiene la cámara va en coche. Hay voces de fondo. Creo oír algunos acentos nativos entre las duras consonantes inglesas. La cámara barre perezosamente un campo de hierba salpicado de arbustos y altos árboles cuyas ramas se recortan contra un abrasador cielo azul.

Ekborg hace la voz en *off*, imitando el tono de un anunciante de feria.

—Con todos ustedes, damas y caballeros, los espesos humedales del delta del Okavango, en Botswana. Ese río que ven a lo lejos está infestado de cocodrilos y verán en un momento... Sí, ahí están, pueden ustedes atisbarlos... la leona y dos cachorros cruzándolo a nado. Uno de los cachorros es más lento. Miren cómo su madre lo arrastra fuera del agua y lo arroja a la orilla. Acaban de regresar de la isla de Duba, donde había un rebaño de búfalos (unos animales feroces, con enormes cuernos cortantes) y ahora la madre tendrá que medirse a una manada rival y, bueno —Ekborg suelta una risita modesta—, a tipos como nosotros.

—Date prisa, amigo. Algunos estábamos ahí contigo. ¡No necesitamos una lección de ciencias! —grita Petrenko.

Ekborg me mira pidiéndome perdón con una mueca por cómo el ruso está estropeando la experiencia.

—Puedes esperar, Yevgeni. Quiero situarlos.

—¿Situarlos, cómo? —le devuelve Petrenko—. ¡Mira, ahí estás!

Ekborg mira rápidamente a la pantalla y dice con entusiasmo:

—Sí, ese soy yo. Ahí estoy.

El *jeep* se ha parado y ahora la cámara se mantiene bastante quieta. Ekborg ha aparecido a la derecha del plano, avanzando entre la alta hierba. Lleva un pañuelo verde en la cabeza, una camisa sucia sin mangas y pantalones largos color caqui. Está bronceado y suda copiosamente. Lleva una especie de arma de fuego pesada colgada

del hombro, y, sin embargo, se mueve con gracia atlética y parece eufórico.

—Aquí la cámara la pierde, pero yo sé dónde se ha escondido. Sigue cerca del río, abriéndose paso hacia el llano. Sé que pronto me olerá y que es rápida, ¡así que mejor será que tenga cuidado! Una gata rápida. Pero yo soy más rápido. —Ríe.

—¡Mírate! Un tonto sueco —se burla Petrenko.

Lawler y Jaeger ratifican este comentario con gruñidos de aprobación.

El salón se queda en silencio. En el vídeo Ekborg se ha detenido, helado. Levanta el rifle, lo vuelve a bajar, da unos cuantos pasos más. Se ve un temblor en lo alto de las hierbas. Luego, despacio, la leona se hace visible entre los tallos, como emerge un dibujo escondido. Un cachorro sale disparado delante de ella. El otro va tropezando detrás.

Se oye un disparo, y ella se dobla, cayendo primero sobre un hombro y luego desplomándose del todo. Resulta chocante ser testigo de la rotundidad con que se le ha negado otro centímetro, otro paso, otra respiración. De cómo, en un instante, su cuerpo se transforma en un montículo quieto.

Los cachorros siguen jugueteando por el llano.

Ekborg detiene el vídeo. La escena solo ha durado unos minutos, pero parece mucho más larga. En la habitación se siente una pesadez, casi una especie de saciedad entumecida, como si hubiera sucedido algo verdaderamente profundo. Y lo ha hecho. Empiezo a comprender una raíz honda y horrenda de la felicidad del cazador: matar es eterno. Deja una marca permanente.

La fiesta prosigue hasta la medianoche y entonces Ekborg, el último en irse, se acerca al bar mientras yo recojo y preparo una bandeja de vasos sucios para meterla en un pequeño lavaplatos que hay junto al fregadero. Me dejó sola después de poner el vídeo, tal vez para darme tiempo para absorber la profundidad de su proeza.

No pierde el tiempo.

—Me intrigas, señorita Kaspárov.

Tengo en la mano un vaso casi lleno de whisky con soda y hielo derretido que ha dejado uno de los invitados. Antes de pararme a pensar, se lo tiro a la cara.

Ekborg jadea, sacude la cabeza, se frota los ojos con los puños cerrados. Con una servilleta se seca las mejillas e intenta secarse el frontal de su jersey negro de cachemir, por donde le cae el líquido a chorros.

Arroja la servilleta sobre la barra, me mira fríamente durante unos segundos, no habla. Ahora no valgo nada para él, ni siquiera me merezco una palabra.

Con actitud despreocupada, se marcha del salón.

Capítulo 25

Durante los siguientes días llueve: gotas afiladas y finas que se clavan en la superficie del océano como millones de agujas pequeñas. Las ventanas del *Galaxy* están tan salpicadas y manchadas que el efecto es como de ceguera parcial. Sobre el yate desciende un letargo. Es imposible estar tan cerca del tiempo meteorológico y permanecer indiferente a sus estados de humor. Solo las gaviotas, en el cielo, se muestran descaradas y ruidosas: bajando en picado y desplazándose deprisa, siempre con un estridente graznido que puede oírse casi desde cada una de las estancias del barco. Cuando la lluvia cesa, aparece la niebla, que se extiende baja sobre la superficie del agua y distorsiona los sonidos además de la vista. El tiempo parece haberse ralentizado: los minutos se hacen insoportablemente lentos; las manecillas de los relojes apenas parecen moverse.

Jorn Ekborg ya no me presta ninguna atención. No solo es que haya dejado de tener su favor, es que he dejado de existir. Yevgeni Petrenko ya no tiene nada que decirle a esta americana de ascendencia rusa. Cuando sirvo las mesas o atiendo la barra, siento la mirada de Dustin Hall sobre mí, pero no dice nada. Margot me ofrece sonrisas tentadoras, de complicidad. Por las noches en el salón se coloca sobre un taburete junto a la barra y me calienta la oreja alegremente con sus opiniones y sus lamentos. Para los demás invitados soy como quería Zorina: invisible.

La tripulación es aún más fría conmigo. Las conversaciones mueren cuando me acerco. En una comida uno de los matones que se llevaron mis cosas me atraviesa con la mirada mientras se hurga los dientes meticulosamente.

No hay duda de que se ha corrido la voz sobre los objetos que me han sido confiscados. Me digo que aún es posible que no sospechen de mí. Me quitaron las cosas del camarote de forma rutinaria, casual, como si no fueran más que botellas excesivamente grandes de champú en el control de un aeropuerto. Revisar las cosas de un nuevo miembro de la tripulación para comprobar que no lleve nada de contrabando tal vez sea solo una cuestión de rutina. Y estoy casi segura de que no hay nada incriminatorio en el teléfono ni en el ordenador. Antes de embarcar borré mi historial de búsquedas, vacié la papelera y eliminé las fotos de Noah de ambos aparatos. Si me hacen preguntas podré esconderme tras mi sincera ignorancia. John Oster nunca me comentó que las cámaras y los aparatos electrónicos estuvieran prohibidos a bordo.

Sin embargo, siento que todo va mal. Para empezar, Troy no para de aparecer por sorpresa. Al final de un pasillo, en el umbral de un salón. Aparece y desaparece como un fantasma. Resulta inquietante, me pone de los nervios. Con cada avistamiento sucesivo parece más y más un pájaro negro de mal agüero, sacado de los posos de mi propio inconsciente. Por la noche, en mi camarote, con la puerta cerrada con llave, siento pisadas suaves al otro lado de la pared. Una vez y luego otra. Me vigilan.

Sospecho que es él. Bajo estas circunstancias, no me atrevo a intentar hacerle llegar un mensaje a Parnell. Y en cualquier caso, no sabría cómo llegar a él a través de la radio del barco.

Llegamos a Makkovik, en mitad de la línea de la costa de Labrador, en una noche clara. Debo de tener mareo de tierra, porque siento que la superficie está más en calma en la bahía de aguas profundas en las que echa el ancla el *Galaxy*. El pueblo no es más que unas pocas luces amarillas desperdigadas a cierta distancia. Por la conversación que escucho en el salón, sé que tiene una población de unas cuatrocientas personas, en su mayoría inuit. Tiene un aeropuerto y un hostel en el que, si se les avisa con tiempo, dan bien de comer. Hay un pequeño museo y, al norte, una base de radares americana desmantelada en los sesenta. Con esa información parece agotarse el tema de Makkovik. Sin embargo, hay emoción entre la tripulación y los invitados por la oportunidad de caminar un rato sobre tierra firme, por sentirnos menos arropados por el lujo durante un día. Las *barbies* procurarán hacer alguna compra, en caso de que sea humanamente posible. Y yo pretendo acercarme con tranquilidad hasta el centro comunitario de Makkovik donde, según he oído, se ofrece al público servicio de telefonía y de internet.

Por la mañana los invitados son los primeros en desembarcar, arreglados y sonrientes, abarrotando un esqui motorizado que envían desde el pueblo para recibirnos. La tripulación terminará su trabajo a bordo y luego dispondrá de unas horas en tierra, desde mediodía hasta media tarde. Zorina me dice que este es el momento de hacer limpieza profunda en las *suites* vacías. Mientras voy caminando por un pasillo con mi bolsa de tela llena de productos de limpieza, los dos tripulantes que saquearon mi camarote aparecen en el extremo opuesto. Se me acercan, se quedan de pie muy cerca de mí (tan cerca que puedo sentir el aire frío del mar que emana de sus jerséis) y me ordenan que les acompañe.

Me conducen al ascensor; por lo visto ya no está prohibido usarlo. Nos hundimos en el lujo dorado hasta el piso inferior del barco. Durante todo el trayecto pienso que esto tenía que pasar. No debería sorprenderme. Me quieren hacer unas cuantas preguntas sobre mis cámaras y demás. Respiro profundamente, me imagino dando respuestas claras, con sentido, que demuestren lo completamente inocente que soy de cualquier falta.

Cuando las puertas del ascensor se abren, me encuentro aplastada entre los dos hombres, uno por delante y por detrás. Nos abrimos paso por el pasillo hasta la cavernosa sala de motores, donde hace mucho calor y el ruido es insoportable. La atravesamos y entramos en una habitación más pequeña en la que hay paneles eléctricos, un generador y válvulas. En el centro del cuarto hay una silla y una mesa metálica, vacía excepto por cuatro pares de esposas.

Giro sobre mis talones y echo a correr. Uno de los hombres me cierra el paso.

Luego entre los dos me cogen en volandas por debajo de los brazos y me llevan, con los pies colgando, hasta la silla. En segundos estoy sentada, con las manos esposadas a la espalda.

Entra Dustin Hall. Lleva puesta la chaqueta azul marino con el logo de los palos de golf cruzados. La cremallera subida hasta arriba, hasta donde su delgado cuello se alza como un tallo pálido que se une con su cabeza en forma de tulipán. Los dos tripulantes toman sus posiciones ligeramente tras de él, tiesos como columnas.

—Pirio Kaspárov —dice Hall pensativamente, como si mi nombre fuera un interesante acertijo—. Hice que la siguieran y contraté a un detective privado para que investigara su pasado. Tengo un *dossier* sobre usted del que hasta el FBI estaría orgulloso.

—Ya. Apuesto a que sabe todos los libros que he comprado en Amazon y la localización de todos mis cajeros automáticos preferidos.

—Su madre, una famosa modelo, murió cuando usted tenía diez años. Su padre y su nueva esposa la enviaron a un internado, en el que siempre fue mala estudiante y tuvo problemas disciplinarios. Por lo visto tenía un problema psiquiátrico, y probablemente todavía lo tenga. Fue a la Universidad de Massachusetts, en Boston, y ahora mismo trabaja en la empresa de perfumes de su familia, que algún día heredará.

—No está mal. ¿Puede ver el futuro? Me gustaría saber si voy a casarme con un príncipe.

—Supongo que es posible. Este es un cuento de hadas en el que usted puede elegir su propio final. He aquí sus opciones: una, me cuenta lo que sabe y sigue con su vida. O dos, muere hoy y nadie encontrará nunca su cuerpo.

—Hmmm. No lo creo. Esas opciones son un poco aburridas y demasiado obvias. El final realmente bueno es el que no ves venir. Así que habrá que esperar y ver.

—Se está pasando de lista para llevar puestas unas esposas.

Hall echa una mirada furtiva al tripulante que tiene a la derecha (el grande con ojos de cerdo, músculos hinchados y manos diminutas) y a mí me invade un mal presentimiento. Observo con horror cómo el tipo rodea la mesa y levanta el puño por un momento, como para examinarlo. Entonces me golpea en el estómago, con fuerza. Antes de que pueda recuperar el aliento, lo hace otra vez. Una experiencia que da un sentido nuevo a la expresión «echar la primera papilla».

—De verdad, señorita Kaspárov, ¿puede permitirse no cooperar? Mire a su alrededor. Piense dónde está. ¿No creerá en serio que tiene alguna posibilidad?

Cuando soy capaz de respirar, silbando audiblemente, le digo:

—Supongo que tiene razón. Ahorrará tiempo si me mata ya. —Tengo un rugido ensordecedor en los oídos.

—Primero quiero saber para quién trabaja y cuánto sabe.

—Trabajo para usted. Ned Rizzo me contó lo que estaban haciendo antes de morir y quería participar. Así que se lo pedí a John Oster y me contrató, ¿o no se lo contó?

—¿Realmente pensaba que estaba a bordo de este barco como empleada?

—Sí. Se suponía que iba a cocinar.

Los ojos de Hall siguen sin expresión.

—Sabemos que trabaja con un tal señor Wozniak, Larry Wozniak. ¿Cuánto hace que le conoce?

—Wozniak. ¿Ese era el tío del funeral?

—Hizo una llamada a alguien llamado Russell Parnell después de subir a bordo del *Galaxy*. ¿Qué le dijo?

—Le dije... —Oh, Dios mío. Se me olvidó que en el móvil podría verse el número de Parnell—. Le dije: «Ups, me he equivocado de número. Perdona la molestia».

—¿Qué estaba buscando Russell Parnell cuando se coló en las oficinas administrativas de Ocean Catch?

—No tengo ni idea.

—¿Qué información le dio la señora Smith?

Casi se me para el corazón. «¿Cómo sabe lo de la señora Smith?».

—Parece sorprendida, señorita Kaspárov. Estoy informado de que usted y la señora Smith hablaron en dos ocasiones. Largamente. ¿De qué hablaron?

—De perros. A los amantes de los perros nunca se les acaban los temas de los que hablar.

—¿Tiene usted perro?

—No, pero siempre he querido un san bernardo.

—Esperaba que fuera usted más cooperativa.

Hall se acerca a la mesa y se sienta en el borde. Me hago una imagen mental de su espalda huesuda y floja desnuda, tachonada esporádicamente con pelos rosados de punta. Si este hombre tiene una mujer, no sé cómo es capaz de tocarle.

—Hmm. Pirio Kaspárov. Una mujer solitaria con una vida solitaria. Sin más amigos que una puta borracha.

—Una amiga más de las que tiene usted.

—¿Qué relación tiene usted con la Marina de Estados Unidos?

De nuevo, estoy sorprendida. ¿Me siguieron hasta las puertas mismas de UBEM?

—La Marina se preguntaba si soy una mujer biónica. Y resulta que sí que lo soy. Mola, ¿eh?

—Tiene usted una vívida imaginación, señorita Kaspárov.

—Qué gracia, eso sí que es verdad. Exagerado, supongo. Pero básicamente cierto.

—Ya veo. ¿Está usted segura de no ser un agente del gobierno?

—Estoy muy segura.

—¿También el señor Wozniak trabaja para la Marina?

De repente, así sin más, me quedo sin réplicas de listilla. ¿Cuándo empezaron a seguirme? ¿El día que hablé con Johnny en su garaje? ¿O desde la fiesta de jubilación de la señora Smith? ¿O fue incluso antes de eso, desde el momento de la colisión?

Siento náuseas al darme cuenta de que, solo por hablar con ellos, he puesto en riesgo a la señora Smith y a Parnell, solo por ser vista con ellos. También puedo haber puesto en peligro a Caridad Jaeger. Hall ha relacionado los datos, pero los ha sobreinterpretado, ha decidido que Parnell y yo somos agentes del gobierno, alertados por la chivata de la compañía, la señora Smith. No va a haber forma de convencerle de que esa idea es errónea. En su cabeza todo encaja perfectamente. Las historias bien ordenadas hacen que el cerebro se cierre en banda. Estoy pensando que tal vez me venga mejor admitir que soy una espía de la Marina. Así puedo hacerle creer que tengo más poder del que en realidad tengo, lo que podría ofrecer cierta protección a mis amigos. Es posible que incluso fuera capaz de romper la lealtad de Hall hacia Jaeger, que tiene alegremente secuestrada a una compañía pesquera de Boston para satisfacer sus necesidades de entretenimiento. Podría hacer un trato, prometer amnistía a Hall y a su tripulación. Pero todo se me está ocurriendo demasiado deprisa. Necesito tiempo para pensar.

Antes de que me dé tiempo a decir nada, Hall se levanta de la mesa, le hace un gesto con la cabeza a su matón y le llama Brock. Menudo nombre. Intento hacerme fuerte, borrar de mi mente lo que está a punto de pasar. Brock se toma su tiempo y parece empeñado en dañar cada uno de mis órganos internos con sus puños.

Milosa me dijo una vez que el dolor se puede superar con disciplina mental, es decir, concentrándote inquebrantablemente en algo que no sea el dolor. De forma que, mientras caen los golpes, empleo cada miligramo de la fuerza mental que poseo en recordar las escogidas palabrotas rusas que me enseñó cuando era solo una niña. Cuando Brock termina tengo la boca llena de sangre espesa y no consigo enfocar la mirada. Pero he encontrado lo que estaba buscando y no puedo evitar compartirlo.

—*Yob tvoyu mat.*

—¿Qué? —dice Brock con cierta alarma.

Traduzco obedientemente.

—Que follen a tu madre.

Se vuelve hacia Hall.

—¿Qué idioma era ese?

Los ojos de Hall se han rasgado.

—Ruso.

—Cuidado. Podría estar con Petrenko —dice el subalterno jorobado de gesto astuto que está al otro lado de Hall.

—No, no creo. Oster habría dicho algo —murmulla Hall.

Es bonito ver la fe que tiene en sus empleados.

Atisbo a Troy entrando en la habitación con un portátil bajo el brazo. Se desliza pared abajo, se sienta en el suelo con los hombros encorvados, como un escolar llegando tarde a clase e intentando pasar desapercibido.

Hall le dirige una mirada afilada.

—¿Has conseguido ponerte en contacto con él?

Troy asiente.

—¿Está hecho?

Troy vuelve a mover la cabeza hacia abajo.

Hall se apoya de nuevo en la mesa y se inclina para mantener una charla íntima conmigo. Su actitud es extrañamente paternal.

—Libby Smith, nuestra querida amiga —dice dulcemente—, ha sido hallada al amanecer por un conductor en Jamaicaway. Víctima de un atropello tras el cual, por lo visto, el conductor se dio a la fuga. En bata y zapatillas. Lo más seguro es que falleciera en el acto, según nos dicen. Pero eso no hay forma de saberlo, ¿a que no? —Cambia de apoyo ligeramente y se tira de la oreja—. Sucedió a primera hora de esta mañana. Ni que decir tiene que la gente en la oficina está muy afectada. Pero todo el mundo sabe que su demencia progresaba a pasos agigantados. Probablemente debería de haber ingresado en una residencia. Es peligroso que la gente con demencia viva sola.

Hall suspira. Me pregunta si querría contarle exactamente cuánto sabe la Marina sobre Bob Jaeger y Ocean Catch.

No puedo hablar. No pienso hacerlo. El silencio ahora mismo es lo único de lo que soy capaz.

Hall le pide a sus subordinados que busquen algo con lo que limpiarme la sangre de la cara. Esto provoca cierta confusión. Se palpan los bolsillos, sacudiendo las cabezas. Brock propone quitarse la camiseta, pero es fácil ver que preferiría no hacerlo. Finalmente, el más listo de los dos se ofrece voluntario para ir al baño a por una toalla limpia. Qué ironía. Yo misma puse allí esas toallas esta mañana. Por lo menos sé que están limpias. En la habitación el silencio es absoluto mientras está fuera.

—He traído dos —dice, demostrando meticulosidad.

—Gracias, Dennis —responde Hall.

Hall da la orden y Dennis, frunciendo el ceño de concentración, empieza a limpiarme la cara. Tiene las cejas negras y bastas y mal aliento. Cada vez que me toca la cara, me duele.

—Dale bien alrededor de los ojos —dice Hall.

Dennis me repasa el ojo izquierdo una y otra vez con la toalla, y luego el ojo derecho. Se echa hacia atrás para contemplar sus progresos. No deben de ser gran cosa, porque vuelve con la toalla a la carga otra vez. Hall le dice que ya es suficiente.

—Tengo una cosa que enseñarle, señorita Kaspárov —dice Hall—. Quiero que se asegure de verlo con claridad. Tiene muchas implicaciones, que estoy seguro de que comprenderá. Una mujer tan lista como usted no necesita que le expliquen las cosas punto por punto.

Le hace un gesto a Troy, que trae el ordenador y lo abre sobre la mesa con la pantalla frente a mí. Hace clic en un vídeo que tiene guardado.

Los rayos del sol centellean entre las ramas de olmos y robles. Thomasina y Noah

caminan hacia el colegio. Noah lleva la mochila; Thomasina lleva el pelo suelto y brillante, recién lavado. Van por la acera; hay poco tráfico. Es uno de los cuidados barrios residenciales cercanos al piso de Thomasina. La cámara les sigue a una distancia de unos nueve metros.

La escena cambia. Noah está de pie en una esquina muy concurrida, rodeado de un grupo de niños, todos con mochilas. Es por la tarde. Parece cansado. Se oye ruido de niños y de coches. Un guardia para el tráfico y hace un gesto a los niños para que crucen. La mayoría de ellos lo hacen despreocupadamente. Noah duda, mira a la izquierda, luego a la derecha. Por si acaso el guardia se ha equivocado y hubiera un conductor renegado acercándose peligrosamente. Noah sabe bien que no hay que depender completamente del juicio de los adultos.

En la siguiente escena está caminando solo por el mismo barrio residencial. La cámara le sigue de cerca, demasiado de cerca. Noah ni siquiera se gira. A mí me invade el pánico. Respiro profundamente un par de veces.

—¿Quiere hablar ahora? —pregunta Hall.

—No lo sé. Me ha dado mucho en qué pensar.

—Sí que es mucho, ¿verdad?

—Necesito saber que está sano y salvo en su casa con su madre. No hablaré hasta que no me dé pruebas de eso.

—Que por ahora el niño está a salvo es algo que tendrá que asumir como dogma de fe.

—Sería idiota si tuviera fe en cualquiera de las cosas que me dice. Necesito algún tipo de prueba y la garantía de que nadie le hará daño. Entonces se lo contaré todo. Y si descubro que me ha mentado, o si se le toca alguna vez un solo pelo de la cabeza, ya sea usted o cualquier persona a la que usted conozca, le daré caza y le mataré a sangre fría. Eso se lo prometo.

Hall se pone de pie, un poste flaco de hueso y músculo flácido.

—Aquí no es usted quien plantea los tratos, señorita Kaspárov. O habla conmigo ahora o lo hace esta noche, cuando haya tenido tiempo de pensar en ello. Usted decide.

Le miro fijamente, con la boca cerrada.

—Así sea. Voy a dejarla con Troy toda la tarde. Digamos que serán unas cinco o seis horas. Volveremos esta noche a ver qué tal le va.

Chasqueo las muñecas contra las esposas.

—Quíteme esto.

Hall sonrío.

—Voy dos pasos por delante de usted en ese tema.

Brock me desata las esposas rápidamente, pero antes de que pueda sacudir las manos recién liberadas para recuperar la sensación en ellas, me las ata cada una a una pata de la mesa. Tengo los brazos tan estirados que la mejilla derecha me queda pegada a la superficie de la mesa. No puedo ni girar la cabeza. Luego me esposa los

tobillos a las mismas patas de la mesa. Estoy toda extendida, aplastada como el Correcaminos cuando se choca contra un muro. Duele horrores. Si quitan la silla de una patada, el peso de mi cuerpo me dislocará las articulaciones del hombro y de la cadera.

Afortunadamente, no lo hacen. Oigo el ruido de la llave cayendo sobre la mesa a unos quince centímetros de mi cabeza. La puerta se abre, llenando la habitación con el estruendo de los motores, y se cierra con un silencioso clic.

No tiene sentido intentar gritar por encima del ruido de los motores, y además, de todos modos, nadie me ayudaría. Intento con cuidado ajustar un hombro para ver si puedo colocarlo de forma algo más cómoda dentro de su propia articulación e, inmediatamente, siento un latigazo de dolor que me sube por el cuello y me baja por el brazo. Me sonrojo y empiezo a sudar.

Me llega olor a tabaco, y luego un olor corporal rancio. Oigo a alguien deslizarse por una pared para sentarse en el suelo. El crujido de papel celofán, el chasquido de un mechero. Volutas de humo.

—Eh, Troy. ¿Estás ahí?

—Sí. ¿Qué quieres?

—¿Me las puedes quitar?

—De ninguna manera.

—Por favor.

—No.

Me tomo esto como un progreso, el que haya acertado su negativa de tres palabras a una sola. No es leal a Hall: él no es leal a nadie. Lo lleva escrito en su lenguaje corporal. Cada uno de sus gestos revela alienación y reconcentración en sí mismo. Es posible que nunca le haya interesado nadie más allá de él mismo.

—¿Qué van a hacer conmigo, Troy?

—Te van a matar. ¿Qué te pensabas?

—¿Hay alguna manera de que pueda salir de esta?

—Nop. —Hace un pequeño ruido explosivo en la consonante final.

—¿Ni siquiera si les cuento lo que quieren oír?

—Nop. —Esta palabra le gusta—. Da igual que hables o que no hables; da igual lo que digas. Este es tu último día sobre la faz de la tierra.

Él fuma. Yo intento mantener la calma. Sé que la llave está sobre la mesa, y sé que es posible corromper a Troy. Tiene que haber una manera para que esos dos hechos se combinen y funcionen.

—Genial. El último día de mi vida. ¿De verdad voy a tener que pasarlo así? Duele, Troy. Duele de cojones, en serio. ¿A ti qué más te da que yo lleve esposas? Peso cincuenta y dos kilos. Acaban de darme una paliza de escándalo. Tengo las putas costillas rotas. Probablemente no pueda caminar y, de todas formas, voy a morir. Así que ten un poco de compasión, ¿quieres? No puedo pasarme cinco o seis horas así. Incluso los prisioneros en el corredor de la muerte tienen una última cena,

¿no? No me importaría fumarme un pitillo. Solo una calada de mierda. Puedes volver a atarme antes de que vuelvan. Déjame sentarme y robarte un cigarrillo, Troy. Es mi último puto día sobre la faz de la tierra.

Mi propuesta recibe silencio por respuesta. Una negativa acortada de una palabra a ninguna.

—Troy, ¿qué estás haciendo aquí, si puede saberse? Tú no eres pescador. Este no es tu rollo. Es evidente que te están utilizando. Sé que eres el tipo que me ha estado siguiendo. Te vi en el pabellón Banco de América. Y tú eras el del coche marrón, ¿a que sí? Aquel día en la calle Beacon. ¿Cuántas horas de aburrimiento te has pasado vigilándome? ¿Cuánto te han pagado? ¿El salario mínimo? ¿O solo te han prometido algo, en plan un solo pago al final? Cosa que, si lo piensas bien, nunca te van a dar. Creen que eres una mierda, Troy. No van a darte nada. Ni un centavo. Abre los ojos. Tú eres más listo que ellos. Quítame las esposas. Por favor.

Él se mueve, fuma.

—Tú eres rica, ¿verdad? Conduces un coche viejo, pero tienes una casa en Beacon Hill.

—Es la casa de mi padre.

—Sí, lo sé. ¿Cuánto crees que pagaré por verte otra vez?

—¿Cuánto quieres?

—Un millón de dólares.

—Él podría hacerlo, Troy. En efectivo. Sin preguntas. Solo tengo que pedirselo.

—¿En cuánto tiempo lo podrías conseguir?

—Más rápido que la comida rápida. Consígueme un teléfono y dime dónde quieres que te lo deje. En una bolsa de papel marrón, lo que sea. Haremos exactamente lo que tú quieras.

Silencio. El humo del cigarrillo me hace cosquillas en la nariz.

—Quítame las esposas, Troy. Tenemos que salir de aquí.

—Si pasa cualquier cosa, mataré al chaval.

—Déjémoslo fuera de esto. No hace falta que muera nadie. Me estás haciendo un gran favor. Después de esto serás mi héroe. Los dos conseguiremos lo que queremos.

Oigo cómo coge las llaves de la mesa. En pocos segundos, estoy liberada.

Recompongo cuidadosamente mis miembros desparramados, los coloco en relación correcta con sus respectivas articulaciones. Esto me hace tan feliz que podría echarme a llorar.

Troy vuelve a resbalarse hasta el suelo, da una calada al cigarro y apaga la colilla en la suela de su zapato. No para de mover la rodilla y le tiembla la mano. Tiene los ojos enrojecidos y bota como un niño hiperactivo. Probablemente esté cagado de miedo. Está asumiendo un gran riesgo, está siendo endiabladamente temerario. Hace que medio me caiga bien. Está sentado entre la puerta y yo.

—Dentro de unas horas, cuando se haga de noche, tú y yo nos piramos —dice—. Hay un montón de lanchas amarradas en popa para la gente que va y viene de la

orilla. Nos metemos en una, remamos hasta el pueblo, desaparecemos, nos dirigimos de vuelta a Estados Unidos. Cuando lleguemos a Boston, llamamos a papá. Hasta ese momento, nada de llamadas. No tiene por qué saber que su pequeña tiene problemas hasta que estemos en la misma puerta de su casa. Puedes hablar con él, decirle qué hacer y si no tiene el dinero en una hora como me has dicho, te mataré. Hasta entonces, vamos a permanecer muy juntos. Yo me quedo con estas —sostiene las esposas colgando de una mano— y tengo una pistola. —Se aparta la chaqueta para mostrarme una pistola en una funda sobaquera—. Por si te lo preguntabas, con esto es con lo que voy a matar.

Se me hiela la sangre.

—¿Por qué iban ellos a obligarte a hacerlo?

—Todos los trabajos de mierda que se hacen aquí los hago yo. —Se cierra la chaqueta.

—¿Qué pasará cuando descubran que nos hemos marchado?

—Nada. No harán una mierda. Tienen que quedarse en el barco. No se pueden permitir que Jaeger sospeche de que algo no va bien. Si en algún momento se oliese que tenemos a bordo a una espía de la Marina, las cosas se le pondrían feas a Hall muy deprisa. Hall se caga de miedo ante Jaeger. Se callará para salvar el culo y le encargará al Hombre Ostra que se ocupe de nosotros. De él es de quien tenemos que preocuparnos. Va a ir a por nosotros de inmediato, pero le interesas más tú que yo. Yo apuesto a que se quedará en Boston, porque sabe que en algún momento aparecerás por allí. Yo desapareceré en cuanto tenga el dinero. En algún sitio donde haga más calor que aquí.

Troy se rasca un lado de la nariz con ganas y luego se rasca el cuello. Con la pierna que tiene doblada da golpes en el suelo. No es solo que esté nervioso; es que está a punto de explotar de puro estrés. Entonces lo entiendo. Los dientes como de madera quemada. La piel amarillenta y manchada. Es un adicto a la metanfetamina. Sí, encaja. Todos esos delitos menores de los que me habló Lou Diggins eran por las drogas. Ahora, gracias a las conexiones poco ilustres de su padrastro en el mundo de la pesca, está sometido a una desintoxicación forzada a bordo de un yate supuestamente libre de drogas. Troy no cree en el programa, nunca ha creído en él. Se muere de ganas de desembarcar. Volver, con un fajo de billetes en la mano, a ver a su camello es el único sueño verdadero que alberga su corazón.

—Conseguirás tu dinero, Troy. Yo me encargo de Johnny. —Me siento en el suelo junto a él y me abrazo las piernas, envolviéndome con los brazos doloridos.

Él asiente, con la cabeza pesada, como si estuviera aliviado.

Nos quedamos sentados en silencio, esperando que se haga de noche. Estoy loca de nervios, pensando que Hall y sus siervos volverán antes de tiempo. Troy no para de consultar el reloj.

—¿Cuánto queda?

—Un par de horas.

—Ni hablar. No puedo esperar tanto.

—¿Quién te ha pedido tu opinión? —Pero algo de pena debo de darle, porque saca su cajetilla de Winston y me ofrece un pitillo.

Cuando se lo rechazo parece ofendido.

—Dijiste que querías un cigarrillo.

—La verdad es que no fumo.

Él mira al cielo.

—Troy, tengo curiosidad. Si vosotros, Johnny, tú, Hall y los demás, me estabais siguiendo la pista desde el principio, ¿por qué me aceptasteis en esta travesía? ¿Por qué no me interrogasteis hace una semana y me matasteis entonces?

—¿Cómo? Esa era la pregunta. ¿Cómo íbamos a matarte? En el caso de la vieja la podemos atropellar y nadie sospecha nada. Contigo es más difícil. Tienes salud, estás en la flor de la vida. Hall y Johnny no querían violencia ni nada que pudiera dejar rastro. —Se saca un trozo de comida de un hueco entre los dientes—. En un barco todo es más fácil. La gente se cae por la borda, desaparece. Las leyes internacionales, o las leyes marítimas, supongo, no sé cómo se llaman. En el fondo, nadie vigila muy de cerca y a nadie le importa una mierda en realidad.

—¿Pero por qué esperar hasta ahora?

—Para poder decirle a los invitados que te fuiste porque te cabreaste y te volviste a Estados Unidos a la primera oportunidad. Todo el mundo sabe que estás pirada. Tirándole bebidas a la gente a la cara y metiéndote en peleas. Así que nadie va a darle más vueltas si dejan de verte por aquí. Y si en algún momento alguien hace preguntas, todo el mundo tendrá la misma historia que contar: vista por última vez en un asentamiento inuit en Labrador, Canadá. Sin nueva dirección conocida.

Estira una de sus piernas flacas. Contar esta historia reconfortante le relaja un poco.

—Íbamos a ocultar tu cadáver hasta que volviéramos de nuevo al mar de Labrador y entonces te arrojaríamos por la borda. Con el peso suficiente encima como para que te hundieras hasta el fondo y te quedaras allí para siempre. No hay cuerpo, no hay crimen. Era un plan bastante bueno.

—¿Quién era el cerebro de todo? —Pero ya lo sé.

—El Hombre Ostra. ¿Quién iba a ser? —Troy sonrío con algo parecido al afecto por ese ser legendario.

Johnny sabía todo esto en el bar del hotel aquella noche. Por eso no quería acostarse conmigo. Ya pensaba en mí como si estuviese muerta. Supongo que sigue teniendo una pizca de humanidad: su línea roja es tirarse a una mujer cuyo asesinato ha planificado. Pero se enrolló bastante bien. Fue mejor mentiroso que yo. Tengo a Milosa en el fondo de mis pensamientos, pero ya ni se ríe, solo sacude su cansada cabeza.

—Venga. Salgamos de aquí —digo.

—No, alguien nos verá. Tenemos que esperar a que se haga de noche.

No puedo creer la locura que es todo esto.

—Escucha, Troy. Acabas de describir mi muerte inminente con amoroso detalle. Si no me sacas de aquí ahora mismo, no conseguirás tu millón de dólares ni sentirás esa dulce, dulce droga en las venas.

Parece preocupado y se mete el paquete de Winston en el bolsillo.

—Vale, vale. ¿Qué hay de uno rápido primero?

—¿Un qué?

—Un polvo rápido, para el camino.

—Por Dios. Dime que no he oído eso. ¿Quieres que te pague o no?

—Sí, de acuerdo. A lo mejor más tarde, ¿no?

—Nunca.

Asiente como si le hubiera negado un donut.

—Vale. Vámonos.

Capítulo 26

En el norte, el ocaso es breve en otoño. El sol cae sobre el horizonte deprisa, después de desplazarse con sutileza brevemente por el cielo. La cubierta principal del *Galaxy* está vacía. Las luces de circulación resplandecen débilmente por la teca engrasada, el bar auxiliar, las tumbonas y las macetas. Los invitados aún no han vuelto de su permiso en tierra. Tenían una cena encargada en el hostel Tungortok, a la que también acudirá la tripulación. Ahí es donde se dirigía Hall con Brock y Dennis, según Troy.

Troy echa un vistazo a las ventanas del segundo y tercer piso, que tienen una vista clara de la cubierta principal. Incluso aunque Hall y los chicos se hayan ido ya, alguien seguirá a bordo. Repite que deberíamos haber esperado hasta la noche, pero yo tengo demasiado miedo como para preocuparme por eso. Solo sé que las esposas han quedado atrás y que el aire salado que me llena los pulmones me está devolviendo la sensación de ser humana.

Hay una escala frágil por un lado del yate que va hasta una lancha allí amarrada, botando suavemente sobre las aguas negras de la bahía de Makkovik. Yo bajo primero. Troy deshace la soga y empieza a descender detrás de mí. Me imagino dando un tirón para arrebatarme la soga de la mano y dirigiéndome sola a la bahía. Pero al instante, está subiéndose con cuidado a la lancha, y la oportunidad ha pasado. Encorvado para mantener bajo su centro de gravedad, va a la parte trasera, donde está el motor, mientras que yo, sentada en el banco central, me arrimo a un lado para dejarle pasar. Podría empujarle por la borda ahora que está a mi lado, sin equilibrio, pero el momento pasa demasiado rápido.

Mi mente repasa a toda prisa formas de escapar. No tengo intención alguna de regresar a Boston con Troy mientras el *Galaxy* prosigue su viaje al norte. Que vuelva él solo a Boston y espere por su dinero hasta que yo llegue. Ya me encargaré de la reacción de Milosa, que probablemente sea de venganza, y me aseguraré de que Troy reciba su dinero. Lo haré sobre todo por la seguridad de Noah, pero también porque un trato es un trato. El siguiente problema, qué hacer con Johnny, me va a dar más quebraderos de cabeza.

El gemido del motor se extiende por la silenciosa bahía. Una niebla violeta emborrona las siluetas de los dos o tres edificios bajos y planos de la orilla que tenemos delante. Mirando atrás, veo que la oscuridad se ha cernido sobre el mar de Labrador. El superyate se eleva sobre la superficie negra como un glaciar luminoso: alto, gigantesco, de un blanco resplandeciente. Veo cómo se desvanece como un mal sueño.

Troy apaga el motor cuando nos acercamos a Makkovik. Junto a un muelle provisional hay una rampa pavimentada de quita y pon para botes de carga. La orilla es rocosa. No hay otro lugar donde atracar. Varias lanchas están ya amarradas ahí.

Nosotros también la amarramos, desembarcamos y avanzamos a pie, salpicando.

Una carretera principal, sin asfaltar, lleva tierra adentro, pasados unos pocos edificios bajitos más, pintados de rosa y azul. El terreno a ambos lados es un paisaje lunar de roca negra y lisa, montículos de pizarra, matorrales dispersos, manojos de hierba, pantanos infranqueables. Hacia el norte y el sur se alzan colinas bajas, suavizadas por los ásperos vientos, sin árboles excepto por un bosquecillo anómalo y singular de picea en la cuesta norte.

El pueblo está en silencio; parece deshabitado. Entonces oigo vagamente los acordes de guitarra urgentes e inconfundibles de Clapton suplicando a Leila, que vienen de una hilera de pequeñas casas idénticas apartadas de la carretera. Un plas, plas, plas ascendente hace que me gire. Es una niña pequeña con una cuerda de saltar color verde lima que se acerca a nosotros haciendo el molinillo, frunciendo encantadoramente el ceño. Pasa junto a nosotros sin detenerse; no le interesan los extraños visitantes. La seguimos, caminando a plena vista de la carretera porque no hay ningún sitio dónde refugiarse. Recuerdo que Makkovik está en el extremo de una estrecha península.

Más adelante, el cartel de madera del hostel Tungortok cuelga del techo bajo de un porche torcido. Hay un Buick y un par de motocicletas aparcadas de cualquier manera en el jardincillo delantero, y en el estrecho camino de entrada hay un Range Rover. Parece que el Tungortok tiene esta noche más clientes aparte de los invitados y la tripulación del *Galaxy*. El hostel está pintado de azul intenso, tiene dos pisos y es alargado como una caja de zapatos, sin contraventanas ni adornos de ningún tipo. De dentro sale una luz rosada y se oyen voces festivas por las dos ventanas delanteras que dan al porche.

No tengo ni idea de lo lejos que podría estar la autopista. Podrían ser cincuenta kilómetros, o diez, tal vez doscientos. Sin más abrigo que mi camiseta del *Galaxy* llena de sangre, vaqueros y zapatillas mojadas, estoy temblando. También tengo hambre y estoy muy cansada. Necesito llegar al centro comunitario, que no veo por ninguna parte y que probablemente a esta hora esté ya cerrado, para hacerle llegar un mensaje a Parnell. Si pudiera traer unas cámaras de vídeo y se reuniera conmigo en algún lugar de Labrador, podríamos llegar juntos a la península de Cumberland y seguir desde allí. Pero antes de eso, Troy y yo tenemos que pasar por el hostel Tungortok sin ser vistos y encontrar un lugar donde refugiarnos hasta la mañana.

Siento que Troy se pone tenso y aprieta el paso.

—¿Ves eso?

—¿Qué?

—Ahí. —Señala con el dedo. Del contacto de una vieja Honda de vientre plateado cuelga su llave.

—Espera —digo con precaución.

Él no espera. Echa a correr delante de mí y levanta la pierna por encima de la moto.

—Venga. ¡Vámonos! —Pisa con fuerza el pedal del acelerador y el motor despierta con un rugido, estruendoso y repentino como una bomba detonando en el aire quieto. Conduce la moto hasta la carretera, con las luces encendidas y el silenciador escupiendo humo, y se queda ahí parado, esperándome—. ¡Date prisa! —grita por encima del hombro.

Doy varios pasos hacia delante cuando la puerta del hostel se abre y salen dos hombres. Parecen nativos inuit.

—Eh, ¿qué estás haciendo? —exclama uno, en un tono de voz que no es del todo hostil. Troy revoluciona el motor. Yo me deslizo hacia atrás y me escondo detrás del Range Rover. Troy ahora está en un aprieto. Nunca podrá explicar lo que está haciendo aquí, robando una motocicleta, y una vez que Hall descubra que he desaparecido, Troy jamás volverá a estar seguro. Echo a correr con todas mis fuerzas por el camino que hay a un lado del hostel. Se oyen gritos y jaleo cuando sale más gente al porche y luego un chillido de aceleración cuando Troy sale a la carrera. En pocos segundos se encienden más motores y se oye el ruido de las dos motos que quedan y el coche, que salen en persecución. El rugido de los motores se va acallando hasta que se restablece el silencio ártico.

¿Y ahora qué? Estoy en mitad de ninguna parte, a pie, sin un centavo. No me atrevo a volver a la carretera, y si me aventuro por este terreno desigual y rocoso sin una linterna acabaré con un esguince en el tobillo o una pierna rota. Por no decir perdida. La entrada trasera del hostel Tungortok está ahí delante, subiendo unos escalones despintados, iluminados por una bombilla desnuda anaranjada que cuelga sobre la puerta. Parece que casi todo el mundo está en la parte delantera del hostel, hablando del robo a voces.

La puerta no está cerrada con llave. Entro en un oscuro cuarto de aperos donde un par de bolsas de basura a reventar emiten pútridos olores de pescado podrido y desperdicios, paso deprisa junto a una cocina muy iluminada a mi izquierda y llego a un descansillo sombrío cubierto con una raída moqueta roja. Hay un teléfono de pago en la pared, una vieja máquina expendedora de cigarrillos y dos puertas con señales anticuadas estampadas indicando Caballeros y Damas. Estoy dispuesta a meterme dentro del baño de señoras cuando veo una escalera estrecha un poco más adelante. Subo corriendo por ella y salgo a otro descansillo, silencioso y cutre. Rala moqueta azul, papel que se despega de las paredes con un estampado de medallones dorados sobre fondo azul, varias puertas cerradas con pomos de latón. Una luz cenital en el extremo ilumina una escalera más ancha que desciende hasta la parte delantera del hostel. Siento terror de que alguien salga de una habitación y me vea, así que pruebo la puerta más cercana, que se abre con un suave crujido. La habitación es pequeña, cuadrada, de techo bajo. La luz del descansillo crea sombras, que caen sobre una cama doble sin cabecero, una cómoda de pino y una silla de respaldo recto. No veo equipaje ni ninguna señal de que la habitación esté siendo utilizada. Pero es la humedad y el olor a cerrado lo que más sugiere que aquí podría estar a salvo. La

única ventana que hay en este cuarto hace semanas que no se abre.

Cierro la puerta tras de mí, estremeciéndome cuando cruje. Se cierra con un simple botón que podría abrirse con una horquilla desde el otro lado. Y allí mismo me tiro al suelo en medio de la oscuridad y me enrosco en posición fetal. Me quedo ahí tumbada un rato, temblando de la cabeza a los pies, asumiendo el terror acumulado del día, demasiado abrumada por él como para pensar. Un piso por debajo de mí, en el distante frontal del hostel, los invitados y la tripulación del *Galaxy* disfrutaban de una cena bien preparada a base de delicias locales. Hay gente a la que le toca todo lo bueno.

Por fin me levanto del suelo y voy hasta la ventana. Millones de estrellas giran en franjas lechosas por el cielo negro como alquitrán. Me pasa por la cabeza que Van Gogh no estaba tan loco después de todo. Pero basta de arte. Necesito encontrar un baño. No hay ninguno en la habitación, así que me asomo por la puerta y de un salto cruzo el descansillo hasta un cuarto de baño común, grande, limpio y sin ventanas, y me encierro dentro. Hago pis caliente y me quito la ropa ensangrentada. Cuando me miro en el espejo veo una persona pequeña, aplastada y supurante con una cara multicolor, delicados pechos blancos, bonitos pezones rosados y moratones por todo el resto del cuerpo. Empiezo a reír descontroladamente al pensar que mis partes femeninas han sido cordialmente obviadas en el castigo.

Me callo y me quedo completamente quieta. Sube gente por las escaleras, un hombre y una mujer en juguetona y burbujeante conversación. Cuando las voces se vuelven más claras, reconozco el característico deje prepotente de la voz de tenor de Jorn Ekborg. Y luego, si no me equivoco, oigo a Margot, sin aliento, imbuida de su propia importancia y de su achispado esfuerzo de seducción. Entran en una de las habitaciones que hay más adelante en el descansillo y cierran la puerta.

Quiero darme una ducha, pero con gente tan cerca no me atrevo. Cojo una de las toallas para huéspedes, la mojo y me limpio con ella la sangre a la que Dennis no llegó. Mi cara tiene algo de mejor aspecto ahora, aunque algunos de los moratones se me están empezando a hinchar. Probablemente podría pasar por alguien que ha tenido un accidente de coche, o que cayó en un nido de avispas, o que tuvo una severa reacción alérgica al marisco y luego se chocó contra una puerta.

El rugido distante de motores de motocicleta va creciendo hasta que el marco de madera del hostel empieza a reverberar por el estruendo. La puerta de la habitación de Ekborg y Margot se abre de golpe y pesados pasos de hombre descienden las escaleras. Parece que la encantadora Margot tiene menos atractivo para el apuesto sueco que un ladrón cazado. Me pregunto si a ella le sorprende.

Confiar en Margot supone un riesgo evidente. No tengo ni idea de cómo reaccionará o a quién se chivará. Podría irse directamente al propio Jaeger. Pero estoy dispuesta a jugármela. Porque durante las últimas noches se ha quedado sentada en su taburete en el salón pequeño cuando todos se habían ido, contándome todos sus secretos a mí, su amiga la camarera, con la lengua suelta por el champán que fluye

generosamente. ¿Por qué dará por hecho siempre la gente que los camareros son discretos? En todo caso, Ekborg no es más que su último devaneo, uno fácil de adivinar por cualquiera. El otro hombre del barco que recibe regularmente sus favores, el capitán Lou Diggins, es una elección que sorprende más. Bob Jaeger, para empezar, se llevaría un buen chasco en caso de saberlo.

Hago un hatillo con mi ropa y mis zapatillas, me envuelvo en una toalla, salgo del baño y me meto en su cuarto. Una lamparita azul está encendida en la mesilla de noche. Está tumbada sobre la cama con la camisa desabrochada, una falda blanca levantada hasta la cintura con un adorable volantito de tul y un brazo pecoso sobre los ojos.

—Oh, Jorn. No puedo. Estoy tan mareada..., todo me da vueltas. Y Bob me mataría si se enterase.

—Margot. Soy yo, Pirio.

Levanta la cabeza y me escudriña con la mirada.

—¿Pirio? ¿Por qué llevas una toalla puesta? —Se apoya sobre un codo—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Necesito tu ayuda.

—¿Qué?

Le explico que soy amiga de un pescador de Ocean Catch, que descubrí lo de la cacería y subí a bordo para filmarla, que me descubrieron y que Brock me dio una paliza mientras Hall y Dennis miraban. Que me podrían haber matado de no haber sido por el joven Troy, que me liberó. Robó una motocicleta en la calle y le siguieron, mientras que yo me escapé metiéndome en el hostel.

—¡Oh, Dios mío! ¡Pobrecita!

—No puedes decirle a nadie que me has visto.

—¡No! Claro que no.

—Necesito ayuda para escapar.

—¡Oh, Dios mío! ¿Dónde vas a ir?

—No estoy segura. Pero necesito ropa y dinero.

—No tengo más ropa que esto —sacude la falda— y un abrigo. Me he gastado todo el dinero esta tarde en la feria de artesanía de la iglesia morava.

—¿Qué te has comprado?

—Un jersey de lana tejido a mano. Precioso, gris y azul, con una especie de focas o algo así caminando por el pecho.

—¿Me lo das?

—¿En serio? —Hace una mueca de dolor y luego parece que se lo piensa mejor—. Claro que sí. ¿Pero qué vas a hacer con tu cara?

—Y el dinero, Margot. ¿Cuánto dinero tienes?

—Me quedan unos pocos dólares, eso es todo.

—¿Y Jaeger?

—Bob siempre tiene dinero.

Le lanzo una mirada cargada de significado.

—¿Quieres que yo...?

—¿Lo harás?

Se sienta en el borde de la cama, se alisa la falda y empieza a abotonarse la camisa.

—Supongo que podría. Tú lo necesitas de verdad. No sé por qué no iba a hacerlo. Es decir, él no lo necesita.

—Gracias, Margot.

Me ofrece una sonrisa temblorosa, avergonzada.

—Jorn es un narcisista obsesionado consigo mismo, ¿no te parece?

—Ahí le has dado.

—Podía sentir su pene a través de sus pantalones. Es enano.

—No me sorprende.

Se pone de pie, se aparta del cuello la hermosa mata de pelo, la deja caer pesadamente sobre la espalda y la sacude.

—Tengo unas ganas de volver a la civilización... Me mareo muchísimo en estos viajes y solo puedo comer pan. Pero a Bob no le importa nadie más que sí mismo. Él también tiene un pene minúsculo.

—Eso no debe de resultar muy satisfactorio.

—No lo es. Eso te lo aseguro. —Se acerca hasta la puerta—. Ahora mismo vuelvo. No creo que vaya a tardar mucho.

Le digo que estaré en la habitación que hay al fondo del pasillo.

Regresa pasados unos veinte minutos, arroja el jersey y un fajo de billetes sobre la cama. Sus ojos relucen con el brillo más afilado que le haya visto nunca.

—Le he dicho a Bob que necesitaba todo lo que llevaba en la cartera para pagar a las amables señoras de la feria de artesanía, que no aceptaban tarjeta, y que les prometí que les dejaría el dinero en el hostel.

Cuenta casi trescientos dólares. Me pongo el jersey y mis vaqueros. Le pregunto a Margot qué está pasando abajo.

—Todo el mundo está hablando sobre lo que ha ocurrido. Han cogido al tío, a Troy, al que robó la moto. Bueno, en realidad no le han cogido. Dicen que conducía como un loco, que iba demasiado deprisa. Una rueda reventó y salió derrapando de la carretera y se cayó rodando por un terraplén. No sé cómo, la moto aterrizó encima de él.

—¿Y...?

—Y se mató... Cuando llegaron allí, dijeron que había muerto.

—¿Quién lo dijo?

—Los tíos de los que me hablaste. Brock y Dennis. Iban en las otras motos.

—Claro. —Qué oportuno que Brock y Dennis hayan sido las únicas personas que han visto el accidente y que puedan describir la repentina muerte de Troy.

—El capitán Lou está muy afectado. La verdad es que está llorando. Dice que

Troy nunca le escuchó. Por lo visto tenía muchos problemas con las drogas.

—Sí, eso he oído. Pobre capitán Lou.

—Es triste, ¿verdad? Que se sienta responsable. En realidad es un hombre con muy buen corazón. Pero nadie puede arreglar los problemas de los demás. —Margot suspira y se sienta sobre la cama—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. ¿A qué distancia está la autopista de aquí? —Quiero salir de Makkovik lo más rápido que pueda y reunirme con Parnell en algún lugar más seguro que este.

—No tengo ni idea. Espera. Abajo hay mapas.

Se va y vuelve enseguida con el rudimentario mapa en blanco y negro, del tamaño más o menos de un mantel individual, que los dueños del hostel regalan a los huéspedes. Me siento en la cama a examinarlo. Muestra los edificios importantes de Makkovik: comisaría de Policía, tienda, centro sanitario (con médico disponible una vez al mes) y el aeropuerto, aproximadamente a menos de un kilómetro del hostel. La costa que sube hasta Nain es muy recortada, con pequeñas entradas de agua y penínsulas.

—Esto es una locura —digo—. ¿Dónde está la autopista?

Margot se sienta y mira el mapa por encima de mi hombro.

—Creo que no hay ninguna. O lo mismo, mira, ahí hay una. Pero solo sale desde el oeste de Happy Valley.

—Tiene que haber carreteras que no salgan en el mapa.

—No lo sé. En invierno todas serían intransitables, en cualquier caso. La gente por aquí se mueve en motos de nieve. ¿A dónde quieres ir?

Estoy mirando un pueblo del mapa, a medio camino entre Makkovik y Nain. Hopedale. Tardo un minuto en reconocer el nombre, y entonces los recuerdos salen en avalancha. Hopedale es donde mi madre y yo pasábamos un mes todos los veranos, cogiendo flores y haciendo fragancias. Donde, si nada ha cambiado, la casa que le alquilábamos al arquitecto está vacía de septiembre hasta mayo.

—Baja al salón, Margot, y pregúntale al posadero cómo harías si quisieras llegar a Hopedale desde aquí.

Comprende la urgencia que se me cuela en la voz y se levanta de un salto. En la puerta se para y me mira con expresión solemne.

—Pirio, te estoy ayudando porque veo, por lo que te hicieron, que necesitas salir de aquí. No podría perdonármelo si volvieran a hacerte daño o, Dios no lo quiera, si te mataran. Pero tampoco quiero que Bob tenga problemas. Quiero decir, sé que lo que está haciendo no es estrictamente legal, pero me dice que hay muchísimas ballenas y que a largo plazo no supone gran cosa. No es mala persona; es solo..., bueno, un aventurero. Los hombres solían cazar ballenas todo el tiempo, ¿sabes? Y no se extinguieron. Lo verías con tus propios ojos una vez allí. Sigue habiendo muchas. Hay de sobra, la verdad.

Por unos segundos nos limitamos a mirarnos la una a la otra.

—Quiero a Bob, ¿sabes? Incluso aunque haga cosas que no debería hacer. Solo estoy aburrida. No significa nada.

—No contaré nada, Margot, y nunca olvidaré que me has ayudado.

Cuando regresa, está alterada.

—Tengo que darme prisa. Todos se están yendo ya y Jorn sigue detrás de mí. Como si no me hubiera dado cuenta de que me dejó plantada en cuanto escuchó las motos. Le he dicho a Bob que me dolía la cabeza y que me había echado un rato. No me esperaba para comer. Por eso he vuelto al mostrador y le he preguntado al posadero cómo llegar a Hopedale como si fuera la típica pregunta de turista. Es un tío muy majo que se llama Yoskolo. Me ha dicho que si no quería coger un barco, podía ir volando. Le he preguntado por los horarios de las avionetas y dice que hay una que sale mañana por la mañana a las 8:55.

—Gracias, Margot. —Me arriesgaré a pasar la noche en esta habitación y me marcharé silenciosamente en cuanto amanezca.

—Buena suerte, Pirio. Cuídate. —Y se va.

Voy hasta la ventana. No ha salido la luna, pero los centenares de estrellas están cerca y titilan. Muy abajo, sobre el horizonte, una banda ancha de color esmeralda gira y se ondula despacio. En su inquietante resplandor, siento como si estuviera de pie al borde del mundo conocido.

¿Qué tiene la muerte que nos lleva a mirar al cielo? Me imagino a Troy allí fuera, cabalgando sobre las luces de la aurora boreal que fluyen y corcovean, y espero que sea mejor que meterse un chute.

Capítulo 27

El avión es un De Havilland Twin Otter con grandes ventanas de observación y asientos poco acolchados para diecinueve pasajeros. Esta mañana solo somos cinco. Yo misma, una madre inuit y su hijo, un hombre blanco con un aire de científico abstraído y una mujer mayor con el pelo graso y mal cuidado. Nadie habla. Una joven azafata inuit nos recoge los billetes y podemos ver al capitán a través de la puerta abierta de la cabina, tocando interruptores y haciendo comprobaciones previas al vuelo. He pasado toda la noche despierta, primero escuchando cómo algunos huéspedes se acomodaban en sus habitaciones del hostel y luego, cuando todo ha quedado en silencio, mirando por la ventana, esperando el amanecer, para que hubiera suficiente luz para salir de allí. Una vez en el aire, intento dormir, pero no lo consigo. Agotada, miro por la ventanilla el paisaje escarpado y marrón, intacto, sin carreteras, y los rayos del sol que centellean sobre el ala plateada. Hopedale aparece en hora: la pista de aterrizaje es una herida negra escarbada en una colina rocosa y el pueblo no más que unos pocos edificios bajos salpicados al borde de una bahía centelleante.

Camino colina abajo hacia el pueblo; paso por una escuela, un patio estropeado y un hostel rojo de dos pisos con techo de hojalata. Al doblar una curva, descubro la tienda en la que comprábamos mi madre y yo hace tantos años. Tiene exactamente el mismo aspecto. Sé que justo detrás está la biblioteca del pueblo, que tiene una única sala, donde espero obtener acceso a teléfono e internet.

Es una habitación aireada, pintada de amarillo, con macetas en los alféizares. Hay un gran tablón de corcho apoyado sobre un caballete y repleto de anuncios comunitarios. Este jueves por la mañana no hay ningún lector en ninguna mesa, y cuando me acerco al mostrador un joven levanta la mirada del ordenador. Me pregunta en qué puede ayudarme, parece intuir que no estoy buscando un libro de botánica ni una novela, y después de discutir un poco me ofrece utilizar el teléfono que tiene sobre su mesa para hacer algunas llamadas.

La primera llamada es al fijo de Thomasina. Suena y suena. ¿Es que ya nadie contesta el teléfono de esa casa? Les dejo un mensaje en el que le urjo —no, le ordeno— a sacar a Noah del colegio inmediatamente, ir a casa de mi padre y permanecer allí hasta que yo le diga que no es peligroso salir. «Jeffrey sabrá que vais», le digo. Llamo a su móvil y repito el mensaje. Antes de irme, le hablé de Max y le conté el viaje en el que me embarcaba, así que sabrá que es mejor no jugar a adivinar qué pasa.

La siguiente llamada es para Jeffrey, que, gracias a Dios, coge el teléfono inmediatamente. No entro en detalles: soy consciente de la presencia del joven bibliotecario, que no puede evitar oír cada palabra que digo. Pero después de unas pocas preguntas, Jeffrey se da cuenta de que la situación es seria, me dice que seguirá

intentando contactar con Thomasina y que irá con ella a sacar a Noah del colegio.

—¿Se lo explicarás a Milosa y a Maureen?

—Será mejor que lo hagas tú.

Decido puentear a Milosa e ir directamente a Maureen. Al fin y al cabo son ella y Jeffrey quienes se encargan de todo cuando hay invitados, y por el momento preferiría evitar las preguntas impacientes e incisivas de Milosa. Cuando Maureen se pone al teléfono procuro ser breve y cariñosa: vienen mi amiga y su hijo; pasarán unos días en el cuarto de invitados; le agradeceré muchísimo su hospitalidad para con ellos.

—Por supuesto. Siempre estamos encantados de ayudar. —Sin que le pregunte, me cuenta que la salud de mi padre no ha experimentado cambios apreciables y me siento culpable por no haberme interesado por ello.

La última llamada va a ser la más dura. Siento cómo se me cierra la garganta con la que ahora parece haberse convertido en mi emoción principal: el miedo. Miedo de los malos; miedo por Noah, por Thomasina y por mi padre; miedo de ahogarme; miedo de amar. Cojo el anticuado auricular del teléfono por última vez, pero el dedo se me para a medio camino sobre el teclado numérico. No puedo llamarle. No me sé su número. Lo tenía grabado en el iPhone, no en mi memoria. Me siento a medias terriblemente frustrada y a medias aliviada.

—Internet —le digo al joven—. ¿Puedo?

Él se pone de pie, me hace un gesto para que vaya hacia el interior del mostrador y saca la silla. Tomo asiento en el vinilo aún cálido. La dirección de Parnell es fácil de recordar: rparnell@ yahoo.com.

Le explico dónde estoy, le pido que se reúna conmigo con una cámara con zoom y un trípode. Y también con una Kodak PlaySport. Y que traiga mi pasaporte, que deje en el cajón superior de mi mesa, presuponiendo que no lo iba a necesitar, pero que ahora sí necesito; suponiendo (esperando) que voy a volver a Boston. Tiene que venir de inmediato. Le digo que enviaré un *email* a mi conserje para que deje entrar a Parnell en mi apartamento y que dejaré una nota para él en la tienda de ultramarinos de aquí con indicaciones de donde me estaré alojando. Dudo a la hora de despedirme. ¿Debería poner «Besos», «Gracias» o «Saludos»? Me decido por mi inicial y la pongo en minúscula: p. Luego llamo al conserje, cuyo nombre viene en la guía, y me dice que dejará entrar a Parnell. Mañana volveré a la biblioteca a leer la respuesta de Parnell.

Le doy gracias al joven y regreso a la tienda de ultramarinos. La misma campanilla suena cuando abro la misma puerta abollada; los mismos olores me asaltan: polvo y cacahuetes, humo de cigarrillos, productos de limpieza astringentes alterados con falsos aromas de pradera y un aire viciado, movido por ventiladores. No hay nadie detrás del mostrador, donde espera un señor mayor pacientemente. Paso por pasillos llenos de comida basura, comida envasada, caramelos, latas de refresco. Hay neveras contra la pared del fondo con cerveza, vino barato, más refrescos. Los

orígenes de la mayoría de los males de Occidente están eficazmente empaquetados aquí, todos juntos en estas baldas. Al final del último pasillo, en la esquina del fondo, puedes echar mano de leche, huevos, lechuga iceberg pocha y plátanos amarrotados. De vuelta al mostrador cojo también algunos productos de aseo.

Ahora hay una mujer de mediana edad con una sudadera rosa de Gap detrás de la caja registradora, marcando el precio de los melocotones en almíbar del señor y de su café instantáneo.

—¿Acaba de llegar? —me pregunta la mujer cuando el hombre se va y pongo mis cosas sobre el mostrador.

—Sí. Ahora mismo.

—¿En avión?

—Ajá.

—Ya no es la temporada turística, pero sigue siendo una época del año muy bonita. Pronto la bahía se helará de punta a punta y la nieve se irá amontonando. Entonces también es bonito. Todo blanco y en silencio. ¿Se quedará una temporada?

—Unos días.

—En el hostel entonces, me imagino.

—No, voy a una casa de alquiler al norte del pueblo, en la bahía. —Recuerdo perfectamente la carretera que va allí; el polvo, los surcos y el aspecto que tenía la casa del arquitecto cuando doblábamos la última curva y la veíamos silueteada contra el mar.

—¿Usted sola?

—Sí. Solo yo.

—Oh. —Asiente como si esta fuera una costumbre extraña pero observada a menudo en el visitante caucásico—. Debe de estar escribiendo un libro. El invierno pasado tuvimos a un hombre que pasó tres meses en una casa de alquiler él solo. Resulta que estaba escribiendo un libro. Una historia de ficción, según dijo. Un hombre majísimo. Dijo que nunca había conducido una moto de nieve antes de venir al norte, pero que ahora era su método de transporte predilecto. «Predilecto», me dijo. Eso me hizo reír. —Mientras sus dedos apretaban botones, me ha dado un repaso con sus ojos negros, evaluando mi pelo sin lavar, mi jersey tejido a mano. Sin chaqueta, sin bolso. Con esta cara—. Has tenido algún problema, ¿eh?

—Sí. Tengo que alejarme una temporada. Aclararme la cabeza.

—Ajá. —Asiente con sabiduría—. Ahora tómate tu tiempo. Aquí estarás segura. Una mujer no tiene por qué hacer nada que no quiera hacer. La libertad es lo mejor que hay.

—Va a venir alguien preguntando por mí en los próximos días. Es mi amigo; se llama Parnell. Lo reconocerá porque tiene un brazo paralizado. Si cualquier otra persona pregunta por mí, cosa que no espero, no tiene usted por qué decir nada.

Ella sonrío, mostrando hoyuelos y dientes pequeños.

—Me alegro de que espere la visita de un amigo. Y en cuanto a los demás, yo no

sé nada. Soy Sukie, por cierto. Aquí siempre estoy yo, o bien mi hija Charlotte.

Cuando tengo la compra empaquetada en dos bolsas de papel, me ve dudar.

—He venido andando desde el aeropuerto —le digo.

Viene al rescate elegantemente, diciendo que si quiero me puede llevar Charlotte en coche. Acepto la oferta y diez minutos después Charlotte y yo vamos avanzando a empellones por la carretera llena de baches en un viejo *jeep* con la suspensión estropeada, camino de la casa del arquitecto. Su hijo Nicky, de siete años, va en el asiento de atrás, de pie sobre el saliente de la rueda y con los brazos alrededor del reposacabezas de su madre, su rostro delicado escudriñándome con curiosidad. Su silenciosa paciencia parece completamente natural, resultado, bien de su temperamento inuit, bien del estilo de vida relajado de esta parte del mundo. Hace que eche de menos a Noah, a quien me parece que esto le gustaría.

Encuentro la llave de la casa justo donde siempre ha estado, colgando de un clavo en el cobertizo. El techo catedralicio y la mesa de la cocina llena de quemaduras resultan espeluznantemente familiares, aunque más pequeños de lo que recordaba. Toda la casa parece más pequeña y un poco más desastrada. El porche de cedro donde mi madre y yo pasamos tantas horas está vacío, porque durante el invierno se guardan las sillas. Se amontonan delgadas ramas amarillas de abedul en las esquinas, como desperdicios arrastrados por el viento.

Dentro hace fresco. Charlotte me ayuda a hacer fuego en la estufa; luego traemos más leña y astillas para la chimenea del montón de troncos que hay fuera. Hay una pila de *New Yorkers* y de *Economists* en la estantería que hay junto a la chimenea, junto con *El pájaro espino* y varios romances históricos. Nicky corre excitado de habitación en habitación, tal vez intentando comprender por qué una casa tan grande y luminosa pasa deshabitada la mayor parte del año. Cuando se marchan, me preparo huevos con tostadas y té. Y me doy una ducha, hago la cama, me tumbo y duermo por fin.

A última hora de la tarde estoy comiendo otra vez, pasta con ensalada, intentando coger fuerzas y cierto equilibrio emocional para la siguiente etapa del viaje. En la bahía hay hielo flotando; lo vi cuando venía hacia aquí en el coche con Charlotte. Me dijo que el pronóstico era de temporal. Vientos de cincuenta nudos, olas enormes. Un suicidio para los barcos pequeños. El *Galaxy* lo sorteará sin problemas, pero su marcha se ralentizará. Me imagino que el yate tardará al menos unos días en subir por la costa de Labrador hasta la bahía de Hudson. Le he cogido buena ventaja volando hasta aquí. Pero ahora tengo que esperar a Parnell y solo puedo confiar en que venga lo más rápido posible. Luego tenemos que llegar hasta el cabo Chidley y de alguna manera enfrentarnos al desafío de cruzar el estrecho de Hudson.

A veces la mejor manera de resolver marrones es ignorarlos durante un rato. Es como si, al darse cuenta de que no controlan tu atención histérica y llena de ansiedad, acordaran encoger y volverse más razonables. Por eso me tomo mi tiempo para hacer un buen fuego en la gran chimenea de piedra, luego abro *El pájaro espino* y me

acurruco en el sofá como una princesa de vacaciones, dejando que las horas de la tarde pasen sin más.

Estoy embebida en los problemas que tiene Meggie en Drogheda cuando oigo a alguien llamando suavemente a la puerta principal. Abro y me encuentro con un hombre inuit de unos treinta y tantos años. Mide alrededor de un metro setenta, es fuerte, grande, con el pecho ancho. Lleva vaqueros y una vieja parka verde sin abrochar. Tiene la cara redonda y gruesa —aunque con ángulos agradables—, la nariz recta y los pómulos altos. Una sonrisa relajada y algo casi pudoroso en los ojos alivian mis sospechas de urbanita. Y entonces, sin saber muy bien por qué, siento que empiezo a sonreír. Creo que le conozco de algo.

Me dice que se llama Martin Naggek, que volvía del trabajo a casa en su coche cuando vio que salía humo de la chimenea y pensó en parar a ver si el señor Collins necesitaba alguna cosa. Le digo que solía alquilar esta casa y que inesperadamente me he encontrado en esta zona, y que me voy a quedar un par de días con permiso del señor Collins. (Llegados a este punto, no me voy a poner nerviosa por decir una o dos mentiras piadosas). Los dos estamos de acuerdo en que el señor Collins es un hombre muy agradable.

En tono cauteloso, Martin dice:

—Mi padre era amigo de una mujer que solía venir aquí a pasar los veranos. Siempre echaba un ojo a la chimenea, por si regresaba. Desde que murió, hace un año, yo también le echo un ojo. Supongo que es una tradición familiar.

Le hablo de mi madre y de mí, que pasamos aquí varios meses de julio hace más de veinte años. Le invito a entrar, lo que me desconcierta un poco.

—Mi padre recogía ámbar gris para esa mujer. Lo guardaba en nuestro cobertizo y se lo daba cuando venía.

—Sí, esa era mi madre. Utilizaba aceite de ámbar gris en los perfumes que elaboraba.

Martin sonríe ampliamente.

—La recuerdo. Y a ti también. —Espera—. ¿No te acuerdas de mí?

Le miro fijamente y empiezo a recomponer una versión más adulta del niño con el que solía jugar; el de la voz llena de risa y el pelo negro brillante.

—No eras más que una cría. Yo te llevaba unos cuantos años —dice—. Mi padre y yo veníamos aquí a cenar y tú y yo jugábamos en el porche, ahí afuera, y nos subíamos a esos árboles que hay al otro lado de la ensenada. Siempre había flores colgando por todas partes en vuestra cocina y mi padre traía *pitsuk* de casa.

—Me acuerdo del *pitsuk*. —Me invaden recuerdos de pescado seco y salado y luminosas noches veraniegas—. ¡Ahora me acuerdo de ti! Corrías más rápido que yo, cosa que odiaba. Solía patear el suelo y tirarte palos. O piedras, o puñados de tierra. Lo que pillara a mano.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Intenté enseñarte a sorprender a las focas. Se te daba fatal.

—Tan mal no.

Reímos.

—Cuánto tiempo sin verte, Pirio. —Sus ojos centellean alegremente. Para un vínculo puro de la infancia, veinte años de silencio no son más que una siesta reconstituyente. Se toca el pómulo—. ¿Te has hecho daño?

—Sí.

—¿Un accidente?

—Eh, no.

Su mirada recorre el salón y la parte de la cocina que puede ver desde donde está de pie.

—¿Estás aquí sola?

—Sí.

—¿Estás bien? ¿Te sientes segura?

Asiento, conmovida por su preocupación.

—El té de Labrador te ayudará a curar esos moratones.

—Según recuerdo, sabe fatal.

—No si lo prepara mi mujer. Ven a cenar esta noche.

De repente, me siento entusiasmada ante la idea de cenar con amigos.

Martin Naggek vive en una casa amarilla de una sola planta con un tejado de hojalata rojo en el extremo norte de Hopedale. Es un rectángulo sin pretensiones, de habitaciones de tamaño parejo. En el salón, un gran ventanal se abre sobre la bahía, que está tan cerca que puedes ver las rocas negras y lisas de la orilla y matas doradas y castañas de algas que aparecen y desaparecen con el flujo de las mareas.

La mujer de Martin, Tiffany, me saluda cálidamente, haciendo bromas sobre la poca gente nueva que conoce. Me doy cuenta de que tiene un montón de preguntas sobre mi vida, pero por ahora se aguanta las ganas de hacérmelas. Hay una niña muy pequeña, casi un bebé, de nombre Matilda, sentada en sus brazos como una reina. Con un dedo, la orgullosa madre levanta suavemente el labio superior de la niña para enseñarme dos dientes diminutos. Matilda responde con goterones de baba y un jubiloso gorjeo. Lleva un mechón de pelo suave y escaso como plumas recogido en la punta de la cabeza con un lazo rosa.

Mientras cenamos pasta y finas lonchas de carne seca de caribú, Martin me cuenta que es cazador de focas, igual que lo fuera su padre, Roger. Desde la reciente prohibición de la Unión Europea de importar productos derivados de las focas, el negocio va regular, aunque los productos derivados de las focas cazadas por los inuit están supuestamente libres de la prohibición. Gana dieciséis dólares por cada piel que consigue, comparado con los cien dólares que ganaba antes. Habla del dinero así, sin vergüenza. La bajada de precios, dice, ha llevado a la planta local de procesamiento de carne y piel de foca a detener la producción.

Cuando el rostro de Martin se oscurece, Tiffany retoma la historia sin interrupción, explicándome que ha convertido su cocina en un salón de peluquería. Las mujeres se sientan a la mesa y esperan turno para lavar y cortar. Cuentan historias en inuktitut mientras comen *bannock* y beben té. Tiffany dice que le gusta su trabajo y que Matilda, metida en su parque en una esquina, disfruta del ambiente animado.

Entre los dos, dice Martin, no les va tan mal.

Después de la cena, Tiffany sirve té de Labrador, como prometió. También moja las hojas para hacer una cataplasma, que obedientemente aprieto contra un lado de la cara y luego contra el otro, sin crearme del todo que vaya a servir de algo. El olor de las hojas crudas me devuelve de nuevo a los frescos días boreales de mi infancia. Me sorprende describiendo el trabajo de mi madre en la cocina de la casa del arquitecto, cómo usaba los pétalos secos de las flores para crear un aroma que luego se elaboraría sintéticamente y se vendería en forma de perfume llamado *L'Amour du Nord*. Prometo enviarle a Tiffany un frasco cuando vuelva a casa.

He notado que Martin y Tiffany han intercambiado varias miradas privadas durante la cena y ahora lo vuelven a hacer. Tienen un secreto que no están guardando demasiado bien. Envalentonada por alguna razón, Tiffany le anima dándole en el codo.

—Venga. Dale la caja.

Martin deja caer la mirada, avergonzado.

—Tiffany, por favor.

—Puede que no haya otra oportunidad —le urge.

—He dicho que *no*.

Tiffany se echa hacia atrás, incómoda y decepcionada. Martin permanece en silencio, aparentemente reuniendo fuerzas para lo que va a decir ahora. Pasa un minuto tenso.

Tiffany finalmente dice:

—Piensa en tu padre, Martin. En lo que él hubiera querido que tú hicieras.

Martin sigue mirando su plato con la cara roja y la mandíbula tensa.

—Él querría que le dieras la caja.

—No es para ella. Es para su madre.

—Hace mucho tiempo que su madre no viene. Pirio puede llevarle la caja. Es lo que tu padre hubiera querido, Martin. Lo dejó dicho específicamente.

Un zumbido sordo en los oídos me hace sentir extraña y sola, lejos de esta riña marital. Casi desearía poder levantarme de la mesa antes de que la conversación vaya más lejos, porque ya he juntado algunas piezas de un rompecabezas viejo y obstinado. Ver a Martin Naggek otra vez después de tanto tiempo ha agitado un mar de recuerdos confusos, de emociones e intuiciones que llevan varias horas girando y revolcándose dentro de mí.

Roger Naggek era el hombre que a veces nos llevaba en coche a sitios y que iba con nosotras de caminata por bosques y praderas de flores salvajes, ayudando a mi

madre a encontrar las cosas que quería. Venía a menudo a cenar, bien solo, o bien con su hijo. Un hombre robusto con pelo negro mal cuidado, piel curtida, la cara plana y la nariz larga y recta, y lo recuerdo como una persona que estallaba de vitalidad. Todo lo que tenía que ver con él parecía estar en una especie de flujo natural e irreprimible. Sus manos eran rápidas y certeras. En su mirada centelleaba la inteligencia y en sus labios burbujeaba la risa. Probaba las esencias y los aceites de mi madre con una sonrisa que revelaba un diente mellado.

Yo le odiaba porque se llevaba a mi madre lejos de mí durante largas veladas en el único mes del año en el que se suponía que era toda mía. Y porque jugaba conmigo al cuatro en raya mientras se hacía la cena y a veces lograba hacerme reír; y se inventaba conmigo historias locas, con mucho escepticismo y asombro, exactamente igual que hago ahora yo con Noah. Le odiaba porque, después de todos esos placeres, todo ese abrir nuestros corazones y compartir, salía por la puerta hacia la noche y nos dejaba solas.

Cosa que a mí me parecía bien. Estar a solas con mi madre era en realidad lo único que yo quería, pero cuando Roger se iba, nada parecía encajar. Durante un rato se quedaba pensativa, distante, falsamente animosa cuando se acordaba que yo andaba por allí. Una luz que tenía dentro se atenuaba, una luz controlada solo por él. Le odiaba por hacer que luciera, y luego no atender al fuego. Odiaba la felicidad que él le traía y cómo tenía que volver a cosérsela al corazón cuando él no estaba.

Ese era Roger Naggek. El amante de mi madre.

—Está bien. Creo que lo sé —digo. No voy a llorar, no pienso hacerlo.

Un rastro de tristeza aparece en los ojos de Martin.

—Mi padre murió hace un año.

—Lo siento.

—Tenía cáncer. Unos días antes de morir puso algunas cosas en una caja para tu madre. Me encargó que se la diera si algún día volvía.

—Mi madre murió hace veinte años —digo con cierta frialdad—. ¿Él no lo sabía?

—No. —Martin parece alterado.

—Tenía que tener su dirección.

—Él decía que ella nunca quiso eso. Que estarían juntos solo cuando ella estuviese aquí.

Eso suena a Isa. Las condiciones y las retiradas, los juegos. No podía arriesgarse a convertirse en una víctima del amor, aunque siempre pareció bien claro que eso era lo que era en realidad.

—Pero no me digas que no podría haberla llamado el primer verano que no vino —digo sin piedad.

—¿A quién? ¿A quién iba a llamar? —Martin también está enfadado ahora, aunque lo controla con esfuerzo—. Se limitaba a observar la casa.

Estamos sentados en un pesado silencio.

—¿Dónde está *tu* madre? —pregunto por fin.

—Se fue cuando yo era pequeño. Mi padre me crio solo.

—¿No había nadie más?

—Solo ella. Un mes al año. Luego ella regresaba con tu padre y dejaba a mi padre solo —dice con voz amarga y me doy cuenta de que, de alguna manera, lo dos nos sentimos estafados.

En su trona, Matilda está tirando pasta en el suelo e inclinándose para ver dónde ha caído. Tiffany estudia su propio plato.

—Así que... —Martin profiere un suspiro profundo y concluyente, aunque en realidad nada ha terminado. Coloca las palmas de las manos sobre la mesa y se pone en pie—. Así que voy a darte lo que dejé.

Estoy a punto de decir que no lo quiero. Que ni siquiera me lo debería haber contado. Que no quiero pruebas de lo que fuera que había entre ellos. Que lo que era para mi madre no debería dárseme a mí. Que Isa y Roger han pasado página y que también nosotros deberíamos hacerlo. Esta reacción no es otra cosa que cobardía, claro. Miedo de saber al fin los secretos más profundos del corazón de mi madre, esos que siempre he deseado conocer.

Tiffany desaparece para acostar a Matilda, y Martin y yo nos trasladamos al cuarto de estar. Saca una caja de una estantería y la coloca sobre la mesita baja que tengo delante. Es una caja de cedro roja con una tapa negra que encaja. A los lados, en negro y verde, hay pintadas la silueta de un pez y la cara y el severo pico de un pájaro. Martin está sentado frente a mí cuando la abro. Dentro hay una nota doblada, viejas fotografías, un cuchillo para tallar madera y un pequeño vial de color marrón. Desdoble el papel con manos temblorosas. «Querida Isa, esperé, pero no regresaste y ahora tengo que marcharme yo. Fuiste el mejor regalo que esta vida me dio. Guarda mi amor siempre cerca de ti, cree en él con todo tu corazón, incluso después de que me haya ido. Te amaré siempre. Roger».

Trago saliva un par de veces y cojo las fotografías. Son Kodak, en blanco y negro, arrugadas y rasgadas de tanto toquetearlas. Hay nombres y fechas escritos en el reverso. La primera es del propio Roger, cabeza y hombros, con poco más de veinte años, sonriendo ampliamente bajo la capucha ribeteada de piel de una parka. Remolinos de nieve y una luz difusa borran el paisaje. Tiene la piel tersa y lisa, los labios gruesos y se está dejando crecer un bigotito. Parece feliz y amable. Es antes de que se mellara el diente.

La siguiente es de Roger e Isa sentados en los escalones delanteros de la casa del arquitecto. Sonríen perplejos, sus muslos se rozan suavemente, parece que la cámara de algún visitante los ha cogido por sorpresa. Mi madre lleva ropa vieja y no va maquillada. Le brilla la piel y su mirada es cálida y bondadosa.

La siguiente fotografía nos muestra a Isa y a mí en una zona boscosa. Isa lleva un estiloso pañuelo atado bajo la barbilla y grandes gafas de sol. Luce una sonrisa confiada; su postura es ligera, atlética. Yo tengo unos cinco o seis años, llevo camiseta y pantalones cortos que dejan ver unas piernas robustas cubiertas de

suciedad. Miro a cámara con gesto pendenciero, con un ramillete de flores en la mano.

—No sé qué decir —murmuro.

—Son muchas cosas que asumir.

Meto las fotos de nuevo en la caja.

—Te las puedes quedar —dice Martin.

—No sé. Mejor las dejo contigo por el momento. —Esas fotografías me pesarían mucho en el bolsillo, resultarían demasiado extrañas. Sigo teniendo mucho que hacer antes de poder abandonarme a lo que he descubierto. Aprieto la mano de Martin y él me devuelve una sonrisa. Tiene gracia, pero ahora siento que es mi hermano.

Tiffany está de pie en el umbral de la puerta. No sé cuánto tiempo lleva allí. Le hago un gesto para que se reúna con nosotros y se sienta en silencio junto a mí en el sofá.

—Necesito vuestra ayuda —les digo. Les cuento casi todo, desde la colisión que hundió el *Molly Jones*, hasta el *Sea Wolf*, Caridad Jaeger y el *Galaxy*. Dejo fuera a Noah, a la señora Smith y a Troy, y solo doy una explicación escueta de mis moratones y de mi escapada—. Se dirigen a Cumberland Sound, cerca de unas islas y de un asentamiento que se llama Pang, en la isla de Baffin. Un amigo con cámaras se reunirá conmigo dentro de un día o dos, espero. Quiero llegar allí lo antes posible.

—Solo puedes llegar por aire —dice Martin—. Vas a tener que cruzar el estrecho de Hudson. Más allá de Pang la tierra está deshabitada. Si hay niebla, puede que no encuentres el yate. Si los días son claros, sigue estando el problema de dónde atracar y cómo acercarse sin ser vistos.

La manera en la que dice todo esto me deja sin aliento. Ha comprendido lo que le he contado sin más y ha saltado hasta la solución directamente. Me pregunto si tomar decisiones siempre le resulta tan fácil. Si es así, yo quiero lo que él tiene.

—¿Estás segura de la localización? No tiene mucho sentido si andan detrás de ballenas —dice.

—Eso fue lo que me dijo el capitán. Hablaba de ello como si hubieran estado ya algunas veces.

Martin asiente secamente.

—De acuerdo. Tengo un amigo que puede llevarnos en su Piper Cherokee.

—¿Llevarnos?

—Yo voy contigo.

Miro a Tiffany y ella asiente sin dudar.

No puedo estar más contenta. En los cuentos de hadas aparecen ayudantes en el ultimísimo momento, el momento después de que la heroína, segura de que está sola, se compromete de todas maneras con la tarea imposible. Martin es mi ayudante, mi regalo gratis de los dioses.

Ojalá pudiera llamar a Milosa. Oír hablar del amor entre Roger e Isa me ha hecho añorar a mi padre traicionado y difícil. No es lástima, sino más bien identificación.

Los dos estábamos a oscuras. Entonces me doy cuenta de que puedo llamarle. Estoy tan acostumbrada a estar alejada que ni siquiera me había dado cuenta de que había un teléfono en la mesa, junto a mí. Los Naggek me dan permiso para usarlo sin dudar.

Contesta Maureen y me pasa con Milosa, cuya voz suena débil. Atiende a un resumen breve de mi aventura a bordo del *Galaxy* sin hacer comentarios. Sé que está pensando en qué puede hacer para ayudarme, pero lo único que dice es: «Ven a cenar cuando vuelvas y trae la película». Quiero preguntarle: «¿Me prometes que seguirás ahí?». Pero no lo hago.

Llamo a Thomasina y esta vez sí coge el teléfono.

—¿Por qué no estás en mi casa? Deberías estar allí ya.

—Lo estamos haciendo lo más deprisa que podemos. Jeffrey está aquí y Noah está empaquetando algunas cosas.

—No dejes que Max ni nadie se acerque a Noah.

—Lo sé, lo sé. Ten cuidado, Pirio. Y sea lo que sea que estás haciendo, date prisa.

Ojalá pudiera hablar con Parnell. Quiero oír su voz.

Más tarde, Martin me lleva de vuelta a la casa del arquitecto en su camioneta. Paramos al final de la entrada llena de baches. Los faros iluminan un puñado de abedules entre nosotros y la oscura masa del mar.

—¿Puedo contarte una cosa, Martin? —Todavía no he aceptado del todo la idea de mi supervivencia en el mar y los resultados de los análisis de UBEM como algo que sencillamente me ha sucedido. Pero lo cierto es que esas experiencias parecen menos extrañas en Labrador de lo que parecían en Estados Unidos. Es como si este lugar remoto, en su sencilla modestia, fuera de algún modo más capaz de contener las más improbables posibilidades del mundo.

Cuando termino de describirle mis experiencias, él sigue mirando por la ventanilla sin hablar, como si simplemente escuchando hubiera cumplido su parte de la tarea.

—¿Has oído hablar de algo así antes? —le animo.

—He oído muchas cosas. Hace unos años un cazador cayó atrapado por el hielo y salió por un respiradero de focas a mucha distancia de allí. Salió y se subió al hielo, se quitó el abrigo mojado de piel de foca y volvió caminando al pueblo sin helarse. Otros se ahogan, tal vez por frío o por agotamiento, o empujados al fondo por el peso de su ropa. Por qué unos vuelven y otros no es una pregunta que no mucha gente se hace por aquí. No tiene respuesta, al menos no respuestas que nosotros podamos conocer.

—Yo sobreviví —le digo con urgencia—. Yo soy de las que sobreviven.

Me mira con ternura y se limita a asentir.

Capítulo 28

Somos cuatro en el estruendoso avión de un solo motor. Russell Parnell y yo estamos muslo contra muslo en el estrecho asiento trasero. Martin va delante, junto al piloto, Jimmy, que está flaco, no tiene dientes y sonríe como si esta fuera la máxima diversión que ha tenido en mucho tiempo. Una petaca plateada con tapón de rosca asoma de un bolsillo de su chaqueta de tela. Como Jimmy huele normal y Martin parece tranquilo, decido pasar por alto lo que sería motivo de denuncia criminal en Estados Unidos. No tenemos más equipaje que las cámaras que ha traído Parnell, una neverita, unos sacos de dormir y una pequeña tienda de campaña que Martin metió atrás.

Parnell respondió a mi correo y me dio su número de móvil y los datos del vuelo en el que llegaría. Al vernos en el aeropuerto nos abrazamos, y luego dimos un paso atrás y nos dijimos hola embarazosamente, dándonos cuenta de que nos habíamos equivocado en el orden del saludo. Fue sumamente agradable volver a familiarizarme con su sonrisa tensa y sus ojos inquietos y sentir la fuerza de su mano buena cuando decidió tapar el abrazo con un apretón de compañero en el hombro. Tenemos mucho que decirnos, pero ahora mismo estamos callados, mientras vemos cómo se alzan bajo el avión los afilados picos de la cordillera Torngat y el centelleante mar de Labrador se extiende hacia el este hasta un horizonte que se curva suavemente. Pequeñas placas de hielo puntean el agua brillante y el sol a lo lejos esparce una fría mancha amarilla.

—Ahí está —dice Martin, y Parnell y yo escudriñamos por la ventana para ver la isla de Baffin, una gran masa amorfa gris verdosa. Las cumbres de sus montañas están nevadas; sus laderas caen empinadas sobre praderas de hierba, salientes rocosos y brillantes arroyos. Jimmy pilota el avión en dirección noroeste por el Cumberland Sound, a tan baja altura que podemos oír el choque de las olas contra los acantilados por encima del estruendo del motor. Dice que tenemos suerte, porque la isla suele estar cubierta por la niebla. Hoy puede verse el asentamiento de Pangnirtung, al norte, unos pocos edificios bajos amontonados a lo largo de la orilla. Jimmy dice que algunos de los edificios están amarrados al suelo con cables de acero, a causa de los fuertes vientos. Hay un par de navíos en el puerto (un barco de aprovisionamiento y un buque de pesca de algún tipo).

En pocos minutos nos estamos aproximando a las islas cercanas a la costa. El capitán Lou me las enseñó en su carta de navegación. Son suaves montículos verdes sobre el agua azul. Al sobrevolar la más grande de ellas, el *Galaxy* aparece debajo de nosotros, blanco y reluciente, su soga de ancla tensa en medio de una corriente que fluye entre dos masas de tierra. Dos lanchas hinchables de color naranja botan junto a la proa y hay dos kayaks, que deben de haber subido del almacén, en cubierta. No veo a nadie en el yate o en las costas cercanas. Si alguien oye el ruido de nuestro pequeño

avión, probablemente piense que no es más que un piloto local que ha salido a dar una vuelta aprovechando el sol. Pero aun así, aparto la cara de la ventana.

Pasamos por encima del yate, viramos al este sobre una entrada de mar con una boca de rocas, un pequeño acantilado en el lado norte y una playa de arena en el extremo. El avión alza más el vuelo, enfilando una amplia zona de tundra, con una montaña escarpada que se eleva en el sur. Jimmy mira de reojo a Martin y le pregunta:

—¿Cuál es el plan, jefe?

Martin me mira a mí.

Le digo:

—Aterricemos fuera de la vista del yate y volvamos por la entrada de mar a pie para buscar un sitio desde el que podamos ver lo que sucede.

—Vale. Pero no podemos aterrizar aquí —dice Martin.

—Allí. —Jimmy señala con la cabeza un lago con una amplia orilla lisa agazapado junto a la base de una montaña.

—Tiene buena pinta —dice Martin.

Pronto estamos estirando las piernas sobre gravilla húmeda a la fresca sombra del monte Duval. El lago parece un espejo, está límpido. Me dicen que el agua se puede beber. Martin y Jimmy dicen que ellos montarán el campamento, así que Parnell y yo cogemos las cámaras de la parte trasera del avión, preparados para iniciar la caminata hasta donde espera el *Galaxy*. Parece que está a un kilómetro más o menos, y de repente estoy ansiosa por llegar. Es la una de la tarde. Martin dice que el sol se pondrá como a las cinco menos cuarto.

Emprendemos la marcha por el acantilado, al norte de la entrada de mar. Al final, podemos ver con relativa seguridad al *Galaxy* desde arriba, flotando tranquilamente en el agua protegida entre el islote y el cuerpo de tierra principal. Ahora hay algo más de actividad. Bob Jaeger está apoyado en la barandilla de popa, contemplando el agua. Margot está de pie junto a él, con grandes gafas de sol y una bufanda malva alrededor del cuello y la cabeza. Jorn Ekborg y Richard Lawler están sentados a una mesa, conversando animadamente.

Pasa más tiempo. No ocurre nada. Me estoy empezando a inquietar. ¿Y si nos tiramos días aquí esperando? A las tres de la tarde, Parnell y yo estamos sentados sobre el frío suelo, la espalda contra la roca, lejos del alcance de un viento helado. Martin y Jimmy aún no se han reunido con nosotros. Yo estoy dormitando con la cabeza sobre el hombro de Parnell y el abrigo que me prestó Tiffany abotonado hasta el cuello. De repente me despierta.

—Escucha eso.

Es el traqueteo de un barco a motor que baja por el Sound.

Corremos de vuelta a nuestro mirador. Sobre la cubierta del yate, Yevgeni Petrenko, vestido exageradamente con una parka ribeteada de piel, está charlando con Jaeger. Margot se ha ido y no se ve ni a una *barbie*. Alan Stempel, el cineasta

americano, normalmente esquivo, ha hecho su aparición y está sentado a una mesa, sorbiendo una copa de vino. Tiene la mirada puesta en el horizonte, en dirección a la motora que se acerca. Brock, Dennis y otro miembro de la tripulación están de pie junto a la barandilla. Los dos kayaks están ya en el agua, amarrados a la popa del *Galaxy*. Ekborg y Lawler están en las dos lanchas naranjas que flotan cerca.

Ahora la motora rodea la zona norte de la isla: es aerodinámica, de fibra de vidrio, de unos veinte pies de eslora y hay un hombre inuit al timón y otro que mira hacia atrás, con binoculares colgando del cuello. Este hombre hace un gesto amplio con el brazo. Jaeger se gira excitado y le hace la misma señal a Ekborg y a Lawler, en las lanchas.

El sueco y el escocés encienden los motores. Dennis y Brock bajan hasta los kayaks y se acercan a ellos a remo. El tercer miembro de la tripulación está tirando de otra lancha de goma para subirla a cubierta. Está comprimida, hecha un feo cuadrado. La desdobla hasta su tamaño normal, plana sobre el suelo, y empieza a inflarla con una bomba de pie eléctrica cuyo cable serpentea detrás de la barra.

Petrenko palmea a Jaeger en la espalda. Stempel se pone de pie y se une a ellos. Sus cabezas giran hacia la motora y la flotilla de pequeñas barcas.

Oigo pasos detrás de mí y me giro para ver, por fin, a Martin. Dice que Jimmy ha decidido quedarse con el avión. Me pregunto si esto tendrá algo que ver con la petaca que lleva en el bolsillo.

Hasta el momento nadie del *Galaxy* ha levantado la mirada hacia donde estamos ahora los tres apiñados entre las rocas, en lo alto del acantilado. Tengo la audacia de colocar ya el trípode, en su altura menor. Parnell tiene preparada la cámara de mano. El sol está bajo y arroja una luz rosada y el mar se ha oscurecido y se ha picado más con el viento. A lo lejos, al fondo del estrecho, flotan bloques de hielo como cisnes deformes y las placas azules cercanas a la orilla relucen pálidamente.

Martin, oteando el horizonte, sacude la cabeza.

—Aquí arriba no hay ballenas.

El inuit que va en la parte de atrás de la lancha motora enfoca la costa con sus binoculares. Ahora levanta el brazo vacilante hacia el cielo. Hace una pausa, baja el brazo despacio y señala con decisión en la dirección a donde mira. La motora, las lanchas naranjas y los kayaks se esparcen por el agua hasta separarse unos veinticinco metros unas de otras en una curva que va desde el estrecho hasta la guarecida bahía. Han hinchado y bajado hasta el agua la tercera lancha naranja. La ocupa Alan Stempel, que avanza remando hasta una posición más adelantada, en la boca de la entrada de agua.

Es imposible ver a qué están esperando. Parnell, Martin y yo permanecemos tensos, en silencio.

Por fin el agua parece enturbiarse en las profundidades del estrecho, y el inuit hace otra señal. El motor de la lancha empieza a chillar, con su ruido más agudo, pero la marcha está evidentemente en punto muerto, porque el barco no se mueve. Ekborg,

Lawler y Stempel cogen sus remos de aluminio, los meten en el agua y empiezan a golpearlos con cortas barras metálicas. El enturbiamiento vira para evitar los barcos y entra en la bahía, donde frena y parece detenerse, convirtiéndose en una gran masa submarina negra que crea un caótico dibujo de olas burbujeantes alrededor del *Galaxy*.

A medida que la agitación cerca del *Galaxy* se hace más intensa, lo que parecen ser palillos retorcidos del tamaño de una persona empiezan a pinchar la superficie del agua en diferentes ángulos, algunos planos sobre el agua, otros incluso a noventa grados. Señalan en direcciones diferentes, elevándose y hundiéndose sin que parezca que nadie los mueve.

—Narvales —dice Martin, y en su voz hay una mezcla de certidumbre e incredulidad—. La migración del otoño. Se trasladan desde las aguas de la orilla hacia la profundidad del océano. Puede haber cientos en una manada. O más, según he oído. A veces hay miles. —Martin está alterado—. Los narvales lo hacen todo por ecolocación. Los motores y los golpes con los remos les resultarán ensordecedores. Te garantizo que lo único que quieren hacer ahora mismo es salir pitando como sea. Pero no pueden girar. Vienen demasiados detrás.

Así que continúan hacia la única dirección que les queda: subir por el estrecho. Pasan por debajo de nuestro acantilado en oleadas continuas y agitadas. Nadan deprisa, unos cuerpos empujando a otros, casi tocándose. Son blancos, negros, grises. Con manchas y cicatrices. Tienen morros cortos y hombros suaves. Entre ellos hay cachorros que chillan para seguir el ritmo. Los gigantescos colmillos de los machos tiemblan en el agua resplandeciente como centenares de espadas Excalibur. Tengo la cámara fija en ellos y Parnell da pasadas con la suya por toda la bahía y la entrada de agua, hasta donde termina, en una playa llana de cantos marrones como la que nos sirvió a nosotros para aterrizar.

—Podrían volcar esos kayaks en un segundo —dice Parnell y parece frustrado porque no lo hagan. Tiene razón. Las ballenas mayores probablemente midan casi cinco metros de largo, dos toneladas de músculo y grasa. Los colmillos más grandes son largos como hombres adultos y anchos como farolas que giran y terminan en puntas afiladas.

—Pero no lo harán —dice Martin—. Una de las cosas que mejor se les dan a los narvales es mantenerse lejos de los humanos. No van a cambiar de comportamiento ahora. Mi gente lleva cazándolos miles de años, normalmente durante estas migraciones, cuando tienden a pasar por los mismos lugares aproximadamente en las mismas épocas. Nos permiten coger mil al año en total. Cada pueblo tiene una cuota. Pero no hay nadie que lo vigile, claro. Supongo que vuestros amigos han pagado a esos cazadores locales para que les muestren este lugar y les enseñen a hacerlo.

—No son nuestros amigos —dice Parnell amargamente, a lo que Martin no responde.

Nos quedamos en silencio, mirando.

—Increíble —oigo que susurra Martin detrás de mí—. Mira allí.

Los narvales siguen llegando, en un ancho río revuelto, vertiéndose hacia la bahía cerrada desde el Cumberland Sound. Al llegar al *Galaxy* se bifurcan a ambos lados del barco, siguiendo a los demás. Petrenko, apoyado sobre la barandilla, gira la cabeza a un lado y a otro, como si no pudiera decidir en qué dirección mirar primero. Jaeger está filmando el espectáculo desde la cubierta del *Galaxy*.

Cojo mi cámara y mi trípode, lista para bajar por el acantilado y acercarme más, para conseguir imágenes mejores, corra el riesgo que corra.

—Cuidado, Pirio —dice Parnell con voz alarmada—. No la jodas.

Tiene razón. No hay nada que podamos hacer. Las ballenas, atrapadas en la ensenada, morirán de todos modos. Necesito mantener la cabeza fría y concentrarme en lo que hemos venido a hacer.

Ekborg está en la lancha naranja remando entre las ballenas, a veces casi subido a la espalda de alguna, con pinta de ser la versión sueca de un cazador primitivo, la expresión de su rostro gloriosamente vivaz. En la boca de la ensenada se aparta para colocarse al lado de la lancha de Stempel. Saca una red de pesca enrollada del fondo de su lancha y le pasa una esquina al americano.

Ahora los primeros narvales ya han llegado al fondo de la ensenada, donde encallan sin remedio en las aguas poco profundas de la playa. La migración no para de llegar. Las ballenas, que se mueven a toda velocidad, chocan y se aplastan unas contra otras como coches en un horrible accidente de autopista. El agua no tiene profundidad para que puedan bucear, así que algunas de ellas se montan sobre las pequeñas que tienen delante.

El aire se llena de una cacofonía. Chasquidos y gemidos. Sonidos como de martillos, de puertas que crujen, el repiqueteo de docenas de palos contra docenas de verjas con barrotes. Sonidos humanos como de bebés enfadados y preguntas a gritos, implorantes. Todo al mismo tiempo, hinchándose hasta formar un caótico estruendo.

Los últimos miembros de la migración caen en la ensenada y, a medida que las criaturas se apelotonan, la ensenada deja de ser una ensenada y se convierte en un camino morado de carne viva de narval, con colmillos sobresaliendo por todas partes.

Ekborg coge su extremo de la red y cruza la ensenada, una distancia de unos quince metros. Ekborg y Stempel dejan caer la red a la vez, cerrando la boca de la ensenada.

—Eso es una red para focas —dice Martin—. Cae a bastante profundidad. Tiene pesos para anclarla al fondo; y esas boyas de corcho flotan en la superficie. Pero en realidad no necesitan ninguna red. Esas ballenas no van a volver nadando hacia donde haya humanos, incluso aunque pudieran girar.

Jaeger y Petrenko los animan a gritos desde la cubierta del *Galaxy*.

Las tres lanchas y los dos kayaks se colocan en una fila detrás de la red. Los hombres de los kayaks se inclinan sobre sus estrechas proas y desenganchan una cosa. Los hombres de las lanchas recogen algo del suelo de sus embarcaciones.

Arpones.

Capítulo 29

La única manera de asumir lo que está a punto de suceder es pensar en ello como si fuera un trabajo, mantener el ojo detrás del objetivo e intentar no ver la sangre. La cámara me pesa, fiable, en la mano. Lastre contra el horror.

Grabo a las ballenas tropezando unas con otras, el batallón de arponeros, los espectadores del superyate anclado en la bahía.

—Mierda. El yate está mirando en la dirección equivocada. No consigo sacar un plano del nombre pintado en la proa —digo.

—Los números que hay en el lateral son suficientes para identificar el barco —dice Martin.

—Quiero acercarme más, bajar hasta esa playa al fondo —le digo.

—Olvídalo —dice Parnell—. Utiliza el *zoom*.

La lancha motorizada de Ekborg cruza por la red sumergida y sube por la ensenada adentrándose en el remolino de ballenas. Los nerviosos narvales consiguen separarse, abriendo un sendero poco profundo. Stempel sigue a Ekborg. Lawler va detrás. Brock y Dennis van a la cola.

Finalmente, Ekborg tiene que parar. Las ballenas que están al final de la ensenada han encallado y no se pueden mover. Apaga el motor, sale de la lancha, avanza a gatas y luego caminando sobre sus grasientas espaldas. Lleva botas de goma que le llegan hasta las rodillas y blande su arpón. Camina doblando mucho las rodillas, como si anduviera por un estrecho trampolín. Consigue llegar a una franja de playa en el lado sur de la ensenada, salpica por las rocas de la orilla y se gira para alentar a sus camaradas. Stempel se impulsa para salir de la lancha, se pone en pie con piernas temblonas como un bebé que empieza a caminar. Menos seguro de sí mismo, tomando precauciones, pasos medidos, siguiendo los pasos de Ekborg. Lawler emerge cuan largo es de su propia lancha y prueba a caminar con cuidado sobre las ballenas. Con el arpón a modo de bastón, va provocando heridas sangrantes a cada paso, resbala varias veces pero consigue no perder del todo el equilibrio. Ekborg y Stempel, de pie en la orilla, le lanzan puyas como compañeros de una fraternidad universitaria haciendo novatadas. Brock y Dennis flotan silenciosamente en sus kayaks, esperando su turno.

Pronto los cinco hombres han salido, encaramándose y salpicando, hasta la ancha playa que hay al fondo de la ensenada. Se juntan en grupo a deliberar. Entonces los dos tripulantes se retiran a unas rocas al final de la playa, donde se encuentran con una pendiente de arbustos enmarañados. Dennis enciende un cigarrillo tras una mano ahuecada. Por lo visto, dejan que los invitados de pago hagan los honores.

Empieza el arponeo. Y sigue y no para nunca. El agua al fondo de la enseñada se vuelve de color rosa y luego, rojo. Tras un rato, la arena al borde del agua se ha teñido de un burdeos oscuro y la espuma del mar es del color del vino.

Como todos los trabajos, también matar tiene su tedio. Y sus desafíos. Ekborg, Stempel y Lawler tienen que vadear cada vez más profundamente en el agua para llegar hasta las ballenas que siguen vivas. Sus botas de goma no son lo bastante altas. No deberían haber dejado las lanchas donde las dejaron.

Después de conversar al respecto, los dos tripulantes se dirigen de vuelta por las rocas y la estrecha playa a recoger los botes abandonados para maniobrar con ellos más cerca de la orilla. Ahora Ekborg, Stempel y Lawler son capaces de seguir matando desde los barquitos.

El sol está cayendo, aplanándose, transformado en rayos rosados y una franja rojiza. Al este, el cielo se ha suavizado hasta ser de un profundo añil. Han empezado a aparecer, débilmente, las estrellas.

Yo no he despegado la cara de detrás de mi cámara, ni he vuelto la mirada hacia Parnell y Martín, aunque los dos han proferido ocasionales maldiciones murmuradas. Pero al rato se callan y ahora parece que todo, el mundo ártico al completo, ha quedado monumentalmente silenciado. Me doy cuenta de que la inquietante quietud viene del hecho de que los narvales han cesado en sus chasquidos y su charla. Incluso los que siguen vivos están mudos.

Por fin los cazadores se encaminan de vuelta a la orilla, utilizando los remos para abrirse paso entre los cuerpos de las ballenas, que parecen haberse extendido y hundido, dejando más espacio libre. Salen de sus barcos, los arrastran hasta la orilla y hacen una pausa durante unos minutos. Tienen las ropas empapadas en sangre, la cara y el pelo ensangrentados. Parece que hay unos sesenta narvales muertos, más o menos la mitad de la migración.

Ekborg avanza a zancadas hasta el fondo de la playa, donde Brock tira de algo, largo y pesado, envuelto en una lona y metido entre las rocas. QUITAN la lona y vemos una resplandeciente sierra de metal que debieron de colocar allí con anterioridad. Ekborg la coge y la blande con garbo con la punta hacia el cielo.

Empieza a serrar colmillos. Debido a la posición de los animales y a la profundidad variable de las aguas por las que vadea, a veces se ve obligado a adoptar posturas contorsionadas —un pie pisando un morro o el torso curvado sobre una cabeza en forma de melón para alcanzar un colmillo medio escondido detrás de la grasa—. Los hombres de la orilla parecen empapados, helados, cansados, menos paganos gloriosos que turistas ricachones y blandos al final de una larga jornada en una ciudad extranjera, esperando que el autocar del operador turístico los recoja y los lleve de vuelta a su agradable cena en un buen hotel.

Se levantan para empezar a recoger los colmillos serrados. Junto con los tripulantes, arrastran los colmillos hasta la playa y empiezan a clavarlos verticalmente a intervalos regulares en la suave arena. Por fin reconozco la forma emergente de la extraña cuadrícula que vi en el móvil de Noah.

Es obvio que Ned quería que sus fotos funcionasen como pruebas. Debió de pensar que si las enviaba al teléfono de Noah, estarían a salvo. Pero de alguna

manera, o bien Hall, o bien el Hombre Ostra lo descubrieron y encargaron a Max que se hiciera con el móvil de Noah antes de que alguien pudiera descifrar lo que mostraban las imágenes.

Ya es casi de noche. No parece que Ekborg quiera compartir la sierra. Sigue adelante en modo triunfal, enloquecido, y Stempel y Lawler se quedan atrás, pateando el suelo.

Brock se les acerca y gesticula en dirección al yate. Ellos miran hacia el agua y hacia el cielo como si se dieran cuenta de repente de que está a punto de caer el sol. Stempel empieza a agitar los brazos trazando arcos amplios como alguien haciendo señales a un avión. Ekborg levanta la mirada de su tarea, se echa hacia atrás el pelo manchado de rosa. Los hombres de la orilla le hacen gestos para que se reúna con ellos.

Ekborg accede. En la playa, vuelven a envolver la larga sierra en la lona y la guardan protegida tras la roca. Por lo visto, tienen planeado volver.

Los cinco hombres conducen los kayaks y las lanchas a través de los cadáveres flotantes y de las ballenas que siguen vivas hasta el final de la ensenada y hacia la bahía, donde flota el *Galaxy* como un gran islote immaculado, silueteado por sus blancas luces de circulación, con los cuatro pisos lujosamente iluminados contra la oscuridad que lo invade todo.

—Venga. Tenemos que regresar al avión mientras haya luz —dice Parnell.

—¿Y qué pasa con los colmillos? —dice Martin.

—Déjalos.

—No. No deberían llevarse el beneficio.

—A ellos el dinero les da igual. Lo han hecho por diversión.

Martin indica con un gesto la cuadrícula de marfil.

—Eso es más que diversión. Planean hacer algo con esos colmillos. Si no los van a vender en el mercado negro, van a usarlos como símbolos de estatus, como regalos. Como patas de una puta mesa de café.

—Pues entonces llamaremos a las autoridades en cuanto nos funcionen los móviles.

—No, no me fío de ellas. Aquí hay demasiada gente recibiendo pasta.

Parnell suspira profundamente.

—¿Qué quieres hacer?

—Envolverlos en la lona, subirlos por la cuesta y llevarlos hasta el avión. Enterrarlos, o tirarlos al lago hasta que podamos volver a por ellos.

—¿Estás loco? Casi ha oscurecido. No tenemos tiempo para eso. Además, si no tienen los colmillos en su poder, se limitarán a decir que esto nunca ha ocurrido. *Queremos* que esos colmillos estén a bordo del *Galaxy* cuando llegue a puerto.

Encendido de ira, Martin se retuerce contra la evidente lógica de la postura de

Parnell.

—Pertenece a mi gente.

—Oh, por favor. No empieces con eso. Tu gente quiere ganar dinero como todo el mundo. Los inuit esos de la lancha motora han traído a los chicos blancos a este sitio y les han enseñado lo que tenían que hacer.

—Cuidado con lo que dices.

—Digo lo que me da la gana.

El pecho de Martin se hincha. Da un paso agresivo hacia Parnell.

Parnell se pone rígido, pero no se le mueve ni un centímetro.

—Este me parece un momento muy malo para ponerse a discutir —digo en voz alta y sarcástica—. Especialmente dado que estamos en el mismo bando.

Con lenta y dramática reticencia, los dos hombres se alejan el uno del otro.

—Yo voy a ir volviendo —digo con decisión—. Vosotros traed las cámaras. —Empiezo a caminar por la pendiente hacia el fondo de la ensenada. Luego comienzo a caminar más deprisa. Y luego a correr.

Ellos al principio no se dan cuenta, lo que me da la oportunidad de sacarles ventaja. Cuando llego a la empinada pendiente que lleva a la playa, descendo demasiado deprisa, tropiezo, me caigo de culo y empiezo a deslizarme entre los matojos, provocando pequeñas avalanchas de piedrecitas.

—¿Dónde coño vas? —grita Parnell.

—Tengo que hacer una cosa —le respondo.

—¿Qué cosa?

—Ya verás.

Oigo las pisadas fuertes de Martin y Parnell en el sendero de arriba. Con un poco de suerte, llegaré a tiempo. Corro con todas mis fuerzas hasta el borde del agua, y empiezo a quitarme la ropa.

Parnell grita:

—¡Maldita sea! ¿Qué estás haciendo?

—¡Voy a nadar un rato! —grito.

—¿Estás loca?

—Ni te atrevas a venir detrás de mí. La temperatura te matará.

Entro salpicando por la orilla, me abro paso entre narvales muertos y, cuando el agua me llega por la cintura, me tiro de cabeza. El agua está fría. Pero no demasiado. Más o menos igual que el tanque de UBEM. Y eso significa, si he de ser sincera, que está fría de cojones. Aspiro aire, aspiro agua por error, toso, aspiro aire y empiezo a nadar como una loca escapando de Alcatraz. Tengo dificultades serias y me digo a mí misma que esto está chupado.

Puedo oler la sangre en el salitre y cuando levanto el brazo para nadar veo que está cubierto por una reluciente película rosada. Los cuerpos de los narvales chocan contra mí, suaves y lisos, densos y extrañamente flotantes. Me deslizo entre ellos, nadando a braza sin separar mucho los brazos en los lugares más estrechos, pasando

junto a pupilas sin vida del tamaño de monedas de diez céntimos y grandes bocas abiertas de las que han arrancado los colmillos, que en realidad son un dientes frontales. Cuando llego a las aguas más profundas freno un poco la marcha para guardar fuerzas y noto que hay algo grande junto a mí que avanza de forma fantasmal, parte en mi estela y parte por debajo de mí. Miro hacia atrás y me doy cuenta de que tengo un compañero. Un cachorro gris que bota la cabeza como un potrillo y que no abulta más que dos veces lo que yo.

No tengo ni idea de lo lejos que he nadado ni de lo lejos que queda aún la red. He perdido sensibilidad en las manos y en los pies, en los ojos y en medio cerebro. Si me paro a pensar en lo que estoy haciendo, perderé el valor. Seguro. Así que no lo pienso. Me limito a seguir dando brazadas. Hablo con el ballenato. Le pregunto si le gustan los cuentos. Pienso en cosas absurdas como esa.

Empiezo a tener la sensación de que las ballenas que me rodean están vivas. Sus cuerpos son igual de suaves que los de los cadáveres, pero hay en ellos una tensión de vida. Parecen más músculo que grasa. ¿Pueden las ballenas enfadarse? Me pregunto. Y me acuerdo del cachalote que, en el siglo XIX, aporreó el ballenero *Essex* varias veces con su monstruosa cabeza hasta encontrar el punto de tensión exacto que hizo que el barco al completo estallara en pedazos y se hundiera hasta el fondo del Pacífico en cuestión de minutos. Eso produjo tal gran impresión en el joven Herman Melville que convirtió el suceso en *Moby Dick*. Estos narvales, que según dicen son plácidas criaturas, podrían, sin embargo, con un lánguido cambio de postura, mantenerme sumergida hasta ahogarme.

«No son buenos pensamientos, no son buenos pensamientos», me susurro a mí misma, retomando un ritmo bueno hasta que doy brazadas tan rápidas como las que doy en el gimnasio cuando quiero empujarme hasta el límite. Ahora el cachorro está solo unos pocos metros por debajo de mí. A lo mejor se piensa que soy su madre. A lo mejor eso es lo que me está protegiendo.

Mi cuerpo se está deteriorando deprisa. Mis pensamientos van lentos, pero sigo consciente. Traigo a mi mente, lo mejor que puedo, imágenes de Lewis Gordon Pugh y de Lynne Cox. Pienso en el pecho de él, en forma de uve, en el cuerpo de ella, en forma de reloj de arena. En el helado mar báltico, azul oscuro. En el sol poniéndose sobre la Antártida. En témpanos de hielo que son como esculturas modernistas. Pero las imágenes se desvanecen deprisa de mi cerebro, sometido a demasiados esfuerzos, y aparecen en lugar de ellas palabras al azar. «Tres horas. Cuatro horas. Fuerza mental. Grasa corporal». Ni siquiera estoy segura de lo que estoy murmurando. «Everest. Exposición térmica. Dormir».

La cara de Trudy Flanagan flota ante mí: «Todo esto tiene que ser duro de procesar ahora mismo». Palmeo el agua, me arrastro a través de ella. «No, no. Está chupado. Nada de exámenes psiquiátricos. Lo mejor es la gelatina». El médico deportivo abre la boca para informarme alegremente de que cuando los huskies llegan al final de la Iditarod, se dan la vuelta y quieren empezarla toda otra vez. Dentro de

mí quiere burbujear una carcajada. ¡Menudos perros locos! Veo sus ojos brillantes, oigo sus alegres ladridos. Luego la voz del médico de la Marina brama como la bocina de un barco entre mis oídos: «No me joda el equipamiento».

«Que le follen», le digo.

«Cállese la puta boca», me dice. Su cabeza de bombilla se enciende con los nuevos conocimientos. «Los datos demuestran que el proceso se revirtió. Se revirtió. Se revirtió. Se revirtió».

Me invade la tranquilidad. Tengo que creérmelo. No todos somos iguales. Por razones que nunca comprenderé, este momento es mi derecho de nacimiento, para lo que nací. Nadie dijo que fuera a ser divertido.

Nado justo por encima de la red y la siento solo porque la pierna con la que he dado la patada roza su parte superior, que está ligeramente sumergida. Cojo la cuerda superior y me voy agarrando a lo largo de unos nueve metros hasta la boya que tiene al final.

El sol ha caído hasta ser solo un alfiler rojo en el horizonte. Lo veo temblar y desaparecer. Al instante, el océano se vuelve negro y el cielo nocturno se llena de vida. Un azul profundo, oscuro, aterciopelado. Sin luna. Estrellas titilantes. Un aire frío, limpio, una sensación de expectativa.

No tengo sensibilidad alguna en los dedos, pero con las palmas de las manos puedo sentir el nudo gordo que amarra la red a la gran boya, que no es de corcho en absoluto, como dijo Martin, sino de goma, como un amarre, y mucho, mucho más grande de lo que parecía desde la orilla. En el nudo hay una especie de alambre y una cadena que es como una plomada que se hunde hasta el fondo del mar y evita que se levante la parte baja de la red. No tengo ni idea de qué hacer. Quiero gritar de frustración, de furia contra mí misma. Estoy desnuda, medio ahogada, hipotérmica. Por supuesto, no he traído una navaja. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo voy a ser capaz de mover una boya en el océano o una gigantesca red que pesa mil kilos?

Ahora, con el objetivo tan cerca pero imposible, empiezo a temblar con violencia. Me castañetean los dientes, siento como si se me fueran a romper las costillas. Es como si el hecho de que se haya abierto una mínima grieta en mi fuerza de voluntad (¿o ha sido desde el principio un delirio?) esté haciendo que mi cuerpo se desmorone también. Lo intento, pero mis manos agarrotadas apenas son capaces de curvarse alrededor del nudo. No hay nada que hacer. La red está bien sujeta.

Pienso en terminar con todo esto aquí y ahora, así, en esta agua helada, y me llamo idiota a mí misma. Tan cerca de la bahía, siento que una corriente tira de mí. Está bajando la marea, abandonando la ensenada. A no ser que me agarre a algo, me arriesgo a que me arrastre hasta mar abierto.

Enrosco las piernas alrededor de la cuerda superior de la red, engancho un brazo al fondo de la boya, donde se conecta con la cadena de anclaje. Tendré que quedarme aquí hasta que alguien venga a recogerme. ¿Dónde están Martin y Parnell? El dulce Martin; ha creído en mi palabra. Le habrá contado a Parnell mi secreto ya, le habrá

dicho que me deje ir. De todos modos, Parnell, con un solo brazo, probablemente no pueda nadar. Si alguno de los dos lo intentara, lo más seguro es que no llegara hasta aquí, y mucho menos conseguiría volver hasta la playa arrastrándome. Y no hay barco.

Debería nadar de vuelta ya, antes de estar aún más agotada. Pero la perspectiva me hace sentir floja de miedo. He perdido la fuerza, el nervio y el camino de regreso es complicado y peligroso.

A lo mejor podría volver a la roca que tengo detrás e ir avanzando agarrada a ella hasta encontrar un lugar por dónde escalar. A lo mejor. Puedo oír el agua salpicando suavemente donde el mar se encuentra con el acantilado. ¿O debería ir agarrándome a la parte superior de la red hasta la otra boya y probar suerte en la parte de la ensenada donde la pared rocosa no es tan alta? También podría dejar que la corriente me arrastrara suavemente hasta el *Galaxy*, conseguir de alguna manera subir por la escala de popa y encaramarme a bordo. Desnuda y agotada, un pez condenado agitándose sobre la cubierta.

Todo parece difícil, muy difícil. Cuanto más lo pienso, más se multiplican las opciones. ¿Es posible que una de ellas sea la correcta, cuando todas parecen malas?

Cuando los narvales adultos suben a respirar solo rompen la superficie con la punta de sus cabezas. Sus ojos, que en cualquier caso son prácticamente ciegos, se quedan abajo. Por eso es por lo que algo tan sencillo como una red para focas puede atraparlas.

Los cachorros de vez en cuando sacuden la cabeza hacia arriba para respirar. Aún no son tan gráciles en el agua como lo son sus padres, todavía no se portan bien. Aunque no puedo ver en la oscuridad, oigo los chapoteos y aleteos de la pequeña ballena que me ha seguido, como si estuviera girando y dando vueltas. Ahora, de repente, siento un movimiento poderoso cuando esa mole pasa cerca de mí en el agua. Está nadando justo por encima de la red, donde mi cuerpo la ha hecho descender un poco. Con el peso de la ballena, la red baja aún más. Me sumerge; tira de la boya hacia abajo y gira encima de mí. Pierdo el agarre, me entra el pánico, echo mano a algo que flota en la superficie y me doy cuenta de que estoy sujetando un cabo suelto. Noto que está suelto. ¿Por qué?

Entonces, como un relámpago, entiendo lo que pasa. El nudo que he notado no era el de la red; estaba anudado a la cadena de abajo. La parte superior de la red está enganchada sobre la boya con una simple lazada. El lazo ahora parece que está suelto porque la boya está momentáneamente sumergida. Aún debajo del agua, nado hacia abajo y hacia fuera, tirando de la cuerda mientras la ballena pasa como una nube de tormenta sobre mi cabeza. El lazo libera la boya sumergida, y la soga se me escapa de la mano cuando la pesada red cae rápidamente al fondo en la oscuridad. La boya vuelve a subir después del paso del narval. Yo subo detrás de él, cogiendo aire y escupiendo agua, y vuelvo a agarrar el cabo. La red sigue amarrada a la boya al otro lado de la ensenada, pero ahora, en este lado, hay una gran salida abierta a la bahía.

Busco al ballenato. Ha desaparecido.

Pasa un minuto. Empiezan los sonidos: castañeteos, chasquidos, silbidos, crujidos.

La corriente parece cambiar de sentido; el agua gira.

Los narvales empiezan a salir como un río hacia fuera. Los enormes cuerpos pasan uno detrás de otro, en grupos de tres y cuatro; uno me corta con una aleta. Me agarro con más fuerza a la boya, enrosco las piernas alrededor de la cadena para evitar que la estampida me arrastre.

Siguen pasando. Diez, veinte, más de los que puedo contar. Fuera, en la bahía, de vez en cuando una cabeza rompe la superficie y reluce a la luz de las estrellas. Los colmillos levantados centellean, blancos.

Durante un minuto anhelo marcharme con ellos, dejarme ir en esa hermosa corriente y salir nadando hasta alta mar. De vuelta al lugar donde sentí que la muerte me esperaba. Desde el accidente, me ha estado llamando, susurrando: «Estoy aquí. Ahora me conoces. Sabes que vendrás conmigo pronto».

«Ahora no», contesto en susurros. Ahora no.

Cuando las ballenas se han ido y la superficie de la bahía yace lisa y sin roturas, empiezo a nadar despacio por la ensenada hacia la playa. Me siento bastante cómoda, no tengo demasiado frío. No sé cuándo encendió mi cuerpo el interruptor. Solo sé que lo ha hecho. Aun así, es un gran alivio atravesar los cuerpos de narvales con los que me choco y llegar a trompicones a la arena. Parnell me coge y me envuelve en su abrigo. Martin tiene una linterna; puedo ver su cara ojerosa en su vacilante haz de luz. Mientras nadaba, ha llegado Jimmy con antorchas para ayudarnos a volver al avión.

Me acercan la ropa. Estoy temblando demasiado como para ponérmela, así que Parnell me ayuda, arrodillándose para atarme las zapatillas. Dando la espalda a los demás me pregunta, con voz ronca:

—Si te pidiera que no hicieras eso nunca más, ¿qué me dirías?

—No puedo evitarlo. Eso es lo que soy.

Él asiente.

—Entonces me imagino que no te lo pediré.

Cuando estoy lista para irme, emprendemos camino por la tundra. Yo corro para ponerme al lado de Parnell, me apoyo sobre su hombro izquierdo y él me pasa un brazo por encima mientras caminamos.

Capítulo 30

Pasamos la noche junto al lago en la falda del monte Duval. Jimmy, sin inmutarse por lo que ha pasado, sonriendo, saca media botella de la mochila y nos la ofrece. Martin, Parnell y yo declinamos, así que se la bebe él solo y se mete a dormir en su tienda. Los tres nos quedamos sobre la corta hierba, cerca del avión, rodeados por la oscuridad de la tundra, hablando sin rumbo sobre temas sencillos, pero con el tipo de intimidad que nace de haber compartido una experiencia. No tenemos fuego, porque no hay más que hierba para quemar, pero estoy envuelta en un saco de dormir y me siento bien. Me hipnotizan las franjas de luz verdosa que trazan perezosas volutas en el cielo nocturno.

Al amanecer estamos en el aire, volando hacia el sur por el estrecho de Hudson. A media mañana ya hemos aterrizado en Hopedale. Martin, Parnell y yo tiramos nuestras bolsas en el maletero de la camioneta de Martin, mientras que Jimmy, con un amplia sonrisa, se despide con la mano apoyado en su Piper Cherokee. Una vez en casa, Martin se dirige a grandes zancadas, por delante de las preguntas jadeantes de Tiffany, hasta el teléfono del salón. Pronto oímos su voz, normalmente flexible, volverse dura por la urgencia, dando la localización precisa del *Galaxy* y de la masacre de narvales a las autoridades canadienses. Parnell abre el portátil sobre la mesa de la cocina y empieza a teclear, redactando el borrador de su historia. Yo desaparezco en el cuarto de baño para darme una ducha y quitarme la arena, la sal y la sangre de ballena. Tiffany me presta ropa.

Mientras Martin y Tiffany preparan la comida, yo me retiro a la sala de estar a hacer la necesaria ronda de llamadas. Pero primero tengo que pensar, tengo que intentar organizar las cosas. Me siento con las piernas enroscadas en el sofá moteado de sol. Hay una manta morada tejida a mano en el respaldo del sillón y juguetes de plástico de colores vivos desperdigados por la mesita. Objetos alegres, cotidianos, que me dan consuelo.

Mi primer impulso es llamar a la comisaría de Policía de Boston con información sobre el asesinato de la señora Smith. Pero no tengo pruebas de que *fuera* asesinada. Estoy segura de que Johnny borró el rastro a la perfección. Si le acuso de repente, sin pruebas que me respalden, no conseguiré más que parecer una loca.

No tengo dudas de que Johnny ha estado buscando a Parnell desde que le dieron aquella paliza en el muelle. Parece que, por ahora, Parnell ha conseguido darle esquinazo. Afortunadamente no me siguieron hasta la pensión de Charlestown, ni al sitio aquel de Rockport. Me imagino que eso tengo que agradeceré a la irregular ética de trabajo de Troy. En cualquier caso, mientras Parnell se mantenga alejado del apartamento de la calle Salem, es probable que pueda evitar a Johnny un tiempo más.

En cuanto a mí: Johnny obviamente me consideró asunto zanjado en cuanto subí a bordo del superyate. Durante la primera etapa de la travesía era prácticamente una

prisionera y se esperaba que terminara mi viaje ya sin vida en el fondo del mar de Labrador. El miércoles por la noche su autocomplacencia quedaría hecha añicos, cuando Hall le hiciera saber que me había escapado. No hay duda de que desde ese día me está buscando; hoy o mañana, cuando salte la historia de que Ocean Catch está involucrado en una masacre de narvales, su motivación para acabar conmigo crecerá exponencialmente.

Johnny no tiene ni idea de dónde estoy ahora mismo. Solo sabe que Hall me enseñó el vídeo de Noah y que en algún momento voy a tener que ir a Boston para asegurarme de que Noah está a salvo. Dudo de que Johnny vaya a por Noah hasta que me tenga a mí a la vista. Un niño desaparecido genera mucha atención mediática, cosa que él querrá evitar, y necesita que Noah esté disponible como cebo. Incluso si hubiera intentado secuestrarlo en algún momento a lo largo de los últimos días, no habría tenido suerte. Thomasina y Noah se fueron de su apartamento el día después de que yo me escapara. Si Johnny hubiera localizado el lugar, lo único que habría hecho es perder mucho tiempo para llegar a la conclusión de que no estaban ahí.

Johnny no es tonto. Me conoce, probablemente haya deducido que los llamé en cuanto pude. Entonces abro la boca y cojo aire con fuerza. «Me conoce». De pronto me invade el pánico al pensar que podría deducir, con fundamento, que Thomasina y Noah están en casa de mi padre, en Beacon Hill.

Olvidemos a la policía de Boston. Mi primera llamada es a Thomasina, que no lo coge. La segunda es a Jeffrey, que sí lo hace.

—Tienes que sacar a Noah de esa casa. Ahí le podrían encontrar. Ahora no puedo contarte más. Estaré en contacto, te lo prometo. Tú límitate a llevarlos, a él y a Thomasina, a alguna parte, y hazlo pronto. Enseguida. Ya.

—Para el carro, Pirio. No me gusta cómo suena esto. ¿Quién es esta gente?

—Uno es un tío que se llama Max. Thomasina le conoce. El otro es John Oster, un pescador. No quiere a Noah; me quiere a mí.

—¿Por qué no vas a la policía?

—La policía no hará nada. No tengo pruebas, y para cuando entiendan algo, podrían haberle hecho daño a Noah. Por favor, Jeffrey. Tienes que creerme, sacar a Noah de ahí.

Un suspiro entrecortado.

—¿A dónde los llevo?

—No lo sé. ¿A un complejo turístico? A algún sitio donde puedas llegar rápido.

—¿Y tú? ¿Qué pasa contigo?

—Yo estoy con un amigo. Estaré bien.

—Pirio, esto es una locura. Tienes que decirme ya qué coño está pasando.

—Lo haré; te lo prometo. Solo que ahora mismo no. Necesito unos días más.

—Pirio ¿Qué estás haciendo?

He oído ese tono de voz muchas veces. Cuando tenía cinco años y metía gusanos del jardín en la cocina. Cuando tenía diez años y me negaba a hablar. Cuando tenía

quince y daba portazos. Cuando tenía veinte y me emborrachaba.

Aprieto el teléfono con más fuerza contra mi oreja.

—Siempre has estado ahí para mí, Jeffrey. Te pusiste de mi lado cuando nadie más lo hacía. Si no fuera por ti, no sé dónde estaría. Por favor. Una última vez.

—Oh, mierda —dice, rendido.

—Déjame hablar con Thomasina si está por ahí.

—Está ayudando a Maureen a repensar su armario. Es alucinante lo bien que se llevan.

—Mira a ver si puedes apartarla de su tarea.

Tras dos minutos de conversación con Thomasina, me sobresalta darme cuenta de que está sobria. Está irritable, concentrada, vencida y con los pies completamente en el suelo. Sin mentiras, sin historias, sin excusas. Solo dos pies desnudos sobre las brasas de la realidad. Incluso así, es difícil dilucidar cuánto de lo que le estoy diciendo está realmente penetrando en su conciencia, y agradezco que al menos Jeffrey comprenda la urgencia.

—No puedo dormir. Tengo insomnio. La decoración de la habitación de invitados se pasa de floral. No consigo comer nada. Tu madrastra está vaciando su armario. Y ahora tú me vienes con esto —dice, asqueada.

—¿Qué tal un spa en Vermont? Imagínate una bañera de chorros caliente y una masajista. Solo tienes que mantenerte lejos del bar.

—No me des consejos, ¿quieres? Hazme ese único favor. De ahora en adelante, tus consejos te los guardas.

Quiero abrirme paso por la línea del teléfono y abrazarla.

—¿Cuántos días?

—¿Eso qué importa? —Una pausa—. Desde lo de Foxwoods, catorce.

—No dejes que Maureen te convenza de tomarte una copa de vino.

—Oh, Dios. Preferiría que estuviera intentando darme alcohol que intentando ayudarme. Es peor que tú con los consejitos. «¿Sabías que podías ser candidata a padecer delirium trémens?». «He llamado a Alcohólicos Anónimos y te he impreso un calendario de reuniones». «La vitamina B viene muy bien». «Puedo recomendarte un buen psiquiatra». —Suspira—. Jeffrey es genial. Ha estado muy bien que me eche una mano con Noah. He estado yendo a dos reuniones al día. Quien se piense que Beacon Hill es un barrio con glamur debería echar un vistazo a quienes se reúnen en los sótanos de las iglesias de por aquí. Pirio, a Noah no le va a suceder nada malo, ¿verdad?

—No, nada malo. Mientras hagas lo que te digo.

—Bien. Porque eso no podría soportarlo ¿Quieres hablar con él?

—No. Solo dile que le mando saludos. —Me encantaría oír su voz, pero me siento incapaz de hacer ruidos alegres de madrina por teléfono cuando sé que John Oster está ahí afuera, con la mirada puesta sobre Noah, sobre mí y sobre Parnell. En privado me juro que la próxima vez que hable con Noah, estará a salvo. Todos lo

estaremos. No tengo ni idea de lo que va a pasar, pero no descansaré hasta que pase.

Thomasina continúa:

—Anoche vio *El Halcón Maltés* con tu padre. Ahora están arriba escuchando a Rachmaninov.

«Oh, Milosa», pienso. «Por favor no le des un puro».

Todos nos sentamos en torno a la mesa cuando la cena está lista. Matilda está en su trona, donde se retuerce, se pone mimosa y empieza a llorar. Tiffany coge en brazos a su hija, a la que le están saliendo los dientes, y la sostiene en el regazo, meciéndola y cantando en voz baja para tranquilizarla. Parnell está sentado a mi lado y es agradable tenerlo cerca. Agradezco el café y la abundante comida, pero lo siento todo ajeno. Como si llevara demasiado tiempo fuera o hubiera viajado demasiado lejos y ahora tuviera que volver a aprender a usar cubiertos, beber de un vaso y limpiarme la boca con una servilleta. En cada inhalación y cada exhalación soy consciente del océano, de los narvales, de la sensación de libertad que me canta en la sangre. La casa, en comparación, me resulta estrecha, demasiado civilizada.

Hay algo que me agobia desde la última vez que estuve aquí, pero no puedo señalar claramente lo que es. No paro de volver con la mente a la caja de cedro pintado con la carta de Roger, a mi madre y las fotos. Después de comer, cuando Tiffany se lleva a Parnell al pueblo para que pueda leer sus correos electrónicos, veo la cara de pájaro mirando desde lo alto de la estantería y le pido a Martin que me deje verla otra vez.

—Claro —me dice, mientras me la acerca.

Me siento en el sofá y abro la caja, saco la carta y las fotos. Lo único que queda es una navaja que cuelga de una cuerda fina anudada y un pequeño vial de color marrón.

Sostengo la navaja.

—¿Esto es...?

—Sí —dice Martin asintiendo incómodo—. Él hacía estatuillas. Luego te enseñé algunas.

—¿Y por qué querría que lo tuviera mi madre?

—A lo mejor significaba algo para ella. Era una de sus posesiones más preciadas.

La vuelvo a colocar en su sitio con cierta tristeza, pensando en él.

Luego cojo el vial, y antes de terminar de desenroscar la tapa, el corazón me va a toda velocidad. Sé qué es lo que tengo en la mano.

Cuando le quito la tapa, levanto el vial hasta la nariz, inhalo las moléculas que escapan y es como si ella hubiera entrado en la habitación. No, incluso como si estuviera más cerca: como si estuviera viva en el aire que respiro. Emociones que fluyen, recuerdos en cascada: cien reacciones me llenan a la vez. Maravilla, amor y decepción. Ira y anhelo, satisfacción y dolor. Su risa es una campanada alegre y clara

en mi oído; en el cenicero se consume su cigarrillo; veo cómo eleva una ceja. Sus dedos finos, fuertes y cálidos me acarician, y su espalda recta es algo a lo que aspiro yo. Nada es suficiente. Sostengo el vial como un cáliz y aspiro mi propia infancia, las flores silvestres de Labrador, el polvo fresco de julio. En una visión, ella se estira perezosamente sobre la *chaiselongue* del porche de la casa del arquitecto, deja caer el libro en el suelo y se queja de que ya nadie sabe cómo escribir una buena historia. Luego sonrío y el borde sus ojos se arruga. Estoy tumbada en la cama y ella se inclina para besarme la frente; luego se sienta muy recta y susurra: «Escucha. ¿Las oyes? Las focas están ladrando sobre las rocas».

—Es la fragancia de mi madre —le explico a Martin, parpadeando para evitar que me caigan lágrimas—. La creó un verano, aquí en Labrador, y la usaba siempre.

Coge el vial y lo sostiene debajo de la nariz. Asiente pensativo.

—Es agradable.

—Hace que esté viva otra vez —digo con urgencia, intentando explicar lo inexplicable—. Como si de repente estuviera aquí. —«Es una autopista a mi insaciable corazón», podría haber añadido, si tuviera el coraje de ser grandilocuente. «Al lugar donde mi madre y yo nos envolvíamos la una en la otra y éramos una. Es la historia de mi infancia contada en moléculas que solo yo puedo comprender».

Martin prueba a inhalar de nuevo, sosteniendo el vial cuidadosamente con dos dedos. Frunce el ceño con seriedad.

—Sí. Me gusta. Es agradable.

Termino por reírme. No lo puedo evitar.

—¡Martin! Es más que agradable. ¡Es una genialidad de la perfumería! —Las asociaciones emocionales, claro, solo pueden pertenecerme a mí.

Parece un poco afectado porque sabe que no ha estado a la altura. Huele solemnemente una tercera vez, con resultado de narices hinchadas y sacudida de cabeza.

—He dicho que me gustaba.

—Qué bueno eres, Martin —digo, envolviendo a mi casi hermano en mis brazos, meciéndole de un lado a otro de pura felicidad—. Qué suerte tengo.

—¡Espera! ¡Que no se te caiga! —me dice riendo. Se deshace de mis brazos, cierra con fuerza el vial con su tapón de plástico y lo aprieta firmemente, con ceremonia, en el centro de la palma de mi mano, como si fuera la broca justa que yo necesitara para hacer un importante trabajo de carpintería.

Parnell y yo estamos en el asiento trasero de un taxi amarillo y avanzamos a toda prisa por el túnel de Sumner lleno de hollín. Es lunes, a media mañana. Cogimos un vuelo desde Hopedale hasta St. John's ayer por la tarde, pero tuvimos que esperar casi hasta las cinco de la mañana para coger un vuelo de Air Canada a Boston. Al salir de Logan, Parnell le ha dicho al taxista: «Túnel de Sumner». Ahora, cuando se acerca el final del túnel y se necesitan indicaciones más específicas, Parnell dice: «North End» y yo digo: «Storrow Drive» exactamente a la vez. El conductor levanta

los brazos, soltando peligrosamente el volante.

—¡Decídanse!

Me giro hacia Parnell.

—Tu apartamento no es seguro. No puedes volver ahí.

Tiene los ojos inyectados en sangre y el rostro demacrado.

—Necesito algunas cosas que tengo allí para terminar la historia. John Oster me importa una mierda.

—No lo entiendes, ¿verdad? Es un asesino. Yo antes no lo creía, pero ahora sé que es verdad. Va a por ti y te puedo asegurar que tiene tu casa vigilada. Si vuelves, vas a caer de un salto en su red. Serás como un pez: con que se limite a esperar te habrá pescado.

—¿Al final a dónde? —grita el conductor al espejo retrovisor.

Antes de que podamos contestar, nos pasamos la salida de Storrow Drive y nos conduce hasta North End.

Parnell me lanza una mirada desafiante.

—¿Acabas de compararme con un pescado? —Le da al taxista su dirección.

Mientras serpenteamos por las calles estrechas, intento convencerle de que por lo menos se quede en algún hotel cercano. Solo durante unos días. Él señala, acertadamente, que si alguno de los dos apartamentos está siendo vigilado, probablemente sea el mío. Por lo tanto, si en serio quiero evitar al patético capullo de Johnny, debería seguir mi propio consejo y quedarme también en un hotel.

Terminamos en el Bostonian. Habitaciones contiguas.

Me siento sobre la cama, e intento decidir qué es lo que tengo que hacer. Parnell parece haber decidido que la parte difícil de nuestro trabajo ha terminado: la red ha sido descubierta y tenemos grabaciones y una historia, estamos lo bastante cerca de la meta como para bajar la guardia. Parece que piensa que Johnny no es más que una nota a pie de página y que finalmente será capturado en la malla de la investigación oficial, una vez que esta dé comienzo. O tal vez simplemente no quiere seguir corriendo y, con la pistola amarrada a su pierna, esté dispuesto a correr el riesgo. En todo caso, su exilio de su apartamento no durará más que unos días. Solo está aquí porque cree que es lo que tiene que hacer para mantenerme alejada de mi propio apartamento.

En cuanto a mí, me muero de ganas de que las autoridades detengan a Johnny. La investigación de la trama de cazadores probablemente sea muy lenta. Conseguir suficientes pruebas como para implicarle podría llevar semanas. Tengo que neutralizarle antes de que llegue hasta Noah o Parnell o hasta mí. ¿Pero cómo? La única respuesta parece ser encontrar la manera de vincularle con el asesinato de la señora Smith.

Tengo algo a favor. Ahora mismo no sabe dónde estamos Parnell, Noah o yo. Pero eso no durará mucho: Parnell no se va a quedar escondido en un hotel y Jeffrey no va a conseguir tener a Thomasina y a Noah alejados de la ciudad para siempre.

Sea lo que sea que yo vaya a hacer, tengo que hacerlo rápido.

Llamo a Jeffrey desde el teléfono de la habitación. Está aliviado de hablar conmigo. Dice que en ese momento están almorzando en un complejo turístico de las Montañas Blancas. Pan de maíz, guisos sustanciosos. Maravillosas vistas.

Qué bien saber que todos tenemos excelentes alojamientos.

Me cuenta que esta mañana han estado mirando las hojas, pero que ya ha pasado lo mejor de la temporada otoñal. En su voz no hay ni rastro de entusiasmo. Su papel de guía turístico, que no lleva representando ni veinticuatro horas, ya se le ha quedado pequeño.

—¿Qué tal por ahí? —pregunta tenso.

—Las cosas se van resolviendo.

—Que te jodan, Pirio.

—Solo dame tiempo.

—¿Cuánto?

—No estoy segura.

Thomasina se pone al teléfono.

—Noah quiere saber cuándo podrá volver al colegio.

—Pronto.

—No me importaría no ver otro puto árbol en toda mi vida.

—¿Cuántos días van ya, Thomasina?

—Dieciséis. ¿Cuántos te pensabas? Dos más que la última vez que me preguntaste. Hurra, ¿eh?

Antes de que pueda decir nada, Noah está al teléfono.

—Eh, Pirio. ¿Sabes eso de «majestad de colina púrpura» que cantamos en esa canción del cole? Bueno, pues aquí las montañas son de color púrpura, *de verdad*. ¿Así que por qué las llaman *blancas*?

—No puedo responder a eso. Pero me alegro de oír tu voz.

—Me estoy perdiendo muchas clases. En ciencias íbamos a dar la electricidad, y creo que me lo he perdido todo.

—Siempre va a haber electricidad.

—Es una época rara para irnos de vacaciones.

—Ser diferente a veces está bien.

—Pero no nos estamos divirtiendo nada.

—Las vacaciones son así con más frecuencia de lo que te imaginas.

—Tu padre me estaba enseñando a jugar al ajedrez y eso era mejor que esto.

—¿Te enseñó a fumar puros?

—Se supone que no lo tengo que contar.

—Volverás pronto y podrás terminar de aprender a jugar al ajedrez.

—Es difícil, pero me gusta. Tu padre me dijo que podía jugar con él siempre que quisiese.

—Qué bien suena eso. Pero te advierto: no te va a dejar ganar.

—Eso es para niños pequeños.

—Tengo que irme ya, pero te veré pronto.

—Adiós, Pirio. Me ha gustado hablar contigo.

—Adiós, Noah. A mí también me ha gustado hablar contigo.

El sol entra a raudales por la puerta de cristal corredera de la habitación. Salgo a un balcón que da a Quincy Market, donde fluye gente en todas direcciones, y una brisa arranca las últimas y obstinadas hojas de los árboles plantados en la acera. Hay macetas con crisantemos por todas partes. Y hay más flores, envueltas en celofán, en cubos de agua por fuera de una tienda, y dos hombres apoyados en un banco, tocando guitarras españolas. Quiero que Noah tenga un mundo como este. Seguro y alegre. Pero esos mundos no suceden por sí solos.

Al volver a la habitación, me veo de refilón en el espejo que hay sobre la cómoda. Mis cardenales han cambiado a varios colores: azul y morado, pero también al amarillo de la limonada de verano y a un verde rana. No sé si estos cambios tendrán algo que ver con el té de Labrador. Para completar el efecto arcoíris, está la ropa: la sudadera rosa de Tiffany y un pantalón de chándal azul marino. No puedo ir a ninguna parte con esta pinta.

Estoy a punto de salir por la puerta cuando me doy cuenta de que no tengo tarjeta de crédito y ni siquiera identificación para poder sacar dinero del banco. El dinero que me dio Margot se me acabó hace tiempo. Parnell ha pagado los billetes de avión y las habitaciones de hotel con su tarjeta. Salgo al descansillo y llamo a su puerta. Cuando la abre, se lo cuento y le digo que le devolveré el dinero.

Me acompaña a la calle de enfrente. Entramos y salimos de varios establecimientos mientras compro ropa, maquillaje, gafas de sol, gel de baño y zapatos. En el restaurante del centro comercial él pide un sándwich de jamón para llevar. Yo elijo una docena de ostras con mostaza. Nos sentamos fuera a comer en un banco de granito, en una preciosa plaza histórica adoquinada, e intentamos sentirnos como todos los demás. No funciona. Cualquiera tipo pelirrojo con la cara cuadrada es John Oster, hasta que parpadeo y lo vuelvo a mirar. Parnell tampoco parece muy contento. Terminamos comiendo como si hubiéramos tomado *speed*, tiramos la basura a un contenedor, nos encaminamos a la tienda de Apple en Back Bay y compramos un iPhone. Programo el número de Parnell y los que me sé de memoria. Él me da más efectivo.

Son cerca de las dos de la tarde cuando regresamos al hotel y a nuestras respectivas habitaciones. Tiro mis compras sobre la cama, lleno la bañera con agua tirando a hirviendo y me quedo en remojo entre burbujas mucho rato. Puedo oír la televisión en la habitación de Parnell, al otro lado de la pared. Está muy alta. Por los silencios periódicos seguidos de corteses aplausos, me doy cuenta de que se trata de una jornada del campeonato nacional de golf. Sintiendo una extraña decepción, echo más agua caliente, compitiendo en ruido y provocando un lujo excesivo de burbujas. Nunca podría amar a un hombre que viera la televisión, especialmente el golf, a

semejante volumen en pleno día. Hundiéndome en espuma tan alta y espesa que se levanta en cordilleras y picos, suspiro con cierto alivio. Por lo menos ese punto lo tengo decidido.

Estoy delante de la casita de tres pisos de la señora Smith en Jamaica Plain, tras coger la línea verde en Haymarket. El tejado empinado arroja una sombra escarpada sobre la acera. El viento helado me da escalofríos y le doy otra vuelta a la bufanda que llevo alrededor del cuello. Cuando la dejé aquí después de nuestra visita al museo, recuerdo que abrió la puerta del apartamento del primer piso y fue recibida por los felices ladridos de Jasper. Los mismos visillos de encaje cuelgan de esa ventana, pero alguien ha corrido contraventanas de plástico para tapar completamente los curvos ventanales delanteros. Subo los pocos escalones que dan a un pequeño porche, llamo a su timbre y oigo una melodiosa campanilla en el interior. Espero. Nadie abre. Intento abrir con el mango; la llave está echada.

Llamo al timbre del apartamento del segundo piso. Un minuto después, se enciende la luz de la escalera y alguien que baja pesadamente hace crujir los escalones de madera. Una mujer, cuarentona, con un pañuelo rojo atado alrededor de la cabeza, descorre su cortina con un dedo índice ganchudo.

—¿Es usted testigo de Jehová?

—No, señora.

—¿De MASSPIRG^[4]? ¿De Greenpeace?

—No, señora.

—¿Qué quiere?

—Quiero hablar de Libby Smith.

Las cortinas caen, el candado se desliza y la puerta se entreabre. Es una mujer grandota con chándal de algodón y una camiseta con una imagen de Larry Bird sobre la palabra «Leyenda».

—¿Qué pasa con ella? —dice. Su actitud indica que está preparada para regalarme un minuto, nada más.

—La noche que murió...

—¿Sí? Siga.

—¿Notó usted algo raro?

—Ya se lo conté a los polis.

—Yo era su amiga. Solo tengo curiosidad. Como amiga.

La mujer aguza la mirada. Sabe que hay algo que huele a podrido, pero eso no le hace echarse atrás. Más bien parece que me vuelve más interesante. Pero no me invita a pasar, solo se queda en el pequeño descansillo, con un brazo detrás de la puerta semiabierta, por si acaso tiene que cerrarla de repente.

—¿Trabajaba con ella?

—No. Solíamos... eh... solíamos pasear a nuestros perros juntas por el lago.

Éramos ella y Jasper y mi san bernardo Arnold y yo. A las seis de la tarde todos los días después del trabajo. Nos hicimos íntimas. Supongo que me resulta duro no saber qué fue de ella. La única información que tengo es la necrológica del periódico. Y me encantaría saber dónde está Jasper.

El rostro de la mujer se ha suavizado.

—Le alegrará saber que el hijo de Libby se lo ha llevado a vivir con su familia en West Roxbury. Jasper ha ido a una casa muy buena. Libby estaría encantada.

»¿Sabe?, fue Jasper quien dio la alarma esa noche. Ladraba... ¡Dios cómo ladraba! Cualquiera hubiera pensado que el mundo estaba a punto de acabarse. Eran las tres de la mañana. Yo me figuré que Libby se ocuparía de él, así que me puse mis tapones y me volví a dormir. Pero Jasper seguía ladrando cuando me desperté por la mañana, así que llamé a la puerta de Libby y, cuando no respondió, entré con la llave que ella me había dado; intercambiamos llaves hace un par de años, por si acaso alguna se las dejaba dentro de casa. Jasper estaba histérico, corriendo por todas partes. Tenía la voz ronca de tanto ladrar. Libby no estaba, así que llamé a la policía, no sabía qué otra cosa hacer. Pasaron por aquí y revisaron el piso, pero no tenían gran cosa que decir. Unas horas más tarde me suena el timbre y es la poli otra vez. Dicen que ha habido un atropello en Jamaicaway esa madrugada, que el conductor se ha dado a la fuga. Querían que fuera con ellos a la morgue para ver si podía identificar el cuerpo. Y, efectivamente, era ella. No me lo podía creer. Era tan triste verla así, debajo de una sábana, con la cara tan pálida. Que algo así le pudiera suceder a ella..., ¿quién lo iba a pensar?

—Me pregunto por qué salió en mitad de la noche.

—Demencia. Eso dijeron.

—Cuando usted entró en su apartamento, ¿había algo fuera de su sitio?

—Tenía el mismo aspecto que siempre.

—¿Oyó algo antes de que Jasper empezara a ladrar? ¿O notó algo?

—Estaba profundamente dormida hasta que el perro me despertó.

—¿Algún coche fuera?

—No miré. No se me ocurrió. ¿Por qué? ¿Cree que alguien vino a recogerla?

—No estoy segura. Solo me resulta raro que saliera sola caminando a esas horas de la noche, sin llevarse a Jasper.

—Bueno, dicen que eso es lo que pasa cuando sufres demencia.

—Bueno, gracias por su tiempo, señora...

—Ramírez. ¿Y usted?

—Catherine. Catherine Johnson. —No es conveniente que nadie sepa que he estado aquí.

—No se preocupe. Es una pena cuando pasa algo así. Sacude a todo el mundo. —Empieza a cerrar la puerta y se lo piensa mejor—. Siento que haya perdido usted a su amiga.

—Gracias. Una cosa más. ¿Podría entrar en el apartamento?

—¿Para qué?

—Tenía algo mío...

La señora Ramírez ya está sacudiendo la cabeza con su pañuelo rojo.

—De ninguna manera. Nadie más que la familia. Si quiere, me puede dejar su número y yo se lo daré a su hijo cuando se pase por aquí.

—No pasa nada. Gracias de todas maneras.

Echo a andar, desalentada. El sol se retira entre fanfarrias anaranjadas y rosadas en el extremo oeste del cielo y las sombras de las casas altas se juntan haciendo charcos sobre la calle. Tal vez, después de todo, lo mejor sea acudir a la policía, contarles todo lo que sé. Pero la parte más sensata de mi mente me recuerda que solo me vería absorbida por una maraña burocrática en la que no haría más que perder el tiempo, y dejaría a Johnny suelto y a Noah sin protección. No, tengo que pensar en otra cosa.

Al final de la calle de la señora Smith giro por South Huntington, una avenida con mucho tráfico a esta hora del día. La zona ofrece un aire cansado, de desgaste: baches en los que cabría un pie; postes de teléfono astillados a la altura de los ojos, a causa de todos los carteles y anuncios de iglesias que les han estado grapando a lo largo de los años. Delante de mí se alza el ruinoso hospital VA y el Home for Little Wanderers^[5]. Un vecindario que no se hace ilusiones.

Pero eso no explica del todo la sensación extraña que empieza a cosquillear detrás de mi hombro izquierdo mientras camino. Es la sensación que tienes cuando alguien te observa, o cuando ha entrado silenciosamente en la habitación detrás de ti y te giras y le descubres, sin estar del todo segura de cómo sabías que estaba ahí. Me giro pero lo único que veo es una toma de agua para bomberos, el tráfico moviéndose a paso de tortuga y coches aparcados junto a la acera. Camino un poco más deprisa. En lugar de desvanecerse, el cosquilleo se hace más fuerte.

La estación de tranvía de Heath Street está un par de manzanas más arriba, al otro lado de la calle. Decido cruzar antes de tiempo. Me bajo de la acera y me quedo de pie entre dos coches aparcados mientras espero que el tráfico me deje un hueco. Aprovecho el momento para mirar a mi izquierda, bien a lo lejos. A dos manzanas hay un Camry azul que avanza a unos cinco kilómetros por hora, haciendo que los demás coches frenen para adelantarle. El conductor sujeta el volante con fuerza, las manos a las dos menos diez, los ojos buscando algo delante de él, a su derecha. Parece que está esperando que se abra un hueco para aparcar. Cuando el coche se acerca, puedo ver mejor al conductor. «Mierda». Es Max. Debe de haberme seguido desde la casa de la señora Smith.

Me agacho entre los coches aparcados, me abrazo las rodillas fuerte contra el pecho y aguanto la respiración mientras el Camry pasa rodando despacio junto a mí. Espero que pasen bastantes latidos de mi nervioso corazón antes de volver a ponerme de pie. Cuando por fin lo hago, el Camry está varias manzanas más adelante y aún va despacio, pero ha dejado bastante atrás la marquesina de cemento que marca la

parada de Heath Street.

Voy corriendo hasta la parada y me cuelo entre una pequeña multitud que espera en la acera. El tranvía que para unos minutos después va completamente lleno, pero eso no impide que diez personas nos encaramemos en fila india por la escalera, paguemos el billete y nos adentremos por el atestado pasillo central de los vagones, encontrando de alguna manera huecos entre los pasajeros que se dirigen al centro con expresión plana.

Llego al último vagón, me apoyo contra una barra, enrosco el brazo a su alrededor y me pongo a mirar la calle mientras el tranvía echa a andar a trompicones. Busco el Camry, pero no lo veo por ninguna parte. Paramos en la estación de Back of the Hill. Sigue sin aparecer el Camry. Puede que haya conseguido darle esquinazo. En la intersección entre South Huntington y la avenida Huntington, el tranvía se detiene otra vez para que baje y suba más gente, y luego esperamos que cambie el semáforo. Mientras miro por la ventana, aparece el Camry y se para justo a mi lado, el cuarto o el quinto en una fila de coches que también están parados en el semáforo. Antes de que me pueda apartar, Max levanta la mirada, aparentemente tan sensible a ser observado como yo, y nuestros ojos se encuentran conforme el tranvía echa a andar. El Camry se queda rápidamente atrás, pero no hace falta ser un genio para saber que Max cruzará el semáforo solo un momento después de que lo hagamos nosotros. Y luego simplemente seguirá al tranvía hasta que me vea bajarme. Mientras, llamará a Johnny para darle mi localización, si no lo ha hecho ya.

El tranvía lanza un chillido mecánico al dar la curva y luego sigue traqueteando por la avenida Huntington a su paso lento normal. Al otro lado de la ventana sucia van pasando pizzerías y lavanderías de pago. Veo mi propia cara, distorsionada por la estridente luz interior, superpuesta en los escaparates. En este tranvía soy un pato cojo. Tengo que salir pronto. Paso por un par de paradas: Mission Park, Fernwood. Me apretujo entre los pasajeros y me coloco al lado de las puertas. En cuanto se abren en Brigham Circle, me bajo.

Corro a toda prisa hasta el primer vagón, paso por delante, cruzo a toda prisa el carril del otro sentido, esquivo los coches que vienen de frente por los carriles de salida del centro y echo a correr por la calle Francis hacia el corazón de la zona sanitaria. Supongo que Max tendrá que dar un giro de ciento ochenta grados para seguirme, lo que al menos le llevará varios minutos. Busco una callejuela lateral por la que perderme, pero solo veo callejones sin salida y no quiero acabar atrapada. Así que mantengo un ritmo rápido hasta llegar al hospital Brigham and Women's. Miro por encima de mi hombro para asegurarme de que no me han seguido y veo a Max serpenteando entre la gente por la acera. Tiene que haber dejado el coche en la avenida Huntington de cualquier manera y ha cruzado las vías a tiempo de ver en qué dirección me iba. Basta echarle un vistazo para darse cuenta de que es un corredor ágil y rápido y que me vigila.

Capítulo 31

Cruzo la zona acceso de pacientes del hospital, abarrotada de coches aparcados en doble fila y viejecitos tambaleándose sobre bastones, y llego, a la carrera, a la entrada principal del hospital Brigham and Women's. Paso a trompicones por unas puertas giratorias hacia un atrio luminoso y lleno de gente, escojo al azar uno de entre varios pasillos y corro por él hasta que llego a una serie de ascensores, de los cuales uno justo se está cerrando. Meto la mano, se abre, y entro, me doy la vuelta y me convierto en otra cara anónima, sin expresión, que sube.

Salgo en el séptimo piso, camino a paso normal por un pasillo blanco y reluciente, encuentro una salita de espera bañada por tranquilizantes tonos neutros y me desplomo en una silla. Respiro y vuelvo a respirar. Sé que ahora ya le he perdido. Estoy segura de que me ha visto entrar en el hospital. Pero no ha podido ver qué dirección tomé al salir el atrio, y desde luego no estaba conmigo en el ascensor. No tiene forma de saber que estoy en una sala de espera de la séptima planta, con buenas vistas al Centro Joslin para la Diabetes y con una pila de revistas *People* para ayudarme a pasar el rato.

Lo único que quiero hacer es llorar.

Que es exactamente lo que está haciendo la mujer que tengo sentada delante de mí. Sus sollozos se alzan desde la profundidad de su pecho; intenta sofocarlos apretando contra su boca un fajo de pañuelos de papel, con lo que solo consigue distorsionarlos hasta convertirlos en un ladrido estrangulado. Dado que los pañuelos húmedos claramente resultan poco adecuados para la labor, levanta el brazo derecho, se saca el puño del jersey con el dedo índice izquierdo, y se enjuga las lágrimas con eso. Con ese movimiento, se le descolocan las gafas. Caen al suelo. Las recojo y se las doy.

—Lo siento mucho —le digo.

—Gracias —jadea.

Un hombre bajito entra con dos cafés en tacitas de papel. Le da una. Ella intenta posar sobre el borde del vaso su labio tembloroso.

—No tenían edulcorante Splenda, así que he cogido azúcar Sweet'N'Low —dice él.

—Gracias —ella vuelve a jadear, con los ojos cerrados.

Somos las únicas tres personas que hay en la sala. Quiero darles espacio, pero también tengo que llamar por teléfono, así que me traslado a una silla en una esquina, saco el teléfono y llamo a Parnell con marcación rápida. Cuando levanto la vista, el hombre me está mirando con odio. Cuelgo, sintiéndome una mierda.

Me voy al pasillo, en busca de otro lugar donde sentarme, pero no lo hay, así que me meto de un brinco en el siguiente ascensor que se abre, y resulta que baja sin paradas hasta el primer piso. En el pasillo luminoso y concurrido al nivel de la calle,

miro nerviosa a ambos lados, esperando que aparezca Max. Una señal que tengo delante indica la capilla, con una flecha que señala el pasillo. Echo a correr en esa dirección, tiro de una puerta extrañamente pesada y me encuentro una sala de luces bajas y bendito silencio. Gracias a Dios que no hay fieles. Sobre una hermosa alfombra azul estampada, hay filas de sillas frente a un modesto atril y una mesa decorada con media vela derretida y una maceta con un crisantemo. Unos cuantos paneles de vidrio cromado sin denominación religiosa precisa están iluminados desde atrás por bombillas.

Me hundo en un asiento en la última fila y murmuro:

—Joder.

—No deberías decir eso en una iglesia. Algunos estamos rezando —dice una voz.

Me giro y veo a una adolescente vestida de arriba abajo con estilo gótico, sentada en una sombría esquina de la habitación, en una butaca cómoda probablemente dedicada a personas más ancianas y frágiles. Tiene el tabique nasal atravesado por un anillo de plata grueso y lleva una cresta negra con mechaz azul eléctrico. Tiene un iPad en el regazo y las manos, envueltas en guantes de encaje sin dedos, posadas sobre la pantalla.

—No me digas. ¿Hay una aplicación para rezar? —le pregunto.

Se lo piensa.

—Si la hay, no la conozco. Puedo buscarlo en Google.

—Por favor, no lo hagas.

Me muestra sus ojos dolientes con raya negra y una boca tierna, pintada de morado.

—Para que lo sepas: yo juego a los *Angry Birds* cuando rezo.

—Ah. ¿Ese es el truco? No me extraña que nunca le pillara el tranquilo a rezar.

Mira al cielo.

—Rezar no tiene truco. Puedes hacerlo como quieras. Yo juego a los *Angry Birds* porque me ayuda a concentrarme.

—A lo mejor si no estuvieras haciendo dos cosas a la vez, no necesitarías esa ayuda.

—Eres muy hostil. Percibo que no te sientes cómoda con la tecnología.

—Por supuesto que estoy cómoda. Fíjate lo rápido que soy capaz de mandar un mensaje de texto.

Saco el teclado del móvil y escribo: «Dnd sts? Urgente. Llama pfvr».

Pasan unos minutos de meditación comatosa hasta que mi teléfono emite un alegre silbido.

Su mensaje dice: «Dnd sts?».

Pero si eso es lo que le he preguntado yo a él. Respondo: «Tú 1º».

Pasa un buen rato antes de que responda. «Mi apt».

«X K!».

«Ven».

Miro la pantalla con rabia. Me había prometido que no iba a ir allí. Sabe que es peligroso. ¿Y entonces por qué me pide que me reúna con él ahí? Algo no va bien.

Llamo. Suena y suena. Definitivamente, algo va mal.

Le envío un mensaje: «Llámame». Coloco el teléfono en el asiento, junto a mí, como si necesitara su propio espacio en el que ser un teléfono. Espero, lo miro, espero, lo miro. No hace ningún ruido. No me puedo creer que no me responda al mensaje. Compruebo la pantalla, voy a los ajustes. Todo funciona.

—Dios mío de mi vida —digo.

—Eso está algo mejor, pero no mucho —dice la chica.

—De verdad que no necesito los comentarios —le digo con sequedad, sin girarme.

—Yo no necesito oírte faltarme al respeto.

Suspiro.

—Tienes razón. Lo siento. Es solo que estoy un poco tensa.

—¿Por qué?

La miro por encima de mi hombro.

—¿Que *por qué*? ¿Me estás preguntando *por qué*?

—No es una pregunta tan rara, ¿no? —Tiene purpurina plateada por los pómulos.

—Estoy teniendo un mal día.

—En este sitio nadie tiene un mal día, a no ser que esté en la UCI.

—Vale. Bien visto. Tienes razón otra vez. Por cierto, ¿cuántos años tienes?

¿Quince?

—Catorce.

—Bueno, pues eres muy lista para no haber salido casi de la infancia.

Me observa con alienada lástima.

—De verdad que deberías hacer algo para aliviar tu hostilidad. —Luego baja la cabeza hacia la tableta que tiene en el regazo.

Se me ocurre que probablemente alguien de su familia esté enferma.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Sabrina.

—Yo Pirio.

Con esto consigo un esbozo de sonrisa.

—Me gusta.

—A mí también me gusta el tuyo.

Suena el teléfono. Gracias a Dios. Lo cojo enseguida.

—¿Dónde estás? —le pregunto a Parnell.

—Pirio... —Tiene poca voz y parece tenso.

—¿Qué está pasando?

Se oyen manoteos, interferencias y luego una exclamación en voz baja.

—¡No vengas! ¡Aléjate!

Un gran ruido sordo, un grito agudo, más interferencias y pelea; y una voz ronca

se me desliza en el oído.

—¿Qué pasa, chica loca? Tu novio tiene muchísimas ganas de verte.

—Johnny.

—No quiero hacerle daño. Pero ya sabes cómo me pongo.

Se me encoge el estómago.

—Si le pasa cualquier cosa, te mato, Johnny. Juro que te mato.

—Me encanta tu valor, chica. Cómo me gustaba follarte hasta volverte loca. ¿Te acuerdas de eso? —Hace una pausa; tiene lugar una conversación sofocada y vuelve a ponerse al teléfono—. La verdad es que me muero por verte.

Empiezo a sudar.

—¿Qué? ¿No te interesa? Piensas que eres demasiado buena para mí, ¿a que sí? Demasiado pija. O a lo mejor es solo que te has hecho vieja y has perdido el valor. A lo mejor lo que necesitas es motivación.

El aire se queda quieto unos momentos. Voces bajas. Luego, no lejos del teléfono, un penetrante chillido de hombre. Parnell.

—¡Johnny! —grito al teléfono.

—¿Sí, cariño?

—Voy para allá.

—Será mejor que te des prisa. No vamos a parar de hacerle daño hasta que llegues.

—Déjale en paz. Ya te he dicho que voy para allá, ¿vale?

—Esa es mi chica. Sal por la puerta principal y espera junto a la puerta. Max te recogerá. Quiero que sigas al teléfono, charlando tranquilamente conmigo hasta el momento en el que te metas en el coche. Porque no quiero que llames a nadie más. De hecho, con que no me guste cualquier detallito que ocurra entre ahora y ese momento, habrá un periodista progre menos en este mundo. Conozco a mucha gente que me lo agradecería.

—Vale. Tómatelo con calma. Voy de camino. ¿De qué quieres que hablemos?

—¿Por qué no cantas el himno de Estados Unidos? Siempre me ha gustado esa canción.

—Qué gracia. Pensaba que eras más bien de los Allman Brothers.

—Empieza a andar y a hablar, Pirio. Que no te dé vergüenza si la gente te mira raro.

—Ya sabes que no me importa una mierda lo que piense la gente.

—Déjame oírte entonces.

—O! Say can you see...

Miro de reajo a Sabrina. Tiene los ojos redondos y asustados. Está sentada lo bastante cerca de mí como para haber oído el grito de Parnell y, sin duda, ha escuchado mi parte de la conversación.

—By the dawn's early light...

Sostengo el puño como a una pulgada de mi barbilla y la miro con urgencia.

No lo entiende, está a punto de hablar.

Me presiono los labios con fuerza con un dedo.

—What so proudly we hailed...

«¿Qué?», me pregunta ella sin hacer ruido, sacudiendo ligeramente la cabeza.

Pruebo a hacerle el gesto con el puño bajo la barbilla otra vez.

Sigue sin cogerlo.

Señalo mi teléfono, me tiro dramáticamente de la oreja, hago el puño otra vez, me lo traigo hasta los labios y canto:

—*At the twilight's last gleaming...* —En dirección a mi puño cerrado.

Los ojos de Sabrina se encienden. Lo ha entendido.

Le hago señas para que se acerque.

—Whose broad stripes and brights stars...

Se levanta de su banco y se coloca a mi lado. Pulsa el icono del micrófono de su pantalla, aprieta la luz roja de grabación y sostiene la tableta quieta sobre su regazo.

—Debería oír gente. Hay demasiado silencio —dice Johnny.

—Estoy en zona tranquila del hospital. En el sótano. Estoy buscando las escaleras.

—Pues sigue cantando.

—¿Te acuerdas de qué verso viene ahora?

—Empieza desde el principio.

Aprieto el altavoz.

—O! Say can you see...

—¿Qué es eso? Suena como el altavoz.

—No lo es. Estoy en las escaleras. Hay eco.

—Sigue cantando.

—*By the dawn's early light... what so proudly set sail...* Espera; no es así. ¿Cómo lo he dicho antes? ¿Tú te acuerdas, Johnny?

—No importa. Canta lo que sea. Dime el puto abecedario.

—No, yo *quiero* cantar el himno nacional. Por eso de que es tu canción favorita y tal. Y a mí también me gusta.

—Esto es una mierda, Pirio. ¿Quieres oírle gritar?

—¡No! Voy a cantar el himno nacional como me has pedido. Pero no sé por qué no podemos ser honestos el uno con el otro por un momento, antes de que lo haga. Quiero decir, Johnny, que tú y yo nos conocemos. ¿Por qué tenemos que jugar a esta tontería del ratón y el gato cuando los dos sabemos exactamente lo que está pasando? Yo sé, sin ninguna duda, que Hall y sus chicos tenían planeado asesinarme en Makkovik, cosa que, por lo visto, era idea tuya; y también sé que mataste a la señora Smith, así que no puedo evitar preguntarme qué va a impedir que yo acabe como ella en cuanto salga por esa puerta.

—No seas loca. Nadie te va a atropellar en la puerta de un hospital.

—Me matarás después, me imagino. Y a Parnell también. ¿Cuántos asesinatos

van a ser?

Una pausa.

—No me jodas, Pirio.

Bajo la voz.

—¿Qué te ha pasado, Johnny? Tú antes no eras un asesino. ¿Lo has hecho por dinero? ¿Por tener un Lexus en la entrada de casa? ¿Por las facturas del dentista?

—He dicho que no me jodas.

—Y cuando yo no esté... cuando hayas tirado mi cuerpo al mar..., ¿cuántas pajareras vas a tener que construir para olvidarte de mí?

—Tú solo empieza a cantar y métete en el coche. A no ser que quieras oír un sonido que nunca olvidarás. —Su voz suena lenta y firme.

—Al menos así sabría que está vivo.

—Oh, sí que lo está, más o menos. Aquí tienes pruebas.

Casi me levanto del banco de un brinco.

—No, Johnny, no lo hagas...

El grito alargado de Parnell resuena por toda la capilla. Sabrina me mira con horror. Casi se le escapa el iPad de las manos temblorosas.

—Vale, Johnny. ¡Relájate! Estoy de camino. ¡Johnny! ¡Johnny! —chillo al teléfono hasta que el grito se desvanece. Apago el altavoz y vuelvo a cantar *Barras y Estrellas*.

Le hago señas a Sabrina para que apague su micrófono y por mímica, moviendo la mano en el aire con un bolígrafo invisible, le digo que *escriba*.

Ella asiente, deja la tableta sobre el banco cuidadosamente, sale del banco y regresa al momento con una bolsa de la compra de Hot Topic, de la que saca un cuaderno escolar con un boli metido en las anillas metálicas. Le escribo mi dirección de *email* en una de las páginas y luego la de Milosa, para andar sobre seguro, y la miro mientras envía la grabación de audio a ambas direcciones. Para cuando ha terminado, yo ya he llegado a *la tierra de los libres y el hogar de los valientes*.

—¿Dónde estás ahora? ¿Por qué no oigo nada? —dice Johnny.

—Los enfermos no hacen mucho ruido.

Salgo del banco, dándole las gracias a Sabrina con un movimiento de cabeza. La expresión de su cara dice que quiere venir conmigo, pero tampoco parece muy dispuesta a moverse.

Camino a toda prisa por el ruidoso pasillo hasta llegar al atrio, sin parar de cantar. Nadie reacciona. A lo mejor se creen que soy un ingreso psiquiátrico.

—¿Dónde estás ahora? —pregunta Johnny.

—La entrada principal está justo delante de mí.

—¿Ves a Max?

Alargo el cuello.

—Todavía no. —Salgo por las puertas giratorias.

—¿Ahora le ves?

El Camry azul está aparcado en doble fila, con Max dentro, vigilando la entrada.

—Sí, ya le veo.

—Métete en el todoterreno blanco que va detrás.

—¿Qué?

Antes de que pueda reaccionar, la puerta trasera del todoterreno se abre y sale un hombre. No se trata de un pescador local con los vaqueros sucios. Es un tío con un traje mugriento y una camisa blanca con el cuello abierto. De brazos cortos y complexión recia. Se coloca detrás de mí, de tal manera que logra llevarme al coche con mucha eficacia. Entro y veo a otro hombre sentado junto a la puerta del otro lado. Antes de que pueda verle la cara, levanta un brazo. Algo me tapa los ojos, la nariz y la boca. Un brusco asalto químico. Ahora el primer hombre está detrás de mí. Me empujan sobre el asiento. Mis músculos se convierten en gelatina y todo se detiene.

El graznido de una gaviota rompe el aire. En algún lugar cercano hay maquinaria pesada que hace un sonido rítmico y metálico. El aire está frío y huele a barro —un barro salado y aceitoso— mezclado con el tufo pútrido de pescado en descomposición. Además de eso hay varios aromas en el ambiente: metal limpiado con amoníaco, óxido reseco y el olor persistente del sudor humano. Por mucho que la venda me lo impida, no me hace falta ver para saber que estoy en la sección de procesamiento de pescado de un gran barco comercial.

A bordo del *Galaxy*, aunque era enorme, se podía notar el temblor y los tirones del motor en funcionamiento bajo los suelos metálicos de los pisos inferiores. El suelo que tengo bajo mis pies ahora no registra tensión alguna, casi cede, en comparación. Este barco no se está moviendo.

Estoy sentada con la espalda muy recta en una silla, con las manos esposadas detrás de mí. Me duelen los hombros y tengo una jaqueca aguda. Mis pulmones respiran de forma vacilante y poco profunda.

Creo estar sola hasta que oigo arrastrarse una silla por el suelo cerca de mí. Siento cómo se mueve el aire cuando alguien se acerca. Me arrancan la venda. Mis ojos apenas vislumbran el borde de una chaqueta de traje y un cinturón de cuero negro. El hombre se aleja unos pasos y veo, dos metros delante de mí, un par de zapatillas Nike sucias descansando sobre una mesa. Poco a poco, logro enfocar la cara. Al principio no es más que un globo blanco de querubín bajo un resplandor rojizo. Se forman los ángulos y se convierte en el rostro sin expresión de ojos pétreos y mandíbula cuadrada de John Oster. Con los pies sobre la mesa, el torso echado hacia atrás en la silla, las manos dobladas sobre el pecho.

Sobre la mesa hay también un portátil Apple y una pistola negra y plateada de unos trece centímetros.

—¿Dónde está Parnell?

Johnny sonrío ligeramente.

—¿Te gusta más que yo? ¿Crees que es más listo?

—No finjas que esto es algo personal.

—Te digo una cosa: con cinco minutos de tortura el tío se hace pipí. Está ahí dentro sollozando como un bebé; intentó venderme a su madre, pero rechacé a la muy puta.

Estamos en una sala cavernosa con dos tubos de acero conectados y una cinta transportadora de goma que conduce a unas jaulas metálicas con tiras de plástico colgadas sobre sus rejas. Estas estructuras se repiten dos veces más. Tres plantas de procesamiento. En el techo hay gigantescas bisagras de metal que sostienen una especie de cierre en la cubierta superior, como un gran tobogán desde donde debe de caer el pescado. Más allá de la zona de procesamiento hay una gran puerta metálica con rebordes de goma por todos lados y una rueda de unos treinta centímetros de diámetro para apretar el cierre. Un refrigerador industrial.

Cuando Johnny me dijo: «Está ahí dentro», movió la cabeza en esa dirección.

Le hace una pregunta a su compinche como de pasada.

—¿Cuánto oxígeno hay?

—Veinte minutos. Tal vez treinta —dice el tío. Lleva una rala barbita negra de chivo y al hablar tiene un acento espeso y gutural que me parece reconocer. O bien era uno de los tíos que iban en el todoterreno, o bien hay un número impreciso de hombres trajeados por aquí.

—Si hablas deprisa, podrás entrar ahí con él mientras siga vivo —me dice Johnny, ladeando la cabeza con perturbada galantería.

—No tengo nada que decir.

Barba de Chivo me está mirando fijamente como si esperara que en cualquier momento me convirtiera en alguien muy interesante.

—Tienes razón. No tienes nada que decir. Tenemos su portátil, con su historia a medio redactar, y tu película. Por cierto, he visto tu vídeo. No está nada bien. Las imágenes no son nada claras. Era mala hora para grabar, me parece a mí. —Quita los pies de encima de la mesa—. En cualquier caso, pronto estará en el fondo del mar. Y con tu Romeo desaparecido, no quedará nadie más que sepa lo que pasó.

—No es verdad. Las autoridades canadienses han sido alertadas. La historia saldrá pronto en los medios, si no lo ha hecho ya. Bob Jaeger, Dustin Hall y Ocean Catch. Saldrán en todos los informativos. Yo me apuesto que alguno de tus marineros cederá bajo la presión y todo saldrá a la luz. Puede que incluso tú mismo te veas respondiendo preguntas en algún momento.

Sonríe con triste condescendencia.

—Qué bonita es la historia que te estás contando a ti misma. Pero te olvidas de una cosa. El dinero. No hay agente del gobierno, ni vivo ni muerto, que no pueda ser sobornado, y Jaeger y sus amigos tienen mucho dinero para repartir. Mucho de verdad. Me imagino que acabarán con una palmadita en la mano por haberse portado mal, si acaso.

—Pero...

—¿Y aquí en Estados Unidos? Venga, piénsalo, Pirio. ¿A quién le importa realmente que mueran peces en el Ártico? Si tuvieras la película, tal vez tendrías algo. Todo el mundo quiere ver gente blandiendo arpones, cadáveres sanguinolentos. Lo pones en YouTube y es un éxito. Pero un par de párrafos enterrados en las páginas interiores de un periódico no van a tener ninguna repercusión. Especialmente si Lady Gaga ha venido a la ciudad.

—No importa —digo, con el corazón en un puño—. La gente de la zona lo sabe. Suelta una carcajada.

—¿Los inuit? ¿Crees que a ellos no les hace falta el dinero?

Intento separar las muñecas, sin suerte, como era de esperar.

—¿Entonces a qué estás esperando? ¿Por qué no terminas con esto? —En una rincón de mi mente intento decirme a mí misma que una vez que yo haya desaparecido, Johnny no tendrá ninguna razón para ir a por Noah. Un resquicio de esperanza, aunque no me hace mucho bien.

—¿Sabes lo que no me gusta de vosotros los progres? —dice, lanzándome una mirada coqueta y perezosa.

—Cuenta, por favor. —Tengo la sensación de que lleva tiempo esperando este momento: el momento en que pueda decirme lo equivocada que estoy y que he estado siempre sobre todas las cosas. El momento en el que intente aliviar su propio corazón, consciente de su clase obrera, a través de sofisticadas autojustificaciones en forma de conferencia paternalista. Un corazón que se siente más rechazado de lo que yo pensaba.

—Reaccionáis exageradamente ante las cosas equivocadas. Un par de tíos por ahí divirtiéndose en su propio yate y empezáis a chillar como si fuera el fin del mundo. Salvad a las ballenas, bla bla bla. Leones y tigres y osos, ay, Dios mío. Pero las ballenas no se van a ir a ninguna parte. Hay miles de putas ballenas. Escondidas, puliendo sus habilidades para la supervivencia. Mientras, no veis lo que está sucediendo delante de vuestros propios ojos.

Miro a mi alrededor, obediente.

—Supongo que no.

Se inclina hacia delante, baja la cabeza como un toro a punto de embestir.

—¿Dónde te crees que estás?

—En un gran barco de pesca comercial.

—¿Cómo de grande?

—No lo sé.

—¿Tan grande como un carguero?

—Claro. Si tú lo dices.

—¿Para cuántos kilos de pescado crees que tiene capacidad este barco?

—No lo sé, Johnny. Dímelo tú.

—Yo tampoco lo sé. De eso se trata. Nadie lo sabe y a nadie le importa. —Hace

una mueca—. Hay cuarenta y cinco mil de estas criaturas ahora mismo en los mares. Un uno por ciento de la flota pesquera mundial, que emplea al dos por ciento de los pescadores, pero se queda con el cincuenta por ciento del pescado mundial. El gobierno ha puesto en marcha un montón de leyes para la pesca en aguas territoriales; había que proteger a esos preciados peces del fondo marino, a los que les iba perfectamente. ¿Así que qué hicimos los pescadores? Nos fuimos mar adentro, donde no hay leyes y sí mucho pescado. En este monstruo tenemos redes tan grandes que no te lo podrías ni creer; cables de acero que arrastran gigantescas placas de metal. Estamos ganando tanto dinero que no tenemos tiempo ni de contarlo. Ya ni siquiera parece pesca; es más como la minería.

—Tú mismo sueñas un poco progre, Johnny. ¿Estás teniendo una crisis de conciencia?

—Solo digo que tú no puedes hacer nada para pararlo. Ni tú, ni tu periodista. Nadie. El hombre está hecho para cazar; el hombre está hecho para pescar; el hombre está hecho para hacerse rico por difícil que se lo pongas. Lo único que hace falta es un agujerito mínimo en las regulaciones del gobierno para que todo se desmorone. Detén una práctica y alguien encontrará la manera de ganar todavía más pasta haciendo otra cosa. Hecha la ley, hecha la trampa: nunca se han dicho palabras más ciertas. —Se inclina hacia atrás, entrecruza las manos detrás de la cabeza, satisfecho por el inacabable ingenio de la humanidad.

—¿Y qué? —le digo, figurándome que la indiferencia es la única manera de cabrearle. Vuelvo a intentar forzar las muñecas contra las esposas. ¿Cuánto tiempo le queda a Parnell?

—Creías que estabas a punto de descubrir algo, ¿no? Pensabas que ibas a hacer grandes averiguaciones. Tú y tu periodista, que no es capaz ni de sostener un boli en la mano. Bueno, pues ¿qué has conseguido, Pirio? Un par de minutos de vídeo, unos colmillos en la arena... ¡Vaya!, ibas tan desencaminada que resulta patético. Y ahora, encima de todo eso, vas a conseguir que te mate.

—Muy bien. Pongámonos manos a la obra entonces.

Mira por encima de su hombro a Barbita de Chivo.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—¿Diez minutos? —El tío parece molesto por la pregunta.

Johnny se gira hacia mí.

—¿Quieres verle ahora, cuando esté dando su último aliento o cuando todo haya acabado?

—La primera opción, sin duda. Odio esperar.

Entra otro tío. Este es alto, con paso confiado y un traje algo mejor. Empieza a murmurar algo al primer tío. Mi oído pilla de nuevo el acento familiar. Ruso.

Miro de reojo a Johnny, con sus vaqueros sucios y su chaleco manchado de aceite. Pienso en su mujer cansada, en sus críos chillones, en su casita de mierda. Sus zapatillas gastadas y su necesidad completamente infundada de darme lecciones sobre

la verdadera fealdad del ansia de riqueza sin freno.

Entonces recuerdo cómo el subalterno de Hall, Dennis, reaccionó automáticamente cuando maldije en ruso. Podría estar con Petrenko. Como si Yevgeni Petrenko fuera el jefe al que temer. Algo en mi cerebro hace clic. Sonrío a John Oster.

—Tú no mandas aquí. Mandan ellos. Tú trabajas para ellos y ellos trabajan para Petrenko. Te tiran unos cuantos dólares de vez en cuando, solo lo suficiente para mantenerte enganchado. Te prometieron un pago grande, pero no van a cumplir, y en el fondo de tu corazón sabes que eres un perdedor, que no eres mejor de lo que era Troy; solo estás un poco más arriba en el escalafón.

Su rostro se pone rígido. Le tiembla el lagrimal derecho. Sisea en voz baja:

—¿Tú qué sabes? —Al ruso, le grita—: ¡Esta está preparada para irse!

Los dos rusos se acercan.

—*Zdravstvuyte* —digo.

Intercambian una mirada. Uno de ellos contesta:

—*Zdravstvuyte*.

—No caigáis en la trampa; es americana —dice Johnny.

Haciendo chasquear las muñecas digo con autoridad:

—Quitádmelas y ponedme a Yevgeni Petrenko al teléfono. Os habéis equivocado de mujer y va a enfadarse mucho cuando se entere. Daos prisa. *Toropit'sya*. —Sé unas cinco palabras en ruso, lo que no me va a llevar muy lejos.

Barbita de Chivo se pone en marcha de inmediato, saca una pequeña llave del bolsillo de su chaqueta y se coloca detrás de mí obedientemente.

—¡No la escuchéis! Ella grabó la película —grita Johnny.

Sonrío a los ojos apagados del hombre.

—La grabó él. Quiere chantajear a Petrenko.

El tío me quita las esposas, y las tira sobre la mesa con cierta complacencia. En lo que a él respecta, Johnny es un burro americano, mientras que yo soy prácticamente un pariente. A lo largo y ancho del mundo, la gente es leal a su tribu.

—¿Qué estáis haciendo? —grita Johnny, histérico, poniéndose en pie de un brinco.

El ruso elegante ha estado observando todo esto en silencio. Posa la mano sobre el brazo del hombre más bajito.

—*Zdhat* —dice, mirándome—. No hemos oído hablar de ti. ¿Cómo sabemos que estás con Yevgeny?

Consigo una expresión tranquila, intento no pestañear.

—Cita a Solzhenitsyn. Su mujer es gorda y rubia y le gusta frotarle el codo. —No es que sea una prueba, pero mi cerebro es una esponja empapada en miedo y estas son las palabras que me ofrece.

Barbita de Chivo sacude la cabeza como si acabara de oír un buen chiste, pero no he impresionado al alto.

—¡Eso no significa nada! ¡Vio a Petrenko en el *Galaxy*! —Johnny estira la mano sobre la mesa y tira del portátil—. Aquí. Mirad esto. —Hace clic varias veces y gira la pantalla para que la veamos los rusos y yo.

Es el vídeo que grabé. Los narvales surgen de la boca de la ensenada. Son oscuros, como lo es también el agua que hace remolinos a su alrededor. Pero a pesar de eso pueden verse. Y oírse. Sus extraños ruidos de otro mundo salen por los altavoces. Después, con bastante claridad, puede oírse mi voz, la de Martin y la de Parnell.

El hombre alto me da una bofetada fuerte con el dorso de la mano.

Johnny pasa por un lado de la mesa y me levanta a la fuerza de la silla. Agarrándome por el brazo, me arrastra hasta el frigorífico. No tiene sentido resistirse. Una parte de mi cerebro me dice que estoy a punto de morir. La otra se niega a creerlo.

Nos quedamos de pie detrás de Barbita de Chivo, que gira lentamente la rueda que hay en la puerta. Se aparta dando un paso cuando se abre. El interior está completamente a oscuras.

—Se supone que hay una luz —murmura Johnny. Está confundido momentáneamente, escudriñando la negritud.

El frigorífico también parece vacío.

Me empuja hacia delante con brusquedad.

—Está ahí dentro, en alguna parte. Ve a buscarle.

Casi antes de haber terminado la frase, surge un rugido de las profundidades. De repente sale Parnell, blandiendo lo que parece una lanza de justa medieval. La agarra de la mitad delantera con la mano izquierda; lleva el otro extremo debajo de la axila, apretado contra el cuerpo por el brazo. Embiste y golpea a Johnny con la barra en el pecho. No le penetra, se rompe por la mitad, pero la fuerza del golpe es suficiente para que Johnny pierda el equilibrio y me afloje el brazo. Me retuerzo para escapar de él y le empujo en la dirección hacia la que le ha enviado el ataque de Parnell. Aterrizo pesadamente en el suelo; yo oigo la caída más que verla, porque voy corriendo por la sala. Me abalanzo sobre la mesa y cojo la Colt. Rápidamente, quito el seguro con el pulgar, tiro del cañón hacia atrás y me giro para ver que el ruso más bajito está a punto de placarme. Disparo.

La bala le alcanza en el hombro. Se para, se lleva una mano a la herida, la quita, ve la sangre, levanta la mirada hacia mí con odio asesino y se lanza de nuevo a por mí. Esta vez le doy en el muslo y cae al suelo gritando de dolor.

El sonido del disparo reverbera y se desvanece.

—Baja la pistola —dice Johnny con calma. Ya está de pie.

El ruso alto tiene a Parnell cogido en una llave con el brazo. En la otra mano lleva una pistola que me apunta directamente a mí.

Parnell tiene la cara blanca como masa de pan. El modo como se apoya sobre el ruso indica que no le quedan muchas fuerzas. Probablemente anduviera cerca de la

hipotermia cuando puso en marcha su ataque.

—Venga, Pirio. Dame la pistola —dice Johnny. Camina hacia mí despacio, con el brazo extendido y la palma mirando hacia arriba. En pocos segundos, estará junto a mí.

Puede que Parnell esté débil, pero su voz suena clara y fuerte.

—No se la des —dice. Su extraña arma yace en el suelo a sus pies, rota en dos. Me doy cuenta de que no es un arma. Es un colmillo de narval.

—Venga ya, déjala en el suelo —me anima Johnny, que sigue acercándose sin miedo aparente. Como si estuviera hablando con una niña pequeña.

Levanto la Colt, apunto con cuidado y disparo.

La bala le da en la garganta. Le deja un agujero que se llena de sangre inmediatamente. Johnny cae de rodillas, aprieta las manos contra el agujero. Empieza a gorgotear, balanceándose sobre los cortos pilares de sus muslos. Parece como si se estuviera estrangulando a sí mismo.

El crujido de un arma de fuego llena el aire. De forma imprecisa, sé que es una bala destinada a mí. Pero estoy viendo cómo se muere Johnny, conmocionada, horrorizada, y tardo unos momentos en darme cuenta de que no estoy herida. Unos momentos durante los cuales todo lo que está pasando parece lento, vívido, surrealista y maldito (dolorosa e irrevocablemente maldito). Lo más probable es que Parnell le haya empujado y de alguna manera haya perdido el equilibrio.

Sujeto la pistola con las dos manos y disparo al lado derecho del cuerpo del ruso, lo más lejos posible de Parnell.

La bala alcanza al ruso en alguna parte; Parnell se está retorciendo para liberarse. Grita:

—¡Detrás de ti! —Y doy rápidamente un paso a un lado. La mano del hombre bajito agarra el aire, donde suponía que iba a agarrarme del tobillo. Se había ido arrastrando por el suelo con los codos, dejando un rastro de sangre.

Johnny se balancea de un lado a otro sobre la espalda mientras se agarra el cuello. La sangre del agujero que tiene en la garganta mana con fuerza entre sus dedos. Le observo sin comprender, incapaz de pensar o de moverme.

Parnell está a mi lado. Me coge de la mano y me saca de la zona de procesamiento, subimos por unas escaleras, llegamos a cubierta, donde sopla un viento frío. El barco es diez veces más grande de lo que yo pensaba. Corremos a un lado. Está atracado en un muelle, pero no hay rampa de desembarco, ninguna manera de bajar. Tiene que haber alguna forma de hacerlo, claro, pero ahora mismo no tengo ganas de pedir instrucciones. Al final del muelle hay una escalera que va al agua. Reconozco los edificios de la Terminal Conley, la silueta de la ciudad de Boston cubierta por una lejana niebla occidental. Soy yo la que agarro ahora a Parnell y tiro de él. Vamos a popa, que es plana y abierta, donde se recogen las redes y se arroja el pescado. Parnell comprende lo que vamos a hacer. Sus ojos no muestran ningún miedo. Nos cogemos de la mano y saltamos.

Capítulo 32

Las pesadas cortinas de borlas están bien corridas contra la fuerza del sol. En la habitación hay un olor acre. Sábanas sin lavar, comidas que se traen en bandejas y que permanecen horas sin ser ingeridas. El propio Milosa, sin lavar. Solo está encendida una lámpara, una Tiffany en la mesilla, florida y mágica, con una tulipa ámbar. Las paredes están cubiertas de cuadros al óleo, paisajes, en marcos dorados. En su mayoría son colinas bajas, deshabitadas, que se suceden bajo cielos pesados, abigarrados, que conjuran un ambiente sofocante y melancólico.

Me dispongo a abrir las cortinas, pero me hace señas para que no lo haga.

—Nada de luz —me dice.

—¿Aire fresco?

—No, no. ¿Cuándo has vuelto?

—Hace dos días.

—Deberías haber venido enseguida.

¿Significa esto que se está apagando deprisa? No soy capaz de preguntárselo.

—¿Cómo fue la cosa? —pregunta.

—No fue lo que yo esperaba. Fue peor.

Suelta un bufido.

—Siempre lo es.

Está incorporado en su gran cama, apoyado contra almohadas que a su vez están colocadas en un enorme y antiguo cabecero. Es la cama que compartía con mi madre, en la que Maureen durmió poco tiempo, hasta que sus patadas y manotazos nocturnos la llevaron a una habitación al fondo del pasillo. No se ha trasladado al centro de la cama, sigue en su mitad, aunque ningún cuerpo haya hundido en años el otro lado del colchón.

Estoy de pie al borde de la cama. No hay sitio para sentarse.

—Ven —me dice, dando palmaditas en el colchón—. Ahora mismo no soy peligroso.

Nunca me he sentado antes en la cama de Milosa. Me apoyo.

—Cuéntame lo que pasó. Me vendría bien una buena historia —dice. Dobla la sábana pulcramente sobre el borde de la manta y la alisa, convirtiéndose en un público más presentable.

—Puede que tal vez acabes estando orgulloso de mí. —No puedo creer que le haya dicho algo tan tierno a Milosa Kaspárov.

—Ese juicio me lo reservo para mí.

Es un alivio soltarlo todo. Y lo hago. Principio, mitad y fin. Pero dejo fuera a Martin y a Roger, y el pequeño vial marrón, que llevo en el bolsillo como si solo fuera un pequeño vial marrón.

—¿Eso es todo? —dice cuando termino.

—¿No te parece suficiente?

—¡Te has dejado la parte más importante!

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué pasó con el barco?

—¿Qué barco?

—¡El que hundió el *Molly Jones*! —ruge.

—Ah, eso. Estoy prácticamente segura de que fue la trainera industrial rusa *Kapitan Yolkov*, propiedad de Yevgeni Petrenko. Es el barco más grande que he visto en toda mi vida, quitando los cruceros. De color gris oscuro, como yo pensaba. Petrenko lo estaba usando para transportar los colmillos de narval a puertos europeos. Cuando Ned Rizzo quiso salirse de la operación de caza, Dustin Hall intentó comprar su silencio con un mariscador, pero a Petrenko eso no le bastaba. Quería a Rizzo muerto. Así que arrolló al *Molly Jones* con el *Kapitan Yolkov*. Y luego Hall y John Oster lo tuvieron que tapar.

—Debió de poner un localizador en el mariscador —dice Milosa, con la complaciente autoridad de un veterano intrigante.

—Me imagino. Nunca conoceremos los detalles exactos.

Un fulgor astuto le brilla en los ojos.

—De modo que *sí* fue un asesinato.

Consigo sonreír débilmente, preparada para atragantarme con mi propio orgullo.

—Sí, Milosa. Fue un asesinato. Tenías razón.

—Ahhh. —Sus labios se juntan suavemente mientras saborea el momento. Pero no es de los que se duermen mucho tiempo en tiempo en los laureles. Se mueve para colocar la columna un poco más levantada sobre su banco de mullidas almohadas—. Y ahora, supongo que andas ocupada dándote la enhorabuena.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —digo con cansancio, dándome cuenta demasiado tarde de que esa es precisamente la pregunta que quería que yo le hiciera.

—¡Porque no has terminado!

—¿Por qué no? ¿Qué más hay?

—¿*Qué más hay?* —Su voz se eleva en notas ascendentes de burlona incredulidad y se desploma de nuevo con la siguiente pregunta—: Dime, ¿qué sabes del mercado negro de colmillos de narval?

—Supongo que no mucho. Dice Parnell que había cientos de colmillos atados en pequeños montones en el frigorífico del barco. Pero no sé si había más a bordo, o a dónde se dirigían, o cuántos viajes más ha habido.

—Déjame que te diga una cosa que deberías haber deducido tú sola ya: Petrenko no puede haber conseguido tantos colmillos solo del grupo de Jaeger. Tiene que haber tenido otras fuentes.

—Oh, y me imagino que ahora tú quieres que yo las localice —digo con un tono burlonamente rígido.

—Alguien debería hacerlo.

Cruzo los brazos sobre el pecho y me como mi propia impaciencia. La postura en la que está sentado en la cama, con el pelo de punta, le hace parecer un viejo loco. Por primera vez en mi vida, me pregunto si Milosa no estará, al fin y al cabo, un poco loco. Intento parecer razonable.

—Las autoridades se ocuparán del tema de aquí en adelante.

De hecho, Parnell y yo estuvimos en comisaría desde el lunes por la noche hasta el martes por la mañana, cuando retiraron el cuerpo de Johnny y los colmillos del *Kapitan Yolkov*. Después de unas horas de descanso en mi apartamento, regresamos a la comisaría a hacer declaraciones y dar descripciones, y a responder interminables preguntas. Fue todo bastante agotador. Yo estaba contenta de dejarlo atrás y de acurrucarme en el sofá por la tarde con Parnell, a comer comida tailandesa a domicilio. En las noticias de las once, las locales, no las nacionales, pusieron una pieza sobre la supuesta vinculación de Ocean Catch con una red de caza furtiva de ballenas. Duraba menos de un minuto. Johnny tal vez tenía razón al decir que no le iba a importar a nadie.

—Cuando dices autoridades, entiendo que te refieres a la guardia costera y a la Policía —dice Milosa con sequedad.

—Ajá. Y a lo mejor también alguna agencia federal —digo, resistiéndome a sus implicaciones.

Sus ojos acuosos viajan al centro de la habitación y encuentran algo en lo que fijarse, tal vez alguno de sus sombríos cuadros, como si yo simplemente hubiera dejado de ser interesante.

—Ya veo lo que ha pasado. Has tenido una pequeña aventura, una pequeña victoria, y ahora te estás ablandando otra vez. Rindiéndote.

—No tengo por qué escuchar esto, ¿sabes?

—Cuesta tan poco satisfaceros, a los americanos —continúa de forma imprecisa, apostando a que no me voy a marchar—. Juntáis un par de datos y os congratuláis por haber descubierto la verdad y haber contado vuestra historia hasta el final. Pero la verdad no tiene un final. Simplemente continúa y si no tienes las agallas de seguirla, empiezas a morirte. Con todo, vosotros, la gente cómoda, os creéis que lo sabéis todo. —Asiente con juiciosa lentitud, aceptando mi debilidad, mientras sus ojos severos vuelven a mi cara—. Te lo digo otra vez, Pirio: nada se acaba. No has terminado. Solo estás fatigada y quieres descansar las piernas.

Estiro la espalda y me inclino hacia delante. Por una vez, solo por una vez, quiero que me reconozca que he hecho algo bueno.

—¿Qué es eso de las historias? ¿Se puede saber de qué estás hablando? No estoy contando una historia. Casi me ahogo: ¿eso es una historia? ¿Y qué hay del asesinato de una anciana encantadora? ¿O de un drogadicto? ¿O de las ballenas? He hecho muchas cosas: de hecho, más de las que me correspondían. Acabo de reventar una red de caza furtiva y de resolver dos asesinatos. No hay nada más que *tenga* que hacer. ¿Quieres saber por qué? Porque vivo en un país civilizado donde hay jueces y

juzgados y un sistema legal y protecciones medioambientales que funcionan. Es verdad, aquí las cosas no son perfectas, pero en este país, en estos Estados Unidos, que tú tanto criticas aunque hayas decidido convertirlos en tu hogar, hay algunas cosas que realmente funcionan. De vez en cuando, la verdad sí *sale* a la luz. Las personas pueden depender unas en otras. Pueden *confiar*.

Se incorpora y se inclina hacia mí hasta que nuestras narices están a tan solo unos treinta centímetros de distancia.

—¿Es posible esto que estoy oyendo? ¿Tú me das lecciones a mí sobre la vida? ¿Tú me das lecciones a *mí*? ¡Con lo que tú sabes llenaríamos un dedal!

La ira y la razón luchan por controlar mi boca, y vence la ira. Reduzco el espacio entre nuestras narices a unos diez centímetros.

—¿De verdad? ¿Eso es así? ¡Que tú te criaras en un puto gulag o lo que fuera aquello, cortando las cabezas de los pollos a machete y vomitando vodka, no te da derecho a criticar mi visión del mundo! —Llegados a este punto casi no sé ni lo que digo. Las palabras no son más que escombros en una corriente.

—La crítica —dice con desdén, reclinándose de nuevo sobre las almohadas—. ¿Es eso lo que le da miedo a Pirio?

—¡Me vuelves loca! —Me levanto de la cama con una ráfaga de ira. Llego incluso a dar un pisotón en el suelo—. Nadie puede llevarse bien contigo. Harías que la Madre Teresa perdiera el juicio. ¡No me extraña que siempre viera a Isa dando portazos!

Su mandíbula se aprieta.

—Otro tema del que no sabes nada.

—Oh, Milosa, no me tires de la lengua con este tema. Porque lo cierto es que sé cosas de sobra. —Y estoy dispuesta a arrojárselo a la cara: la aventura de Isa. Me daría tanta satisfacción ver la dolorida expresión de su rostro...

Pero un rayo de sensatez me detiene. Le veo ahí sentado, apoyado en sus almohadas como una abuelita, con su pijama de algodón con un lamparón de comida en la pechera. Está solo en esa cama vacía, en su vida. Muriéndose. El azul de sus ojos nunca volverá a brillar. Sus hombros, antes tan anchos, ahora se encorvan. Maureen está al otro lado del pasillo, en su despacho, haciendo lo que quiera que sea que hace cuando está en medio de un teatral torbellino de molesta impaciencia, regañándole como si fuera un niño. «Piedad» es la palabra que se me ocurre.

Me trago mi ira con dificultad y, para mi sorpresa, se me saltan las lágrimas.

—¿Podemos parar? ¿No podríamos, por favor, parar ya?

—¿Por qué? —Sus ojos se burlan de mí. Quiere una buena pelea. A lo mejor, por lo que sea, la necesita.

Pero yo no. Me siento otra vez sobre la cama y me arrimo más.

—Milosa, te estás muriendo. Mira, te estás muriendo, ¿vale? Te estás *muriendo*. —No sé por qué necesito repetirlo una y otra vez—. Irte deprisa es lo que has elegido, ¿verdad? Sin medicarte, sin diálisis. Eso es lo que quieres. De acuerdo. Me

parece bien. Pero no perdamos el tiempo que nos queda diciendo todas las mierdas que nos hemos dicho ya cientos de veces. Intentemos algo nuevo. Seamos amables, joder.

Sus ojos se agrandan.

—*Amables*, dices. De acuerdo, si eso es lo que quieres. Yo te doy *amabilidad*. — Dobla las manos sobre la manta con gazmoñería. Deja que su cara se relaje y la ilumina con una sonrisa beatífica. Podría pasar por un querubín de Tiziano si no fuera un viejo maloliente y amargado.

—Qué gracioso. Ja ja. Pero te lo advierto: no voy a pelearme más. Tendrás que buscarte a otra.

—¿A quién? —dice con un mohín—. A Maureen se le da fatal. No es como era Isa. Ni como tú.

Le quito una pelusa de la manga del pijama.

—Tal vez puedas contratar a alguien. Seguro que hay gente que te insultaría por dinero. Ahora presta atención. Tengo una cosa para darte. Creo que vas a saber lo que es de inmediato.

Saco el pequeño vial marrón. Guiña los ojos al cogerlo y desenroscar la tapa. Sabe que es perfume, claro, y se lo lleva a la nariz con una practicada mezcla de indiferencia y discernimiento. El momento en que lo reconoce se ve en su cara. Casi se puede ver cómo las moléculas fluyen hasta su corteza cerebral, encuentran sus receptores especiales y, como llaves diminutas en cerraduras diminutas, abren puertas que llevan mucho tiempo cerradas. Al principio se sobresalta. Luego aparece una expresión misteriosa, una ráfaga de un Milosa más joven. Más fuerte, más flexible, esperanzado, cálido. Un joven que tocaba el piano, que se enamoró. La expresión pasa fugazmente. Ahora está alterado y, apretando la mandíbula contra la experiencia inesperada, vuelve a enroscar la tapa rápidamente y me devuelve el vial.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunta, tenso.

Vacilo, confusa. ¿Qué decir?

—Lo tenía un hombre de Labrador. Un hombre que conocía a Isa.

Una pausa. Sus dedos se enroscan en el borde de la sábana.

—Ah, sí —dice en tono distraído—. Ese sería su amante. Su favorito.

—¿Sabías de su existencia?

—¿Cómo no iba a saberlo? Verla volver al final de cada mes de julio, una mujer nueva. Una mujer bella y en paz. Sabía que la habían amado bien. —Hace una pausa—. ¿Dónde está ahora ese hombre?

—Falleció hace un año.

—Qué lástima —dice, con un rastro de satisfacción—. Tú tienes que acordarte de él. Estoy seguro de que os conocisteis.

—La verdad es que sí que le recuerdo. —Estoy a punto de decir que aunque fuera tan pequeña, podía ver que hacía feliz a Isa. Pero cierro la boca con firmeza porque no quiero que mi padre sufra más.

—¿Su nombre? —pregunta Milosa.

—Roger Naggek. Un nativo.

Milosa asiente pensativamente.

—Un buen nombre, me parece.

—Me preguntaba si yo no sería...

—¿Su hija?

—Sí.

—¿Por qué lo crees?

Trago saliva con fuerza.

—Tengo el pelo negro. No soy tan alta como Isa ni como tú. Y tú... nunca me quisiste como deberías haberme querido. Me enviaste lejos cuando lo único que yo quería era estar contigo. Y en esta casa no hay ni una sola foto mía.

—Eres mía, Pirio. Fuiste concebida en esta habitación, en la cama sobre la que estás sentada ahora mismo. No te quise como debería porque... —aprieta los ojos y respira con fuerza por la nariz—, porque nunca quise a nadie como hubiera debido. Ni siquiera a tu madre. La adoraba, pero no le di lo que ella necesitaba. Solo mi obsesión, mis celos. La eché de mi lado. Y luego a ti. Y fracasé a la hora de amar a Maureen.

—A mí no me has echado de tu lado, Milosa. Estoy aquí. Estoy sentada aquí a tu lado ahora. —Alargo la mano, rozo el dorso de la suya con las puntas de los dedos. Nunca le había tocado antes.

Una lágrima le cae despacio por la mejilla. No se la limpia.

—Sobre las fotos —dice, apartándose rápidamente de la emoción—. Isa no permitía que se te sacasen fotos, no dejaba que se te acercaran las cámaras.

«Excepto cuando estaba en Labrador, donde se sentía segura», pienso. Recuerdo la foto que hay de mí en la caja de Roger.

—Era completamente irracional en ese tema —prosigue Milosa—, como lo era en tantas cosas. Decía que quería protegerte de lo que le ocurrió a ella. —Da un bufido breve, desdeñoso.

De repente estamos otra vez girando en torno al remolino. El tema sobre el que no podemos hablar. Tengo que hacerle la pregunta, puede que esta sea mi última oportunidad.

—¿Qué fue lo que le pasó en Rusia, cuando os conocisteis? Sé que sucedió algo malo, algo por lo que nunca te perdonó. —«La vendiste, Milosa, y así fue como conseguiste el dinero para venir a este país y establecer los contactos en Nueva York que la lanzaron al mundo de la moda».

Milosa cierra los ojos despacio.

—No hay nada que te haga falta saber.

Siento cómo se disuelve la urgencia de la pregunta. Tiene razón. Isa se ha ido y Milosa pronto seguirá sus pasos. Sus vidas, sus luchas y sufrimientos están precipitándose ya al pasado sin nombre, a un vasto mar de incontables millones de

vidas olvidadas igual de difíciles, de torturadas, de triunfales como las tuyas. ¿Qué importa nada de eso ya en realidad?

—Extiende la mano y toca la mía. Sus dedos son cálidos.

Ahora nos hemos tocado. Dos gestos sencillos, notables. «¿Qué es el amor?», me pregunto. «¿Será esto?».

Milosa se incorpora y estira la sábana. Sorbe del vaso de agua y se aclara la garganta. Con una voz clara y eficaz, dice:

—Así que ahora vas a coger la fragancia de tu madre y a construir a partir de ella una empresa de éxito. Isa sonreirá en el cielo, si lo hay, si es que han relajado las reglas y la han dejado entrar. Y yo la localizaré, echaré a patadas al sinvergüenza con el que esté liada y, si está dispuesta, ella y yo volveremos a intentarlo.

Lo cierto es que tiene en la cara una sonrisa luminosa. Nunca le he conocido tan soñador. No es la bravuconería de antes. Algo alegre y confiado ha penetrado en su espíritu.

—Deberías salir al patio. Sentarte al sol. Hace un día espléndido. Le diré a Jeffrey que nos traiga el té.

—Tal vez mañana. —Se recoloca incómodamente en la cama y me doy cuenta de que le tiemblan los dedos—. Antes de que te vayas, ¿me alcanzas un pañuelo del cajón superior de ahí?

Lo cojo y se lo llevo. Está almidonado, bien doblado, con sus iniciales, MK, bordadas en hilo dorado. A Milosa siempre le dio placer sonarse los mocos con vigor en pañuelos de gran calidad cada vez que hiciera falta. Isa solía elevar la mirada al cielo y decir que eso eran modales de establo. «¿Modales de establo? Te voy a dar yo modales de establo. ¡Mi padre lo hacía con los dedos. O con la manga!».

«Oh cielos», decía Isa. «Pirio, tápate los oídos. Tu padre está a punto de contarnos cómo tu abuelo se arrancaba sus propios dientes cuando se le pudrían y la increíble cantidad de pedos que era capaz de tirarse en su diminuta chabola». «Y no solo era él, querida». Y entonces, si se encontraba con ganas, Milosa se doblaba un poco hacia delante, elevaba una cadera y profería un gas. «¡Por la Madre Rusia!», exclamaba. Isa suspiraba con desabrida y atormentada paciencia. «¿Has visto lo que tengo que aguantar, querida? ¿Quién puede culparme por llamar burro a este hombre?».

Milosa abre la palma de su mano.

—Ahora déjame que huelga otra vez la fragancia de esa condenada mujer.

Coloco el vial en su mano. Lo abre y moja el pañuelo con un poco de perfume. Observa la mancha húmeda con extrañeza, como si pudiera estar viva, y lo empapa un poco más. Pero no se lleva el pañuelo humedecido a la nariz. Solo lo dobla con cuidado y lo pone en la mesilla de noche junto a la lámpara Tiffany.

—Ya está. Ese es mi billete. Para este viaje —dice.

Voy conduciendo tranquilamente por la calle Beacon mientras se acerca la puesta

de sol, con las ventanillas y el techo solar del Saab completamente bajados. Ahora me gustan las cosas frías, briosas, todas las ventanas abiertas, el aire fresco soplándome en la cara. Tu cuerpo se adapta si le dejas, crece para llenar el espacio que se le da, hace lo que se le pide.

Me paro en un semáforo en la plaza Kenmore. Atrapada en el tráfico de hora punta, entre los coches apretujados, reflexiono sobre el futuro de Inessa Mark, Inc. Voy a hacer un gran lanzamiento con el Aroma de Isa; creo que hasta lo voy a llamar así. Voy a emplear para ello todos los recursos de la compañía. Lo apostaré todo a mi nariz y a mi instinto; haré lo que me dicta el corazón. Quiero empezar de inmediato, con Maureen como directora del producto. Su experiencia será muy valiosa. No solo por este producto, sino por todos los demás que iremos sacando en nuestra pelea por elevar a Inessa Mark al siguiente nivel de una marca de lujo.

Cambia el disco. Solo una docena de coches logran atravesar la intersección de cinco vías antes de quedarnos parados, lo que provoca un escándalo de bocinas. Cierro las ventanas y el techo solar, disfrutando de cómo el cristal hace enmudecer el ruido. No tengo prisa. Estoy en casa. Esta es mi ciudad, mi Boston. El cartel de Citgo me está diciendo hola con su gran triángulo rojo.

Cojo el móvil, le doy al botón de marcación rápida de Thomasina y me pongo el teléfono en la oreja. Noah y ella regresaron de New Hampshire anoche. Por lo visto, después de un comienzo difícil, se adaptaron a la vida en el complejo vacacional de Montañas Blancas y al final descubrieron que no tenían ganas de abandonar las maravillosas vistas, el spa y el resto de las instalaciones, ni de perderse la ruta en carro que habían contratado por las montañas. Así que se quedaron unos días más de los que hacía falta. Hoy Noah ha vuelto a clase.

Parnell y yo nos hemos levantado tarde esta mañana, hemos remoloneado mucho tiempo en la cama y nos hemos pegado un desayuno legendario. Sus planes son pasar el día escribiendo una primera versión del artículo sobre Caridad Jaeger antes de poner rumbo a Falmouth para contarle que las acusaciones que hizo contra su marido al fin han sido probadas. No sé qué ocurrirá con Caridad a largo plazo, pero al menos alguien va a contar su historia.

Cuando salí del apartamento, a mediodía, los cinco dedos de la mano buena de Parnell volaban sobre el teclado como si fueran diez. Besé su áspera mejilla sin afeitarse y los tentáculos de cordel de su pelo sin peinar. Casi ni se dio cuenta, de concentrado que estaba, pero fue fácil perdonarle, dado que nos habíamos pasado la mañana atendiendo a cada centímetro el uno del otro, explorándonos como verdaderos aventureros, demarcando nuestras egoístas concesiones. Inhalé su olor una y otra vez, dejando que me llenara por completo. No es algo que se pueda describir. Nunca volverá a existir en este mundo, nunca podría embotellarse y venderse. Es solo él, Parnell. Una alquimia singular de células, fluidos, encimas, anticuerpos, sudor. La firma de su cuerpo como tinta indeleble sobre una hoja en blanco de mi corazón que siempre, que para siempre jamás, será suya.

Siento su mano cogiéndome el culo, la hinchada humedad de sus labios... casi me estoy ahogando en memoria sensorial cuando los timbres que salen de mi móvil se ven interrumpidos por la voz de Noah.

—¿Hola?

—Noah. Hola. Soy Pirio.

—Ah, hola. ¿Cómo estás?

—Yo bien, gracias. ¿Y tú?

—Bastante bien.

—¿Te has divertido en las vacaciones?

—Oh, sí. Ha molado mucho. El sitio en el que nos quedábamos tenía un cuarto de juegos y una piscina climatizada. Yo tenía gafas de esnórquel y monté a caballo sin silla. —Una pausa—. Mi madre me ha dicho que estabas buscando a la gente que arrolló el barco de mi padre.

—Sí, es cierto.

—¿Los has encontrado?

—No, no los he encontrado. Lo siento, Noah. Hice lo que pude. —Nunca le hablaré de los narvales ni de las travesías especiales del *Sea Wolf*. Su padre tomó una mala decisión, intentó rectificar, pero lo hizo solo a medias y terminó haciendo un mal negocio que le llevó al fondo del océano. Solo tenía la mitad del valor que le hacía falta, algo que ponía enferma a Thomasina. Pero como padre sí lo dio todo. Noah tiene su disco de colmillo de narval, que él piensa que es un hueso de ballena. Tiene recuerdos felices de los partidos de los Red Sox y de los Bruins y de Ned empujándole en los columpios. Sintió una mano fuerte sobre el hombro, al menos durante parte del tiempo. Y eso no es poco. Fue amor de verdad. Es sagrado. No hay que tocarlo.

—No pasa nada. Ya aparecerán —dice Noah alegremente. El optimismo reflexivo es su fina barrera contra el agobiante universo del sinsentido.

—¿Queréis cenar tu madre y tú? —le pregunto.

Noah se separa el teléfono unos diez centímetros de la boca y da un alarido por el pasillo:

—MA-MÁ.

—¿QUÉ? —oigo que grita Thomasina desde otra habitación.

—¿QUIERES CENAR CON PIRIO?

—CLARO QUE SÍ —responde a gritos.

Se oyen unos manotazos en el teléfono, y luego la voz bien modulada de Noah regresa a la línea.

—Podemos quedar.

Después de la cena, cuando Noah está en su cuarto haciendo los deberes, extendiendo varios documentos impresos sobre la mesa de la cocina de Thomasina. Son

formularios de custodia legal que esta tarde me ha dado un abogado. Dice que el documento es un texto modelo estándar y lo ha repasado cuidadosamente conmigo, cambiando algunas de las expresiones para que se ajustaran a la situación. Le di la información específica con la que rellenar los huecos y ha hecho que su secretaria lo pase todo a limpio y meta el documento en un sobre de tamaño legal con el nombre de su despacho. Ahora lo único que me hace falta son las iniciales de Thomasina en todas las páginas y una firma sin fecha al final. Entonces, cuando yo quiera añadir mi firma y una fecha, me convertiré en tutora de Noah.

Thomasina echa un vistazo a la primera página del documento. Su boca se crispa un poco, pero no dice nada. Se sienta pesadamente, se acerca las páginas y lo lee entero con toda su atención, pasando cada una de las páginas al final del todo cuando llega al final. Cuando termina de leer, se reclina en la silla, suspira y se muerde el labio. No me mira, solo alarga una mano.

—¿Tienes un boli?

—Yo no quiero tener que presentar nunca estos papeles, Thomasina.

—No, claro que no. ¿Dónde está el boli?

Le doy uno, lo coge con fuerza, baja la cabeza y aprieta mucho la punta al plasmar sus iniciales en cada página y estampar su firma en la línea en blanco que hay al final. Se queda mirando la firma unos momentos y luego posa delicadamente el boli sobre la mesa.

—Thomasina, como te he dicho, no quiero que nunca...

—No, no. No digas nada. Presentaremos estos papeles si en algún momento tenemos que hacerlo, cuando tú creas que es necesario. Decidirás tú. Cuento contigo para eso. ¿Me comprendes? —Sin esperar mi respuesta, amontona bien las páginas, las mete en el sobre alargado y lo empuja sobre la mesa hacia mí.

—Gracias —dice con voz firme, aunque tiene los hombros caídos.

—Pero tú...

—Estoy yendo a las reuniones. Lo estoy intentando de nuevo. Es todo lo que puedo hacer. —Tiene el rostro demacrado, los labios casi sin color. Se aparta el pelo de la cara.

—¿Cómo te encuentras?

Me contempla con franqueza, con todo el esplendor gris de sus ojos torturados.

—Como una mierda. Pero llevo dieciocho días, maldita sea.

Agradecimientos

Muchísimas gracias a Holly Robinson, Terri Giuliano Long y Virginia Smith, por sus críticas al manuscrito inicial. A Esmond Harmsworth, que vio algo bueno en él. También a Pamela Dorman, que lo hizo mucho mejor. Mi eterna gratitud a Ben y Ellen, que son mi orgullo, felicidad e inspiración, y a Robert, sin cuyo amor y apoyo nada de esto hubiera sucedido.

Notas

[1] La frase «Ned, muerto» en el original es *Ned, dead* y, en efecto, rima. (*N. de la T.*)

<<

[2] El acento de Boston se caracteriza por alargar las vocales y no pronunciar apenas la «r» final. Aquí «*cahhhh*» es *car* (coche) pronunciado por alguien de Boston. (*N. de la T.*) <<

[3] Libby ha dicho que son todas *too sweet* (literalmente, «demasiado dulces»). Tal y como se pronuncia, se parece mucho a la expresión francesa «tout de suite», que significa «enseguida». Es un juego de palabras intraducible. (*N. de la T.*) <<

[4] *Lobby liberal en defensa de los derechos de los ciudadanos y consumidores de Massachusetts. (N. de la T.) <<*

[5] The Home for Little Wanderers es una organización privada sin ánimo de lucro que ofrece viviendas protegidas, servicios de adopción y acogida de niños y familias con problemas. Lleva operando en Boston desde 1799. (*N. de la T.*) <<